

Una historia apasionante y conmovedora

EL OTOÑO *DE* **AMIRA**

LÍA SAYONI



El otoño de Amira

Una historia apasionante y conmovedora

Lía Sayoni

Derechos de autor © 2023 Lía Sayoni

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios, pero están inspirados en los antepasados de la autora.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

ISBN-13

Diseño de la portada de: Lía Sayoni

«Nadie les dijo que sería fácil; que recorrerían un camino de rosas. Porque el de ellos estuvo colmado de espinas desde sus inicios, pero, finalmente, vencieron las inclemencias del clima».

Lía Sayoni

Capítulo 1

Enero de 2008, Santiago de Chile

Si me hubiesen preguntado hace un día si mi vida era excepcional, la respuesta sería «No». Mi vida hasta ayer no tenía nada de excepcional. Soy un escritor de novelas de ficción —de treinta y cinco años de edad—, vivo con mi perro Oriente, tengo novia, y mi familia es la típica familia árabe que vino a Chile a inicios del siglo veinte, buscando nuevas oportunidades en otras tierras lejanas, donde prácticamente todo estaba en su contra, partiendo por la barrera del idioma. Mi vida es de lo más corriente, monótona y estable. Pero hoy, en medio del desorden que me rodea en la sala de estar de mi casa, debido a que en estos días me mudaré a vivir a otro lugar, ha sucedido un acontecimiento importante. El hallazgo de una fotografía familiar. Una imagen que lo cambiará todo de ahora en adelante para mí.

Mientras organizaba mis cosas en bolsas para la mudanza, una pequeña caja metálica en una de las estanterías llamó mi atención. Lo primero que me pregunté fue que cómo había llegado eso ahí, si no era algo mío. Luego recordé que mi madre, en algún momento durante el período de hospitalización de mi abuela —hacía algunos meses atrás—, me pidió que guardara esa caja aquí para que no se fuese a extraviar en el hospital. Mi abuela solía llevarla consigo a todas partes. Yo me había olvidado por completo de ella y nunca tuve interés en abrirla antes, hasta ahora.

La saqué con cuidado y descubrí que era mucho más liviana de lo que pensaba. El metal frío y rugoso, producto de las imágenes en relieve que decoraban su tapa, me hizo recordar parte de mi infancia. Rememoré aquellas tardes frías de invierno en que las mujeres de la familia nos preparaban galletas árabes, las que eran guardadas cuidadosamente en estas cajas para su consumo posterior y conservación. Mi mente se inundó del sonido de las risas de los hombres mientras jugaban a las cartas, haciendo apuestas, y rememorando acontecimientos de su vida, sus antepasados y su antiguo hogar.

En medio del desorden y despertada ya toda mi curiosidad, me senté en el suelo y crucé las piernas. Oriente, mi perro, se acercó a mí y olfateó mis manos con entusiasmo, y luego se recostó a un lado del sillón, observándome con una de sus orejas levantadas.

Tuve que utilizar las uñas para arrancar la tapa metálica de su sitio. Una vez lo conseguí, el olor a papel antiguo y a falta de ventilación inundó mi nariz, devolviéndome con fuerza al pasado. Encontré unas cuantas cartas escritas con una caligrafía cuidadosa y en árabe, pero que no pude descifrar. Y aunque me pasé gran parte de mi vida, en especial durante mi primera infancia, escuchando a mis familiares hablando aquel dialecto, el idioma se fue perdiendo inevitablemente, una vez ellos murieron. En realidad, salvo alguna que otra palabra, no conseguía comprender la lengua de mis antepasados.

Más abajo, una fotografía envuelta cuidadosamente en un paño de seda me pedía a gritos que la observara con especial atención. La imagen de mi abuela, siendo una jovencita de no más de dieciocho años, evidenciaba un importante embarazo de varios meses de gestación ya. De inmediato pensé en mi madre, pero cuando volteé la imagen para leer la fecha, descubrí con estupor que no correspondía al año de nacimiento de mamá. Nunca tuve conocimiento de que mi

abuela tuviese otro hijo.

—Octubre de 1940 —leí en voz alta.

«Qué extraño», pensé. La imagen, aunque antigua y realizada en un estudio fotográfico profesional de la época, se mantenía intacta grabada sobre el papel, sin sufrir las consecuencias implacables que el paso del tiempo solía ejercer en los objetos antiguos. No sé por qué, pero de pronto sentí un hormigueo extraño recorrerme la espalda, y tuve la urgente necesidad de conocer algo más sobre ella. Ya a esas alturas me había olvidado por completo de la mudanza.

Centré toda mi atención en la fotografía y comencé a analizarla con minuciosidad, buscando las respuestas a esas preguntas que, para entonces, navegaban en mi mente con algo parecido a la obsesión, quitándome todo rastro de paz. Mi abuela, con diecisiete años de edad —por lo que pude deducir—, se encontraba sentada a solas en un sofá, y apoyaba sus dedos entrecruzados por sobre su abultado abdomen, de una manera que asemejaba una caricia. De inmediato pensé en un hijo deseado, un amor incondicional por ese niño que aún no veía la luz del día por primera vez. Sin embargo, la expresión de su rostro era de completa amargura. En su bella mirada, casi infantil, se podía leer un dejo de tristeza y la infelicidad que sentía por dentro.

En medio de mi reciente descubrimiento conseguí continuar indagando, pese al cúmulo de emociones que me invadió. Dejé la fotografía a un lado para buscar algunas más que me otorgaran algo de luz sobre el destino de ese hijo. Solo encontré otra, en donde mi abuela se abrazaba a una muchacha como de su misma edad, y en la cual no había rastro alguno de embarazo en su cuerpo. También concluí que aquella mujer debía ser una persona importante si ella conservaba esa imagen con tanto recelo, dentro de esta misteriosa caja de memorias.

Volteé la fotografía para mirar la fecha y descubrí fascinado que esta era del año 1938. Las mujeres debían rondar los quince o dieciséis años de edad.

El timbre de la casa sonó, devolviéndome al presente con fuerza. Guardé las cosas en la caja, con cuidado de no doblar nada, y la dejé sobre un espacio en la mesa de la lámpara, asegurándome de que quedara medio oculta. Oriente, en tanto, ladraba sin parar en dirección a la entrada.

—¡Ya voy! —grité para hacerme escuchar.

Apenas abrí la puerta, mi novia pasó por mi lado sin siquiera saludarme, y arrojó su bolso de mano en uno de los sofás. Luego se giró hacia mí y me fulminó con la mirada.

—¡Todavía no te vistes, Domingo! —me reprochó evaluándome de arriba abajo con desaprobación—. Te recuerdo que mis padres nos esperan a almorzar en una hora en su casa.

Claro, el bendito almuerzo se me había borrado por completo de la cabeza. Todavía guardaba las esperanzas de poder zafarme del compromiso con ellos, pues, de un tiempo a esta parte, las indirectas que me arrojaba mi suegra sobre el futuro con su hija no hacían más que inquietarme.

—Lo siento, Laura —me excusé pasándome una mano por la cabeza, desordenándome el pelo un poco—. He estado embalando mis cosas toda la mañana y se me olvidó.

Me acerqué a ella y la abracé, consiguiendo con eso que bajara las defensas de inmediato. Laura era una mujer atractiva, alta y delgada. Su pelo rubio y liso sobrepasaba la línea de los hombros, llegando casi hasta su cintura. Siempre estaba bien vestida, maquillada y perfumada. Llevábamos un par de años saliendo, y nuestra relación se encontraba en un punto en el que sabes que podrías pasar toda tu vida con una persona, porque ya estás adaptado a ella. Creo que el sentimiento era mutuo.

—Está bien —dijo con una sonrisa—. Si te apresuras te perdono.

La besé en los labios y corrí a mi habitación para ducharme y vestirme. Media hora

después conducía rumbo a la casa de mi novia, perdido por completo en mis pensamientos, mientras Laura hablaba por teléfono con su madre. Luego de cortar la llamada, se giró hacia mí.

—¿Has pensado en lo de irnos de vacaciones por unos días a Valdivia?

—Sabes que no puedo ahora. Viviana ya me advirtió que no quiere retraso en la entrega de mis manuscritos.

Viviana es mi editora. Últimamente he tenido ciertos problemas para cumplir con los plazos en mis entregas. Creo que estoy en uno de esos momentos en que la inspiración se niega a hacer acto de presencia, y la presión por cumplir con las metas tampoco ayuda mucho. En cuanto a Laura, no me gusta escribir cuando estoy con ella. Suele interrumpirme con frecuencia y eso empeora las cosas.

—Pero puedes escribir allá. Además, no es que tengas que cumplir un horario —me dijo clavándome su mirada color miel.

Estuve a punto de enfrascarme en una discusión con ella, pero no me sentía con energías para lidiar con eso ahora. La imagen de mi abuela en aquella fotografía insistía en permanecer en mi mente; y por algún motivo que desconozco, no quise compartir mi hallazgo con mi novia. Era como si eso solo me perteneciera a mí.

—No. Lo siento. Anda tú con tus amigas si quieres. Yo debo finalizar mi trabajo y acompañar a mi madre y a mi abuela.

Se encogió de hombros y comenzó a revisar los mensajes de su teléfono mientras nos sumíamos en un silencio que, al menos a mí, me pareció que nos distanciaba aún más. Con Laura nos parecíamos a esas parejas que han caído en la monotonía de la relación, en donde existía la comodidad, la estabilidad y la seguridad de estar con un otro, pero que carecía de todo lo demás.

Durante el almuerzo estuve distraído con mis asuntos y recibí varias miradas de advertencia por parte de Laura. Lo único que quería, era regresar a casa y continuar indagando en los objetos de mi abuela. No sé por qué, pero nunca antes sentí interés en conocer aspectos de su vida durante su juventud. Es más fácil creer que nuestros abuelos carecieron de adolescencia, como si siempre hubiesen sido mayores. Nos parecen asexuados y es inimaginable para nosotros que alguna vez sintieran la pasión y el deseo por otra persona. Un pensamiento egoísta que nos impide empatizar con sus vivencias, tan solo porque pertenecieron a una época distinta de la nuestra o porque sus cuerpos han perdido aquella belleza y lozanía tan propias de la juventud. Yo mismo tuve que mirar una fotografía antigua de mi amada abuela para que se gatillara mi deseo por saber algo más sobre su pasado, y eso me produjo remordimientos.

En un momento dado me puse de pie y me disculpé, porque mientras no le preguntara a mi madre sobre lo que me rondaba en la cabeza, no encontraría la paz. Salí al antejardín y la llamé, sintiéndome ansioso y ávido de información.

—Hola, cariño. ¿Pasa algo? —me preguntó mi madre apenas contestó.

—No, mamá. Todo está bien. —La tranquilicé antes de que se pusiera nerviosa—. Quería saber si puedes pasarte por casa en una hora más. Hay algo que me gustaría preguntarte sobre la abuela, pero no quiero hacerlo por teléfono.

—¿De qué se trata?

—Es sobre la caja que me pediste que guardara para que no se extraviara cuando la hospitalizamos.

—¿La de galletas? La había olvidado.

—Sí, la misma.

—Está bien. Nos vemos después.

Mi madre cortó la llamada, y yo, en mis ansias por marcharme pronto de allí, me inventé un dolor de cabeza que Laura no se creyó, ya que me conocía demasiado bien como para saber que eso, a mí, jamás me pasaba. Y aunque ya sabía que luego tendríamos una discusión, no me importó, porque era más importante para mí escuchar lo que mi madre tenía que decir.

Nos encontramos en casa a la hora señalada y preparé un café, tal como lo preparaba la abuela Amira; con una pizca de cardamomo. Mientras, mi madre cortaba el *baklava* que había cocinado para mí, y lo servía en dos platos.

Me senté junto a ella y llené las tazas con el café. Crecí sintiendo el olor a las especias de la tierra de mis antepasados y comiendo los más exquisitos platos de comida árabe casera que uno se puede imaginar. Era mi madre la que siempre se preocupaba de que no faltaran las hojas de parra ni los zapallitos rellenos en el refrigerador de mi casa. Yo, por supuesto, lo agradecía.

Inmerso en esta agradable sensación de calidez de hogar, y ansioso por conocer más sobre lo recientemente descubierto, le conté a mi madre lo que había encontrado, y le mostré el contenido de la caja. Al igual que a mí, la noticia causó en ella una conmoción quizás más grande que la mía.

—Es mamá —reconoció cuando vio la fotografía de una adolescente embarazada y triste. Luego la giró y miró la fecha con el ceño fruncido—. No lo comprendo.

—¿No lo sabías?

—No. Nunca nos contó nada sobre esto. Jamás abrí esa caja —dijo todavía algo sobrecogida—. Mamá siempre decía que en ella guardaba recuerdos, como boletos de pasajes de tren, correspondencia con sus amistades y ese tipo de cosas.

—¿Y sus hermanos sabrán algo sobre ese embarazo? —pregunté, todavía esperanzado con que alguien nos diera alguna luz.

—No lo sé. Le preguntaré al tío Omar y al tío Emir —me hizo saber—. Quizá ellos sepan algo. ¿Hay más fotos?

—Sí. Aquí está la abuela con alguna amiga, creo. ¿La conoces?

A mamá se le llenaron los ojos de lágrimas y se llevó una mano a la boca para contener el llanto por la emoción. Luego acarició la foto con suavidad.

—Es la tía Nora. La mejor amiga de tu abuela. Eran vecinas cuando mis abuelos llegaron a Chile desde Siria. Su familia fue la que los acogió y les ayudó a emprender el negocio, y también a adaptarse a las costumbres de este país.

—¿Está viva?

—Sí. Vive con su nieta en Viña del Mar —me respondió sin dejar de mirar la fotografía—. Hace poco hablamos por teléfono. Al menos, a ella todavía la acompaña la salud —comentó con nostalgia. Luego agregó—: Tú no la recuerdas, porque se fue hace muchos años a vivir a la costa.

Mi abuela Amira llevaba tres meses postrada en una cama de hospital, luego de que tuviera un accidente cerebrovascular. Requería de ciertos cuidados especiales que nosotros en casa no podíamos darle. Así que la manteníamos internada en una prestigiosa clínica privada, y teníamos certeza de que la cuidaban bien. Mi madre iba a verla todos los días. Y aunque mi abuela no podía comunicarse por sí misma y apenas balbuceaba algunas palabras, comprendía todo lo que pasaba a su alrededor.

—Mamá. ¿Me puedes dar el número de la tía Nora? Me gustaría mucho llamarla y saber si me puede recibir.

—Claro. —Mi madre sacó de su bolso una pequeña libreta repleta con anotaciones, y

buscó su número—. Apunta. Se apellida Zidan. Eran los vecinos de mis abuelos en el Barrio Patronato.

Recordaba precariamente a la familia Zidan, porque yo era demasiado pequeño en ese entonces, pero sabía que fueron buenos amigos de mis bisabuelos.

Registré de inmediato su número en mi celular, y después marqué. Luego de lo que pareció una eternidad, se escuchó la voz de una mujer mayor y con un marcado acento árabe, al otro lado del auricular.

—¿Nora Zidan? —pregunté apenas conteniendo la emoción.

—¡¿Con quién hablo?! —dijo casi gritando, de seguro por una sordera propia de la edad.

—Usted habla con Domingo Yáñez. Soy el nieto de Amira Hassan.

Se hizo el silencio al otro lado de la línea. Tuve la impresión de que la señora estaba intentando conectar en su cabeza la información que yo le había dado. En tanto, mi madre me miraba expectante y me hacía señas con las manos para que le informara. Luego de lo que me pareció una eternidad, la anciana se animó a preguntar.

—¿Amira está bien?

—Sí. Ella se mantiene estable y evoluciona poco a poco. —La escuché suspirar con alivio—. En realidad, la llamo porque me gustaría hablar con usted sobre una fotografía que encontré entre las cosas de mi abuela. Está fechada en el año cuarenta, y en ella aparece embarazada. ¿Podría decirme lo que sabe al respecto?

Otro silencio casi paralizante se hizo al otro lado de la línea telefónica, y por un momento pensé que se había perdido la comunicación, pero luego de unos segundos, la mujer respondió.

—Lo siento. Yo no sé nada. —Y colgó.

Miré a mi madre, encogiéndome de hombros, y sintiéndome algo decepcionado.

—Me cortó. Dice que no sabe nada.

Mi madre se extrañó por la conducta de la tía Nora, y frunció nuevamente el entrecejo. Luego comenzó a hurgar entre las cartas de la caja, con el fin de saber algo más.

—Estas cartas son de la tía Nora. No leo el árabe, pero reconozco algunas palabras. Creo que esa es su firma.

—¿Todas son de ella?

—No. Aquí hay otras, pero no entiendo lo que dice ni quién las firma. —Mi madre se acomodó el pelo hacia un lado. A pesar de los años, su largo y abultado cabello crespo carecía casi de canas y seguía conservando su belleza—. Deberás ir a verla personalmente, cariño. Yo no puedo dejar a mamá sola tantos días. Tendrás que ser tú quien lo averigüe todo.

—Lo sé, mamá. Dejaré la mudanza lista este fin de semana, y luego partiré a Viña del Mar. ¿Por qué no llamas a tus tíos para preguntarles si saben algo sobre el embarazo de su hermana?

Mi madre asintió y se dispuso de inmediato a hablar con ellos. Mientras, yo me preguntaba sobre lo poco que conocía acerca de la vida de mis antepasados, sus secretos, sus sueños, sus penas y alegrías.

Tomé la fotografía de mi abuela y la miré otra vez, buscando en ella las respuestas en aquellos ojos jóvenes cargados de otoño.

—Nadie sabe nada —dijo mi madre devolviéndome a la realidad—. Tendrás que ir a ver a la tía Nora, Domingo. Necesito saber qué pasó con ese hijo. Necesito conocer la verdad.

Capítulo 2

Tres días después, luego de dejar a Oriente a cargo de mi madre, conducía por la carretera hacia la costa, rumbo a un hotel en Viña del Mar. Me sentía exaltado, casi emocionado, y con la incertidumbre que produce enfrentarse a lo desconocido, no sin cierto temor de lo que me podía encontrar allá, y con una necesidad primaria de conectarme con mis raíces a través de la música. Sherezade sonaba a todo volumen en la radio de mi vehículo.

Llevaba en la maleta solo lo imprescindible: algo de ropa para unos cuantos días, mi viejo ordenador, un libro, y la caja de mi abuela cuidadosamente envuelta, como única esperanza de encontrar las respuestas que tanto me carcomían.

La discusión con mi novia había sido monumental. No se tomó nada bien que partiera sin ella a averiguar los secretos de mi familia, que por lo demás, a ella no le gustaba nada. Laura siempre se quejaba de que éramos escandalosos y exagerados para todo. Las comidas familiares eran verdaderos banquetes, porque para nuestra cultura era inconcebible que alguien pasara hambre. El cariño, de alguna manera, se demostraba siempre a través de la preparación de los alimentos, que por lo demás, requerían de una buena cantidad de horas de trabajo en su elaboración. Todavía recuerdo de niño a las mujeres mayores de la familia, sentadas en la cocina ahuecando las papas, o rellenando las tripas de cordero entre risas y confidencias. Luego echaban a cocer cuanto cosa se pudiera rellenar, dentro de una olla con especias de todo tipo. El aroma de nuestra cultura, de la familia, de los momentos felices y también tristes, seguían persistiendo en mi memoria gracias también a mi madre, quien nunca dejó de mantener viva la tradición, y se empeñó en enseñarme cuanto sabía, una vez se resignó a tener tan solo un hijo varón.

Me instalé en la habitación con vista al mar, y dejé mi ordenador en el escritorio que solicité cuando hice la reserva. Miré la hora del reloj y decidí comer algo antes de ir a visitar a la tía Nora. Por suerte mi madre guardaba en su libreta la dirección de su casa.

Dos horas después insistí en llamarla para avisarle que iría a visitarla, porque no quería llegar de improviso. Sin embargo, nuevamente cuando me contestó, se negó a darme información.

Frustrado por no obtener respuestas, me senté en la cama y me pasé las manos por la barba corta y rasposa que solía utilizar.

El teléfono volvió a sonar, y la foto de Viviana, mi editora, apareció parpadeando con insistencia, como diciéndome «Contesta la llamada».

—Viviana —respondí lacónico.

—Ya era hora, Domingo. Llevo días intentando dar contigo. ¿Va todo bien? —preguntó preocupada.

—Sí, lo siento. Me ha surgido algo y no he podido devolverte las llamadas —dije revelándole a medias la verdad, porque, en realidad, no quería admitir que mi manuscrito estaba en las mismas condiciones que en la semana anterior; en blanco.

—¿Le ha pasado algo a tu abuela?

—No. Estoy con un asunto familiar ahora mismo, pero apenas tenga algo, te lo haré llegar.

—Domingo. —Suspiró con cansancio—. Sabes que te estimo y que confío en tu trabajo, pero estás atrasado; muy atrasado con las entregas, y estás al corriente de que los plazos deben

cumplirse. Te demoras tú, después yo, y luego todos los demás que colaboran para que tus libros vean la luz. En consecuencia...

—Lo sé, lo sé y lo siento, Viviana —la interrumpí—. Dame un poco más de tiempo y te prometo que pronto tendrás en tus manos parte de una gran historia. Solo necesito resolver algo antes, porque no consigo enfocarme en mi trabajo como quiero si no lo soluciono.

—Me estás preocupando. ¿Ha pasado algo?

Viviana no era solo mi editora, sino que también una gran amiga, pero yo no me sentía con ánimos de explicarle ni a ella ni a nadie lo de la fotografía de mi abuela Amira. Lo único que tenía claro, era que necesitaba respuestas para encontrar el equilibrio perdido, y que, por lo demás, me estaba generando algo que se estaba volviendo una necesidad. Decidí mentirle y así quitármela de encima por algunos días.

—Son asuntos que tienen que ver con el negocio familiar. Nada de qué preocuparse, pero soy yo quien se encarga de eso, ya que ahora mismo mi madre está centrada en acompañar y apoyar a mi abuela en su recuperación.

No era que su diagnóstico fuera muy positivo, pero con los cuidados adecuados y el cariño de la familia, mi abuela había conseguido tener una evolución muy favorable. Ahora conseguía decir algunas palabras, aunque costaba la vida comprenderlas.

—Entiendo. Te doy una semana, pero ni un solo día más. ¿De acuerdo?

—Gracias, Viviana. No sabes cuánto te lo agradezco. Una semana; lo prometo.

Mi ánimo mejoró considerablemente al escuchar sus palabras, pues eso me daría un respiro, y quizás también conseguiría algo de inspiración con el cambio de aire y la ruptura de la rutina. La brisa marina y el azul del mar podían hacer verdaderos milagros a la hora de crear.

Me recosté en la cama y cerré los ojos, dispuesto a dormir una pequeña siesta antes de planificar un encuentro con la tía Nora. Nuevamente mi teléfono sonó, sobresaltándome, lo que me hizo soltar una palabrota para nada amigable. Era un número desconocido. Estuve a punto de no contestar la llamada, sin embargo, me vi cogiéndolo casi por inercia y respondiendo al instante.

—¿Diga?

—¿Hablo con el nieto de Amira Hassan? —escuché que decía una voz de mujer, casi musical.

—Con él.

—Soy Estrella Lara; la nieta de Nora Zidan —se presentó—. Me preguntaba si podrías venir a casa a visitar a mi tía. Ha estado algo alterada desde que llamaste, y la he convencido de que es mejor que te reciba y pueda hablar contigo personalmente.

Era imposible para mí describir el júbilo que sentí en aquellos momentos. Incluso me puse de pie, ansioso, y me obligué a tomar respiraciones profundas, para que mi voz sonara normal y no delatara mi nerviosismo.

—Iré encantado a verla; ahora mismo si se puede.

—Perfecto. Te daré la dirección.

Fui incapaz de decirle que ya la había conseguido con mi madre. No quería que pensara que era un obseso, aunque igual me sentía un poco así.

—Gracias, Estrella. Llegaré en unos quince minutos. Me hospedo a unas pocas cuerdas de tu casa.

Eché un vistazo a mi atuendo y consideré que estaba bien para la ocasión. Solía utilizar pantalones de tela y camisas de un color. En realidad mi ropa era algo tradicional, ya que a mi novia no le gustaba mucho que vistiera informalmente. Revisé el afeitado de mi barba. Solía

utilizarla corta y bien ordenada. Luego me miré al espejo, y con la mano me ordené el pelo, que parecía estar más negro que nunca. Mis ojos oscuros tenían un brillo que llevaba tiempo sin observar en mi reflejo. Reconocí la emoción; era alegría.

Quince minutos después tocaba el timbre de una bonita casa blanca, con un jardín colmado de flores de todo tipo. El colorido era impresionante. La puerta de entrada se abrió con un mecanismo automático, y una mujer, a todas luces con raíces árabes, salió a recibirme con una sonrisa amable, pero que no ocultaba su nerviosismo.

—Gracias por venir. Por cierto, soy Estrella, la nieta de Nora.

—Encantado de conocerte, Estrella. Soy Domingo Yáñez, el nieto de Amira —le dije alegremente, y ella me sonrió con algo parecido a la timidez.

Se acomodó el pelo rubio detrás de la oreja, en un gesto natural que resaltó su feminidad. Sus movimientos eran pausados, acordes también a su voz. Una voz que estaba hecha para amenizar. Me llamaron la atención sus ojos. Eran azules y almendrados, los que destacaban no tan solo por su intensidad, sino que también por las cejas gruesas, arqueadas y bien definidas, que no le quitaban en ningún caso la delicadeza a la expresión de su rostro.

Ingresé a un salón excesivamente decorado, inundado de objetos con los que me sentía muy familiarizado. Las pinturas eran un viaje al medio oriente, y estaban por todas partes. Las figuritas que adornaban los estantes y la mesa de centro, las que no eran pocas, brillaban por el color dorado que predominaba en ellas. En una esquina divisé un laúd apoyado sobre un cojín, y de inmediato en mi mente visualicé a mi tío Emir, uno de los hermanos de mi abuela, amenizando aquellas tardes de fiesta con su alegre música. Por un momento me sentí un niño otra vez. Pero lo que más me hizo sentir cómodo, fue el aroma del café recién preparado.

—Toma asiento —me indicó Estrella con una mano—. Iré por mi Nori.

Hice lo que me pedía y puse la caja de la abuela a mi lado en el sillón. Luego crucé las manos en un gesto de nerviosismo. Centré mi atención en las motas de polvo, que flotaban entre los rayos de luz del sol que se infiltraban por la ventana. Mi pierna comenzó a vibrar. Me obligué a tomar inspiraciones y a mantener la calma, y cambié de posición.

Segundos después apareció una mujer mayor, con el cabello por completo cano, caminando hacia mí y ayudándose con un bastón. Su rostro era gentil, pese a estar surcado por los años, y su mirada me envolvió como una manta, acogiéndome con lo que pude detectar como emoción. De inmediato di un respingo y me puse de pie.

—Cuánto has crecido, muchacho —la escuché decir con una voz que me sorprendió por su fuerza—. Ven, acércate a mí para observarte mejor.

Estrella la acomodó en un sitio, y yo me aproximé a la tía Nora, algo más relajado por su recibimiento. En algún momento llegué a pensar que ella no se tomaría bien mi visita, pero no fue así. Era amable conmigo.

Puso sus manos cálidas y arrugadas en mi rostro, y me miró con intensidad. Yo le sonreí.

—Es un gusto conocerte, tía Nora —dije por fin cuando me sentí capaz de hablar.

—Ya nos conocíamos, pero eras demasiado pequeño para recordarlo —me aseguró palmeándome el rostro con afecto. Luego me soltó y yo me acomodé a su lado—. Eres muy parecido a Amira. Y bastante guapo también. ¿Ya te has casado?

—No. Sigo soltero —le informé sonriendo.

—Mi nieta también —agregó. Miré a Estrella y comprobé con algo de satisfacción que se había sonrojado. Luego se dirigió a ella—. Cariño, trae café y un plato con *ma'amul*.

Estrella se puso de pie, asintiendo, y a los pocos minutos regresó portando una bandeja con café y galletas árabes. A mí se me hizo agua la boca de inmediato.

—Me encanta el *ma'amul* —reconocí alegremente. Ya a esas alturas el nerviosismo había sido reemplazado por la expectación—. Mi abuela siempre me las preparaba.

—Pues estas las hizo mi nieta, y es la receta de Amira. Así que creo que te podrían gustar. Sírvela, por favor.

Y así lo hice. La mezcla de la deliciosa galleta rellena con nueces, y el café, negro como el carbón, consiguieron que me sintiera en casa y en familia.

—Están buenísimas. *Shukran* —agradecí a las mujeres, y percibí que a Estrella pareció complacerla el cumplido, porque me sonrió.

—Primero, quiero disculparme contigo por haberme negado a hablarte antes —se explicó la tía Nora con más seriedad—. Tu llamada me pilló desprevenida, y también lo que me dijiste sobre aquella fotografía.

—Lamento mucho tener que importunarte con esto, tía, pero desde que encontré la foto entre las cosas de mi abuela, no deja de darme vueltas en la cabeza el asunto, y necesito saber. Mi madre está tan conmovida como yo. ¿Tú sabes lo que pasó con ese hijo?

Observé a la tía Nora fruncir el ceño y tomar una honda inspiración. Luego se acomodó los anteojos y clavó su mirada gentil en mí.

—Llevo muchos años guardando el secreto de mi amiga Amira. Muchísimos años, y nunca conseguí convencerla de que le revelara la verdad a su familia.

—¿Qué te ha hecho cambiar de opinión?

—Tú, quizás. No lo sé. Quiero que mi amiga sea feliz. Tal vez esto esté pasando por algo —dijo convencida de que era así—. Mi nieta ha insistido en que hable contigo sobre este asunto, que lleva años inquietándome.

—Y yo te agradezco que lo hagas. Y mi madre también.

—Esa es la caja de Amira —aseguró—. ¿Me dejas verla?

Yo asentí y se la puse en el regazo. Luego la ayudé a abrirla. La tía Nora se emocionó al ver el contenido dentro, y reconoció sus cartas.

—Todavía las conserva, después de tantos años —comentó con los ojos llenos de lágrimas.

Acarició también la imagen de la fotografía, en donde aparecían ambas siendo casi unas niñas, y luego se perdió en sus recuerdos durante algunos segundos mientras observaba a su amiga con el vientre abultado.

—¿Qué sabes de tu familia? —me preguntó.

—No mucho. Que mis bisabuelos llegaron a Chile en busca de mejores oportunidades; que emprendieron un negocio en Patronato gracias a tu familia, y que, pese a las dificultades y la barrera del idioma, fueron felices.

—Y de tu abuela, ¿qué piensas de ella?

—Siempre la he visto como una mujer fuerte, decidida y luchadora, pero hay algo en ella que deja entrever cierta vulnerabilidad. No sé lo que es.

—Bueno. Hay algo de cierto en eso, pero creo que para que puedas comprender mejor a tu abuela, deberás saberlo todo desde el principio, y que Dios me perdone y ella también, porque ya no quiero guardarme esto por más tiempo. ¿Estás listo para viajar al pasado?

—Sí, tía. Estoy listo.

Capítulo 3

Diciembre de 1918, Santiago de Chile

Abdul Hassan, un sirio de veintiséis años de edad, acababa de llegar a la ciudad de Santiago de Chile junto a su esposa Salma Yasin, desde Buenos Aires, Argentina. Previo a esto, el matrimonio realizó un largo viaje en barco, después de haber vendido todas sus pertenencias y dejado cuanto conocían en su país natal, con el único fin de buscar mejores condiciones de vida.

Tomar la decisión no había sido nada fácil, pero Abdul finalmente se arriesgó, porque ya lo esperaban en Chile algunos amigos y primos que, antes que él, llegaron buscando lo mismo, luego de escuchar la experiencia de otros que los antecedieron.

El proceso fue difícil, y la suma del dinero que cargaba encima era cuantiosa e indispensable para emprender con un negocio, y también para darle a su esposa un hogar digno donde vivir. Un hombre debía mantener a su familia, porque eso era lo correcto. Y aunque el viaje en la clase económica no careció de incomodidades, la ilusión de un nuevo comienzo en una tierra fértil amortiguó todas aquellas nimiedades.

El Barrio Patronato, conocido lugar destinado al comercio en una zona central de la ciudad de Santiago, fue el sitio donde finalmente se instalaron con su mujer, gracias a la ayuda que le otorgaron sus vecinos y amigos de infancia, la familia Zidan.

Los Zidan fueron personas fundamentales en el proceso de adaptación en esta tierra desconocida y que, culturalmente, se diferenciaba de una manera abismal a la suya, partiendo por el idioma; una barrera importante que se vieron obligados a derribar y así poder emprender con éxito cualquiera de sus proyectos, y ganarse la vida honradamente.

Dos años después nació el primer hijo del matrimonio Hassan, con la ayuda de Julia, la esposa de Nader Zidan; y María, una de las empleadas de la familia.

Cuando Abdul vio por primera vez a su hijo, se sintió orgulloso de su robustez y del grito vigoroso que escapó de sus labios.

—Mi hijo se llamará Omar Hassan —expresó con orgullo por haber engendrado a un varón.

La recuperación de Salma, posterior al parto, fue bastante buena, gracias a las atenciones de su amiga Julia. Esta se preocupaba de visitarla con frecuencia, y también la ayudaba a reforzar el idioma español. Para Abdul el aprendizaje de esta nueva lengua fue más rápido, ya que comercializaba a diario con los chilenos, y se veía en la necesidad de darse a entender. Salma, por el contrario, se quedaba en casa haciendo los quehaceres del hogar, y ahora cuidando a su primer hijo, lo que postergó el aprendizaje de la lengua.

En el año veintidós nace el segundo hijo del matrimonio Hassan. Un varón casi tan fuerte como el primero. Abdul lo llamó Emir. En tanto Omar, su hermano mayor, ya contaba con dos años de edad y le gustaba pasar el tiempo con su padre más que con su madre, lo que permitió a Salma fortalecer el vínculo con su nuevo hijo sin ninguna dificultad.

Para Abdul Hassan no había dicha más grande que tener dos hijos varones que pudieran continuar con el apellido y el legado familiar. Pero casi un año después, en diciembre de 1923, Salma comienza a sentirse indispuesta y manifiesta los primeros síntomas de un inminente parto,

que, además de adelantarse un par de semanas, casi no dio tiempo para recopilar todo lo necesario para su apropiada atención.

—¡María! —gritó Abdul a la empleada doméstica de la familia, quien llegó corriendo hasta su habitación, alertada por los gritos de su alterado patrón—. ¡Ve por Julia! ¡Mi mujer va a dar a luz!

—Sí, don Abdul —asintió saliendo de inmediato—. Regreso enseguida, señor.

Mientras Abdul se paseaba de un lado a otro, nervioso y rezando en su lengua natal para que todo saliera bien, Salma se quejaba por los dolores que le ocasionaban las contracciones. Estas parecían aún más intensas que en las ocasiones anteriores en que dio a luz a sus hijos. Todavía no amanecía, pero ya el color del cielo estaba perdiendo poco a poco su negrura.

Abdul se relajó cuando escuchó la voz de sus amigos llegar. Julia ingresó corriendo en la habitación para atender a Salma. María le siguió detrás; y Nader Zidan se llevó al ansioso padre a otro salón, dispuesto a acompañarlo con un buen *Arak*, un destilado propio de la cultura del medio oriente, mientras llegaba la criatura al mundo.

No habían pasado ni quince minutos cuando María se asomó por la puerta del salón principal, captando la atención del nervioso padre.

—¿Ya nació mi hijo? —preguntó con ansiedad, al tiempo que el llanto casi inaudible de un bebé se escuchaba en la habitación principal.

—Sí, señor —respondió la mujer con una sonrisa—. Es una niña.

Abdul frunció el ceño, algo decepcionado, y luego fijó la atención en el contenido lechoso del vaso. Hizo girar los hielos con un leve movimiento, y después se bebió el líquido de golpe.

—Felicidades, amigo. —Nader le palmeó el hombro—. Ve con tu mujer y conoce a tu hija.

Abdul asintió y se dirigió hasta la habitación con desánimo. A Salma se le veía agotada, pero feliz. Sin embargo, no le pasó inadvertida la mirada cautelosa que ella le destinó. Esta envolvía entre sus brazos a la pequeña criatura, quien dormía apaciblemente.

Se acercó a su mujer y le besó la frente; y luego de echarle un vistazo rápido a la niña, abandonó el cuarto y bajó junto a su amigo, dispuesto a pasar el disgusto por no haber engendrado un hijo varón, con un buen licor y unos cuantos cigarrillos.

Amira Hassan Yasin creció bajo el amparo de su madre y de su nana María, quien sentía cierta debilidad por ella. Salma se compadecía de su hija, ya que sabía bien el destino que le esperaba por el solo hecho de no haber nacido varón. Ella misma fue concertada en matrimonio siendo una niña, con un hombre que, al menos, no era tan viejo y que llegó a querer con rapidez. Abdul era atractivo, trabajador y la trataba bien. Pero conociendo el carácter machista de su marido, dudaba que su hija Amira lo tuviera tan fácil para cuando llegara el momento de desposarla.

Amira crecía no tan solo en tamaño, sino que también en belleza. De rasgos delicados y carácter afable, la niña se destacaba por su cabello oscuro y salvaje; sus ojos cafés, grandes y almendrados; y una boca bien formada y delicada. Solía ir detrás de sus hermanos e imitar las cosas que observaba en ellos; pero Omar, el mayor, acostumbraba a ser brusco con ella, tal como apreciaba que lo era su padre, porque se empecinaba en parecerse a su admirado progenitor. Emir, en cambio, prodigaba cuidados a su hermana y le gustaba tomarse el tiempo de jugar con ella, mucho más de lo que lo hacía con su hermano. Entre ellos se estableció un fuerte vínculo

desde el momento mismo en que Amira nació.

—No me gusta que Emir pase tanto tiempo con la niña —le había dicho Abdul en una ocasión, a modo de reproche—. Eso debilitará su carácter.

Salma asintió, incapaz de enfrentarse a su marido, y envió a su hijo fuera de la habitación, con el fin de no molestarlo. Este solía caracterizarse por su mal humor y por carecer de paciencia. Ella aprovechaba entonces los momentos en que su esposo se ausentaba, para permitirles a los hermanos interactuar con libertad.

Amira disfrutaba de los días de fiesta. La tarde en que Omar cumplió diez años, su madre junto con María, Julia, y otras mujeres de la familia, prepararon un almuerzo especial para celebrar el acontecimiento, y se pasaron el día movilizandome mesones, sillas, manteles, fuentes con rellenos listos para echar a cocer, y una enorme cantidad de dulces y postres de todo tipo. Abdul quería celebrar a lo grande que su hijo mayor, el primer Hassan nacido en Chile, se desarrollara no solo en fortaleza física, sino que también poseyera las mismas habilidades intelectuales que el padre para los negocios, a pesar de su corta edad.

—¡Amira! —la llamó su nana María—. Ven aquí y llévale a tu hermano un vaso con jugo, que tiene sed.

La niña se acercó, contenta de poder ser útil, y llevó el jugo sujeto con ambas manos, con cuidado de no derramar ni una sola gota. Justo cuando estaba a punto de salir de la cocina, Omar pasó corriendo y chocó con ella, ocasionando que se volcara el contenido sobre su camisa. El vestido que lucía también se manchó.

—¡Mira lo que hiciste, tonta! —le gritó, furioso, dándole un empujón que la hizo caer al suelo.

—Fue sin querer —se defendió Amira.

Pero Omar ya se había alejado de ella, maldiciendo en árabe, igual que lo hacía su padre en ocasiones. Amira se miró el vestido, entristecida por su torpeza, y se puso de pie, conteniendo las ganas de llorar.

—No pasa nada, cariño —la tranquilizó la nana María—. Fue un accidente. Ve a cambiarte la ropa y vuelve aquí, que tenemos mucho que hacer aún.

Amira asintió y salió caminando, con la cabeza gacha, a hacer lo que le habían dicho. Al pasar por la escalera observó a Omar riendo con uno de los primos, anhelando que alguna vez esa sonrisa estuviese dirigida a ella. No lograba comprender qué era lo que ella le había hecho, para que la tratara así, con tanto desprecio.

Pocos minutos después, Amira ingresó a la cocina y ayudó a traspasar los dulces árabes en los platos más pequeños. De pronto vio aparecer a Emir casi en puntillas, con intención de sacar una galleta a escondidas, pero su madre lo pilló justo a tiempo.

—Ya, ya, Emir, que te los has comido todos y no vas a dejar nada para después —lo reprendió con una sonrisa.

—Pero si es el primero que intento sacar, mamá —se defendió con un gesto pícaro, que hacía imposible negarle nada.

—Que sea la última. —Salma se sacudió las manos y meneó la cabeza, divertida por la actitud de su hijo—. Ahora, sale de la cocina.

Emir le sonrió a su madre, y luego pasó por el lado de Amira, quien le tendió una galleta a escondidas. El gesto de alegría que le dedicó su hermano fue suficiente para borrar todo rastro de tristeza que aún albergaba en su corazón.

La casa estaba abarrotada de personas que Amira ya conocía bien. Amigos y primos de sus padres, quienes llegaron antes que ellos, solían reunirse bajo cualquier circunstancia a pasar tardes completas comiendo, bebiendo, jugando a las cartas y riendo, mientras la música de sus ancestros sonaba de fondo. Los numerosos niños corrían de un lado a otro, jugando a la pelota o al pillarse.

La mejor amiga de Amira era Nora Zidan, hija de sus vecinos Nader y Julia. Ambas niñas tenían la misma edad y pasaban las tardes juntas, ya sea cocinando, zurciendo o jugando. Ninguna de ellas iba al colegio, y se limitaban a ayudar a sus madres en las labores del hogar. Los hijos varones, en cambio, asistían a la escuela a aprender las diferentes materias, con el único propósito de prepararlos para hacerse cargo de los negocios de la familia en el futuro.

Amira sintió por primera vez mariposas en el estómago, a la edad de trece años. Se encontraba en el negocio familiar, ordenando las camisas por tallas en los estantes, cuando su madre le pidió que se hiciera cargo de la tienda por un momento. Continuó guardando la mercadería, ensimismada, hasta que escuchó la voz de un joven dirigirse a ella.

—Buenas tardes.

Amira se giró hacia él, y de pronto quedó prendada de unos hermosos ojos verdes, que la miraban con atención. Estuvo a punto de caer del piso por la conmoción.

—¿En qué lo puedo ayudar? —preguntó mientras se pasaba la mano por el pelo, intentando controlar su nerviosismo.

—Busco a Abdul Hassan —se explicó, dedicándole una sonrisa que, a ella, le pareció la más bonita del mundo—. Mi padre le ha enviado unas telas que le encargó.

En medio de su azoramiento, Amira intentó explicarse sin que le temblara la voz. Y es que el muchacho, que debía tener la edad de sus hermanos, la tenía cautivada por su atractivo.

—Mi padre no regresará hasta más tarde, pero mamá viene enseguida —consiguió decir, aunque fue incapaz de sostenerle la mirada.

—Bien. La esperaré —dijo luego de dejar un enorme bolso con telas en el suelo.

Amira no era capaz de hacer ni decir nada. El joven se cruzó de brazos mientras observaba todo a su alrededor con verdadera curiosidad, a la vez que Amira rezaba para que su madre hiciera pronto su aparición.

—¡Ah! Hola, Kamal —lo saludó Salma con entusiasmo—. ¿Traes el pedido?

—Sí, señora. Dice mi padre que a fin de mes llegarán las otras telas que le encargó.

«Kamal», repitió su nombre internamente, para atesorarlo dentro de su pecho.

Lo observó cargar nuevamente el bolso y sacar su contenido, dejándolo ordenado sobre uno de los mesones del fondo. Luego Kamal escribió en árabe un mensaje para su padre.

—Aquí está el detalle del pedido —se explicó mientras su madre guardaba la nota en uno de los cuadernos de registro.

—Gracias, Kamal. Nos vemos pronto.

El joven abandonó el negocio, no sin antes destinar una mirada penetrante a Amira, quien se ruborizó de inmediato. Salma pareció no notarlo, porque prosiguió ordenando las corbatas.

—Despierta, chiquilla. Faltan todas esas camisas todavía.

Eso pareció despabilarla, porque se puso de inmediato a continuar con lo que estaba haciendo antes de que su corazón se sometiera al galope rítmico, al ver a Kamal por primera vez.

Luego de aquella ocasión, Amira esperaba ansiosa la llegada del día en que Kamal hiciera su aparición en el negocio, con la entrega de las telas que le encargaba su padre. El conocerlo no

solo despertó un sentimiento nuevo y desconocido en su interior, sino que también se vio en la necesidad de pulir su escritura, tanto en árabe como en español. Le avergonzaba que Kamal se enterara de que apenas sabía hacerlo. Su hermano Emir la ayudó con eso, y poco a poco, Amira fue demostrando ser mucho más inteligente y hábil de lo que su padre y Omar pensaban.

—Te gusta Kamal Saud —le había dicho su amiga Nora, una vez que la observó mirarlo abandonar la tienda de sus padres.

—¿Qué?! —chilló con nerviosismo—. ¡No!

—Claro que sí —insistió su amiga—. Es cosa de verte cuando lo miras. Como si fuese un pastel bañado en almíbar.

—Es... lindo, pero no me gusta. Son sus ojos.

—Ya, claro. —Nora cogió un bolígrafo y comenzó a escribir notas en un papel. Luego, como si no le importara, le dijo—: Su padre es muy amigo del mío. Según lo que sé, Kamal perdió a su madre al nacer.

—¿De verdad? —preguntó con voz compasiva—. Qué triste. ¿Y con quién vive? ¿Quién les cocina?

—Bueno, tiene una tía que se encarga de esas cosas —se explicó mirándola atentamente—. ¿Le vas a cocinar tú?

—¡No! —respondió avergonzada mientras Nora le sonreía con picardía—. Pregunto por curiosidad, nada más.

—Deberías prepararle *ma'amul*. Te queda delicioso. Además, a los hombres se les conquista por el estómago.

Amira escuchó las palabras de su amiga, y llegó a la conclusión de que ella tenía razón. Esperaría la visita de Kamal a la tienda para ofrecerle un dulce árabe, que le permitiera tener algo más de conversación con él.

Dos años después, cuando Amira tenía quince y Kamal dieciocho, este pareció notar que ya no era una niña, y comenzó a demostrar interés en pasar más tiempo con ella, no tan solo en la tienda, sino que fuera de ella. La familia de Amira, en especial su padre y su hermano Omar, eran muy estrictos con ella y no la dejaban pasar tanto tiempo fuera de casa, a menos que estuviese acompañada por su amiga Nora o por la nana María. Pero los jóvenes siempre encontraban la ocasión para pasar algo de tiempo juntos y a solas, gracias a su amiga y a su hermano Emir, quien adoraba ver feliz a su hermana pequeña.

Como todos los jueves, Kamal se dejaba caer en el negocio familiar de la familia Hassan, no solo para dejar las telas que le encargaba el padre de Amira, sino que también para poder compartir miradas cómplices con ella, y comer los pastelitos que le preparaba con tanto cariño. Amira esperaba ansiosa aquellos fugaces encuentros, siempre cuidándose de que nadie se diera cuenta de su interés en el muchacho.

Kamal le tomó la mano por primera vez un día de lluvia en que la llevó a ver una obra de teatro. Amira se refugió bajo el paraguas que él portaba en la otra, y se dejó abrazar para protegerse de la humedad.

Una vez que ingresaron al teatro, que se encontraba casi vacío, se sentaron en las butacas a esperar. Amira se dedicó a observarlo con especial atención. El espectáculo comenzó, y ella, incapaz de despegar la vista de su varonil rostro, hizo un recorrido visual por su cabello negro y ondulado, la piel oscurecida, la nariz recta y los labios gruesos y bien definidos, y se preguntó que cómo sería ser besada por ellos. En su rostro lucía una barba corta bien ordenada, que lo dotaba de un mayor atractivo todavía. Era fuerte, atlético y mucho más alto que ella. Y cuando él la miró y la sorprendió observándolo con tanta atención, posó una mano cálida en su mejilla, se

acercó a ella con lentitud, y la besó por primera vez, marcándola a fuego con ese ligero contacto de sus bocas, que pronto se tornó profundo y anhelante. Después de eso, Amira nunca volvió a ser la misma. Se vio invadida por una inmensa felicidad. La felicidad de sentirse amada por el amor de su vida, el hombre de sus sueños, el dueño de su corazón.

Capítulo 4

Enero de 2008, Viña del Mar

Mi abuela Amira se había enamorado de un joven comerciante, a la edad de quince años. Ni siquiera podía imaginar lo que eso significaba para ella. Yo, a esa edad, todavía pensaba en jugar a la pelota con mis amigos, o quizás en perderme en las páginas de algún buen libro. Pero mi abuela no. Ella solo tenía ojos para un muchacho que se había adueñado de su corazón, y su vida entera giraba en torno a él.

El sonido del teléfono me devolvió con fuerza a la realidad, interrumpiendo el relato que, admito, me tenía fascinado.

—Lo siento, tía Nora —me disculpé poniéndome de pie—. ¿Me permites unos minutos? Debo atender esta llamada.

—Claro, hijo. Tómate tu tiempo.

Esbocé una sonrisa que no llegó hasta mis ojos. Por alguna razón que no comprendí en ese instante, no quería que me escucharan hablar con mi novia.

Salí al antejardín y me alejé para que no pudieran oír mi charla, o discusión. Todavía no sabía bien el tipo de conversación que tendría con Laura.

—Domingo —espetó molesta cuando le contesté—. He esperado todo el día tu llamada. ¿Se puede saber dónde estás?

—Me encuentro visitando a una tía. Una amiga de mi abuela —le expliqué con el fin de que dejara de acosarme—. Te dije que venía a Viña del Mar porque tenía un asunto familiar que atender.

—Siempre hay algo más importante que yo, Domingo. Si no es tu madre, son tus libros; si no son tus libros, es Oriente, tu perro —se quejó. Yo no le discutí, porque en cierta medida tenía razón. Me costaba mucho ceder ante los intereses de ella, que, por lo demás, no se parecían en nada a los míos—. Me aburrí —continuó quejándose—. Te llamo para avisarte que me voy unos días a Valdivia con mis amigas del trabajo, así que, es posible que no tenga muy buena señal allá.

La escuché bufar, molesta, pero ignoré el reproche implícito en su voz cuando me dijo que se iba sin mí.

—Pues que lo pasen muy bien —le respondí, ansioso por cortar la llamada y volver adentro.

—¿Es en serio? —protestó con impaciencia—. ¿No te importa que me vaya con mis amigas y que no nos veamos en días?

Esto se ponía cada vez peor. La conocía bien y sabía que no se quedaría tranquila hasta que le diera la razón, pero yo no me sentía con ánimos de entrar en su juego. Tomé una inspiración profunda y le dije lo que pensaba, apenas conteniendo mi mal humor.

—Mira, Laura —dije botando el aire despacio—. Me parece perfecto que te vayas con tus amigas. Ya te he dicho que esto es importante para mí; que tengo cosas que hacer. Estos días separados nos harán bien a los dos. Ve y disfruta. ¿De acuerdo?

—Ese es el problema, Domingo. Que siempre buscas excusas para estar distanciado de

mí. —Se hizo un silencio incómodo entre nosotros—. Llámame cuando puedas. Adiós.

No tuve tiempo de decirle nada, porque ya me había cortado. Me ordené el pelo con la mano y miré hacia la ventana. Estrella me observaba a través del cristal, pero esquivó la vista apenas se encontraron nuestros ojos.

Entré nuevamente en la casa y me senté en el mismo sitio que ocupé con anterioridad.

—¿Todo bien? —me preguntó la tía Nora mientras me observaba con atención.

—Sí, tía. Todo bien —le respondí.

—Cariño —le pidió a su nieta—, ¿me puedes traer algo para el dolor de cabeza?

Estrella me miró con un gesto de disculpa, y luego hizo lo que se le pidió. Yo la observé marchar, incapaz de despegar mis ojos del agraciado movimiento de su cuerpo. Entonces la tía Nora captó mi atención. Me había hablado, pero yo apenas entendí lo que me dijo, perdido en la mujer y en su figura.

—¿Me decías algo, tía? —Pude sentir mi rostro enrojecer cuando observé su expresión. Ella me había sorprendido admirando a su nieta sin ningún disimulo por mi parte—. Perdona, no entendí lo que me dijiste.

—Te preguntaba si te has hecho una idea de lo que fue para tu abuela crecer en esa familia.

—Sí. Debió sentirse sola, y mi tío Omar no era muy agradable con ella tampoco —admití, aunque eso era algo que siempre percibí en él.

Un distanciamiento no tan solo físico con mi abuela. Incluso ahora que ella estaba enferma, era poco dado a visitarla. No así su hermano Emir, quien iba casi siempre a acompañarla, pese a su avanzada edad.

—Ser mujer en esa época no era nada fácil para nosotras. Súmale a eso el machismo de nuestra cultura —admitió mientras se acomodaba los anteojos en la nariz. Estrella se acercó a ella y le pasó un vaso con agua y una píldora para el dolor de cabeza. Después de bebérsela sin dificultad, me preguntó—: ¿Y tú? ¿Eres de los que te hacen todo también?

—No —le respondí sonriendo—. A mi madre le gusta atenderme, como a todas las madres, pero desde niño me metió en la cocina con ella, y se empeñó en que yo aprendiera a valirme por mí mismo. Las hojitas de parra me quedan bastante bien envueltas.

—¡Vaya! —exclamó sorprendida—. En eso debió influir tu padre, que en paz descanse.

—O puede que no le quedara otra, ya que nunca tuvo una hija mujer —agregué sonriendo.

La risa suave y musical de Estrella desvió mi atención hacia ella otra vez. Por un momento me perdí en la blancura de sus dientes, y en el hermoso color azul de sus ojos. Luego miré la hora y me percaté de que ya era bastante tarde, y que era probable que la tía Nora estuviese cansada de tanto hablar.

—Será mejor que me vaya —dije poniéndome de pie—. ¿Podemos continuar mañana? Me gustaría mucho saber qué pasó luego entre Kamal y mi abuela Amira.

—Claro que sí. Te espero a la misma hora. —La tía Nora se puso de pie y extendió su mano cálida hasta posarla en mi mejilla—. Tu madre te ha enseñado bien. Me alegro mucho de que estés aquí.

Estrella hizo amago de ayudarla, pero la tía Nora le hizo un gesto con la mano para que me acompañara.

—Pero, Nori. Déjame ayudarte.

—Nada de eso. Ve con él y salgan a pasear un rato. Ustedes son jóvenes todavía.

Me sentía igual que un chiquillo inexperto cuando estaba junto a Estrella. Ella poseía

algo que me gustaba mucho, pero no lograba dar con el qué.

Salimos hasta la reja de entrada y Estrella se cruzó el chaleco por delante para cubrirse del frío. Luego me sonrió de esa manera tan natural que había observado en ella.

—Espero que hayas podido encontrar lo que buscabas al venir aquí.

Apenas le escuché decir eso, en mi mente apareció una frase que hacía alusión a ella. Luego descarté esos pensamientos, que por lo demás, no tenían ningún sentido. Sin embargo, no quería marcharme todavía.

—¿Te apetece dar un paseo? —me sorprendí preguntándole de pronto.

Ella pareció pensárselo por una fracción de segundos. Por un instante, me sentí vulnerable ante su respuesta.

—Está bien, pero solo un momento.

Juntó la reja tras de sí y caminó a mi lado. Luego se cerró el chaleco un poco más. Una brisa fría me golpeó con suavidad en el rostro, filtrándose por el cuello de mi camisa. Eso me hizo suponer que, quizás, ella tenía algo de frío.

—Toma, ponte mi chaqueta —le ofrecí y se la puse detrás de los hombros.

—Gracias. —Me sonrió—. ¿A qué te dedicas cuando no estás indagando sobre la vida de tu abuela?

—Soy escritor de novelas de ficción.

—¿De verdad? —dijo clavando su mirada azul en mí. Su interés me pareció genuino—. No he leído nada tuyo. ¿Hay alguno que me recomendarías?

—Cualquiera, pero mi favorito es *El secreto del soldado rojo*, aunque no sé si es un libro para ti.

—¿Por qué no?

—Es un tanto crudo y perturbador. Guerra, traumas, muertes y todo eso —le expliqué, a sabiendas de que podría no ser el tipo de novelas que a ella le podrían gustar.

—Qué interesante —me sorprendió—. La leeré.

Le sonreí gratamente complacido de que quisiera leer mi libro. Laura todavía no había leído ninguno de ellos. Es más, no creía que los llegara a leer alguna vez.

Por un momento, me sentí ansioso por conocer su opinión. Incluso me invadió algo de temor. Quería agradarle; era como si necesitara su aprobación para continuar confiando en mis capacidades como escritor.

—Y tú, ¿qué haces cuando no cuidas a tu abuela?

—Soy psicóloga infantil. Tengo mi consulta justo al lado de mi casa.

—Eso sí que es interesante. ¿Te gusta tu trabajo? —le pregunté cuando nos detuvimos en una esquina de la calle para cruzar.

—No es fácil, pero me encanta lo que hago —comentó con una sonrisa.

Hacía tiempo que no me sentía tan tranquilo y cómodo con alguien como lo estaba con ella. Estrella tenía una voz pausada que conseguía someterme en un estado casi hipnótico. Era muy sencilla, y utilizaba ropa que le otorgaba comodidad. Casi no usaba maquillaje en el rostro y sus zapatos eran deportivos. Nada de tacones.

Me habló de su infancia y de la sencilla vida que llevaba junto a su abuela. No tenía novio y faltaba poco para que cumpliera veintinueve años. Yo me sorprendí revelándole cosas de mi vida que ni siquiera a Laura le había contado alguna vez. Le confesé que tenía novia y que, últimamente, las cosas estaban algo tirantes entre nosotros. Después de revelarle eso me sentía mucho mejor conmigo mismo, y quizás menos desleal con Laura, a quien casi no le había dedicado ningún pensamiento mientras paseaba por las hermosas calles de Viña del Mar junto a

Estrella.

Apenas regresé al hotel, encendí el ordenador y comencé a escribir de manera casi frenética, en un intento por registrar cada una de las ideas que se me venían en oleadas a mi cabeza. Era como si hubiera encontrado a la musa perdida y quisiera retenerla a toda costa. El reloj marcaba la una de la madrugada cuando finalicé. Estaba tan ensimismado que perdí toda noción del tiempo.

Complacido por el resultado de mi trabajo, me puse de pie, saqué una bebida gaseosa del frigobar, y luego de beberla casi de tirón, me acosté. Me sentía tranquilo y esperanzado. Tranquilo porque estaba conociendo aspectos de la vida de mi abuela que eran muy valiosas. Cosas que nadie sabía, a excepción de su mejor amiga. Ansiaba poder conocerlo todo sobre la misteriosa Amira. Y esperanzado, porque la historia que me traía entre manos se había encausado. Por fin escribiría algo bueno otra vez. Y con esa certeza me dormí, perdido en los recuerdos de mi niñez.

A la mañana siguiente, mi ánimo era de lo mejor. Como no había traído ningún ejemplar de alguno de mis libros, busqué una librería y compré el que le había recomendado a Estrella. Luego le escribí un mensaje en la primera hoja, y lo envolví en papel de regalo. Regresé a encerrarme en la habitación y a escribir como un poseso. Me complació darme cuenta que mi musa inspiradora se hallaba a mi lado, y que no tenía intenciones de abandonarme, por lo que pude deducir. Escribí por horas, hasta que mi estómago rugió de hambre. Recién entonces me percaté de lo inmerso que me encontraba en mi mundo.

Bajé a almorzar algo rápido y luego hice intentos por comunicarme con Laura. Fue inútil. No tenía señal. Regresé a la habitación por el regalo, y salí presuroso a la calle, ansioso por saber más sobre la vida de mi abuela.

Cuando llegué a la casa de la tía Nora, esta me hizo pasar y luego se sentó en el mismo sitio que el día anterior.

—He dejado el café en la cocina. ¿Podrías traerlo? —me pidió con una sonrisa que podría conseguirlo todo. Asentí y fui por la bandeja, que además del café, tenía trozos de bizcochos con anís. El olor inundó de inmediato mis fosas nasales—. Mi nieta está con un paciente, pero regresará pronto.

Hice intentos por ocultar la decepción que me causó no encontrarla allí. Y todo porque estaba ansioso por entregarle el libro de regalo.

—Estoy deseando escuchar lo que pasó entre Kamal y mi abuela —le hice saber.

Ella asintió. La puerta principal se abrió y Estrella me saludó con una sonrisa.

—Ah, ¿me perdí de algo, Nori? —preguntó acercándose a su abuela y besándola en la mejilla. Luego me dio un beso a mí.

—No. Aún no comenzamos —le expliqué. Luego saqué el paquete de regalo y se lo entregué—. Es para ti. Espero que lo disfrutes.

Estrella desenvolvió de inmediato el libro y lo abrazó contra el pecho, emocionada. La tía Nora nos observaba en silencio.

—Muchas gracias. No tenías por qué hacerlo.

—Sí. Yo creo que sí —le dije sonriendo y luego esquivé su mirada azul, antes de sonrojarme como un niño—. ¿En qué quedamos ayer?

—En que Amira y Kamal se besaron en el teatro por primera vez.

Capítulo 5

Abril de 1939, Santiago de Chile

Amira bajó las escaleras corriendo cuando escuchó la inconfundible voz de su amiga Nora. Su hermano Emir la atendió con esa actitud jovial que lo solía caracterizar. Luego de invitarla a pasar, le guiñó un ojo y desapareció del salón, dejándolas a solas. Hacía frío aquella tarde y la estufa a parafina irradiaba un agradable calor. Sobre esta hervía una tetera con agua, la que desprendía vapor con fuerza. Amira la retiró del fuego y preparó dos tazas con café. Después de ofrecerle una a su amiga, se sentó junto a ella en el sofá.

—Te traje esta carta —le dijo Nora, asegurándose primero que nadie las escuchara—. Kamal tendrá que acompañar a su padre al sur, y no podrá verte esta semana. Quiere saber si puedes encontrarte con él más tarde, antes de irse.

Amira se entristeció con la noticia, pero luego de saber que Kamal la quería ver aquel día, se emocionó.

Cogió el papel con cuidado de no arrugarlo, y luego lo leyó con los ojos rebosantes de amor.

—Dice que me quiere y que me extraña.

—Está muy enamorado de ti, Amira. —Le tomó la mano y la miró a los ojos—. ¿Vas a contarle a tu madre que sales con él?

—No puedo —dijo negando con la cabeza—. Tengo miedo de mi padre. Él nunca lo aceptaría. Kamal proviene de una familia muy humilde. —Amira suspiró con frustración—. ¿Por qué nuestros padres son tan distintos, Nora?

Ella se encogió de hombros, a modo de respuesta. Nader Zidan, el padre de Nora, era un hombre afectuoso con su hija. Amira siempre se sintió muy cómoda con él, porque la miraba a los ojos cuando le hablaba, y no a la pared como lo hacía su padre o su hermano Omar. Además, la trataba con mucho cariño, haciéndola reír con alguna broma que improvisaba en el momento cuando se encontraban. Muchas veces deseó que su padre fuese un poco como él.

A lo lejos comenzó a sonar un laúd. Amira pensó que su hermano Emir tocaba muy bien el instrumento. En realidad, era muy talentoso para muchas cosas. Solía dibujar también, pero a su padre no le gustaba que ejecutara actividades tan «femeninas», como decía él.

—Qué bien canta y toca tu hermano; y qué encantador es —comentó con una sonrisa—. En cambio el otro, ¡uf!, es muy desagradable.

Como si lo hubiesen invocado, Omar ingresó por la puerta principal y colgó su chaqueta en un gancho. Luego pasó en frente de ellas, sin siquiera mirarlas.

—Hablando del rey de Roma —comentó Nora con ironía—. ¿Y a ti no te enseñaron a saludar?

Omar se detuvo al escuchar el comentario, destinándole una mirada penetrante. La observó con sus ojos color miel, que parecían haberse oscurecido por la ira que desprendía su cuerpo. Amira pensó que si no fuese tan hostil, su hermano sería mucho más atractivo.

—Te pasas el día metida en nuestra casa. ¿Quieres que te salude cada vez que te vea, como si fueses una princesa? —le respondió con altanería.

—Sí. Con ese carácter que tienes, dudo que alguien quiera casarse contigo alguna vez —aseguró con una sonrisa de satisfacción por provocarlo.

Omar dio dos pasos hacia ella, la recorrió con la mirada —conteniéndose de decir algo inapropiado—, y luego abandonó el salón, golpeando el piso con los pies. Estaba furioso.

Amira botó el aire que ni sabía estaba aguantando, y después le sonrió a su amiga.

—No sé cómo te atreves a enfrentarlo. A mí me intimida mucho.

—Bah, es un pesado. Pobre de la mujer que tenga la desdicha de ser su esposa —dijo Nora mientras se llevaba la taza con café a los labios—. Vendré por ti a las ocho. Si te preguntan a dónde vamos, diles que visitaremos a una amiga mía que está de cumpleaños. Y ponte bonita.

Amira despidió a su amiga y se encerró en su habitación. Luego de mirarse al espejo con una prenda diferente cada vez, se decidió por un vestido grueso, pero que resaltaba su silueta de una manera que la favorecía. Se puso sobre los hombros una manta tejida por su madre, y se pasó con sutileza un delineador en los ojos, resaltando en ellos su color café. En los labios se aplicó brillo con sabor a fresas. Nada muy llamativo. Del interior de una pequeña cajita con joyas, extrajo un par de aros de plata y se los colocó, maravillándose con el destello de las pequeñas incrustaciones que emitían las piedras con el reflejo de la luz. Se perfumó el cuello y sonrió a su imagen, complacida con el resultado.

Apenas llegó su amiga por ella, caminaron calle abajo y se adentraron en los pasajes que, a esas horas, eran iluminados por los faroles. Llegaron hasta la casa de Kamal. Amira lo reconoció por la postura con la que se apoyaba en un poste, de pie, a unos cuantos metros de su hogar. Fumaba un cigarrillo y observaba a los transeúntes pasar, casi con indiferencia. Pero cuando sus ojos se encontraron, Amira sintió el corazón saltarle en el pecho. Los ojos de Kamal brillaron, y la sonrisa que le dedicó fue suficiente aliciente para borrar todo rastro de remordimientos por mentirle a su familia.

—Me voy —anunció Nora besándola en la mejilla y saludando a Kamal con la mano—. El cumpleaños de mi amiga es hasta las diez. A esa hora estaré aquí, para que regresemos juntas.

—Ve con cuidado, y gracias, Nora —le respondió—. No sé qué haríamos sin ti.

La observaron alejarse hasta que desapareció de sus vistas. Kamal arrojó el cigarro al suelo, y la tomó por el rostro con ambas manos para besarla con fuerza. Amira se sentía en el cielo cuando estaba junto a él. Kamal apoyó la frente contra la suya, y luego susurró cerca de su boca dulces palabras en árabe.

—Te voy a extrañar estos días, mi amor.

—Yo también —admitió Amira, perdida en su mirada verde. Luego recorrió su rostro con uno de sus dedos, deleitándose en el tacto de su barba corta y ordenada. Era un hombre muy atractivo, alto y fuerte. Amira lo amaba con todo su corazón—. No sabes cuánto te quiero, Kamal. ¿Estarás muchos días fuera?

—Una semana. Es por eso que hoy me gustaría llevarte a un sitio especial.

La tomó de la mano y se alejaron casi corriendo, hasta llegar a las faldas del cerro San Cristóbal. Recorrieron abrazados, entre besos y risas, un camino que los conducía cada vez a mayor altura.

—¿Falta mucho? —preguntó Amira sin aliento.

—Casi llegamos —le informó él, pegándola a su cuerpo y dándole un beso cargado de júbilo. Luego se separó de ella y entrelazó los dedos con los suyos, guiándola por entremedio de los árboles—. Es aquí.

Amira observó el entorno y se maravilló por la hermosa vista que se desplegaba a su alrededor. Ya era de noche, pero las luces de la ciudad y las estrellas en el cielo la hacían pensar

en magia. Echó un vistazo rápido hacia los lados y se percató de que otros, como ellos, aprovechaban la oportunidad para tener algo más de privacidad. Si en algún momento sintió un poco de temor, desapareció en el acto.

—Es hermoso —reconoció mirándolo con ternura—. Gracias.

Kamal se quitó la chaqueta y la puso en el suelo. Luego la ayudó a sentarse. Se acomodó junto a ella y la envolvió con su brazo.

—Siempre quise traerte aquí. La ciudad se percibe diferente. Cuando miro esas luces de allá —dijo él indicando con su dedo—, imagino a un hijo cuidando a su padre enfermo dentro de una pequeña habitación; o a una madre besando la frente a su niño antes de dormir. Después, me pregunto si alguien me observará de la misma manera en que lo hago yo cuando tenga mi propia familia. —Amira observó que sus ojos brillaban anhelantes al mirar los suyos—. Son personas anónimas, sin nombres, pero que están ahí. Existen.

—Es muy bonito lo que dices.

Kamal le pasó un dedo por el contorno de su boca, y luego la besó con suavidad. Amira se dejó llevar y separó los labios para recibirlo, abandonada por completo en las sensaciones y emociones que Kamal despertaba en ella. Sus manos, acostumbradas a sentirlas por su cuerpo con caricias que hablaban de amor, nunca sobrepasaban los límites de la decencia. Sin embargo, ella a veces se reconocía anhelando traspasar la línea.

Cuando Kamal se separó de su boca, la abrazó contra su pecho y fijó la vista en el cielo.

—Algún día estaremos juntos para siempre, mi amor. Formaremos una hermosa familia y tendremos muchos hijos —le aseguró, sin dejar de acariciarle el brazo—. Te amo, Amira.

—Yo también te amo.

El corazón de Amira se regocijó ante la intimidad del momento. En el tiempo que llevaban saliendo a escondidas, su amor por él se había intensificado considerablemente. Pero tenía miedo de lo que su familia pudiera hacer si se enteraban de que amaba a Kamal. Ella sabía que con su padre las cosas serían muy difíciles. Consideró que atesoraría aquella vivencia en su memoria, y que no permitiría que nada la enturbiara.

Amira acababa de regresar del negocio cuando escuchó a su padre hablar con alguien. Abdul estrechaba la mano a un hombre, que le sacaba unos cuantos años de edad, y que le sonreía abiertamente complacido.

—Amira, acércate aquí —le exigió su padre con un gesto de la mano.

Ella se acercó con timidez, algo incómoda por el escrutinio del desconocido.

—Esta es mi hija Amira, la menor de mis hijos.

Ella bajó la vista al suelo y rezó internamente para poder abandonar pronto el salón. Su madre ingresó con un paraguas en la mano y con el sombrero del visitante, que ya se marchaba. La observó tensa, pero sin perder la amabilidad con la que se desenvolvía siempre.

—Amira. Bello nombre —admitió el hombre mientras recibía sus cosas.

—Bueno, José. Es un placer hacer negocios contigo.

—El placer es mío, Abdul —respondió estrechando su mano otra vez.

Luego abandonó la casa, destinando una leve inclinación con la cabeza a las mujeres.

Su padre le pidió que se retirara a la habitación, y le exigió a su madre que se quedara, pues tenían asuntos que tratar.

Subió al segundo piso con una sensación muy desagradable en el estómago. Tampoco le gustó la manera en que el tal José la había mirado; como evaluándola, igual que a un objeto.

Estaba a punto de entrar en su dormitorio cuando escuchó la voz de Emir.

—Amira, ven aquí. —Emir le hizo un gesto con la mano para que entrara en su cuarto—. Quiero mostrarte algo.

Ingresó con rapidez y de inmediato la inundó un aroma a pintura. La habitación poseía buena iluminación, ya que su hermano tenía descorridas las cortinas. La cama estaba hecha, pero todo era desorden y caos sobre ella y dentro del cuarto. Amira centró su atención en el atril que se erguía orgulloso frente a la ventana.

—¿Has estado pintando? —le preguntó extrañada—. No sabía que supieras hacerlo.

—Es el primer trabajo que hago sin ayuda —le explicó, emocionado. Luego le pidió que cerrara los ojos y la tomó por los hombros, dejándola justo parada frente al atril—. Ahora ábrelos y dime qué te parece.

Cuando sus ojos se fijaron en lo que tenía en frente, Amira se deleitó y soltó un quejido de emoción. Luego se llevó ambas manos a los labios. Su hermano había retratado a una hermosa mujer árabe en el desierto. Los colores anaranjados que otorgaban el atardecer le produjeron cierta nostalgia, aunque de una manera agradable. No tuvo claro qué fue lo que le sucedió en ese momento, pero sus ojos se anegaron por la emoción.

—Es... bellissimo. Me encanta, Emir. —Su hermano la observaba en silencio, satisfecho con el cumplido. Su atractivo rostro, algo más delicado que el de Omar, dejaba entrever lo importante que era para él escuchar su aprobación—. ¿Quién te enseñó a pintar así?

—Promete que no se lo dirás a nadie —pidió primero.

—Lo prometo.

—He estado tomando clases a escondidas, con un importante artista.

—¡Vaya! ¿Y de dónde sacas dinero para pagarle?

—De las apuestas, claro —comentó riendo—. Nadie me gana con las cartas. Tengo un amigo con el que con frecuencia nos juntamos a jugar, y me paga con clases todo lo que me debe.

Lo observó pasarse una mano por el pelo. Luego Emir se sentó a los pies de la cama, haciendo a un lado con el brazo los materiales que tenía encima de esta.

—Es un trabajo muy bonito. Creo que tienes mucho talento —reconoció Amira.

—¿De verdad lo crees así?

—De verdad. —Se acercó más aún a la pintura, y sin quitar la vista de esta, asintió—. ¿Quieres ser artista?

Alcanzó justo a vislumbrar una expresión de inquietud en su rostro cuando se giró hacia él. Fue en ese minuto en que Amira tuvo certeza de que, no tan solo las mujeres se hallaban en desventajas a veces, sino que los hijos varones, pese a tener más libertades en algunos aspectos de la vida, estaban obligados a hacer lo que los padres les decían, incluso en lo referente al futuro, quisieran o no. Las palabras de su hermano se lo confirmaron después.

—Nuestro padre jamás lo permitiría.

—¿No temes pintar aquí? Podría encontrar tus cosas al entrar en la habitación.

—Papá nunca ingresa a nuestras habitaciones —afirmó Emir, recuperando la expresión optimista—. Y si lo hiciera, le diría que es solo un pasatiempo. Este es mi secreto, Amira. Sé que tú también tienes uno, y que tiene que ver con cierto vendedor de telas.

Sintió su rostro enrojecer de inmediato, pero lo que realmente la inquietó, era que su hermano estuviese enterado. Con Kamal habían sido muy cuidadosos de no dejarse ver por nadie.

—¿Cómo lo sabes? —se atrevió a preguntar, intentando ocultar su nerviosismo.

—Las miradas dicen mucho, querida hermana. Kamal es un buen tipo, y es muy trabajador, pero no creo que nuestro padre lo apruebe. Sé cuidadosa —le aconsejó besándole la frente.

—¿No se lo dirás a nadie?

—A nadie. Solo ten cuidado.

Ella le dio un abrazo y sintió que el vínculo entre ellos se había fortalecido todavía más. Luego besó su mejilla y abandonó la habitación. De algún modo le alivió que Emir conociera su secreto. Él era la persona a la que más quería de su familia. Incluso Emir estaba por sobre el cariño que le profesaba a su madre.

Avanzó hasta la puerta, y antes de salir, se giró hacia él.

—¿Emir? —preguntó con una mano en el pomo—. ¿Sabes quién es ese caballero que visitó a nuestro padre hoy?

—No. Nunca lo había visto antes. ¿Por qué?

—Por nada.

Se dirigió a su cuarto y se encerró en él, todavía con una sensación de incertidumbre en el pecho. Hizo a un lado esos pensamientos y se sentó en una silla. Luego se cepilló el cabello mientras pensaba en Kamal. Faltaban pocos días para que regresara de su viaje al sur.

—Amira, hija —dijo su madre cuando entró en su habitación, sobresaltándola—. Tu padre quiere verte. Te espera en su despacho.

Al mirar la expresión descompuesta que traía su madre en el rostro, todas las alarmas se encendieron en su interior. Tenía el ceño fruncido y su postura revelaba tensión. También esquivaba la mirada y apretaba los dientes. Amira ni siquiera se atrevió a preguntar, pero su cuerpo respondió de inmediato, poniéndose en estado de alerta. Se preguntó si se habría enterado de su romance con Kamal. No quería ni imaginar lo que eso podría significar para ellos. Desconocía lo que pasaba, pero tenía certeza de que era algo muy malo, porque en las pocas ocasiones en que su padre la mandó a llamar para hablarle, fue para reprenderla o castigarla. La incertidumbre la estaba consumiendo por dentro, y su corazón fue el primero de sus órganos en percibir la señal de peligro, puesto que se aceleró casi incontrolablemente. Ni siquiera sentir a su madre caminar a sus espaldas consiguió tranquilizarla.

Cuando llegó hasta el despacho de su padre, Salma se le adelantó y abrió la puerta por ella. Luego la hizo pasar con un gesto que a Amira le pareció de resignación. Casi diría que esta la compadecía, pero no sabía el porqué.

—Siéntate —le ordenó su padre mientras exhalaba el humo de su cigarrillo.

Amira se acomodó en la silla, erguida y tensa. Observó las canas que desde joven inundaban su abundante cabello, con el único fin de esquivar sus tortuosos pensamientos. Todo en él la intimidaba. Abdul la miró a los ojos de una manera penetrante, y ella ni siquiera fue capaz de pestañear por el miedo que sintió.

—Dentro de un año te casarás con José Aziz —le anunció a secas, como si la noticia no fuera más que un mero trámite laboral—. Es un hombre trabajador y poderoso, y te dará una buena vida.

Ahora no solo le galopaba el corazón, sino que un dolor agudo se le alojó en la boca del estómago.

—Pero, padre. Yo no quiero casarme con él. Es... un hombre mayor —consiguió balbucear apenas. Todavía estaba conmocionada con el anuncio—. No, papá.

El hombre golpeó la mesa con la mano, haciéndola callar de inmediato. Amira no se atrevió a mirarlo a los ojos, y se contuvo de llorar cuando observó a su madre tan afectada como

lo estaba ella.

—Te casarás con José Aziz dentro de un año, cuando finalices de crecer. Le he pedido que esperemos a que cumplas diecisiete años, antes de entregarte en matrimonio, y ha aceptado encantado —se explicó como si el hecho de postergar un tiempo más la ceremonia fuera una buena noticia—. Deberías estar contenta con este arreglo. Además, no es tan mayor. Solo tiene treinta años más que tú, y aún conserva salud y fortaleza física. Lo demás no importa.

—Papá —sollozó, incapaz de contener las lágrimas—. Yo no quiero casarme con ese caballero. Por favor, no me hagas esto.

—Harás lo que se te dice, te guste o no. No eres la primera ni serás la última mujer en casarse por conveniencia —le gritó—. Seguro que con el tiempo conseguirás quererlo.

—Pero ¡yo no lo quiero, papá! —rogó acercándose a él y jalándolo del brazo, en un gesto desesperado por conseguir su compasión—. Por favor, no me hagas esto. Pídemme cualquier cosa, pero no me obligues a estar con ese hombre.

A esas alturas, Amira ya no hacía ningún esfuerzo por contener el llanto que brotaba por sus ojos, fruto del agudo dolor que sentía en su pecho.

—¡Ya basta, Amira! —rugió zafándose de un tirón—. No te atrevas a desobedecerme. Te casarás con él y honrarás a tu familia, porque yo ya he dado mi palabra y pretendo cumplirla. Y ahora, desaparece de mi vista.

Amira salió corriendo del despacho, incapaz de ver nada. Se arrojó sobre su cama y lloró, sintiendo su pecho desgarrado por el dolor. Escuchó la voz cálida de su madre y su abrazo amoroso, dándole consuelo. Pero nada conseguía tranquilizarla ni detener su sufrimiento. Pensó en Kamal y en lo mucho que lo quería, y en el poco tiempo que tendrían para estar juntos, a partir de ese momento. Se sentía incapaz de imaginar un futuro sin él. Se preguntó por qué su padre la despreciaba tanto si ella nunca le dio motivos para hacerlo. Por qué no le importaba casarla con un hombre mucho mayor que ella, un viejo que tendría derechos también sobre su cuerpo en la intimidad. De tan solo imaginarlo, se estremeció de asco.

Cuando no quedaron más lágrimas que derramar ni voz para hablar, finalmente se sumió en un tempestuoso sueño, que solo consiguió postergar por unas cuantas horas más su dolor.

Capítulo 6

La nana María ingresó en su cuarto cargando una bandeja con el desayuno. Amira llevaba tres días sin salir de su habitación, y casi el mismo tiempo sin comer. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar, y ni su madre ni su hermano Emir consiguieron levantarle el ánimo y sacarla del dormitorio. Su padre se había marchado a hacer negocios el mismo día que le dio la noticia de su futuro enlace, y aún no regresaba a casa.

—Tienes que alimentarte, chiquilla —comentó la nana María dejando la bandeja sobre el velador—. Ya estás casi en los huesos y tu madre está sufriendo mucho por verte así. ¿Por qué no haces el esfuerzo de salir de aquí?

—Porque yo no quiero casarme con ese hombre. Prefiero morir.

—No digas eso. De aquí a un año pueden pasar muchas cosas —dijo aplaudiendo para que se sentara—. ¡Arriba! Ahora vas a comer.

Se acomodó en la cama y recibió la bandeja a regañadientes. Luego dio un mordisco a la tostada, y se percató de que tenía mucha hambre. Sin embargo, comía más por obligación e inercia que para saciarse.

—Así está mejor —asintió la mujer antes de salir, dejándola a solas otra vez.

Una vez finalizó de comer, dejó la bandeja a un lado y se levantó. El cuerpo le dolía por el exceso de cama y tuvo que estirarse para activar la musculatura. Luego abandonó su cuarto y se escabulló a escondidas a la calle. No quería responder preguntas, y necesitaba dar un pequeño paseo a solas. Avanzó por la vereda como autómatas, sumida por completo en sus pensamientos, visualizando su inminente enlace con aquel hombre, que más parecía su padre que otra cosa, y se estremeció.

Cuando ya se había distanciado bastante de su casa, le pareció ver la silueta de su hermano Emir avanzando a paso rápido por entre la gente. El comercio en el Barrio Patronato comenzaba muy temprano, y la marea humana hacía cada vez más dificultoso el trasladarse de un lugar a otro. Se preguntó que a dónde se dirigiría a esa hora de la mañana, si le tocaba turno en la tienda familiar. Emir se encargaba principalmente de la bodega, pero también atendía público, al igual que ella y su madre. Omar, en cambio, era el administrador y contable, junto con su padre.

Estuvo a punto de perderlo de vista hasta que distinguió su bufanda entre la multitud. Emir le sacaba unos cuarenta metros de distancia. Lo vio detenerse frente a una casa celeste, y luego abrirla con una llave que extrajo de su bolsillo, no sin antes mirar de un lado a otro, como verificando que nadie lo observara ingresar allí. Amira se sintió invadida por la curiosidad.

Se detuvo en una esquina y se quedó de pie, esperando verlo aparecer otra vez, pero Emir nunca salió. Se acercó a la casa y miró por una de las ventanas hacia el interior, aunque el cortinaje no permitía distinguir más que siluetas dentro. Escuchó la risa de su hermano y volvió a intentarlo. Amira tuvo la sensación de que aquel sitio era donde él tomaba las clases de pintura con aquel artista, y su interés en ello creció considerablemente. Fue por eso que se atrevió a llamar a la puerta. Escuchó los pasos de alguien acercarse, y rogó que fuese su hermano.

—¿Sí? —preguntó un joven como de veinticinco años de edad, casi desnudo, y tan solo cubierto con una toalla alrededor de la cintura. Era muy rubio y su piel blanca contrastaba con la suya, a pesar de que ella no era tan morena. El sujeto la miró con curiosidad—. ¿Puedo ayudarte?

Amira dio dos pasos hacia atrás, incómoda por la falta de pudor del hombre, y negó con la cabeza, incapaz de preguntar por su hermano.

—No. Lo siento —balbuceó en voz baja.

—¡Te estoy esperando, Gonzalo! —escuchó que gritaba su hermano desde otra habitación—. ¿Quién es?

—Me equivoqué de casa. Lo siento —improvisó Amira y salió corriendo, antes de que Emir la encontrara allí.

Un montón de pensamientos absurdos inundaron su cabeza, pero los hizo a un lado de inmediato. Sin embargo, no pudo evitar que las preguntas inundaran su mente. Quizás el tal Gonzalo era el profesor y amigo de su hermano que le daba las clases, y se estaba dejando pintar sin ropa para que practicara. Sabía que los artistas hacían esas cosas. «Seguro que es eso», pensó cuando ya se hallaba lo suficientemente lejos. No le dio más vueltas al asunto y regresó a su casa, nuevamente ensimismada.

—Te he extrañado tanto, Kamal —dijo Amira abrazándose a él y soltando un sollozo amargo—. No te separes de mí otra vez.

Kamal apoyó la boca en su hombro y le acarició la espalda con una de sus manos, reconfortándola. Amira pudo percibir su preocupación, porque luego la tomó por los hombros y bajó la cabeza hasta dejarla a su altura. Luego clavó sus ojos verdes en los suyos.

—Qué pasa, cariño. ¿Qué ha sucedido?

—Mi padre —sollozó más fuerte esta vez—. Es un hombre horrible.

En vista de que Amira no era capaz de tranquilizarse, Kamal la tomó de la mano y la condujo hasta su casa. Amira casi nunca iba para allá, porque nadie tenía conocimiento de su noviazgo con él.

Entraron por una puerta vieja y que tenía cierta maña para abrirla. Ella observó el humilde *living* comedor, y le pareció mucho más acogedor que el de su propia casa, donde las comodidades y el espacio sobraban por todas partes. Las manos de Kamal, cálidas y algo ásperas, le sujetaron el rostro con suavidad, haciéndola centrar toda su atención en él. La besó en los labios con ternura primero, y luego con mayor urgencia. Llevaba días anhelando ese momento de intimidad junto a él. Amira sintió el sabor salado de sus propias lágrimas, pero la invadió una agradable sensación de paz, que consiguió hacerla sentir mucho mejor.

Cuando sus bocas se separaron, Kamal apoyó la frente en la suya y cerró los ojos, con la respiración más agitada de lo normal.

—Cuéntame qué es lo que te pasa —pidió con la voz enronquecida—. Me tienes preocupado.

—Es por mi padre —comenzó a decir ella en un susurro casi inaudible. Las palabras se le atoraban en la garganta, y el pecho se le comprimía por el esfuerzo de dejarlas escapar—. Me ha ofrecido en matrimonio, Kamal. Esto es horrible. Él es un hombre horrible.

Lo observó palidecer, y luego sintió que la conducía hasta un sillón. Amira apenas prestó atención a su entorno. Solo tenía ojos para él.

—¿De qué estás hablando?

—Dentro de un año me casará con un viejo, Kamal. Un negociante importante con el que él ha estado tratando.

Kamal estaba horrorizado. Vio en sus ojos lo difícil que era para él escucharla decir eso. Sin embargo, era mejor que supiera toda la verdad.

—¿Quién es ese hombre?!

—Un tal José Aziz.

—Mierda —gritó Kamal, poniéndose de pie y pasándose una mano por el pelo, en un gesto de frustración. Luego tomó varias inspiraciones profundas, con el único fin de serenarse y poder contenerse. Amira quedó prendada de su belleza varonil—. Lo conozco, mi amor. Es un hombre muy exitoso.

—¡Ay, Kamal! —se quejó poniéndose de pie y abrazándolo por la espalda—. ¿Qué es lo que haremos ahora?

Se giró hacia ella y la apretó contra sí. Amira inhaló el aroma de su ropa y deseó quedarse por siempre en ese lugar, protegida entre sus brazos.

—No permitiré que eso suceda —le escuchó decir con firmeza—. Hablaré con tu padre y pediré tu mano.

—Mi padre nunca lo permitiría.

—Trabajaré más. Viajaré a otros sitios y ahorraré todo cuanto gane, para que estemos juntos —le explicó de manera apasionada—. Yo puedo darte una buena vida, mi amor. Quizás no como la que tienes ahora, pero nos las arreglaríamos bien juntos.

Amira elevó los labios hacia los de él, buscando hacer contacto. Luego le acarició el rostro con la mano y le sonrió.

—No me importa en qué condiciones estemos juntos, Kamal. Solo quiero estar contigo. Te amo con mi vida.

—Y yo a ti —aseguró antes de apoderarse de su boca, esta vez, sin ninguna delicadeza.

Toda aquella agonía que Amira acumuló en su pecho durante esa semana, se había desvanecido en aquel instante junto a él. Su corazón le pertenecía a Kamal. Toda ella se sentía parte de él. Ni siquiera era capaz de imaginar una existencia sin su compañía. Amira quería recorrer el camino de la vida cogida de su mano; tener sus hijos y verlos crecer juntos. Ahora no tenía otra alternativa que rezar para que el corazón de su padre se ablandara y les permitiera llevar sus sueños a cabo.

Amira sintió la boca de Kamal descender por su cuello, y a su cuerpo responder ante aquellas caricias de una manera casi primitiva. Se habían sentado juntos en el sofá, y pasaron gran parte de la tarde besándose, acariciándose y pronunciando palabras de amor. Justo cuando abandonó su cuello y regresó a su boca con un profundo beso, la puerta se abrió y el padre de Kamal se detuvo de golpe al encontrarlos a ambos así.

Amira se separó de él, extremadamente avergonzada. Kamal se puso de pie de un sobresalto.

—Padre. Ya conoces a Amira —dijo con nerviosismo—. Es la hija de Abdul Hassan.

El hombre, que no dejaba de fruncir el ceño, aún continuaba clavando su mirada reprobatoria sobre ellos, en especial en su hijo.

—Lo sé. Buenas tardes, señorita Amira. —Cerró la puerta tras de sí, y luego esquivó a su hijo, caminando hacia la cocina.

Ni siquiera esperó a que ella le contestara. El padre de Kamal debía estar muy molesto. Seguro que se habían metido en un buen lío los dos. Cuando lo perdieron de vista, le preguntó:

—¿Qué vamos a hacer ahora? Tu padre se ve muy enojado.

Kamal le besó la frente y le cerró el chaleco a la altura del cuello.

—Hablaré con él. Le explicaré la situación y seguro que nos comprenderá. Será mejor que te lleve a casa.

—Kamal.

—¿Sí?

—Mi hermano Emir ya sabe sobre nosotros —le confió—. No se lo he dicho yo. Se ha dado cuenta solo y está de nuestra parte. Nos apoya.

—Pues entonces todo va a estar bien —dijo con el fin de tranquilizarla—. Quizás ya ha llegado la hora de que todos lo sepan. Ven, será mejor que te acompañe. A mí me espera una charla padre e hijo a mi regreso.

Le dio un último beso y la acompañó hasta su casa, siempre guardando las distancias. Amira necesitaba cerrar el espacio entre ellos, tocarlo y besarlo a la vista de todos. Llevaban mucho tiempo ocultándose de su familia y de la de él. ¿Por qué no podían expresar su amor con libertad? ¿Cuál era su pecado si se amaban hasta lo indecible?, se preguntó dejando escapar un suspiro. Concluyó que aquello todavía no era posible.

Regresó a casa y lo vio alejarse entre la multitud. Sus ojos verdes expresaban no tan solo su amor hacia ella, sino que también encontró un atisbo de preocupación que él fue incapaz de ocultar.

Apenas Amira ingresó en su casa, el aroma a comida invadió su nariz y se encaminó directo hacia la cocina. Ahora que había estado junto a Kamal, el hambre hizo acto de presencia y le urgió comer algo. La nana María estaba echando a cocer unos zapallitos rellenos en una olla con especias. Su madre y la tía Julia, a su vez, armaban las bolitas de *kubbe* crudo, uno de los platos tradicionales árabes más reconocidos en la cultura de su familia, dejándolos ordenados en un enorme plato, decorado con tallos de cebollines.

—¿Dónde andabas, hija? —quiso saber Salma, mirándola con inquietud—. Estábamos preocupadas por ti.

—Salí a caminar. ¿Quién está en la tienda ahora? —quiso saber, porque le parecía extraño que su madre estuviese allí y no en el negocio, como era la costumbre.

—Tu padre contrató a un vendedor —le explicó—. ¿Quieres comer algo?

Amira asintió y se sirvió unas pocas hojitas rellenas en un plato. Luego se sentó junto a su madre a comerlas.

—Nora llegará pronto. Le he pedido que traiga una ropa de la tintorería —le informó la tía Julia.

Amira asintió. Todavía le daba vueltas la situación vivida en casa de Kamal, y se preguntó si estaría ahora mismo revelándole a su padre toda la verdad. Rogaba que todo saliera bien.

Omar entró en la cocina con el gesto adusto, como siempre, y se dirigió a su madre.

—Mamá, ya llegó papá. Quiere verte.

Salma asintió y se puso de pie, limpiándose las manos en su delantal. Amira aprovechó de salir junto a ella, porque quería charlar con Emir.

—¿Te encuentras mejor, hija?

—Sí, mamá —respondió con una sonrisa que no le llegó a los ojos.

La vio alejarse por el pasillo mientras se quitaba el pañuelo de la cabeza y se acomodaba el pelo para estar más presentable frente a su padre. Por lo que sabía Amira, a su madre también la habían casado por un acuerdo entre dos familias, aunque su marido solo le sacaba ocho años de diferencia. Salma se había enamorado. Algunas veces esas cosas pasaban. No tenía claro si eso era así también para él. Lo dudaba. Su padre era un hombre con el corazón duro como una piedra, al igual que su insoportable hermano Omar.

Llegó hasta la habitación de Emir, y golpeó la puerta. Su hermano la abrió solo unos centímetros, tapando con su cuerpo el reducido espacio.

—Amira, ¿todo bien?

—Sí. ¿Podemos hablar?

—Es que estoy algo ocupado en estos momentos —le dijo con la misma sonrisa pícara que solía acompañarlo siempre. Un golpe dentro de la habitación hizo a su hermano botar el aire con resignación. La tomó por el brazo y la metió dentro, cerrando con llave la puerta—. Estoy trabajando con mi amigo Gonzalo —se explicó.

Amira recién entonces se percató del sujeto que acompañaba a Emir. Era el mismo que había visto por la mañana casi desnudo. Su rostro se ruborizó cuando se dio cuenta de ello.

—¿Es tu hermana? —quiso saber el artista—. Cuando te vi esta mañana me recordabas a alguien. Ahora sé a quién. Eres igual a Emir —comentó con una sonrisa.

—¿Esta mañana? —preguntó confuso su hermano.

—Es que te vi entrar en su casa, pero después pensé que me había equivocado —se explicó con nerviosismo—. Debo irme.

—Amira —la detuvo Emir cuando hizo amago de girarse. Ella sabía bien lo que le estaba pidiendo.

—No diré nada —le aseguró.

Abandonó la habitación y escapó a la suya. Esperaba que su hermano no se involucrara en ningún lío. De los tres, él era el más imprudente. Amira pensó que un día se iba a meter en problemas de verdad.

Escuchó la risa de Emir a través de la puerta, lo que la hizo suspirar con resignación. Solo esperaba que todo le saliera bien, porque se avecinaba una tormenta de arena en su vida, y tenía certeza de que sería casi apocalíptica.

Capítulo 7

Kamal regresó a casa con un único pensamiento en mente, y era contarle toda la verdad a su padre. Llevaba tiempo escondiendo sus sentimientos por Amira, y estaba cansado de ello. Cuando este los sorprendió besándose en el sofá, reconoció en el rostro de su padre una advertencia y una mirada reprobatoria. Era evidente que no estaba de acuerdo con ese episodio en particular. No pudo evitar sentirse nervioso mientras avanzaba, y se fumó dos cigarrillos al hilo, incapaz de conseguir amainar la inquietud. Todo en él bullía dentro. Sus emociones estaban por completo desatadas, desacostumbrado a lidiar con esas sensaciones que nunca antes experimentó. Eran desconocidas para él.

Tomó una inspiración profunda, y luego dejó escapar el aire con lentitud, en un intento desesperado por tranquilizarse. Le explicaría la situación a su padre, le contaría la verdad, rezando por hallar en él comprensión y entendimiento.

Ingresó a su casa y se pasó la mano con nerviosismo por la cabeza. Selim Saud fumaba un cigarrillo, centrado en lo que escuchaba por la radio, y sentado en el viejo sillón de tela que él mismo había tapizado una y otra vez, luego de que el tiempo y su excesivo uso hicieran mella en él.

Levantó los ojos y frunció el ceño. Kamal cerró la puerta tras de sí y se acomodó en el mismo sofá donde se besó con Amira momentos atrás. Inclino el cuerpo hacia adelante y entrecruzó los dedos con nerviosismo entre sus piernas.

—Padre —suspiró—. Lamento que te enteraras de esa forma de mi relación con Amira.

Selim levantó una palma para silenciarlo.

—¿Sabes lo complicado que es para nosotros que tú te metas con esa chiquilla? —lo regañó elevando la voz—. ¿Desde cuándo que sucede esto?! —exigió saber.

—Desde hace un año.

—¿Qué? —gritó Selim levantándose de la silla de golpe—. Pero ¿cómo has podido ser tan irresponsable, Kamal? Meterte justamente con la hija de Abdul Hassan, nuestro mayor cliente. —Selim se llevó la mano a la cabeza, en un gesto de frustración, y apagó el cigarro en un cenicero. Luego se inclinó sobre él—. ¿Te das cuenta de lo grave que es todo esto? ¡Esa chiquilla es una niña!

—No, papá —gritó él esta vez—. Tiene dieciséis años, y en diciembre cumplirá diecisiete —se defendió del ataque velado en las palabras de su padre.

—¡Ja! Espero por tu bien que no la hayas desflorado —le advirtió con un dedo acusador, muy cerca de sus ojos. Kamal se puso de pie y se llevó una mano a la boca. Estaba conmocionado, y desacostumbrado a discutir con él. Luego tomó aire para tranquilizarse, pero su padre insistió en saber—. ¿La has tocado?

—No, papá. No la he tocado. Estoy con ella porque la amo, y quiero pedir su mano en matrimonio. —La carcajada irónica de su padre lo hirió más que si le hubiese puesto un puñetazo en el estómago.

Lo miró dolido y se contuvo de soltar las lágrimas que amenazaban con desbordarse de sus ojos.

—¿Y se puede saber cómo diablos mantendrás a esa chiquilla? —preguntó mirándolo con dureza, una vez dejó de burlarse—. Porque esa familia tiene un buen pasar, y te aseguro que ella ha crecido entre algodones.

A Kamal le molestó el comentario de su padre, porque no la conocía. Amira era distinta a las otras mujeres. Su sencillez y ternura eran cualidades que admiraba de su persona. Era cierto que el abismo que existía entre ellos, en cuanto a la clase social, era enorme, pero a ella eso nunca le importó. Ellos compartían sueños en común. Unos sueños que se estaban viniendo abajo justo en ese momento.

Elevó la vista hacia su padre, dolido, y luego apretó los labios. Se sintió decepcionado, porque esperaba más apoyo por parte de él. Sin embargo, todo lo que escuchaba salir de su boca eran obstáculos.

—Ella no es así, papá. Además, trabajaré el doble y ahorraré hasta conseguir lo suficiente para pedir su mano. No nos importa empezar con lo mínimo.

—Su padre jamás lo permitirá —sentenció como una verdad absoluta—. Y de paso, pones en riesgo a nuestra familia con este amorío iluso, que nada tiene que ver con la realidad.

—Pues te demostraré que te equivocas. Amira y yo estaremos juntos, tarde o temprano, y no existirá obstáculo en el camino que nos lo impida.

Caminó hacia la puerta, envuelto en una rabia gris, pero la voz de su padre lo detuvo con fuerza.

—Escúchame una cosa, Kamal. Te prohíbo que sigas viendo a esa chiquilla. ¿Me has entendido? De ahora en adelante pensarás en tu familia.

Kamal lo miró con odio, y antes de cerrar la puerta de un portazo, le gritó:

—Ella es mi familia ahora.

Se alejó de su hogar, alterado y con un profundo dolor en el pecho. Nunca discutía con su padre. Él y su tía Leila eran todo cuanto tenía. Un hondo pesar recayó sobre sus hombros cuando el hombre al que tenía en un pedestal le había dado la espalda. Se secó las lágrimas que caían por sus ojos y que era incapaz de contener. Luego echó a correr como alma que persigue el diablo, con el único fin de liberar las tensiones y la tristeza que sentía, desbordándolo por dentro.

Subió al cerro San Cristóbal, y se sentó a observar la ciudad, en el mismo lugar que, tiempo atrás, compartió con Amira mientras se decían hermosas palabras de amor. Ahí se quedó hasta que lo pilló la noche, fría y oscura; hasta que ya no quedaron más lágrimas por derramar. Buscaría otros trabajos y reuniría lo necesario para pedir la mano de Amira en matrimonio, porque si había algo que Kamal tenía claro, era que no podría vivir sin ella.

Pasaron semanas muy duras para Kamal y su padre, ya que ninguno de los dos se dirigía la palabra, salvo para lo estrictamente necesario. El joven salía de casa muy temprano a repartir las telas que los distintos clientes les encargaban; y por las tardes se dedicaba a trabajar en La Vega Central, descargando frutas y verdura desde los camiones, hasta los diferentes puestos de ventas. A sus diecinueve años de edad, Kamal ya sabía por experiencia propia lo que era el sacrificio, el dolor de espalda y las escasas horas de descanso. Pero eso no le importaba en absoluto, si a cambio conseguía casarse con Amira.

Caminó hasta la esquina del negocio de la familia Hassan, luego de una tarde de arduo trabajo, y esperó a que Nora le llevara el mensaje de Amira. Se había vuelto costumbre que la mujer intercediera por ellos para poder encontrarse a escondidas. El aire gélido de una tarde gris de invierno se coló por entre sus dedos, ya de por sí agrietados por estar constantemente expuestos a las bajas temperaturas. Se los llevó a la boca y les echó el vaho, con el único fin de darles algo de calor. La luz del día comenzaba a extinguirse, y con ello también su energía. Estaba agotado.

Divisó a Nora caminar hacia él, y su cuerpo reaccionó de inmediato, irguiéndose, expectante por tener noticias.

—Amira está en la tienda, pero Omar se encuentra allí ahora —le informó—. Hoy se quedará a dormir en mi casa, así que será más fácil que pueda escabullirse por la noche. Me pidió que te entregara esta nota —dijo extendiéndole el papel para que lo cogiera.

Kamal la abrió, y luego de leer las palabras que con tanta dulzura le había escrito Amira, la miró a los ojos, agradecido.

—Dile que estaré ahí, justo a la media noche. Gracias por ayudarnos, Nora.

—Lo hago encantada, porque sé que se quieren y que están sufriendo por no poder estar juntos —le hizo saber con una sonrisa. Los ojos azules de la mujer brillaban alegres cuando le habló—. Tengan cuidado y tráela pronto de regreso. Le entregaré mi llave para que pueda entrar en la casa cuando vuelva.

Kamal asintió y se despidió de ella. La observó cerrarse el abrigo y regresar sobre sus pasos mientras el cabello rubio le bailaba de un lado a otro, a causa del viento. Le destinó una última mirada a la tienda donde se encontraba Amira, como disfrutando con el solo hecho de saberla cerca de él, aunque no pudieran estar juntos todavía.

—Te extraño tanto, Kamal —le dijo Amira, arrojándose en sus brazos. La levantó y la besó casi con desesperación, apretándola con fuerza contra sí.

—Yo también, mi amor. Ven, vámonos de aquí —le dijo mientras la abrazaba por el costado y la conducía por las solitarias calles de la ciudad.

—¿Dónde iremos a esta hora?

—Tengo un conocido que trabaja conmigo descargando los camiones en La Vega, y su familia tiene una pensión cerca de aquí. Le expliqué nuestra situación y me ha facilitado un cuarto, a cambio de cigarros —le explicó alegremente.

—¿Un cuarto? —preguntó vacilante.

Kamal detectó el nerviosismo en su voz, pero de inmediato la tranquilizó.

—No haremos nada que tú no quieras, mi amor. Solo es un sitio donde podremos estar tranquilos, sin el temor de ser vistos. Además, afuera hace mucho frío y no quiero que te enfermes.

Amira le sonrió y se abrazó con fuerza a su cintura. Nada más tendrían dos horas para conversar, abrazarse y besarse, porque no podían correr riesgos de ningún tipo. Por otra parte, a él le esperaba un duro día laboral por la mañana. Era mejor ser precavidos y no dejarse llevar por las pasiones.

Entraron por un portón que los condujo hacia un corredor oscuro, hasta llegar al cuarto número seis. Kamal hizo girar la llave y movió el pomo de la puerta, ingresando ambos por ella. La habitación era pequeña, amueblada con tan solo una cama de plaza y media, un velador, una lámpara de noche y una silla. La ventana daba a un patio interior; y un brasero que Kamal dejó encendido con anterioridad, consumía los restos de brasas ardientes que ayudaron a temperar el ambiente de una manera agradable.

—Es pequeño, pero está limpio y podremos capear el frío —comentó Kamal quitándose el abrigo y dejándolo en la silla dispuesta a los pies de la cama.

—Está bien para mí. —Le sonrió y le dio un beso rápido en la boca.

—¿Quieres beber algo?

—No, gracias. Solo quiero estar contigo y que me abras fuerte.

Kamal se sentó junto a ella y le acarició el rostro con suavidad mientras Amira lo miraba como si fuese el sol. Se sintió complacido y amado. Luego la abrazó, acariciándole la espalda con lentitud, y la besó profundamente, deseando poder estar siempre junto a ella así.

—¿Tienes frío? —le preguntó, apenas se separó de su boca. Ella asintió y Kamal se recostó, abrazándola a su costado. Luego se cubrió con la ropa de cama—. ¿Mejor así?

—Mejor. —Suspiró y se apoyó en su hombro—. Qué difícil es poder estar juntos —dijo ella acariciándole la barba—. Tenías razón, este sitio es perfecto para encontrarnos. ¿Crees que podamos utilizarlo alguna otra vez?

—Claro que sí. Me encargaré de ello. —Kamal le besó la frente con dulzura—. Estoy ahorrando cada peso extra que gano en La Vega. Quiero que estemos juntos para siempre, mi amor.

—Y yo. Es una pena que tu padre no te permita hacer la entrega semanal de las telas en el negocio de mi familia. Así podría verte un día más.

—Mi padre insiste en que no debemos estar juntos. Él no entiende que no puedo alejarme de ti. Te amo, Amira. Mi vida sin ti no tiene ningún sentido.

—Yo también te amo.

Sintió la boca de Amira fundirse con la de él, en un beso profundo y anhelante. No existían las palabras para expresar el amor que sentían el uno por el otro. Todo era calor, pasión y ternura. Y Kamal fue consciente de que si no se contenía, las cosas podrían complicarse mucho más de lo que ya lo estaban. Su cuerpo ardía por la necesidad de unirse con el de ella, pero su sensatez predominaba con fuerza por sobre las necesidades físicas, que desde hacía tiempo clamaban por satisfacerse junto a Amira. Su parte racional le decía que debía cuidarla, y también pensar en las posibles consecuencias que un acto así podría ocasionar en sus vidas.

La llevó de regreso dos horas después hasta la casa de Nora, y se despidió de ella sin hacer ruido. Amira se perdió tras de la puerta, y Kamal supo que era afortunado por tenerla en su vida, aunque fuera a migajas.

Pasaron las semanas, y también los meses, siempre encontrándose en la habitación de la pensión, o en el cerro San Cristóbal, cuidándose de las miradas indiscretas que pudieran delatarlos. Las esperanzas de ellos resurgían al estar juntos, y menguaban cuando estaban distanciados, presionados y sometidos a los designios de sus familias.

Una noche de febrero, luego de salir a escondidas con Amira, Kamal regresó a casa con intención de encerrarse en su habitación y contar el dinero que llevaba tiempo reuniendo. Si todo iba bien, dentro de unos meses tendría la suficiente cantidad para pedir la mano de Amira y buscar un lugar donde iniciar una vida junto a ella.

Abrió la puerta de su casa, y se encontró a su padre jugando al dominó y bebiendo vino, junto a dos de sus amigos.

—Llegaste a tiempo, muchacho —le dijo el tío Alberto; un hombre algo mayor, gozador de la vida, la buena mesa y la bebida. Tenía el cigarro en un costado de la boca, y el humo le subía hacia la cabeza—. Estamos a punto de realizar las apuestas. Ven a jugar con nosotros.

—Es que estoy algo cansado, tío —se justificó pasándose una mano por el pelo, desordenándose—.

—Bah, tonterías —insistió—. Eres joven todavía. Ven, vamos. No tendrás miedo de perder frente a estos viejos, ¿verdad?

Kamal le sonrió, tentado de unirse al grupo. Hizo unos cuantos cálculos rápidos en su

mente en cuanto al dinero que disponía para apostar. Decidió que jugaría solamente lo que portaba en los bolsillos, y así no arriesgar lo que con tanto esfuerzo había reunido para su futuro.

Se acercó al grupo, cogió una silla y se sentó frente a su padre.

—Está bien. Jugaré.

—Así me gusta —le dijo el tío Alberto—. Tú con tu padre.

A Selim pocas veces se le podía ganar en el juego. Era rápido para sacar cálculos, y Kamal lo conocía lo suficiente como para comprender las señales que le enviaba de manera discreta en una partida.

Una hora después, Kamal y su padre habían multiplicado su dinero considerablemente, mientras que el tío Alberto y su hermano Emilio, aparte de quedar sin un peso en los bolsillos, tenían dificultades para enfocar la vista y pronunciar palabras sin arrastrar las letras, debido al exceso en la ingesta de alcohol. A pesar de eso, el buen ánimo de los hombres no amainó ni un poco.

—Hasta el otro viernes —los despidió su padre.

Selim cerró la puerta y después se sentó nuevamente frente a su hijo. El silencio cayó sobre ellos, enrareciendo el ambiente de una manera incómoda para él. Los ojos de su padre poseían un brillo especial, como si ocultaran secretos. Kamal, incapaz de sostenerle la mirada, tomó el vaso con vino y se tragó el contenido restante. Él también había bebido más de la cuenta, pero no solía notársele en su cuerpo.

—Me voy a acostar —le informó a su padre, poniéndose de pie.

—Kamal —lo detuvo con una voz carente de cualquier emoción—. Siéntate. Hay algo de lo que me gustaría hablarte.

Se puso en alerta de inmediato, y volvió a acomodarse en la silla. Como no sabía qué hacer con las manos, cogió un cigarrillo de la cajetilla casi vacía y lo encendió. Esta vez clavó la mirada en los ojos de su padre, a la espera de un veredicto que sabía no le iba a gustar.

—He estado discutiendo un asunto con Alberto, y hemos llegado a un acuerdo —dijo mientras se llenaba el vaso con vino. Kamal tragó saliva, nervioso—. Su hija mayor tiene casi tu edad, y aún no se ha casado. Tu tío está preocupado por la situación.

Kamal conocía bien a la hija de su tío, porque, en varias ocasiones, sus familias compartieron almuerzos o festividades importantes juntas.

—Qué me quieres decir.

—He estado pensando, hijo, que podrías considerar la posibilidad de casarte con ella. Lo he discutido con Alberto y a él le parece una magnífica idea.

—¡Qué! —exclamó poniéndose de pie—. Yo no voy a casarme con su hija, papá. No es la mujer que quiero a mi lado.

—¿Y por qué no? Natalia es una muchacha de buena familia, trabajadora y hogareña.

—Porque yo no la amo, papá —protestó paseándose de un lado a otro con nerviosismo—. Me quiero casar con Amira Hassan.

—¡Y otra vez con esa tontería, Kamal! —gritó Selim golpeando la mesa con el puño. El rostro se le había deformado por la ira—. No me digas que has seguido viéndote con esa chiquilla a mis espaldas, porque no te perdonaré que me hayas desobedecido.

Kamal, harto de esconder sus sentimientos, dio dos pasos hacia su padre, y le gritó:

—Sí, papá. Con Amira seguimos juntos porque nos queremos. Esto no es un capricho, como me dijiste una vez. Yo amo a esa mujer y pretendo casarme con ella, te guste o no.

—¡Cómo te atreves! —gritó, furioso. Sabía que su padre se estaba conteniendo de golpearlo, pero sus emociones le impedían sentir temor—. Me has decepcionado, Kamal. No sé

cómo has podido continuar con esa chiquilla a mis espaldas. ¡Te exijo que la dejes de una maldita vez!

—No, padre. No lo haré.

—Si no lo haces, entonces olvídate de mí para siempre. ¿Te ha quedado claro?
—amenazó señalándolo con el dedo índice.

Los ojos de Kamal se inundaron de lágrimas, pero las contuvo a tiempo.

—Muy claro, padre. Voy por mis cosas.

Se giró ante la mirada atónita de Selim, y se encaminó hacia su dormitorio. Cogió un bolso donde metió algunas prendas de vestir y todos sus ahorros. Sus movimientos eran bruscos y veloces. Por dentro, el cúmulo de emociones también bullía en todas direcciones, buscando una vía de escape.

Abandonó su cuarto sin mirar atrás, y antes de salir por la puerta principal, se giró hacia su padre y le dijo:

—Lamento que las cosas terminaran así. Esperaba que después de haber amado tanto a mamá, pudieras ponerte en mi lugar, pero ya veo que eso no es posible. Adiós.

Cerró la puerta de un portazo, todavía conservando la visión de la última mirada de su padre en la retina. Una mirada dura, implacable y ofendida. Aún no podía comprender que él se empeñara en que le obedeciera en todo, como si fuese un chiquillo. De ninguna manera permitiría que le buscara una esposa ni que planificara su futuro. Para Kamal existía una sola mujer; solo Amira era la dueña de sus pensamientos y de todo su ser. Se sentía frustrado. Todos sus planes se habían trastocado con este nuevo giro de los acontecimientos. Tendría que utilizar parte de sus ahorros para poder pagar un lugar donde vivir, y buscar trabajo en otro sitio si no conseguía extender la jornada laboral que realizaba en La Vega.

Cabizbajo y más enojado que nunca, Kamal caminó hacia la residencial de su amigo, y consiguió que le rentaran un cuarto. Después, se arrojó sobre la cama y echó rienda a su dolor, liberando toda su rabia y toda su tristeza, en unos desgarradores sollozos que ahogaba sobre la almohada.

Capítulo 8

Enero de 2008, Viña del Mar

En tres días había descubierto aspectos de la vida de mi abuela que jamás pensé llegaría a conocer. La imagen que tenía de ella era la de una mujer fuerte, decidida y práctica. Sin embargo, en el relato de la tía Nora descubrí a una joven enamorada, ilusionada y temerosa del futuro. Si bien mi abuela Amira corría muchos riesgos para conseguir encontrarse con su amado Kamal, no dejaba de percibir su vulnerabilidad. Por un momento agradecí el haber nacido en esta época, donde esas tonterías de las diferencias de las clases sociales o la elección de un futuro enlace en matrimonio por conveniencia no dependían de terceros, como en el caso de ellos.

Apagué mi ordenador, satisfecho con los avances que había conseguido con mis escritos, y me preparé para dormir. Estaba a punto de meterme en la cama cuando mi teléfono comenzó a vibrar. Era mi madre. «Qué raro», pensé, por la hora. Todas mis alarmas se encendieron.

—¿Mamá, estás bien?

—Hijo, sí. Yo estoy bien —la escuché decir, aunque se notaba afligida—. Es tu abuela. Se ha complicado con una bacteria intrahospitalaria y está muy mal. Ni siquiera me dejan verla —me dijo con la voz rota.

—Tranquila, mamá. ¿Estás en la clínica ahora?

—Sí. El doctor me pidió venir, por si ella... —Mi madre hizo una pausa, incapaz de pronunciar las palabras.

—Escúchame, mamá. La abuela estará bien. No te muevas de allí. Llegaré en un par de horas como mucho.

Colgué la llamada y me volví a vestir mientras en mi fuero interno rogaba para que no sucediera ninguna desgracia. El tiempo era algo a lo que yo nunca le di demasiado valor, hasta ese momento. Y ahora me faltaba para mirar a mi abuela a los ojos, y descubrir aquellos secretos rotos que no le permitían sentirse feliz. Tuve la idea loca de que, quizás, yo podría ayudarla con eso. El problema era cómo.

Conduje rápido, llevando conmigo solo lo puesto, la caja de galletas y mi ordenador. Mis intenciones eran regresar lo antes posible al hotel. Además, en casa tenía más ropa a la que echar mano, en caso de necesitarla. Pocos vehículos se desplazaban a esas horas por la carretera, lo que me permitió llegar mucho antes a la clínica de lo que calculé en un comienzo.

—Mamá —le dije cuando la vi sentada en uno de los sillones de la sala de espera.

Se abrazó a mí y se echó a llorar, con el rostro pegado a mi pecho. Los hombros se le sacudían con violencia por momentos. Me limité a mantenerme junto a ella, acariciándole la espalda.

—Domingo —pronunció con alivio cuando se desahogó—. Qué bueno que estás aquí.

Nos sentamos en el sofá y nos quedamos así, abrazados y a la espera de alguna noticia. Mi madre se durmió antes que yo. La observé descansar y me sorprendí del enorme parecido que tenía con mi abuela Amira. El mismo tipo de cabello castaño, aunque mamá utilizaba tintes para que no se le notaran las canas; los ojos cafés, grandes y almendrados, que también heredó de ella; y la misma boca gruesa, bien definida y femenina. Ni el paso de los años ni la vida sin mi

padre habían conseguido ocultar su belleza del medio oriente; una belleza grácil y delicada que se negaba a abandonarla, pese al inevitable transcurrir del tiempo.

Desperté en el sofá de la clínica, debido a la vibración de mi celular por una llamada entrante. El cuello me dolía horrores, y sentía los músculos del resto del cuerpo algo tullidos. Mi madre no se veía por ningún lado. Me desperecé a regañadientes, y cogí el teléfono de mi bolsillo, no sin dificultad. El cansancio y el aturdimiento por la falta de una buena noche de sueño me pasaron la cuenta.

—Diga —conseguí contestar a duras penas, con la voz enronquecida.

—No hemos hablado en días, Domingo, y tú me respondes así, como si fuese una desconocida —me reprochó mi novia bastante molesta. Bufé para mis adentros—. ¿Qué demonios te pasa?

—Disculpa, Laura. Es que acabo de despertar y no sabía que eras tú. Solo tomé el teléfono y contesté.

—Pero ¡son las diez de la mañana! Tú nunca duermes hasta esta hora. ¿Pasa algo?

—Estoy en la clínica. Mi abuela no se encuentra muy bien.

Le expliqué la situación mientras me paseaba de un lado a otro. Laura me escuchaba con atención y se disculpaba por no poder acompañarme. Todavía se hallaba en Valdivia, y no tenía intenciones de regresar aún, por lo que pude deducir. Luego de contarme sobre lo bien que lo estaba pasando con sus amigas, me confesó que se había encontrado con Javier Dulier, un antiguo novio con el que estuvo a punto de casarse, antes de salir conmigo. Yo debería haber sentido celos, o algún tipo de inquietud por la noticia, pero, por el contrario, todo lo que conseguí experimentar fue indiferencia. Me preocupaba más saber de mi perro Oriente que de lo que mi novia hacía en Valdivia con su ex y sus amigas. Eso no podía ser normal. Fruncí el ceño, preocupado por mi reacción. Tendría que pensar en ello.

—Tengo que dejarte, Laura. Mi madre me necesita justo ahora —le mentí, deseoso de cortar la llamada.

Apenas lo hice, mamá apareció en la sala de estar, portando dos cafés en las manos, y una sonrisa amable en la boca.

—Te he traído café, aunque esta porquería no se parece en nada al que te gusta.

—Gracias, mamá. —Bebí un sorbo del líquido caliente y humeante, que me devolvió algo de la humanidad perdida, a causa de mi indebido descanso en el sofá—. Está perfecto para mí. ¿Tienes noticias de la abuela?

—Todo sigue igual. El doctor dice que pasó buena noche, pero que su situación continúa siendo crítica debido a su edad.

—La abuela es fuerte. —La tranquilicé palmeándole la pierna—. Ya verás como en unos pocos días, todo esto no será más que un mal recuerdo.

—Eso espero. Ahora cuéntame acerca de lo que has averiguado sobre la foto.

Le relaté absolutamente todo lo que sabía. Mi madre, al igual que yo en un principio, no tenía idea de que mi abuela Amira se había enamorado de un joven llamado Kamal. Le sonaba el nombre, pero no recordaba de dónde.

Por el contrario de lo que pensaba, mi estadía en Santiago se prolongó por varios días más. Mi abuela se encontraba algo mejor, y yo por fin podría regresar al hotel y continuar con mis indagaciones. Por algún motivo que no conseguía descifrar, aquellos días fui incapaz de

proseguir escribiendo mi historia. Era como si la musa inspiradora se hubiese quedado en Viña del Mar mientras yo hacía mi retirada a la ciudad, cumpliendo con mi obligación de hijo y nieto. Mi editora, al menos, había dejado de importunarme cuando le hice llegar mis manuscritos, y debo reconocer que sentí cierto alivio por quitármela de encima unos cuantos días más. De mi novia, ni idea. Tampoco yo la extrañaba. Era evidente que lo nuestro no estaba funcionando, y que este tiempo en que nos vimos obligados a estar separados había servido para reflexionar sobre un inminente futuro; un futuro del cual ella no formaba parte.

Sentado en mi cama, y con Oriente acomodado a mi lado, decidí intentar comunicarme con Laura. Como no pude hacerlo, le dejé un mensaje y le pedí que me llamara, apenas llegara a Santiago.

Encendí el ordenador y abrí *Google*, con intenciones de buscar a Estrella en la web. Cuando apareció su foto, me sentí igual que un adolescente haciendo algo prohibido. Ella sonreía a la cámara, dejando entrever unos dientes blancos y perfectos. Los ojos parecían aún más azules de lo que los recordaba, y el cabello rubio, recogido en un moño, le otorgaba un aspecto profesional y actual. Se veía bonita. De pronto me percaté de que en mi rostro se había dibujado una sonrisa idiota.

El sonido del timbre me devolvió a la realidad. A regañadientes, me puse de pie. Oriente se me adelantó y corrió hacia la puerta antes que yo. Apenas la abrí, supe que algo no andaba bien. Laura apareció frente a mí, con la tensión reflejada en su cuerpo, en cada poro de su piel. Llevaba puesto un vestido blanco, y tenía la tez bronceada. Los anteojos de sol los traía sobre la cabeza, y la expresión de su rostro no presagiaba nada bueno.

—Hola, Domingo —me saludó y luego entró en mi casa, pasando por mi lado. Ni siquiera me dio un beso. Arrojó su bolso de mano en el sofá, y después clavó su mirada en mí—. ¿Tu abuela está mejor?

—Sí. Un poco mejor. —La invité a sentarse, pero ella se negó—. ¿Suced algo?

—Domingo, creo que tenemos que hablar —comenzó a decir. Cruzó los dedos con nerviosismo y luego soltó el aire con fuerza—. Ha pasado algo, y pienso que debes saberlo. Te engañé —soltó de sopetón.

Me mantuve en silencio, esperando que ahondara más en el asunto, y buscando en mi interior algún sentimiento de dolor o ira, pero nada. No sentí absolutamente nada al escuchar lo que me decía.

—A qué te refieres con eso —quise saber, sin perder la calma de la que era objeto.

—En Valdivia. ¿Recuerdas que me encontré con Javier? —Yo asentí—. Bueno, es que nos invitó a navegar, pero ninguna de mis amigas quiso ir con nosotros. Así que estuvimos solo los dos. —Laura se paseaba de un lado a otro, afligida por lo que me tenía que revelar—. Nos besamos.

—¿Te acostaste con él?

Dicen que el silencio otorga. Laura se guardó para sí la respuesta. Pese a su engaño, yo lo único que conseguía sentir era alivio. Llevaba días torturándome con la idea de que nuestro noviazgo debía finalizar, y no sabía de qué manera abordar el tema con ella. Esto lo facilitaba todo.

—Domingo...

—Entiendo.

—¿No vas a decir nada más? —preguntó extrañada y dolida por mi reacción—. ¡Te estoy diciendo que te engañé con otro hombre! ¿Es que acaso no te importa?

—Laura —dije soltando el aire con frustración—. Entiendo lo que me dices. Creo que

durante estos últimos meses nuestra relación no ha estado muy bien.

—Pero ¡yo te amo! —gritó—. Te estoy diciendo esto porque quiero que me perdones, y porque no deseo que existan secretos entre nosotros.

—Laura. Tú no me amas ni yo tampoco a ti. No nos engañemos más —le dije con firmeza, revelando una verdad que ninguno de los dos había querido asumir—. Si me amaras, no me habrías engañado.

—Si te engañé, es porque me ignoras la mayoría del tiempo, Domingo. Me siento sola, incluso estando contigo.

—No me culpes de tus acciones. Yo no soy el responsable de tu infidelidad, Laura —la regañé con fuerza—. Esto hace tiempo que no funciona, al menos para mí. Estamos juntos porque nos acomodamos, no porque nos queramos. Respóndeme algo —le exigí—. ¿Me extrañaste durante estos días?

—Es muy poco tiempo para extrañar a nadie —me aseguré.

—No. No lo es. Yo tampoco te extrañé —le confesé, porque ya no tenía sentido ocultarle nada—. Eso no es normal en una pareja, Laura.

Ahora que había escuchado el relato del amor de mi abuela Amira por Kamal, estaba convencido de que nosotros no éramos el uno para el otro. Yo jamás me sentí así con Laura. Nunca viví esa pasión ni la urgente necesidad de estar con ella.

Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero se las hizo a un lado con la mano.

—¿Hay otra mujer acaso?

—No. Esto no tiene nada que ver con eso. —Me acerqué a ella y la tomé por los brazos, buscando con mis ojos los suyos—. Creo que no podemos continuar con este noviazgo. No es justo para ninguno de los dos.

—Lo siento, Domingo. Lamento lo que te hice. Si tan solo no me hubiese dejado llevar...

—Laura, cariño. —Le acaricié el rostro—. Esto tarde o temprano nos habría conducido a lo mismo. Eres bonita, inteligente y joven. Te mereces a alguien que te valore y te quiera mucho más de lo que lo hago yo. Tu infidelidad solo precipitó lo inevitable.

—Lo lamento, Domingo. —Tomó su bolso y luego se acercó a mí—. Será mejor que me vaya. Siento lo que te hice. No lo tenía planeado.

Depositó un suave beso de despedida en mis labios, y después abandonó mi casa, dejándome a solas, con tan solo la compañía de Oriente.

Me vi inundado por una sensación de alivio, y regresé a mi ordenador, invadido por una paz interior que me sorprendió. Tuve certeza de que había tomado la decisión correcta. Nuestra relación, motivada por la costumbre y la comodidad, nos estaba consumiendo a ambos, y también privando de encontrar a ese amor perfecto que merecemos tener, al menos, una vez en la vida.

Llegué a Viña del Mar al día siguiente a la hora de almuerzo. Era sábado y yo estaba ansioso por regresar a la casa de mi tía Nora y volver a ver a Estrella, con quien me sentía muy a gusto. Esperaba que al mejorar mi ánimo por encontrarme ahí, también se optimizara mi inspiración para escribir, porque, según mis cálculos, en tan solo dos días Viviana comenzaría a presionar por los siguientes capítulos de mi novela.

Arrojé mis escasas pertenencias a la cama, y literalmente corrí hasta la casa de la tía Nora. Me esperaban a almorzar. No había cruzado ni la reja de entrada cuando el aroma de los alimentos inundó mi nariz, devolviéndome a la infancia.

Estrella sonrió al verme, y luego me indicó que pasara. Yo me sentía ansioso, a gusto y en casa. Era raro, pero esas mujeres eran como una prolongación de mi familia y las costumbres de mis antepasados.

—¿Cómo sigue Amira? —me preguntó mi tía, apenas crucé el umbral de la puerta.

—Mucho mejor, aunque todavía su condición es de cuidado —le expliqué, antes de besarla en la mejilla. Luego observé la mesa, puesta para tres—. ¿Necesitas ayuda, Estrella?

—Ya que lo preguntas, hay que traer algunas cosas de la cocina. ¿Te gustan los *mazarines*?

—¿Bromeas? Es uno de mis platos favoritos —le indiqué con una sonrisa que ella correspondió.

Y era cierto. Las tripas de cordero rellenas con carne y arroz eran, para mí, un verdadero manjar. A Laura le daban un asco atroz. Ni siquiera podía comerlas delante de ella, porque se quejaba todo el rato, diciéndome que cómo podía comer algo tan asqueroso. No tenían nada de asqueroso. Eran como cualquier otra parte del animal. Yo llevaba tiempo sin probarlas y me hizo mucha ilusión que las hicieran para mí.

—Y el mío también —comentó Estrella ingresando a la cocina mientras la seguía detrás.

Luego de dejar todo en la mesa del comedor, Estrella ayudó a su Nori a sentarse en la cabecera.

—Amira es fuerte. Estoy segura de que saldrá de esta —afirmó la tía Nora con convicción—. ¿Sabes? Siempre mantuvimos correspondencia, desde jóvenes. Era la manera más fiable de contarnos las confidencias. La pobre tuvo que soportar durante mucho tiempo el peso de un inminente matrimonio concertado.

—Y al parecer Kamal tampoco lo tuvo fácil, a pesar de ser un hombre. Su padre quería casarlo también.

—Sí, pero para él fue más fácil decir que no. Era un hombre, y trabajaba. En cambio Amira estaba atada de manos.

—¿Y a ti, tía? —quise saber—. ¿También te casaron a la fuerza?

—No, gracias a Dios. Mi padre era un hombre sensato. Yo siempre fui la luz de sus ojos. Él quería mi felicidad por sobre todas las cosas —me comentó con una sonrisa cargada de nostalgia—. Me enamoré de un buen hombre. Un marino con el que tuve una buena vida, y que me valoró desde siempre como mujer.

Una vez finalizamos de almorzar, la tía Nora me exigió que acompañara a su nieta mientras ella se echaba una siesta. Alegaba que a su edad, si no se recargaban las pilas, era imposible que la cabeza funcionara bien.

Nos quedamos a solas con Estrella, sentados en el sofá. Sobre la mesa de centro dejamos nuestros cafés, acompañados de unos *baklavas* que flotaban en almíbar. No pude resistirme y cogí algunos.

—Ya he finalizado de leer tu libro —dijo Estrella mirándome a los ojos—. Me ha gustado bastante.

—¿De verdad? —pregunté con la voz cargada de regocijo. Me sentía como un adolescente, incapaz de controlar sus emociones—. Me alegro mucho.

—Retratas muy bien la sicología de una persona marcada por el trauma posguerra.

—Esa era la idea. Reconozco que temía que fuese demasiado severo para ti.

—Es exactamente el tipo de novelas que me gusta leer —admitió con esa sonrisa tan natural que solía dejar entrever. Yo parecía estar esperando a cada segundo que me las dedicara, porque era hipnótica y me agradaba—. Leeré las otras que tienes.

—Puedo traértelas cuando venga otra vez a Viña.

—No es necesario. Ya las tengo —reconoció algo ruborizada—. Las compré todas.

—Tremendo honor que me haces, Estrella.

—¿Qué escribes ahora?

—Es una sorpresa. —Le sonreí—. Aunque admito que he estado algo bloqueado este último mes, salvo cuando he venido aquí. Creo que el aire marino me ha sentado bien para reencontrarme con mi musa.

—¿Tu musa?

—Nada, es una forma de decir. Jerga de escritores y artistas. Me refiero a mi musa inspiradora, a aquello que me ayuda a salir de mi bloqueo.

—Entiendo.

Tuve la urgente necesidad de volver a un tema de conversación más seguro, puesto que estaba convencido de que era ella la que contribuía en el resurgimiento de mi inspiración. Pero eso no se lo podía decir.

—¿No te parece increíble que te escojan la persona para casarte y pasar el resto de tu vida? —pregunté, ansioso por conocer su opinión.

—Sí. Muy cuestionable. Menos mal que el mundo ha evolucionado en ese aspecto.

—Y si te hubiese pasado a ti; si tus padres te hubieran escogido marido, ¿qué habrías hecho?

Estrella sopesó la pregunta llevándose un dedo a la sien. Su ceño fruncido y la mueca de su boca me parecieron adorables.

—La verdad, no lo sé. Es diferente para mí, porque yo me sostengo económicamente, no como aquellas mujeres que dependían de sus familias —se explicó con naturalidad—. Podría mandarme a cambiar, y quizás gritar de rabia un poco, pero seguiría tomando mis propias decisiones. Antes las cosas no eran así. ¿Y tú? Si te pasara lo que a Kamal, ¿qué harías?

—Creo que lo mismo que hizo él. Abandonaría la casa de mis padres y buscaría la manera de estar con la mujer que amo. —Estrella me miró, complacida con mi respuesta. Lo supe por el brillo especial que vislumbré en su mirada azul—. ¿Puedo hacerte una pregunta personal? Eres libre de responderla o de tirarme un zapato en la cabeza si quieres.

Estrella soltó una carcajada con esa voz musical a la que yo ya me había acostumbrado.

—¿Qué quieres saber.

—¿Has pensado en el matrimonio alguna vez?

—Creo que me sacaré el zapato —me respondió con una sonrisa, haciendo el gesto de quitárselo—. La verdad es que sí me gustaría casarme alguna vez, pero nunca me he enamorado. Al menos no como la mayoría de las personas. ¿Y tú? ¿Has pensado en casarte con tu novia?

—Lo pensé alguna vez, pero eso ya no será posible. Lo hemos dejado —le confié. Muy en el fondo deseaba que a ella la noticia le alegrara. Me sentía atraído hacia esa mujer—. Con Laura llevábamos tiempo sumergidos en una relación por costumbre. Queríamos cosas distintas de la vida. Además, ahora sé que tampoco yo me he enamorado nunca. No como mi abuela Amira y Kamal.

—¿Y estás bien? —Su mirada cargada de preocupación se me alojó directo en el pecho.

—Mejor de lo que debiera —reconocí con una sonrisa tranquilizadora—. Ha sido lo mejor para todos.

No supe cuánto tiempo estuvimos conversando con Estrella, pero se me pasaron volando los minutos. Los pasos de la tía Nora, golpeando rítmicamente su bastón por el piso al caminar, consiguieron que abandonara la nube de algodón en la que me sentía sumergido.

—¿Descansaste bien, Nori?

—Sí, cariño —respondió, una vez que se acomodó en su sitio—. Es hora de retomar la historia. ¿Dónde la dejamos?

Capítulo 9

Enero de 1940, Santiago de Chile

Kamal despertó aquella mañana mucho más temprano que de costumbre. Era sábado y tenía el día libre en el trabajo. Estaba nervioso, puesto que había llegado el momento de visitar al padre de Amira, y pedirla en matrimonio. Llevaba tiempo reuniendo dinero, ahorrando cada peso que ganaba, y privándose incluso de alimentarse como era debido. También se consiguió, con algunos de sus contactos, un nuevo trabajo como supervisor en una fábrica de telas, en la ciudad de Rancagua. El sueldo sería mejor que el que ganaba ahora, y además, le facilitarían un pequeño piso para vivir. Todo estaba saliéndole bien. Pero en el pecho de Kamal todavía sangraba la herida por el quiebre de la relación con su padre, hacía unos meses atrás. Llevaban tiempo sin hablarse y eso ensombrecía cualquier atisbo de felicidad. Kamal, con frecuencia, solía esconderse en una esquina y observarlo desde la distancia. Selim cargaba un peso invisible en sus hombros, al igual que él, y se le notaba más cabizbajo de lo normal. Hizo intentos, en dos ocasiones posteriores a la discusión, de conversar con él y hacerlo recapacitar, pero este se negó rotundamente a dar su brazo a torcer. «No digas que no te lo advertí, Kamal. Ya he dicho mi última palabra, y no voy a cambiar de opinión», le dijo su padre en aquella ocasión.

Suspiró con frustración al recordarlo.

Se bañó, se vistió con su mejor traje —el que consiguió en una tienda de ropa de segunda mano—, y se afeitó con prolijidad. Conforme con la imagen que le devolvía el espejo, Kamal se guardó algo de dinero en el bolsillo, y se encaminó hasta la casa de Amira. Hacía calor y le sudaba la espalda, aunque él lo achacó más a los nervios que a las altas temperaturas. Era pleno verano. Una vez divisó la casa, Kamal se fumó un último cigarrillo, antes de animarse a tocar la puerta. El negocio de la familia Hassan ya estaba abierto, y se preguntó si ella se encontraría ahí en esos momentos.

—¿Diga? —preguntó la nana María—. ¡Kamal!, pero ¡qué atractivo! Con esas fachas no te reconocí. ¿Acaso te vas a casar? —Soltó una risa alegre mientras se lo decía en broma.

—Hola, María. Necesito hablar con don Abdul. ¿Podrá recibirme?

—¿Le ha pasado algo a tu padre?

—No, nada de eso —le respondió, sin ánimos de darle más explicaciones—. Necesito tratar un asunto importante con él.

La nana María pareció darse cuenta de que, en realidad, no le correspondía a ella saber los motivos de su visita. Frunció el ceño con preocupación, y luego lo hizo pasar.

—Espera aquí. Vuelvo enseguida.

La vio alejarse con prisas, dejándolo a solas en un espacioso salón. Nunca antes había entrado en aquella propiedad, y se sorprendió de lo bonita que era. Desde fuera no se apreciaba todo su potencial. Era muchísimo más grande de lo que imaginaba. Predominaba el color rojizo en sus distintas tonalidades; alfombras y tapices por todos lados; cojines con delicados bordados adornando los enormes sofás; lámparas colgantes de distintos tamaños, y por último, una buena cantidad de pinturas decoraban las paredes, en donde se podían apreciar la cultura de sus ancestros. A Kamal le pareció un sitio muy hermoso, pero que, a su vez, lo intimidó. Se preguntó

si sería capaz de darle a su amada Amira una vida llena de lujos como los que acababa de apreciar, y sintió una punzada de inquietud en el pecho. Luego hizo a un lado esos pensamientos, puesto que ella le había dejado en claro que no le importaban esas cosas; que lo único que quería en la vida, era ser su mujer.

La nana María interrumpió sus cavilaciones cuando la escuchó venir.

—Don Abdul te recibirá en su estudio —le anunció. Se limitó a asentir, incapaz de pronunciar palabras—. Sígueme, por favor.

Kamal se mantuvo a una distancia prudencial de la nana María. Ella se detuvo frente a una puerta y dio dos golpecitos con el puño, antes de abrir. Luego le hizo un gesto para que entrara. Avanzó hasta detenerse justo enfrente del escritorio de Abdul Hassan. Al joven le pareció aún más imponente que en las ocasiones anteriores en que se reunió con él en el negocio.

Preso del nerviosismo, se quitó el sombrero y le tendió la mano.

—Buenos días, don Abdul. Lamento importunarlo tan temprano, pero me urge hablar con usted —le dijo cuando sus ojos se encontraron con los del padre de Amira.

—Kamal, muchacho. Toma asiento.

—Preferiría quedarme de pie, si no le importa.

Abdul frunció el ceño, algo descolocado por su actitud. Luego encendió un puro aromático, prolongando un silencio que solo consiguió aumentar su incomodidad.

—¿Le sucede algo a tu padre? —dijo por fin Abdul, reclinando la espalda en la butaca mientras centraba toda su atención en él.

—No, señor. Mi padre se encuentra bien. En realidad, he venido por Amira.

La actitud del hombre de inmediato cambió, irguiéndose en la silla. Kamal tragó saliva, nervioso.

—¿Qué pasa con mi hija?!

—Me gustaría casarme con ella, señor.

Abdul lo miró durante unos breves segundos sin apenas moverse. Luego se echó a reír frente a sus narices, como si fuese ridículo. De algún modo, eso a Kamal le molestó.

—¿Es en serio? —consiguió preguntar entre carcajadas—. Ay, muchacho, que me haces reír. Es la estupidez más grande que he escuchado. Pretendes decirme que tú, un joven que no tiene prácticamente nada, quiere casarse con mi hija. ¿Se puede saber de qué vivirán?

—Tengo ahorros, y he conseguido un buen trabajo en la ciudad de Rancagua, que iniciaré en poco tiempo. Seré perfectamente capaz de darle una buena vida.

—Kamal —lo amonestó Abdul cuando se percató de que sus intenciones eran ciertas—. Te tengo en alta estima, a ti y a tu padre, pero de ninguna manera te entregaría a mi hija para que sea tu esposa. Además, ella ya está comprometida desde hace tiempo con José Aziz.

—Pero ella no lo ama —dijo elevando la voz—. Ella me quiere a mí.

Abdul se puso de pie con brusquedad, y apoyó ambas manos sobre la mesa, inclinándose hacia él.

—¿Qué has dicho? —rugió.

—Le he dicho que nos queremos. Ella me ama a mí, no a ese hombre que podría ser su padre.

—¿Me estás diciendo que has mantenido una relación a escondidas con mi hija durante todo este tiempo?

—No nos ha quedado alternativa, señor. Usted se empeña en casarla con ese hombre al que ella no ama.

Abdul rodeó el escritorio y lo tomó por las solapas de la chaqueta.

—¿Cómo has podido atreverte a mirar siquiera a mi hija, infeliz?! ¿La has tocado? ¡Porque si lo has hecho, juro que te mataré!

—¡No! Jamás le he puesto un dedo encima. Yo la quiero, señor, y deseo hacerla feliz. Trabajaré el doble o el triple, si es lo que necesito hacer para que a ella no le falte nada. Por favor —rogó sintiéndose desesperado—. No nos prive de la oportunidad de ser feliz.

—Escúchame bien, Kamal —le dijo en un tono amenazante—. Olvídate de mi hija; no te atrevas a estar cerca de ella. Ni siquiera la mires. Amira se casará con José Aziz, te guste o no. ¿Me has entendido? Y espero por el bien de tu familia, que tu padre no apoye tamaña estupidez.

—Mi padre no tiene nada que ver en esto —se atrevió a decir, molesto—. Él y yo hace tiempo que no nos hablamos.

—Ahora, lárgate de mi casa, y no vuelvas a acercarte a mi hija. ¿He sido claro?

Kamal asintió, ordenándose el traje cuando Abdul lo soltó. Le destinó una última mirada dolida al hombre, y luego se encaminó hacia la salida, conteniéndose de romper la muralla de un puñetazo.

—¿Ya te vas, Kamal? —le preguntó la nana María, pero él la ignoró, hecho una furia, y salió a la calle dejando la puerta abierta tras de sí.

Se sintió invadido por miles de emociones, las cuales bullían a punto de estallar, como si fuese un volcán. Echó a correr, hirviendo por dentro. Parecía no agotarse nunca, porque cada vez avanzaba a mayor velocidad. Tampoco se detuvo para tomar aliento. Era la adrenalina la que se apoderó de su cuerpo. El sombrero lo perdió en el camino, pero no le importó.

Llegó hasta las faldas del cerro San Cristóbal y continuó corriendo en subida, sin detenerse ni una sola vez. Necesitaba sumergirse en su refugio; en su lugar especial.

Una vez allí, se arrancó la corbata con brusquedad y la arrojó hacia abajo. Luego gritó. Gritó de frustración, angustiado, furioso y también decepcionado. Gritó hasta quedarse sin voz. Después de liberar aquella energía que le sobraba dentro, Kamal se tiró al piso y dejó escapar la tristeza en forma de lágrimas. Nunca había llorado tanto en su vida. Ni siquiera cuando discutió con su padre y dejó su hogar.

Dos horas después, cuando el calor era insoportable y ya no le quedaban lágrimas por derramar, Kamal bajó a la ciudad, perdido en sus pensamientos. Estaba por completo despeinado, y llevaba la ropa desordenada. La camisa fuera del pantalón y los dos primeros botones del cuello desabrochados. Miraba al suelo, casi sin ver. Avanzó hasta llegar a La Piojera, un bar muy popular, ubicado en las cercanías de la Estación Mapocho. Ya era más de medio día, así que el lugar se encontraba repleto de gente, pero halló un sitio disponible y se sentó. Ignoró las risas de las mesas continuas y el chocar de los vasos entre brindis y brindis. Un artista hizo sonar la guitarra e interpretó una bella melodía de amor, amenizando el alegre ambiente. Sin embargo, sumido en un estado de letargo y tristeza, fue incapaz de prestarles atención. Bebió hasta que no supo ni su nombre, a solas, y sin hacer caso a nadie ni a nada. Necesitaba ahogar las penas y perderse en la bruma que ocasionaba el alcohol cuando se tomaba en exceso. Kamal no era bueno para beber. Su cuerpo, desacostumbrado a ingerir grandes cantidades de vino, al poco tiempo ya estaba intoxicado con el brebaje rojo.

A duras penas consiguió caminar de vuelta. Se dio varios porrazos en la calle y se rompió las rodillas y el pantalón con las caídas. Un par de sujetos hicieron amago de ayudarlo a ponerse de pie, pero en el proceso, se aprovecharon de su condición y le quitaron el poco dinero que le quedaba en el bolsillo. Ni siquiera tuvo tiempo de evitarlo. Además, a esas alturas todo le daba igual. De pronto se encontró a las puertas de la Catedral de San Jorge, una iglesia ortodoxa ubicada cerca de la pensión donde se hospedaba, e ingresó a ella. Se situó en una de las bancas y

rezó durante lo que a él le parecieron horas. Sin el apoyo de su padre; sin el consentimiento de la familia de Amira para casarse con ella, no le quedaba nada más que refugiarse en los brazos de Dios.

Amira se paseaba de un lado a otro en el cuarto de Nora, presa de los nervios. Sabía que Kamal hablaría con su padre por la mañana, y no se sentía capaz de esperar a solas. Como cualquier pareja de jóvenes, ambos cargaban con la esperanza de que todo les saliera bien y se vieran beneficiados por el apoyo de su familia. Era la única manera de librarse de un matrimonio arreglado con un hombre mayor, que no le agradaba nada.

—Si continúas moviéndote así, vas a dejar un agujero en el piso —le aseguró su amiga mientras se desenredaba el cabello.

—Ay, Nora. Es que tengo tanto miedo de lo que mi padre le pueda decir o hacer a Kamal. Su amiga dejó el cepillo sobre un tocador, y luego caminó hasta ella, tomándola por los brazos.

—Intenta relajarte —le sugirió mirándola a los ojos—. Yo también estoy nerviosa, pero eso no ayuda. Mejor hagamos algo para pensar en otra cosa.

—No creo que pueda distraerme.

—Claro que sí. —La condujo hasta la cama y la obligó a sentarse a su lado—. Nos pintaremos las uñas.

Amira se dejó hacer. Nora tomó un pequeño frasco de vidrio de color rosado y lo abrió. Luego le pidió que apoyara la palma de una mano sobre un cojín. El olor a pintura de inmediato inundó su nariz.

—Es muy bonito el color —admitió cuando su amiga finalizó con la primera mano.

—Ahora la otra —le pidió—. Pero deja de temblar esta vez. Cuesta demasiado pintarte las uñas sin pasarse de los bordes si te estás moviendo.

—Lo siento.

La puerta del dormitorio se abrió, y Julia ingresó disculpándose con una sonrisa. Detrás de ella la seguía su madre. El semblante de Salma no presagiaba nada bueno.

Amira se puso de pie, sobresaltada, intuyendo que algo no andaba bien.

—Hija, vamos a casa. Tu padre quiere verte.

Incapaz de decir nada, Amira le destinó una mirada compungida a su amiga, que ella le devolvió, y luego caminó en silencio hacia la salida. Detrás podía escuchar la respiración de su madre, quien le seguía de cerca.

Mientras ingresaba a su casa, centró la atención en sus uñas sin finalizar, con el único propósito de tranquilizarse. Su corazón latía muy rápido, presa del miedo, y en el cuello se le contrajo un músculo dolorosamente.

Entró en el despacho de su padre, intentando infundirse valor. Pensó en Kamal y se preguntó dónde se encontraría ahora; si estaría bien. Supo que todo había salido mal porque no estaba ahí, esperándola para darle una buena noticia. Amira sintió que sus sueños se desmoronaban sobre ella, asfixiándola, privándola de aire.

Clavó los ojos en su padre, quien se encontraba de pie, mirando a través de la ventana. Salma hizo intentos de cerrar la puerta por dentro, pero la voz profunda de Abdul se lo impidió.

—Déjame a solas con ella —le exigió, casi en un rugido.

Su madre le destinó una mirada comprensiva y luego abandonó la habitación, dejándola a solas con la ira de Abdul. Esta se apreciaba en cada parte de su cuerpo.

Su padre se acercó a ella a paso cansino, como controlándose de no zamarrearla, y luego sintió que el rostro se le giraba con violencia por una bofetada que no se esperaba, y que le dejó la piel hormigueando y ardiendo de una manera insoportable.

—¡*Sharmuta!* —le gritó con furia, ofendiéndola y destinándole una mirada de desprecio—. ¡Me avergüenzas! ¡¿Cómo has podido meterte con ese muchacho?! ¡Tú te vas a casar con José Aziz! —pronunció con la voz cargada de rabia. Amira se encogió de miedo—. ¡Estúpida! ¿No te das cuenta de lo que podría pasar si tu futuro marido se entera de esto? ¡Has estado comportándote como una ramera!

—No, padre. Yo amo a Kamal. Quiero casarme con él; no con ese caballero.

Sintió ahora la otra mejilla arderle por el golpe. La bofetada fue de revés esta vez; con el dorso de la mano. La nariz comenzó a sangrarle, pero fue incapaz de moverse para buscar algún pañuelo con el que contener la hemorragia. El miedo había paralizado cada célula de su cuerpo.

—Te casarás con quien yo diga. ¡¿Me escuchaste?! —rugió, amenazante—. Y desde hoy, Amira, pasarás encerrada en esta casa hasta el día de tu matrimonio con José. Me avergüenza tu comportamiento. ¡Fuera de aquí!

Amira echó a correr hasta su cuarto, y se encerró a llorar durante horas. Su padre era un monstruo; un ser despreciable que la consideraba un objeto con el que podía negociar. A él no le importaban sus sentimientos, porque no tenía corazón. No le importaba arruinarle la vida, ni el futuro ni su felicidad. ¿Qué sentido tenía vivir sin Kamal? Un pensamiento horrible se le pasó por la cabeza, aunque fue fugaz, y de inmediato se avergonzó de ello.

—Kamal, te necesito —gritó contra la almohada, húmeda y manchada con su propia sangre—. Kamal, ayúdame.

Pero Kamal no pudo ayudarla. Nadie podía hacerlo. Estaba atrapada en un destino inevitable y cruel. En un pozo negro donde no ingresaba ni un solo rayo de luz; en el peor de los abismos. Y aunque gritara, llorara y pataleara, nadie podría rescatarla de aquel infierno, porque todo estaba escrito para ella ya.

Capítulo 10

Apenas vio a Nora salir de su casa por la mañana, Kamal apagó el cigarro con el pie y se le aproximó. Se aseguró de que nadie los viera juntos, y luego la tomó por el brazo, arrinconándola tras un poste. Llevaba días sin saber de Amira.

—Nora, ¿cómo está ella? —quiso saber, afligido—. ¿Le ha sucedido algo?

—Ay, Kamal. Su padre la tiene encerrada dentro de la casa. No la dejan salir a ningún sitio —se lamentó—. Está muy triste, porque no ha podido verte.

—Tienes que ayudarnos, Nora. Necesito reunirme con ella. ¿Podrías hacerle llegar esta nota?

—Claro. Dámela. —Kamal le entregó un sobre con varias hojas escritas dentro. Ella se lo guardó en uno de los bolsillos de su vestido—. Escúchame con atención. El padre de Amira se fue esta mañana de viaje por negocios, y a Omar le encargaron que no le quitara los ojos de encima a su hermana, pero podría pedirle a Emir que me ayude a despistarlo, y así conseguir que ella pueda salir y reunirse contigo.

—¿Crees que él pueda ayudarnos? —preguntó esperanzado.

—Emir adora a su hermana. Sé que hará cualquier cosa con tal que ella sea feliz —le comentó, convencida de que era así. Nora miró su reloj y luego le dijo—: En dos horas más nos reuniremos aquí mismo. Intentaré traer buenas noticias. Ahora debo irme.

—Gracias, Nora.

La muchacha asintió, y luego regresó a su casa, con la misma rapidez con la que había llegado. Una pequeña luz de esperanza inundó el triste corazón de Kamal.

En el mismo sitio de antes, Kamal esperó a Nora. La vio aparecer a la hora pactada.

—¿Cómo te fue con Emir?

—Bien. Le dirá a su hermano que tiene que comprar un regalo para una chica, y que necesita que Amira lo ayude con la elección. Se reunirán contigo en la iglesia, a las cuatro de la tarde.

—Gracias, Nora —dijo mientras la abrazaba y la hacía girar por el aire. Ella se carcajeó, divertida—. Eres la mejor. ¿Le pasaste mi carta?

—Casi lo olvido —dijo sacando un papel del bolsillo—. Toma; la escribí a la rápida, pero insistió en que te la pasara de inmediato.

Kamal se guardó la nota en el bolsillo izquierdo de la camisa. Ansiaba que llegara el momento de leer las palabras de su amada Amira, a quien extrañaba con toda su alma.

Se despidió de Nora y volvió a la pensión, ansioso por encontrarse con Amira en la iglesia, y luego poder llevarla allí. Quería besarla hasta el agotamiento, porque la necesitaba para sentirse vivo otra vez. Una idea le estaba rondando en la cabeza, y decidió que pronto se la daría a conocer. Faltaban solo un par de meses para iniciar su nuevo trabajo en Rancagua.

Estaba a punto de salir por la puerta, cuando dos golpes sonaron contra ella. Se preguntó que quién podría ser. No esperaba a nadie. La abrió despacio, y se encontró con la mirada rígida de su padre. Kamal se hizo a un lado sin decir palabra, dejándole libre el paso. Selim avanzó y evaluó la habitación en un incómodo silencio, que a él le pareció que los distanciaba aún más. Luego se giró y lo recorrió con la mirada. Su gesto estaba contraído.

—Perdiste peso —afirmó su padre.

—Solo un poco. No tengo mucho tiempo para comer —se justificó. Una parte de él quería abrazarlo y decirle que lo extrañaba; y la otra, deseaba reprocharle que le hubiese dado la espalda cuando más lo necesitaba—. ¿Por qué has venido?

—Hace unos días recibí una visita. Más bien, fue una amenaza —le hizo saber. Las palabras de su padre sonaban a advertencia, pese a que no había elevado la voz—. Finalmente lo hiciste. Pediste a esa chiquilla en matrimonio. No me escuchaste, y te humillaste frente a Abdul Hassan.

—No me he humillado, padre. He actuado según mis convicciones. He trabajado muy duro para conseguir lo que deseo.

—¿Y de qué te ha servido? —le reprochó—. Esa relación no solo te ha costado tu familia, sino que también le has hecho daño a ella. —Selim suspiró con frustración—. Mira, hijo. No he venido hasta aquí para discutir contigo. Solo quiero que te olvides de esa mujer y vuelvas a casa.

—No, papá. Yo jamás voy a renunciar a ella.

Su padre lo miró dolido, y luego confesó:

—Abdul me ha dicho que si te vuelves a acercar a su hija, dejará de comprarnos las telas a nosotros. Vengo a pedirte que pienses en tu familia, Kamal.

El pecho se le contrajo dolorosamente por tener que negarle a su padre la petición, pero no era capaz de renunciar a la mujer con la que pretendía pasar el resto de su vida.

—Lo siento, padre. No puedo renunciar a ella. Mi vida no tiene sentido si Amira no forma parte de mi futuro —confesó reprimiendo el dolor que le causaban a su padre sus palabras—. Lamento que no puedas ponerte en mi lugar.

—Créeme, hijo, que más lo lamento yo.

Selim abandonó la habitación y Kamal se quedó de pie, mirando a su padre avanzar por el pasillo con los hombros caídos y la vista en dirección al suelo. Ni siquiera se percató del momento en que los ojos se le anegaron por las lágrimas contenidas. Lo que su padre le pedía era imposible. Renunciar a Amira era como renunciar al aire, a la fuerza vital.

—Lo siento, padre —dijo en voz alta mientras tomaba su chaqueta y cerraba la puerta tras de sí.

Había llegado la hora de reunirse con ella.

Amira ingresó a la iglesia con el corazón latiéndole a mil. Divisó a Kamal de inmediato, y no le importó que Emir se encontrara presente. Se arrojó a sus brazos y se echó a llorar, liberando toda la angustia contenida. Permanecieron así, abrazados durante varios minutos, hasta que consiguió tranquilizarse. Luego Kamal, sin separarse de ella, extendió la mano hacia Emir.

—Gracias por traerla.

—Toda tuya. Solo tengan cuidado de no dejarse ver —les aconsejó con cariño—. Regresaré por ti en dos horas, hermana.

—Y tú, ¿qué harás todo este tiempo? —quiso saber Amira.

—Tengo algunos asuntos que atender —le respondió guiñándole el ojo.

Emir abandonó la iglesia antes que ellos. Una vez estuvieron a solas, Kamal la besó con suavidad. Luego la tomó de la mano y la arrastró hasta la pensión, ubicada a pocas cuadras de allí. Llegaron jadeando y riendo, sumidos el uno en el otro.

Kamal abrió la puerta de su dormitorio; y apenas la cerró, la besó con desesperación, de la misma manera en que ella le correspondió. Lo extrañaba demasiado como para medirse y

privarse de su contacto, de sus manos y de sus besos.

—Te he echado tanto de menos, mi amor —le dijo él, una vez abandonó su boca y pegó la frente en la suya, con la respiración todavía agitada.

Amira le acarició el rostro con ternura, y nuevamente sintió sus ojos humedecerse.

—Yo también. No quiero regresar a casa, Kamal. Quiero quedarme junto a ti para siempre —reconoció, antes de unir sus bocas otra vez.

—Lo sé, cariño. —La condujo a la cama y se sentó a su lado—. Encontraremos la manera de estar juntos. Ya lo verás.

Amira le reveló todo el padecimiento que vivió durante su encierro, contándole también la agresión que le había ocasionado su padre, luego de enterarse de su relación con él. Su hermano Omar la trataba aún con más desprecio que antes, a diferencia de Emir, quien se encerraba con ella con frecuencia, consolándola cuando la escuchaba llorar.

Kamal le habló de la visita de su padre, y de lo doloroso que era para él que le diera la espalda otra vez. Ambos sabían que estaban prácticamente solos en esto.

—Kamal —le susurró algo avergonzada—. Quiero que estemos juntos; quiero ser tuya.

Sus ojos brillaron ante aquellas palabras cargadas de significado. Pudo ver en ellos que lo deseaba tanto como ella. Amira, incapaz de romper el contacto con los suyos, le acarició el rostro con ternura.

—Lo que más quiero en el mundo, Amira, es hacerte mía, pero no podemos.

—¿Por qué no?

—Porque es riesgoso.

—¿Y si no conseguimos estar juntos otra vez? —Se echó a llorar en su pecho. Kamal la presionó contra sí con fuerza.

—Amira —le susurró, alzándole la barbilla con un dedo. Ella lo miró—. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

—Sí. Ya nada puede ser peor de lo que es. Te amo tanto que lo quiero todo de ti.

—Amira, cariño —dijo besándola con suavidad—. ¿No tienes miedo?

—Mucho —respondió asintiendo con la cabeza—. Tengo miedo de que otro tome lo que a ti te corresponde. Te pertenezco, Kamal. En cuerpo y alma, soy tuya.

Fue todo lo que él necesitó para apoderarse de su boca. Ella lo sintió con cada poro de su piel; su beso abrasador la envolvió por completo, rindiéndose a él. Podía percibir la tensión de su cuerpo, cargado de deseo y pasión; una pasión contenida por demasiado tiempo ya. Amira también notó que su piel reaccionaba ante sus caricias, y se sintió amada y deseada. Tuvo certeza de que era lo correcto.

Se desnudaron con torpeza, como dos jóvenes inexpertos que exploran por primera vez un terreno desconocido. La vergüenza no tuvo lugar en aquella oportunidad, porque cuando él la miró con sus ojos verdes cargados de pasión, Amira se sintió hermosa y feliz. Lo acarició con los dedos y con la boca, amándolo con todo su ser. Nunca dejaban de besarse o tocarse. Querían conocerse en profundidad, aprenderse de memoria al otro, conocer cada imperfección de sus cuerpos, que ya se encontraban listos para fundirse.

Kamal tenía la frente perlada de sudor, no tan solo por el calor, sino que por la pasión que era incapaz de contener dentro de sí. Amira se recostó sobre la estrecha cama, y él la siguió en el descenso. Las palabras habían quedado rezagadas para otro momento. Ahora solo se escuchaban el uno al otro, la respiración agitada; los sonidos de placer cuando se acariciaban con ansias; y el crujir de la cama, que a duras penas resistió los movimientos rítmicos del amor.

Se abrazaron desnudos y se cubrieron con una sábana, con los ojos humedecidos de

felicidad. Por fin se sentía suya por completo. Amira pensó que nada ni nadie tendría el poder de arrebatárselo, porque, pasara lo que pasara, ella y Kamal estaban unidos por un amor que no era de este mundo; y aquel momento de intimidad tan grandioso que experimentaron juntos por primera vez, había quedado grabado en su memoria y en su corazón para siempre.

Se encontraron dos veces más durante esa semana, y volvieron a amarse con la misma pasión que la primera vez. Era como si no pudieran dejar de tocarse, ahora que ya conocían el placer de la unión física. Emir y Nora se encargaron de colaborar con aquellos encuentros, despistando a Omar y buscando excusas que les permitieran poder sacar a Amira de su casa, sin que nadie se percatara de ello.

—Escapémonos juntos, cariño —le propuso Kamal una tarde, luego de amarse en su habitación—. Ya tengo un sitio donde vivir en Rancagua, y con mi sueldo, más los ahorros que he reunido estos meses, nos alcanzaría para solventar los gastos iniciales. ¡¿Qué dices?! ¿Lo dejarías todo por mí?

—Sí —le respondió sin dudarlo—. Me iría hoy mismo contigo.

—¿Estás segura? Porque eso implicaría dejar atrás a tu hermano y a tu madre, al menos, hasta que podamos estar casados de verdad. Quiero que seas mi mujer, Amira, pero para ello tendremos que esperar a que cumplas la mayoría de edad.

Kamal sacó una pequeña cajita de su velador, y le dio una sencilla argolla de oro. Luego le cogió la mano y se la puso con suavidad. Vio en los ojos de Amira la emoción y la sorpresa. Eso lo envalentonó todavía más.

—Cásate conmigo, cariño, y permíteme amarte por el resto de nuestras vidas.

—Sí, Kamal. No hay nada que desee más en el mundo que convertirme en tu mujer.

La besó y sintió que la humedad de sus mejillas mojaba las de él. Se las secó con sus manos y con su boca.

—Podemos hacernos pasar por matrimonio allá. Nadie sabrá que no estamos casados. ¿Estás dispuesta a dejar a tu familia? Necesito que estés segura de tu decisión.

Amira lo miró con tanto amor que se estremeció.

—Me iré contigo a donde tú quieras. Cuando sea tu mujer legalmente, entonces ya nada ni nadie podrá separarnos. Sé que mi madre algún día lo comprenderá y me perdonará. Y mi hermano Emir estará siempre de nuestro lado.

—¿Y tu padre? ¿No tienes miedo de él?

—Tengo más miedo de estar casada con aquel hombre, que de lo que papá pueda hacerme. Una vez que estemos juntos, te perteneceré solo a ti.

—No puedo permitir que tu padre te entregue en matrimonio a ese hombre. No puedo soportarlo, mi amor. —La besó en la frente casi con desesperación—. Lo organizaré todo para que podamos marcharnos lo antes posible. Quedan pocas semanas para que me entreguen el piso. Solo debemos esperar un poco más.

Sellaron el acuerdo con un beso que lo decía todo. Kamal sentía el pecho inundado de felicidad. Sabía que las cosas no serían fáciles, y que para Amira supondría un cambio radical en su vida —lo que les afectaría tarde o temprano—, pero veía en su mirada la determinación férrea de emprender una vida con él.

Lo prepararía todo lo antes posible; compraría los pasajes en tren con anticipación, y sería más cuidadoso de lo que ya era para reunirse con ella. No podían correr riesgos de ningún tipo. Kamal sintió que, por primera vez en mucho tiempo, sus esfuerzos estaban dando frutos.

Amira bordaba en el salón principal, abstraída en sus pensamientos, cuando escuchó a su hermano Emir tocar el instrumento de cuerdas y entonar una canción. Eso pareció devolverla a la realidad. Una realidad que llevaba tiempo postergando en su mente. Era el primer sábado de abril, y su padre tenía invitados a cenar por la noche. Como se sentía algo indispuesta, su madre se compadeció de ella y le permitió salir de la cocina, donde llevaban horas preparándolo todo para los invitados. Amira notaba que su madre, desde que su padre la castigó por su relación con Kamal, era más permisiva con ella y la miraba con compasión. Amira sabía que la vida de las mujeres no era nada fácil, por lo que no la juzgaba por no oponerse a su marido cuando la ofreció en matrimonio. Después de todo, era muy difícil cambiar la mentalidad de un hombre que creció bajo las estrictas tradiciones de una cultura donde imperaba el machismo. Pero Amira tenía conocimiento de que no todos los hombres árabes eran así. Su tío Nader Zidan era una de esas excepciones, y por eso lo quería más que a su propio padre, quien nunca le demostró afecto. Estaba también su hermano Emir; él era diferente.

Suspiró. Llevaba una semana sin ver a Kamal. Su padre viajaba menos en aquella época del año, y se les habían acabado los pretextos para salir. Las cartas le llegaban puntualmente dos veces a la semana, por medio de su amiga Nora. En la última de ellas, Kamal le informaba que todo estaba listo para su huida. Se fugarían el primer sábado de mayo, durante la tarde, cuando la familia celebrara el cumpleaños de su padre. Ya tenía los pasajes en tren listos y a buen recaudo.

Emir dejó de cantar y se sentó a su lado.

—¿Te sientes bien, Amira? Estás algo pálida —preguntó este tocándole la frente.

—Parece que me estoy resfriando. Es todo —lo tranquilizó retomando el bordado—. ¿Cómo van las clases de pintura?

Emir se inclinó en el sofá, y se cruzó ambas manos por detrás de la cabeza. Lo notó mucho más contento que de costumbre.

—Bastante bien. Te sorprenderías. Gonzalo es un excelente profesor, y yo tengo muchísimo talento —comentó en tono socarrón.

Amira le sonrió. Luego pensó que si no fuese por su hermano, ella estaría sumergida en la más grande de las tristezas. Pero Emir era un apoyo fundamental en su vida. Gracias a él podía reunirse con su amado Kamal.

La puerta de la cocina se abrió, y la nana María ingresó portando unos pocillos con aceitunas y frutos secos. Amira sintió que el estómago se le revolvía, por lo que esquivó la vista de su contenido.

—¿Quieres una aceituna, mi niña? —le ofreció, acercandoselo a la cara.

—No, gracias. No tengo ganas —respondió haciendo una mueca de asco.

—Debes estar muy enferma si les dices que no a estas delicias —comentó la mujer, dejando el pocillo en la mesa de centro—. Es primera vez que las rechazas.

—Yo sí quiero. —Emir sacó tres de una y se las lanzó a la boca.

—A ti no te ofrezco, porque te las vas a comer todas de una vez —se quejó la nana María con una sonrisa. Emir se puso de pie y la abrazó, haciéndole cosquillas—. ¡Suéltame, chiquillo! —pidió entre carcajadas.

—Dime que me quieres —continuó abrazándola—. Reconoce que soy tu favorito de los tres.

Amira soltó una risita alegre cuando la nana María lo azotó con un pequeño paño de secar platos.

—Ya suéltame, Emir. ¡Que me dejes, hombre!

—Ay, ay, nana María.

—Ya está bien —se alejó de él, divertida con su actitud—. Mejor me voy a la cocina, que hay mucho que hacer allí todavía. ¡No te las comas todas, Emir! —le advirtió, y Emir le lanzó un beso que la hizo sonreír, antes de desaparecer por la puerta.

—Qué pesado eres con ella —le dijo, alegre—. Y le encanta.

—Lo sé.

Amira retomó su bordado y sonrió. Emir conseguía siempre ponerla de buen humor; un humor que se descompuso apenas su padre ingresó al salón y se acercó a ella. Tenía la mirada dura, como siempre, y parecía ansioso de alejarse de allí, como si dedicarle su atención fuese una pérdida de tiempo. Sin embargo, no fue eso lo que le afectó más, sino que las palabras que salieron por su boca.

—Cámbiate y ponte bonita, porque hoy viene tu prometido y su familia. Se anunciará formalmente tu compromiso con él.

Abdul abandonó la estancia con rapidez. La noticia le había caído como balde de agua fría. No quería casarse con ese hombre. No podía ni siquiera imaginar una cosa así. El aire comenzó a faltarle, y un zumbido en el oído derecho la hizo tambalearse. No supo en qué momento su hermano la estaba abrazando y tranquilizando. Y aunque su voz la escuchaba lejana, y su mente era incapaz de procesar las palabras y comprenderlas, eso consiguió que recuperara parte del dominio perdido.

—Amira, respira profundo y cálmate —le susurró cerca del oído—. Todo estará bien. Tú continúa haciéndoles creer a todos que te casarás con ese señor. No debes levantar sospechas de ningún tipo. ¿Me entiendes?

—Sí —balbuceó por fin. El malestar anterior pareció intensificarse con la noticia—. Tienes razón.

Se levantó con urgencia y corrió hasta el baño, donde vació todo el contenido de su estómago, de una sola vez. Escuchó a Emir hablarle desde la puerta. Tenía el gesto cargado de preocupación.

—¿Estás bien?

—Sí. Es por los nervios, pero ya me encuentro mejor.

Su hermano asintió y la dejó a solas. «Aguanta un poco más», se dijo para darse ánimos. «Pronto estarás con Kamal para siempre». Y con ese pensamiento en mente, Amira se dirigió a su habitación y se preparó, tal como le había dicho su padre.

Capítulo 11

La nana María le hizo un recogido en el pelo, y dejó que algunos mechones colgaran rizados alrededor del rostro. Amira se mantenía en silencio mientras se observaba a través del espejo. Luego se vistió con su mejor vestido y se maquilló los ojos, resaltando la intensidad de su mirada. Se sentía hermosa por fuera, y vacía por dentro.

—Todo saldrá bien, mi niña. Ya lo verás —comentó su nana con intención de tranquilizarla—. Iré a ayudar a tu madre ahora. Baja cuando estés lista. Los invitados están por llegar.

La nana María abandonó la habitación con rapidez, y Amira aprovechó que se había quedado a solas para admirar el anillo que le obsequió Kamal. Como no podía utilizarlo, lo mantenía oculto dentro de uno de sus joyeros. Lo acarició con el dedo índice, y luego se lo llevó a los labios, depositando un suave beso en él. Lo guardó con cuidado, deseando que llegase el día en que pudiera lucirlo frente a todos.

Bajó las escaleras y escuchó las voces de los invitados mientras eran recibidos en la entrada. Su padre le palmeaba el hombro de manera amistosa a José Aziz, complacido de recibirlo en su casa. El invitado desprendía arrogancia y elegancia por naturaleza, tal como ella lo recordaba, y se desenvolvía igual que aquellos que están acostumbrados a dar órdenes. Era alto, como su padre, y su físico imponía, pese a que era delgado, pero para ella carecía de atractivo. Amira estaba convencida de que intimidaba más por su actitud que por otra cosa. Un hombre seguro de sí mismo conseguía eso, tal como lo hacía su padre.

José saludó a su madre con amabilidad, y luego clavó los ojos en ella. Abdul se percató de ello y sonrió, complacido.

—¿Recuerdas a mi hija, José? —La miró y le hizo un gesto con la mano para que se apresurara—. ¡Ven aquí, Amira!

Ella apretó los labios, disimulando el disgusto que le causaba ser ofrecida como moneda de intercambio, y se les acercó, destinando una breve sonrisa a los invitados, en un gesto de cortesía.

—Claro que la recuerdo. Amira, una hermosa princesa, estoy encantado —la saludó José, haciendo una leve inclinación de cabeza—. Ella es mi hermana Catalina.

La mujer la miró como evaluándola, sin disimular su disgusto, y Amira se sintió muy incómoda con su escrutinio. Catalina era un par de años mayor que José, tenía sobrepeso, y poseía la misma mirada aguda y negra que la de su hermano. Como no supo que decir, se limitó a mirar el piso y hacer una leve reverencia.

—Adelante, pasen. Mis hijos vienen enseguida —les indicó su padre. Un tocadiscos sonaba suavemente en el salón principal, dando ambientación a la velada—. Anda, Amira. Acompaña a tu madre a la cocina.

Antes de desaparecer tras la puerta, Amira escuchó a su padre decirle a José:

—Mi esposa le ha enseñado bien a llevar una casa. Amira es una excelente cocinera. ¡Ya lo verás!

Se estremeció de solo escucharlo hablar así de ella. Era cierto que la habían preparado para eso desde niña, porque así se acostumbraba, pero lo que realmente le molestaba, era que este destacara aquello como si fuese su más importante virtud.

Cuando tenían invitados, la nana María se traía a su hija Rosario, de veinte años de edad, a trabajar con ella en la cocina de la familia Hassan. Amira la conocía desde que eran unas niñas, y le gustaba pasar tiempo con ella, porque admiraba su carácter.

Apenas Rosario la vio aparecer, le destinó una sonrisa que la reconfortó.

—¿Llevo el aperitivo, señora? —dijo Rosario a su madre mientras se secaba las manos con un paño de secar platos.

—Sí, por favor. Nosotras llevaremos las bandejas con los frutos secos, quesos y aceitunas.

Rosario pasó por su lado y ella le siguió, portando una de las bandejas. El olor de las aceitunas le desagradó, y tuvo que girar la cabeza hacia un lado para soportar el malestar. No tenía claro si era por los nervios, o por lo desagradable de la situación en que se encontraba, que se sintió así; sin ánimos ni de comer.

La sentaron en la mesa al lado de su madre. Su hermano Omar ocupaba una de las cabeceras, y su padre la otra. El invitado quedó ubicado justo frente a ella, lo que la obligó a bajar la vista a cada instante, incómoda por las miradas que este le otorgaba. No sabía si eran sus ojos negros los que le resultaban amenazantes, o esa actitud tan soberbia que portaba encima cuando pedía la palabra para hablar.

Amira casi no tuvo participación en las conversaciones, lo que de algún modo agradeció. Sin embargo, le llamó la atención que la hermana de José Aziz opinara con tanta libertad, y manifestara sus puntos de vista frente a los hombres sin inhibirse. Después comprendió que la relación de Catalina con su hermano era más maternal. Lo que ella decía era ley para él.

Cenó en silencio, sumida en sus propios pensamientos, rogando para que todo finalizara pronto. José Aziz se pasó la noche relatando sobre los nuevos negocios que emprendía cada día: Empresas productoras de paños, telas de lana y algodón, entre otras cosas. Por lo que pudo deducir Amira, su futuro marido era inmensamente rico, y se había expandido con sus negocios en varias ciudades de Chile.

Pensó en Kamal y ni siquiera dudó a quién elegiría como compañero de vida. El dinero de aquel hombre le daba igual.

De pronto sintió todas las miradas puestas sobre ella, y un silencio que la hizo volver de golpe a la realidad.

—En diciembre, como lo acordamos, mi hija Amira se convertirá en la esposa de mi buen amigo José Aziz —anunció su padre con la copa en alto—. ¡Brindemos por ello!

Ni siquiera fue capaz de decir nada. La escasa comida que había ingerido se le atoró en la garganta, pero se contuvo de toser. Todos alzaban sus copas mientras ella se debatía entre elevar la suya o salir corriendo de allí. En su fuero interno ardía un volcán de emociones. La rabia, la tristeza y la impotencia eran las que más reconocía, pero por el miedo que le tenía a su padre se contuvo de hacer o decir algo fuera de lugar. José la observaba complacido; su padre, amenazante; y su hermano Emir, al igual que su madre, le destinó una sonrisa de consuelo que estuvo a punto de hacerla romper en lágrimas. Sin embargo, se abstuvo de hacerlo. Omar ni siquiera la miraba a los ojos. Se preguntó que por qué este nunca la había querido. A pesar de su inexistente relación como hermanos, a ella seguía afectándole su indiferencia.

Tomó una inspiración profunda y se obligó, aunque con mano temblorosa por la ira, a coger su copa llena con agua y brindar. No podía ofender ni a los invitados ni a su padre, negándose a hacerlo. Todo le parecía irreal, como si estuviese dentro de un sueño; o mejor dicho, de una pesadilla de la que esperaba pronto despertar. Su único consuelo, se forzó a pensar y así mantener la cordura, era que se escaparía con Kamal. Solo debía soportar la situación unos pocos

días más.

Emir abandonó la habitación de su hermana, después de que esta se quedara dormida. Le preocupaba su situación. Él quería que Amira fuera feliz, y sabía que con aquel matrimonio arreglado por su padre, ella se hundiría en la tristeza, ya que estaba profundamente enamorada de Kamal. Por desgracia, un amor que el «gran Abdul», pensó con rabia, jamás aprobaría. Conocía la rudeza de su padre, porque él mismo la había padecido en infinidad de ocasiones. «Eres débil, no tienes carácter», solía repetirle con frecuencia cuando se mostraba afectuoso con su madre y hermana. «No te pareces en nada a tu hermano; eres un irresponsable que solo piensa en pasarlo bien», le había dicho la última vez que discutió con él. Le molestaba que lo compararan con Omar. Nunca se llevó bien con él. Desde niño este lo hizo a un lado, como si fuera una molestia que se debía quitar de encima. Su «perfecto» hermano, pensaba Emir, no era más que un amargado que no sabía valorar las cosas hermosas de la vida.

Harto de los reproches de su padre, Emir hacía tiempo que decidió ignorarlo, y decidió hacer de su vida lo que le proporcionaba felicidad. Todavía le ocultaba lo de la pintura, pero estaba decidido a no hacerlo por mucho tiempo. Le daban igual las consecuencias que sus actos le acarrearán en su vida. Pero con su hermana la situación era distinta, ya que se encontraba en desventaja con respecto a él. Su adorada Amira merecía ser feliz, y él haría lo que estuviese en sus manos para ayudarla.

Bajó las escaleras y observó a su padre salir a la calle. Le llamó la atención que lo hiciera a esas horas de la noche, y más aún con todo el alcohol que circulaba por su cuerpo. Los invitados se habían retirado tarde, y su madre y hermanos ya dormían. Todavía se escuchaban los utensilios de cocina entrechocando, debido al trajín de la servidumbre por dejar todo impecable para el día siguiente.

Emir se puso un abrigo y salió tras su padre, siempre manteniéndose a cierta distancia de él. No quería que se percatara de su presencia. Miró su reloj; era pasada la medianoche. Lo observó subir a un vehículo que se encontraba detenido a un par de cuadras de allí, y luego lo perdió de vista, incapaz de identificar al conductor con el que Abdul se había largado. «Qué extraño», pensó. Estaba decidido a regresar a su casa, pero luego se arrepintió. Si se apresuraba, quizás encontraría a sus amigos en casa de Gonzalo, y podrían jugar a las cartas durante algunas horas. No tenía deseos de dormirse aún.

Entró con la llave que él siempre portaba encima, y escuchó las risas de sus amigos en el comedor. El aire estaba viciado a causa del humo del tabaco, y dos botellas de pisco se encontraban casi vacías sobre la mesa.

—Pensábamos que ya no vendrías, Emir —le dijo Gonzalo, haciéndole un gesto con la mano—. Ven, siéntate junto a mí.

Se acercó y se preparó un trago con el pisco restante. Luego se sentó junto a su amigo y encendió un cigarrillo que sacó del bolsillo de su pantalón. Los otros tres que se encontraban jugando y fumando, apenas si podían hablar debido a la ebriedad.

—La cena se alargó más de la cuenta —le comentó Emir frunciendo el ceño, incapaz de ocultar su inquietud.

Jugaron durante un buen rato, y después sus amigos se marcharon, apenas sosteniéndose en pie. Con frecuencia se despedían borrachos cuando se juntaban a jugar. Emir bebía lo justo para sentirse relajado, porque no le gustaba pasarse con el alcohol. Sin embargo, aquella noche bebió más de lo acostumbrado, y su amigo Gonzalo se percató de ello.

—Cuéntame lo que te pasa —le pidió, una vez que se quedaron solos.

Gonzalo lo miró a los ojos y se sintió acogido por su amigo. Sus ojos azules brillaban más a causa de la bebida y el exceso de humo, y el cabello rubio le caía sobre los ojos.

—Estoy preocupado por Amira. Mi padre anunció su compromiso durante la cena, y mi hermana lo está pasando realmente mal —se desahogó masajeándose el cuello.

Gonzalo se puso de pie y se paró detrás de su silla. Sintió que con sus manos le presionaba los músculos, aliviando la tensión.

—¿Qué haces?! —le preguntó, algo incómodo.

—Relájate —le pidió—. Solo estoy intentando destensar tu cuello. Continúa contándome.

Por más que intentó relajarse, no lo consiguió del todo. Las manos de Gonzalo presionaban las contracturas, generando pequeñas molestias que le eran agradables. Sin embargo, la situación le parecía demasiado íntima, y los movimientos de los dedos de su amigo le parecían más como caricias que otra cosa. O quizás era el alcohol el que le hacía tener pensamientos absurdos.

Continuó desahogándose mientras sentía que el sueño se apoderaba de él, y cerró los ojos, abandonado a la presión de aquellas manos que consiguieron relajarlo.

—Deberías quedarte aquí esta noche —le sugirió Gonzalo. La voz le sonaba distante. Sus dedos nunca dejaban de presionar, ahora, el inicio de la cabeza y el pelo—. Mañana te puedes ir temprano si tienes que ir al negocio.

—Está bien —balbuceó apenas. Una mano que bajó por su pecho como una caricia, y que no dejaba dudas para su interpretación, lo hizo ponerse de pie con rudeza—. ¡Qué mierda crees que haces! —lo increpó.

—Tranquilo, Emir. Solo quiero que te relajes.

—Pues mantén tus manos lejos de mí —le gruñó, aún aturdido por sentirse acariciado por un hombre—. ¿Eres marica?

—Emir. —Se acercó a él con lentitud, lo que lo obligó a retroceder hasta que su espalda se topó con la pared—. Somos amigos. Eso es lo único que te debería importar. Te estimo, y solo quiero que estés bien.

Emir se sintió extraño y muy incómodo. También algo borracho y confuso. La pared le servía de soporte, lo que de algún modo agradeció, puesto que apenas se sostenía en pie.

—Creo que mejor me voy —le comunicó, aunque muy en el fondo, sabía que no se encontraba en condiciones de dar dos pasos sin ayuda.

—Tonterías. Te llevaré a la habitación —le aseguró tomándolo por los brazos y apoyando su cuerpo casi inerte sobre el suyo. A regañadientes se dejó llevar.

Una vez lo sentó en la cama, Emir se dejó caer de espaldas, sintiendo que todo le daba vueltas. Incapaz de mantener los ojos abiertos, los cerró dejando que Gonzalo le quitara los zapatos y lo cubriera con la ropa de cama. Tuvo la sensación de que este le acariciaba, esta vez, el rostro. Quiso incorporarse y negarse, pero el abatimiento físico se lo impidió. Luego se quedó profundamente dormido.

Despertó en la cama con un dolor de cabeza insoportable. Sabía que era mala idea haberse excedido con el pisco, pues nunca le sentaba bien beber en exceso. Entonces se percató de que estaba acostado en la cama de Gonzalo. Su amigo apareció por la puerta que daba al baño, completamente desnudo. No era la primera vez que lo veía así, pero la situación le pareció bastante incómoda.

Saltó de la cama con brusquedad, y aunque él llevaba toda la ropa puesta, se sintió vulnerable.

—¿Por qué estas desnudo?! No me digas que te acostaste a mi lado así —le espetó con nerviosismo.

—Tranquilo —le dijo mientras se ponía una camiseta y unos calzoncillos. Luego le tendió un vaso de agua que había encima del velador. Emir lo recibió agradecido, y se lo bebió de golpe—. Duermo siempre así. ¿Cómo sigues del cuello?

—Mejor, aunque todavía me molesta —reconoció mucho más tranquilo—. Me daré una ducha.

Pasó por su lado y Gonzalo lo detuvo tomándolo por el antebrazo. Algo había cambiado entre ellos, porque Emir se notaba incómodo a su lado. Se preguntó si serían ideas suyas que la noche anterior lo sintió acariciarle el pecho y el rostro, o si de verdad Gonzalo se le estaba insinuando. Tenía certeza de que este era algo liberal y de que pasaba de una mujer a otra, con la misma facilidad con que se escoge lo que se va a cenar; pero nunca se imaginó que podría tener cierto interés en otros hombres, y menos en él. Saber eso lo perturbó, porque lo admiraba, y no sabía si volvería a mirarlo con los mismos ojos, de ser así.

—Emir. ¿Estás bien? —le preguntó.

—Eso creo —le respondió algo confuso—. Me daré una ducha.

Gonzalo aflojó su agarre y se hizo a un lado, cediéndole el paso. Mientras lidiaba con el dolor de cabeza y de cuello, Emir se permitió cerrar los ojos bajo el agua caliente, y bebió de la misma ducha para saciar la sed. Sintió la puerta abrirse, pero se quedó inmóvil, sin atreverse ni siquiera a voltearse. Por alguna razón que atribuyó a esa extraña sensación que flotaba en el ambiente, sabía que Gonzalo lo estaba observando en silencio. Como no supo qué hacer con eso, continuó con su baño, ignorándolo. Luego cortó el agua y cogió una toalla, envolviéndose la cintura con ella. Recién entonces se atrevió a mirar hacia la puerta. Allí no había nadie.

Suspiró.

Capítulo 12

Ya habían pasado tres semanas desde que se anunciara su compromiso con José Aziz. El ánimo de Amira había decaído a pasos agigantados, debido a que llevaba todo ese tiempo sin poder reunirse con Kamal. Además, se sentía enferma y cansada, y hacía días que se encontraba algo indispuesta. Incluso llegó a pensar que podría tratarse de un embarazo, pero luego descartó esa idea, puesto que, a pesar de que no le había llegado el período de manera regular, seguía teniendo pequeñas pérdidas de sangre, aunque bastante inferiores a las que acostumbraba.

—¿Puedo pasar? —preguntó Nora sin esperar respuesta. Ya había ingresado y cerrado la puerta tras de sí. Luego la abrazó y se sentó a su lado—. Te traigo un mensaje de Kamal.

—Ay, amiga —dijo con frustración—. Lo extraño tanto. ¿Cómo está él?

—Tan desesperado como tú —le explicó mientras le tendía una carta.

Amira la abrió y la leyó deprisa. Estaba ansiosa por conocer el contenido de aquel mensaje. A medida que avanzaba en la lectura, una luz de esperanza le agitó los latidos de su corazón. Se llevó el papel al pecho, abrazándolo, y miró a Nora con una sonrisa en los labios.

—Llegó la hora —le informó con la voz cargada de emoción—. El sábado que viene nos fugaremos con Kamal. Me esperará en la estación de trenes a las once de la mañana, y emprendemos una vida juntos, como marido y mujer, lejos de esta familia. ¿No es maravilloso?

—Claro que sí. —Nora la abrazó y Amira agradeció poder contar con una amiga como ella. Pensó que nada de esto sería posible sin su ayuda—. Me alegra tanto saber que estarán juntos para siempre. Tendremos que planificar cómo hacerlo para que nadie sospeche de tu fuga. El equipaje es el primer problema que debemos solucionar.

—He pensado que el viernes se lo hagas llegar tú a Kamal, y así el sábado, cuando yo haga mi turno en la tienda, pueda salir sin problemas del negocio, con la excusa de que vengo a la casa por algo de abrigo. Entonces ahí aprovecho de escapar. Si lo hago sin equipaje, será mucho más fácil.

—Bien pensado. ¿Se lo contarás a Emir?

—Claro que sí. Hoy mismo se lo diré. —Amira se puso de pie y revoloteó de un lado a otro dentro de su habitación, invadida por una emoción desbordante—. Estoy tan feliz que quiero gritar de alegría.

—¿Tienes miedo?

—Mucho, pero son más grandes mis ansias por estar junto a él, que el temor que me ocasiona todo esto. —Amira se detuvo de golpe y clavó su mirada en la de ella—. Lo único que lamento, Nora, es el sufrimiento que le causaré a mi madre, pero sé que algún día ella me perdonará.

—Claro que lo hará. Ahora preocúpate de ser feliz, que hartos les ha costado a ustedes dos sostener esta relación.

Eso hizo Amira el resto de la semana. Anduvo como si flotara por una nube de algodón, de tan contenta que se encontraba. Preparó un equipaje discreto, escogiendo las mejores prendas de abrigo, y unas cuantas más para los meses de verano. Ya se las arreglaría más adelante con su amiga Nora para que le hiciera llegar el resto de su vestuario. Su hermano Emir, tal como pensaba, le entregó todo su apoyo y también algo de dinero que tenía ahorrado. Ese gesto suyo la conmovió.

—¿Todo bien, mi niña? —quiso saber la nana María cuando la descubrió con una sonrisa en los labios mientras bordaba el punto de cruz.

—¿Por qué lo preguntas?

—Porque llevas toda la semana sonriendo sin motivo aparente, y tu apetito ha mejorado considerablemente.

Amira le sonrió, incapaz de ocultar su felicidad.

—Todo está perfecto. ¿Cuándo vendrá Rosario?

—¡Bah! —se quejó entornando los ojos mientras ordenaba los cojines del sofá—. Esa chiquilla está medio enamorada, y ahora no me visita casi nunca. Yo creo que pronto tendremos casorio.

—¿De verdad? —le preguntó sonriendo—. Esa es una estupenda noticia. ¿Y él es un buen muchacho?

—Es muy trabajador y la llena de atenciones. Me da algo de pena el pobre; con lo dominante que es mi hija, diría que me compadezco un poco de él —dijo sonriendo.

A ella le gustaba ver el brillo de orgullo en los ojos de su nana María cuando hablaba de Rosario. Pronto ella también gozaría de una felicidad aún mayor, y fue incapaz de contener su alegría.

Se pasó la tarde sonriendo, pensando en Kamal y en la nueva aventura que emprenderían juntos. Disfrutó de la compañía de su madre aquellos últimos días, a pesar de que sintió un poco de remordimiento por el daño que le causaría su partida. Algo no andaba bien con ella, porque la notaba más deprimida de lo normal, y parecía que se hubiese echado diez años encima de tirón. Incluso la sorprendió observándola con cautela en un par de ocasiones, y cuando sus ojos se encontraban con los de ella, su madre esquivaba la vista. No le dio más vueltas al asunto, y se centró en su inminente felicidad, y también en aprovechar las pocas horas que le quedaban por disfrutarla.

En cuanto pensaba en su padre se veía invadida por una serie de emociones. Amira le temía, pero también una fracción de ella deseaba que sufriera un sinsabor, incluso mayor que el suyo por su causa. No sentía ni una pizca de remordimiento cuando reflexionaba sobre ello. Su único miedo, por ahora, era que las cosas no salieran bien.

—Me he llevado tu equipaje desde la casa de Nora y se lo he entregado a Kamal —le informó su hermano Emir cuando ingresó en su habitación. Era viernes por la noche y todo estaba listo para partir por la mañana—. Voy a extrañarte, pero sé que estarás en buenas manos. Kamal es un buen muchacho.

—Gracias, Emir —le dijo ella, abrazándolo—. Yo también te extrañaré. Si no fuese por ti y por mi amiga Nora, nada de esto estaría sucediendo. Prometo que te escribiré cuando pueda.

—Cuídate, hermana. —Le besó la frente y luego la sujetó por los brazos—. Si necesitan cualquier cosa, por favor no dudes en hacérmelo saber.

Amira sonrió y le besó la mejilla con afecto.

—Estaremos bien.

Despertó de un sobresalto cuando la nana María y su madre ingresaron en su habitación. Durante la noche tuvo muchas dificultades para quedarse dormida, debido a la ansiedad. Todo era movimiento a su alrededor, y la actitud de las mujeres revoloteando de un lado a otro le llamó la atención.

—Levántate, Amira. Tenemos poco tiempo —le dijo su madre mientras la destapaba con

rapidez.

—Pero ¿pasa algo?

—Primero date un baño rápido y luego vuelve aquí —le pidió destinándole una mirada culposa a la nana María.

Todas las alarmas se encendieron dentro de Amira. ¿Por qué su madre le pedía tal cosa un sábado por la mañana? La nana María tenía en las manos un elegante vestido blanco, y ella ni siquiera se había dado cuenta de eso. Algo estaba sucediendo, pero no comprendía el qué.

Miró la hora del reloj de la mesita de noche. Eran las ocho de la mañana. Aún era temprano, y eso, lejos de aliviarla, la inquietó todavía más. ¿Cuál era la urgencia de su madre? ¿Por qué se le veía conmovida? Mientras pensaba en esas cosas, se metió al cuarto de baño y se dio una ducha rápida. Se secó el cuerpo y se puso la ropa interior. Luego se cubrió con una bata y salió en busca de respuestas.

—Mamá, por favor. ¿Podrías explicarme qué es lo que está pasando? —quiso saber, aunque una idea aplastante le rondó por la cabeza.

—Amira, hija —susurró suspirando—. Tu padre ha ordenado que tu matrimonio con José Aziz se realice hoy.

—¿Qué?! —gritó negando con la cabeza enérgicamente—. ¡Yo no me puedo casar hoy! El matrimonio estaba previsto para diciembre.

Comenzó a llorar sin control alguno, en medio de la desesperación que le causaba la noticia. Ella tenía que huir con Kamal esa mañana. Se preguntó que por qué su padre había adelantado el matrimonio tantos meses. Era como estar en el infierno, en una pesadilla que la acechaba una y otra vez.

—Lo siento, Amira. Tu padre no ha querido que te lo dijéramos hasta hoy.

—Pero ¿por qué?! —chilló, a punto de colapsar—. ¿Qué es lo que he hecho a mi padre para que me odie tanto? Yo no quiero casarme con ese hombre, mamá. No lo amo.

—Tranquila, hija —dijo Salma intentando calmarla, pero ella había perdido el control y no era capaz de escuchar nada de lo que le decía.

—¿Todos lo sabían? Lo organizaron a mis espaldas y nadie fue capaz de decírmelo. ¿Cómo pudieron hacerme esto?

—Tus hermanos no sabían nada. A ellos no puedes culparlos, Amira. Son órdenes de tu padre. Ahora, lávate la cara y ven aquí, que debemos prepararte.

—¿Dónde está Emir? —preguntó desesperada por verlo—. Necesito hablar con él.

—Tu hermano no llegó a dormir anoche.

—Mi niña —intervino la nana María—. Obedece a tu madre. No querrás que ella pague las consecuencias con tu padre, ¿verdad?

Amira estaba entre la espada y la pared. Sabía que su nana tenía razón. Abdul era capaz de hacer muy desgraciada a su madre si esta no le obedecía. Escucharla decir eso, sumado a la mirada de súplica que le destinaron ambas mujeres, consiguió que dejara de luchar contra lo imposible.

No dejó de llorar. La peinaron, maquillaron y vistieron para la ocasión. Su mente se había sumergido en un estado atemporal, como si parte de ella se encontrara en otro sitio, lejos de la realidad. Era como estar dentro de un laberinto sin salida, en el que la voz y los sonidos se desvanecían como por arte de magia. Su alma esclavizada gritaba por dentro, pero nadie era capaz de escucharla, porque el laberinto le robaba los sonidos, los colores y la felicidad.

Aturdida y en estado de *shock* se dejó hacer mientras su mente adormecida se preguntaba si no habría perdido la cordura, porque era incapaz de reaccionar. No supo cuánto tiempo pasó

desde que se inició la pesadilla. Solo tuvo claro que la condujeron fuera de la habitación y que Omar, su hermano, la retuvo por el brazo. Luego se acercó a su oído con una sonrisa de suficiencia dibujándole el rostro.

—¿Pensaste que podrías salirte con la tuya y ridiculizar a nuestra familia?

Entonces lo comprendió. Omar lo sabía todo; lo de la fuga y su relación con Kamal. Entendió que fue él quien advirtió a su padre de que ella se escaparía esa mañana; el causante de arruinarle la vida para siempre. Sintió como la ira la inundaba por dentro, y fue incapaz de contenerla por un segundo más. Su puño se estrelló con fuerza en la mejilla de su hermano, haciéndolo trastabillar. Omar se recompuso rápido y sus ojos ahora estaban cargados de furia. Ella sabía que la iba a lastimar, pero el golpe nunca llegó. Su padre había gritado una advertencia, que lo hizo contenerse justo a tiempo.

Fue entonces cuando le invadió el miedo de verdad. Esos ojos echaban fuego, herían, dominaban y advertían. Percibía a su padre mucho más alto de lo que realmente era, y se sintió incapaz de oponerse a él.

—Bajen todos —ordenó Abdul—. El oficial del Registro Civil ya se encuentra esperando.

Omar le otorgó una última mirada de odio, y luego le dio la espalda. Su madre y la nana María desaparecieron detrás de él. Cuando se quedaron a solas, su padre le advirtió:

—Ahora vas a bajar, te casarás con José Aziz, y no me avergonzarás más. —Abdul dio dos pasos amenazantes hacia ella. Los ojos color miel parecían haberse oscurecido por la ira—. No te atrevas a desafiarme, Amira, porque le haré la vida imposible a tu amado Kamal si lo haces. Sabes que soy capaz.

Ella contuvo el aire y se tensó. Luego se dejó conducir por él hasta el salón principal. Eran las diez de la mañana, y ya no podía recurrir a nadie para pedir ayuda. Tampoco fue capaz de derramar más lágrimas. La habían maquillado bastante para ocultar la hinchazón de los párpados, y su madre la justificó ante José y su hermana, por tener los ojos rojos. Dijo que un catarro fuerte la tenía congestionada.

José Aziz, vestido impecablemente y acompañado por esa actitud arrogante que lo solía caracterizar, la miró, complacido por su apariencia. Ella apenas le prestó atención.

Justo cuando el oficial iba a comenzar la ceremonia, la puerta principal se abrió, y entró por ella su hermano Emir. Lo observó fruncir el ceño y recibir la mirada reprobatoria de su padre.

—Llegaste justo a tiempo. Ya tendremos una conversación tú y yo —lo regañó Abdul.

Amira se encontró con su mirada, y Emir supo lo que debía hacer, sin que le dijera ni una sola palabra. Era un llamado de auxilio en toda regla. El problema era que ya sería demasiado tarde para ella.

Kamal estaba ansioso por verla aparecer en la Estación Central. Faltaban todavía quince minutos para las once de la mañana. Ni siquiera fue capaz de dormir toda la noche, debido a la ansiedad, pero era tal su emoción que no se sentía cansado.

Se ajustó el abrigo a la altura del cuello, evitando que se infiltrara el aire frío. Ya se había fumado cuatro cigarrillos en el tiempo que llevaba ahí, esperándola. Mientras expulsaba el humo por la boca, recordó a su padre la noche anterior. Como siempre y cada viernes, se reunió con el tío Alberto y su hermano Emilio a jugar a las cartas o al dominó. Kamal se despidió de él a la distancia, en silencio y tan solo con la mirada. Apoyado en el árbol del frente de la que fue su

casa, primero observó a su padre despedirse de su tía, a quien él consideraba como a una madre. Después lo vio, a través de la ventana, sentarse en el mismo sillón de siempre y leer un viejo libro mientras esperaba por sus amigos. Probablemente tenía encendida la radio y escuchaba algo de música, a la vez que pasaba las páginas con sus temblorosos dedos. Desde allí, Kamal podía escuchar en su mente el ruido del papel voltearse con suavidad. Se preguntó si le perdonaría alguna vez que se decidiera por Amira y no por él. Si comprendería en el fondo de su corazón que lo que le pedía era algo imposible de realizar. Y aunque Selim le había dado la espalda en su momento, lo seguía amando y por eso le dolía tanto. Kamal no le quitó los ojos de encima, reviviendo recuerdos de su infancia en aquel hogar; los momentos en que jugaba en la calle con sus amigos del barrio, y las caminatas que emprendían con su padre, desde que tenía uso de razón. Estuvo a punto de romperse por la emoción que le produjeron aquellos recuerdos, pero estos se hicieron añicos cuando llegaron sus tíos a jugar. Apenas Selim les abrió la puerta, su semblante triste y casi ausente cambió por uno de alegría. Saber que contaba con ellos lo dejó mucho más tranquilo, porque no estaría solo. Esbozó un «Adiós» silencioso, y se marchó a la pensión.

La llegada de uno de los trenes lo sacó de sus ensoñaciones. Miró la hora de su reloj. Ya eran pasadas las once de la mañana y Amira aún no daba señales de vida. Entonces comenzó a inquietarse y a buscarla entre la gente con mayor atención. Algunos caballeros leían el periódico, sentados junto a su equipaje; otros, charlaban animadamente cuando avanzaban por la estación, buscando una mejor ubicación para abordar el vagón. Sacó otro cigarrillo y se lo puso en los labios mientras buscaba cerillas en su bolsillo. Lo encendió, rogando para que todo saliera bien; para que Amira pudiera llegar sin inconvenientes. Los minutos transcurrían cada vez a mayor velocidad, pero ella no aparecía. No sabía qué hacer. Miles de ideas que solo consiguieron inquietarlo aún más tomaron el control de su mente. No podía marcharse sin ella. Una parte de sí quiso pensar que solo era un retraso y que todo estaría bien. Pero algo en su pecho le decía lo contrario. Todo sucedió muy rápido. El anuncio de que debían abordar no se hizo esperar, y Kamal comenzó a desesperarse. Entonces sintió alivio, porque a lo lejos observó a Emir acercársele corriendo, pero la sonrisa se le borró de golpe cuando vio la expresión de su rostro. Venía solo.

Se acercó a él con nerviosismo y le preguntó:

—¿Dónde está Amira?

—Lo siento mucho, Kamal. Ella no podrá venir. No he podido impedir el desastre —le informó con angustia—. Ten, te ha enviado esta nota escrita a la rápida.

—Pero ¿qué ha pasado?! —exigió saber—. ¿Por qué no está aquí?

—Es por mi padre —le dijo con la voz cargada de ira—. La ha obligado a casarse esta mañana con José Aziz. No pude impedirlo —se lamentó—. Lo siento, Kamal, pero ya es demasiado tarde. Amira ya no es libre.

Sintió que el piso se removía bajo sus pies. Emir tuvo que sostenerlo para que no cayera. Estaba conmocionado hasta tal punto que era incapaz de comprender lo que escuchaba. Ni el ruido de la gente que revoloteaba a su alrededor era capaz de sacarlo del estado catatónico en que se vio sumergido. La voz de Emir lo trajo de vuelta.

—Kamal, ¿estás bien? Vamos, hombre. Dime algo.

—Ella... ¿Se encuentra bien?

—No. Está muy mal. Mi hermana está sufriendo mucho. Lee la carta.

Kamal la leyó en silencio, y las lágrimas que consiguió retener durante aquellos horribles minutos, ahora bañaban sus mejillas sin ningún pudor.

Se llevó el papel al pecho y exhaló ruidosamente, cerrando los ojos con fuerza.

—Dile que siempre la amaré —le pidió, entregándole el boleto sobrante.

Tomó su escaso equipaje, dejando el de Amira allí, y se subió al vagón, que estaba listo para abandonar la estación. Se dirigió hasta el final del carro; guardó su equipaje en los compartimientos superiores, y después se sentó, enterrando el rostro entre sus manos. Apenas el tren comenzó a moverse, Kamal dio rienda suelta a su llanto, sin siquiera importarle lo que pudieran pensar de él los demás.

Capítulo 13

Emir abandonó la estación por completo cabizbajo. Subió el equipaje de Amira al vehículo de su padre, el cual tomó sin su permiso después de la boda. No tenía tiempo para pedirlo prestado, ni tampoco le importaban las consecuencias que esto podría acarrearle a él. Su hermana era lo más importante que tenía en la vida, y necesitaba hacerle llegar el mensaje a Kamal. Darle la noticia sobre el improvisado matrimonio de Amira aquella mañana, fue lo más difícil que le tocó hacer hasta entonces en su vida. El pobre estaba destrozado, al igual que su bella hermana. Qué infelices iban a ser ahora los dos. Pensar en ello lo inundó de ira hacia su padre, y decidió que lo mejor era irse a otro lugar, lejos de su casa. Agradeció que después de la ceremonia no se realizara ningún tipo de celebración. Al menos, por su parte, no había nada que festejar. Que se jodiera su padre y su maldito egoísmo.

Condujo hasta la casa de su amigo Gonzalo, siempre pensando que podría haber evitado el desastre, culpándose. En sus reflexiones pensaba que si tan solo no se hubiese quedado a dormir fuera la noche anterior, esto no habría pasado. Su pobre hermana pagaba las consecuencias por su culpa. Si hubiera estado allí por la mañana, la hubiese ayudado a abandonar su hogar, a pesar de los problemas que eso podría haberle acarreado con su padre. Amira debió pasarlo muy mal, y él no estuvo ahí para ella.

Suspiró, mortificado.

Se estacionó fuera de la casa de Gonzalo y bajó del vehículo, cerrando la puerta de un portazo. Frustrado y abatido, entró en la casa de su amigo, quien al verlo frunció el ceño, percatándose de que algo andaba muy mal.

—¿Estás bien? —le preguntó Gonzalo, pero fue incapaz de contestarle.

Se abrazó a él y lloró durante mucho tiempo, liberando toda la rabia y la angustia de la cual se vio invadido aquella fatídica mañana. Gonzalo no le decía nada. Se mantuvo en silencio, conteniéndolo, y esperando a que él mismo decidiera contarle lo sucedido.

—Mi pobre hermana, Gonzalo —sollozó cuando fue capaz de hablar—. La casaron a la fuerza hoy.

—Shhh, tranquilo —le pidió mientras le sobaba la espalda.

—Mi padre es despreciable —continuó diciéndole, con la voz cargada de dolor—. ¿Cómo pudo hacerle eso a mi preciosa hermana? Y yo tengo toda la culpa.

—No digas eso.

—Pero ¡es cierto! —gritó clavando sus ojos enrojecidos por el llanto en los de él—. No debí quedarme aquí anoche. Esto no habría pasado.

—No puedes culparte, Emir —le dijo sujetándole firmemente el rostro con ambas manos—. Tú no tenías cómo saber que esto pasaría.

—Y ese pobre hombre. Kamal estaba destrozado cuando se lo comuniqué —pronunció nuevamente echándose a llorar.

—Shhh, calma. Todo estará bien.

Emir tenía la visión borrosa a causa de las lágrimas, y no vio venir el beso que de pronto sintió contra sus labios, pillándolo por completo desprevenido.

—¡Qué demonios estás haciendo! —le gritó a Gonzalo, liberándose de su agarre de un empujón. Luego se pasó el brazo por la boca, con intención de limpiarse y borrar el rastro de su beso—. ¡¿En qué mierda estabas pensando?!

—Solo fue un beso. —Gonzalo metió ambas manos en los bolsillos de su pantalón y lo miró con despreocupación—. No es para tanto.

—¿Eres marica?

—También me gustan las mujeres —respondió con un encogimiento de hombros. Aturdido por aquella confesión, Emir se giró sobre sus pies, con intención de marcharse—. ¡Espera, no te vayas!

—Ahora mismo estoy furioso contigo, Gonzalo. Te has aprovechado de mi vulnerabilidad y me has besado —le expresó conteniendo su rabia—. ¿Cómo has podido? ¡A mí me gustan las mujeres! —gritó.

—Me atraes —reconoció dando dos pasos hacia él. Emir tragó saliva, incómodo—. ¿Eso está mal? ¿Acaso nunca has sentido curiosidad por saber cómo es besar a otro hombre?

—¡No! —rugió furioso—. Lo único que siento en este momento es decepción. Te consideraba un amigo. He venido hasta aquí buscando consuelo, y tú te has aprovechado de mis circunstancias para utilizarlas a tu favor. —Gonzalo se acercó aún más a él, y tendió una mano hacia su rostro—. No te atrevas a tocarme —le espetó, alejando su brazo de un palmetazo.

—Comprendo. No estás listo para esto —afirmó mientras se pasaba la mano por detrás de la cabeza—. Espero que este pequeño inconveniente no arruine nuestra amistad.

—Debiste pensar en eso antes. Me largo de aquí.

Emir avanzó hasta la calle, decidido a alejarse de Gonzalo. No soportaba estar cerca de él en aquellos momentos. Se subió al vehículo y echó a andar el motor.

—Emir —escuchó que le decía—. Pase lo que pase, puedes venir aquí si lo necesitas.

Lo miró con odio y cerró la puerta del auto de golpe, alejándose luego a gran velocidad. Echó un vistazo a Gonzalo por el espejo retrovisor, quien se mantenía de pie, observándolo desaparecer. Pero ¿qué demonios se le había pasado por la cabeza a su amigo para hacerle eso? Eran tantas las emociones que bullían dentro que no era capaz de organizarlas en su mente. Estaba asqueado por la situación. ¿Le había dicho que se sentía atraído por él?

—Mierda, mierda, mierda —gritó, golpeando el volante con furia.

Estaba a punto de llegar hasta su casa cuando divisó a su padre subir al vehículo de la vez anterior. Movido por la curiosidad, y olvidándose por unos momentos de sí mismo, decidió seguirlo a una distancia prudencial. Emir no conseguía ver si el conductor era un hombre o una mujer.

El vehículo se detuvo en una tranquila calle, ubicada en la comuna de Quinta Normal. Emir aparcó algo más atrás. Desde ahí vio a su padre descender y dar la vuelta hasta la puerta del conductor. Ayudó a bajar a una mujer. Era morena y tenía una cabellera larga. Luego la apoyó contra el capó mientras la besaba una y otra vez. La mujer, que debía rondar la edad de su madre, se abrazaba a su cuello y le sonreía coqueta mientras este la colmaba de besos. Emir se sintió asqueado, observando el espectáculo.

—Maldito desgraciado —pronunció con rabia.

Abdul miró de un lado a otro en la calle, como verificando que no era presa de atención, y luego puso una de sus manos en el trasero de la mujer, con descaro. Ella se la hizo a un lado entre risas, y después lo condujo hasta su casa. Desaparecieron por la puerta, ignorantes ambos de su presencia allí.

—¡Desgraciado! —gritó mientras ponía el vehículo en marcha otra vez.

Emir se preguntó si se podía tener un día peor. Las escapadas nocturnas de su padre eran para reunirse con su amante. Lo invadió la ira y golpeó otra vez el volante, casi hasta hacerse daño en las palmas. Su pobre madre no se merecía eso. Aquella mañana estaba marcada por la

mala fortuna.

¿Se podía ser más desgraciado? Su padre era un infeliz egoísta que no solo engañaba a su madre, sino que también se beneficiaba a costa de la felicidad de Amira. Por otro lado, estaba todo este asunto del beso de Gonzalo que lo tenía conmocionado. Por qué justo ese día tenía que pasar aquello, se preguntó, invadido por una tormenta de emociones. Dejándose dominar por la ira, se contuvo de seguir desperdiciando lágrimas y llegó a casa por completo descompuesto. Bajó el equipaje de Amira, el cual dejó en su habitación, y de un portazo se encerró en la suya. Se dispuso a pintar durante el tiempo que fuera necesario para recuperar el equilibrio perdido. Poseído por su miserable estado de ánimo, Emir dio rienda a su pasión y volcó todas sus emociones en los telones en blanco que esperaban recibir su arte.

Amira no dejó de llorar durante el trayecto que la llevaría a su nuevo hogar, en el Barrio Italia. Su reciente esposo, sentado a su lado, leía el periódico en silencio, ignorándola. En el asiento del copiloto iba su cuñada, seria y tensa. Se notaba a leguas que no estaba nada contenta con el reciente enlace de su hermano. Pero Amira no tenía espacio en su cabeza para analizar a su nueva familia. En lo único en que podía pensar, era en su amado Kamal y en el sufrimiento que debía estar padeciendo, al igual que ella. Quiso gritar cuando José le besó los labios en la ceremonia. Estuvo a punto de borrar aquel roce de su boca con su mano, pero eso no debía hacerlo. Era una descortesía y una humillación que no se podía permitir realizar. En nada se parecía a lo que Kamal la hacía sentir cuando la besaba. La mirada de advertencia de su padre la hizo contenerse de derramar las lágrimas por su desgracia.

No contento con arruinarle la vida, al finalizar la ceremonia, su padre la ignoró y se encerró en su despacho, junto a Omar. Su madre la abrazó, conteniendo su propio dolor por el destino del cual ahora era esclava; y su hermano Emir, quien la aprisionó con fuerza, le aseguró que se encargaría de Kamal, haciéndola sentir un poco mejor.

—Ya, deja de llorar, que no es para tanto —la regañó José dejando el periódico de mala gana sobre el asiento.

Amira se limpió las lágrimas con un pañuelo, que ya estaba por completo manchado con el maquillaje de sus ojos, y se obligó a retener la pena dentro de sí. El vehículo aparcó en el interior de una enorme casa, con un hermoso antejardín. En otras circunstancias, Amira lo habría disfrutado. Ahora, eso no era posible, pues todo carecía de belleza ante sus ojos.

El chofer la ayudó a bajar del vehículo, y a los pocos segundos divisó a su cuñada adelantarse y formar a la servidumbre fuera de la casa.

—Esta es mi esposa Amira Hassan. Desde hoy, la señora de la casa —les informó José.

Los empleados la saludaron con respeto, y se presentaron diciendo su nombre y la función que desempeñaban en la propiedad. Amira se limitó a asentir con una sonrisa forzada, y luego a bajar la mirada. El derrumbe emocional era tan agresivo en su interior que no conseguía disimularlo. ¿Qué haría ahora? ¿Con quién se desahogaría? Ni siquiera pudo despedirse de Nora.

El espacioso salón la hizo sentir frágil y pequeña. Todo estaba decorado con exquisitez, como era de esperar; pero ni las alfombras, ni los cortinajes ni nada de lo que había ahí era capaz de impresionarla. Le daba igual.

—Sígueme —le ordenó Catalina Aziz, sin una pizca de amabilidad—. Deja de llorar de una vez. Ofendes a mi hermano.

Amira no dijo nada, porque no le salían las palabras. Se limitó a caminar detrás de ella en silencio, y a subir los peldaños de mármol, de uno en uno, repiqueteando con los tacones de sus

zapatos. Casi se dio de bruces cuando su cuñada se detuvo de golpe. Apenas si le dio tiempo de detenerse.

—Esta será tu habitación. La de mi hermano es la que le sigue —le informó haciéndose a un lado para que pudiera entrar. Un alivio la recorrió completa cuando le escuchó decir que José, su marido, tenía la suya propia. Todavía no era capaz de interiorizar lo que significaba verse casada de un día para otro, y todo lo que con ello implicaba—. Tu madre te enviará a Rosario a trabajar aquí para ti. Insistió en que te haría falta tener una cara conocida. —Lo dijo con desprecio, dejando entrever que no le gustaba nada la idea de meter a otra persona más en su casa—. El almuerzo es a las dos de la tarde. No te retrases; a mi hermano no le gusta. Enviaré a alguien para que te ayude con tu equipaje.

Se encaminó hasta la salida con rapidez, como deseando alejarse de ella, y luego cerró la puerta, dejándola a solas por fin.

Ni siquiera prestó atención a su habitación. Amira se limitó a arrojararse en la cama y a llorar hasta el cansancio; hasta que ya no quedaron lágrimas; hasta secarse por fuera tanto como se sentía por dentro. Con Kamal a su lado todo era primavera, belleza y color. Ahora, en cambio, en su interior prevalecía el otoño, un otoño opaco, frío y gris; uno oscuro y triste como su alma.

La despertó el movimiento de una mano sobre su hombro. Alguien la removía con suavidad. Se incorporó de golpe, asustada, hasta que reconoció a Rosario a su lado.

—Rosario —sollozó abrazándola como si fuese su salvavidas—. Has venido. Gracias, gracias.

—Tranquila, Amira. Desde ahora trabajaré para ti. Tu madre le rogó a tu padre que me enviara a acompañarte. Y yo me alegro de que sea así —le explicó con afecto—. No pareces nada feliz.

—Es el peor día de mi vida —admitió echándose a llorar.

—Ya, tranquila. Estaré contigo —le dijo mientras le tomaba las manos—. ¿Vas a contarme qué es lo que realmente te tiene así?

Amira asintió y se limpió la nariz con la manga del vestido. Le daba igual si lo manchaba.

—Te lo contaré todo.

Y así lo hizo. Rosario escuchó pacientemente toda su historia con Kamal, de la ayuda que recibió de Nora y Emir, y de la traición de su hermano Omar. Le contó sobre la fuga y los planes del futuro que tenía junto con su amado. Ahora, en su dedo portaba una argolla que no era la de Kamal. Sus sueños se habían hecho pedazos y no sabía si sería capaz de soportar estar casada con José Aziz. Ella tenía todavía diecisiete años, y su marido estaba cercano a los cincuenta. Y cuando finalizó de contarle todo, vio en los ojos de Rosario comprensión y tristeza por su destino.

—Es horrible lo que te han hecho, Amira —reconoció con abatimiento.

—No lo soportaré.

—Claro que sí —afirmó con convicción, recuperando su positividad habitual—. Lo harás por Kamal. Y cuando todo este infierno pase, porque pasará, encontrarán la manera de estar juntos otra vez. No dejes que tu padre gane, Amira. El amor es más fuerte que toda esta basura que estás viviendo.

—Pero ahora estoy casada con otro hombre.

—Bah, ¿y qué? Tú no lo escogiste. Te obligaron, así que debería darte lo mismo. Ya

verás que todo estará bien. —Le palmeó el hombro con optimismo—. Ahora, hay que asearse y cambiarse. Este vestido está hecho un desastre, y tenemos poco tiempo. Pronto serán las dos de la tarde, y la bruja de tu cuñada fue bastante insistente en que estuvieras lista a esa hora.

—Ay, Rosario —dijo limpiándose una lágrima—. Gracias por estar aquí.

Rosario la besó en la mejilla y la ayudó a mejorar su aspecto; a verse como persona, porque por dentro no se sentía una. Solo un despojo humano, con un futuro incierto por delante.

Llegado el ocaso de una ajetreada jornada, agotada de tantas emociones y asustada por la noche de bodas, Amira se acostó en su cama, sin conseguir dejar de temblar por el miedo. Ese día fue incapaz de retener nada en el estómago. Lo achacaba al nerviosismo y al estrés vivido, dada su situación. Su cuerpo hacía grandes esfuerzos por ejecutar movimientos de manera voluntaria, pero el cansancio era superior a ella. Sin embargo, su mente estaba alerta a cada sonido de la casa y a cada crujido del pasillo. En cualquier momento José podría querer ejercer sus derechos sobre ella, y entonces, ¿qué haría? ¿Cómo podría permitir que otro hombre tomara lo que le pertenecía a Kamal?

Cansada de llorar, se limitó a fijar la vista en la puerta, y a rezar para que nadie entrara por ella durante la noche.

—Kamal —susurró—. Ojalá estuvieras aquí, conmigo.

Cuánto debía estar sufriendo él también. Kamal había perdido a su padre a causa de ella; se había sacrificado en el trabajo para poder darle una vida mejor. ¿Cómo no lo iba a amar?

Se acurrucó abrazando una almohada, y aunque luchó por permanecer despierta, no lo consiguió. Ni siquiera se dio cuenta de que se había dormido, hasta que sintió que la puerta se abría y Rosario ingresaba portando una bandeja con el desayuno. Amira se incorporó de golpe, debido al susto, hasta que la reconoció. Miró por la ventana y vio que era de día. Eso le dio alivio. Los ojos los sentía hinchados y pesados.

—Te he traído el desayuno. ¿Pasaste buena noche?

—Dentro de lo que se puede, podría decirse que sí. ¿Por qué llevas esa ropa puesta? —quiso saber Amira.

Rosario se miró el atuendo y entornó los ojos, en un claro gesto de desaprobación. El uniforme consistía en un vestido negro y largo; y sobre este, un delantal blanco que se ataba por la espalda. En la cabeza utilizaba una cofia blanca.

—La bruja de tu cuñada ha insistido en que debía utilizar uniforme. Por cierto —susurró para que nadie la escuchara—. Tu marido se fue de viaje anoche, y según escuché a la señora Catalina, estará varias semanas fuera —le informó guiñándole un ojo con complicidad.

—¿De verdad? —se alegró.

—Sí. Así que podrás dormir tranquila durante un buen tiempo.

El alivio que sintió por una breve fracción de segundos, al escuchar sobre la partida de su esposo —qué mal le sonaba aquella palabra—, desapareció de golpe al enfrentarse a su nueva realidad. Era la esposa de José Aziz. Una realidad que le parecía una pesadilla, pero que era tan tangible como todo lo que podía palpar. Por ahora estaba a salvo de él; y luego, ¿qué?

—No tengo hambre, Rosario. Siento el estómago revuelto.

Rosario la miró en silencio, como analizándola, y luego, por la confianza que se tenían se atrevió a preguntar:

—Amira, ¿te acostaste con Kamal?

—Sí —reconoció con el rostro enrojecido por la vergüenza. Miró los ojos de Rosario y

no encontró en ellos ningún prejuicio hacia su persona. Lo que vio, por el contrario, era empatía—. ¿Has pensado que podrías estar embarazada?

—No lo creo. He tenido sangramientos.

—¿Normales? Me refiero si has sangrado todos los meses de manera regular.

—Bueno —pensó por un momento—. No es igual. Es muchísimo menos y... No lo sé.

Rosario la miró en silencio otra vez, y luego dijo con su qué.

—Te traje huevos revueltos.

Amira se llevó la mano a la boca y corrió hasta el baño. Una vez dentro, vació el poco contenido que tenía su estómago. Después se lavó y se humedeció el rostro con agua fría. Apenas sintió los dedos de Rosario en su hombro, se giró y le sonrió.

—Estoy bien.

—Creo que estás esperando un hijo de Kamal.

«Un hijo de Kamal», se repitió en su mente mientras se llevaba ambas manos al vientre. Luego se vio invadida por una emoción de felicidad tan grande que no la pudo contener. Se echó a llorar, dejándose caer al suelo con suavidad, feliz por llevar una parte de su amado consigo, pero desesperada por lo que esta nueva noticia significaría en su matrimonio y en su nueva vida. José la mataría cuando se enterara de su embarazo. ¿Estaría realmente embarazada? Ahora se daba cuenta de que, en realidad, ella ya lo sabía. Sus gustos para comer habían cambiado; lo que antes le apetecía, ahora le desagradaba enormemente, como las aceitunas; y las náuseas se negaban a abandonarla desde hacían semanas. Claro que estaba embarazada; y su padre y hermano le habían arrebatado la felicidad de formar una familia con el hombre que amaba.

Una vez que reflexionó sobre la realidad que se avecinaba como un temporal de arena, se atrevió a preguntar:

—¿Qué voy a hacer ahora, Rosario?

—Tendremos que ocultarlo por un tiempo.

—Pero José se dará cuenta si viene a mí —dijo asqueada de solo pensarlo.

—Ya nos inventaremos algo para mantenerlo lejos. Déjame eso a mí. Podrías tener una enfermedad contagiosa o algo así. Buscaremos cualquier excusa que impida que tu marido se te acerque, hasta que demos con el paradero de Kamal y puedan largarse juntos, como tenían pensado desde un principio.

Una pequeña luz de esperanza inundó el corazón de Amira. Quizás esa podría ser la solución. Hacerle llegar la noticia a Kamal y planificar una nueva fuga. Lo amaba tanto que era capaz de hacer cualquier cosa para estar con él.

Se limpió las lágrimas y regresó a la cama, haciendo esfuerzos por ingerir, aunque fuese un poco, lo que había en la bandeja. Las frutas fue lo que mejor toleró. Luego miró a Rosario con una pregunta silenciosa, puesto que no había huevos en ningún plato de su desayuno.

—Lo dije para comprobar lo evidente. —Le sonrió con cariño y luego se dirigió al baño para asearlo—. A la mayoría de las embarazadas les da asco.

—Rosario —la llamó, y esta se giró, prestándole atención—. ¿Podrías hacerle llegar una nota a mi amiga Nora? Quiero mantener esto en secreto, pero a ella necesito contárselo.

—Claro que sí. Puedes contar conmigo para lo que necesites, Amira.

—Eres una gran amiga. Te debo mucho.

—Nada de eso. Y ahora, aprovecha de descansar —le dijo haciendo un gesto con la mano—. Limpiaré el baño.

Amira le escribió una carta a Nora, y luego se recostó a dormir. Estaba triste y no tenía ánimos de salir de la habitación ni de ver a nadie, pero se aferró a la esperanza de poder reunirse

con Kamal otra vez. Era eso o perder la cordura. Su hijo era lo único que le daba fuerzas para soportar el calvario de este forzado matrimonio, concertado y sin amor.

Capítulo 14

Febrero de 2008, Viña del Mar

Si dijera que estaba en estado de *shock* al escuchar la historia de mi abuela Amira, era quedarse corto. De tan solo imaginarla como una joven llena de ilusión, esperando el momento para fugarse con el amor de su vida, se me aprieta el pecho. Qué difícil debió ser para ella que mi bisabuelo la despojara, de un día para otro, de esos sueños.

—Estoy impactado, tía Nora —reconocí cuando hizo una pausa para beber agua.

Mi estadía en el hotel se había alargado por semanas. Me sentía incapaz de regresar a Santiago sin obtener hasta el último dato de la vida de mi abuela. En realidad, iba y venía a mi antojo a Viña del Mar, pero la mayor parte del tiempo lo pasaba aquí.

—Ya ves que no fue nada fácil para ella.

—¿Tan terrible era su padre? —quise saber.

Yo mantenía vivo los recuerdos de él en mi memoria, pero estos eran escasos, y era demasiado pequeño para que me arrojaran algo de luz sobre su carácter.

—Amira le tenía terror —me aseguró con la mirada perdida en el recuerdo—. Yo tampoco lo estimaba demasiado. Era frío y bastante egoísta, aunque no niego que era muy trabajador, y a su familia nunca le faltó nada. Pero era un buen amigo de mi padre. Ellos se conocían desde que eran unos niños y correteaban descalzos en las calles de Siria.

—Pobre de mi abuela. Cuánto debió sufrir por Kamal —reconocí—. Menos mal que Rosario, la hija de la nana María, se fue con ella y la ayudó. ¿Te hizo llegar la carta?

—Sí. Ese mismo fin de semana pidió permiso para traerle algunas cosas a Amira desde la casa de sus padres, y aprovechó de venir a la mía. Cariño —dijo refiriéndose a su nieta—. Acércame ese cofre.

Estrella se levantó y fue hasta el mueble que le indicaba su abuela. Tomó el cofre y se lo alcanzó. Yo me sentía impaciente por conocerlo todo de una vez, pero la tía Nora ya estaba mayor, y su ritmo para hacer las cosas era diferente al mío, obligándome a contener mi ansiedad.

Abrió la pequeña caja y cogió un papel amarillento a causa de los años. Luego me lo tendió con la mano temblorosa, para que yo mismo lo leyera. Apenas lo tomé entre mis dedos, sentí que debía ser muy cuidadoso por el valor que este tenía. Observé que la letra era algo desigual, debido quizás al nerviosismo, o tal vez porque la escribió con apuro. La imaginé llorosa y angustiada, escribiendo sus penurias en aquella hoja de papel.

Querida Nora:

Mayo 5, 1940

Seguramente ya conocerás la noticia de mi desgraciado destino. Me han casado a la fuerza. Todos mis planes se fueron a la basura por culpa de mi padre y de mi hermano Omar, quien me delató frente a él. No he dejado de llorar en esta casa, que más parece una cárcel que un hogar. No quiero estar aquí. Mi corazón sufre la pérdida de mi amado Kamal y por el derrumbe de nuestros sueños, que yacen inertes y rotos en mi alma. Sufro como no te imaginas, querida Nora, y en estos momentos quisiera morir. Pero no puedo hacerlo, ya que he descubierto hace tan solo unas horas que estoy esperando un hijo de Kamal. Ya tenía mis sospechas, pero ahora estoy segura de que es así. No se lo cuentes a nadie, ni siquiera a Emir. Tengo miedo de que salga a la luz mi secreto. Todo lo que se viene por delante será terrible para mí; lo sé, pero me aferro a este hijo, fruto de nuestro amor, y a la esperanza de que podamos dar con el paradero de Kamal y conseguir escaparme con

él. No puedo soportar una vida sin su amor.

Amiga mía; no sabes cuánto te necesito a mi lado. Por favor, ven tan pronto como puedas que muero de la tristeza y la desazón.

Siempre tuya, Amira

Cerré la carta respetando los dobleces, y se la devolví a mi tía. Me puse de pie y me pasé las manos por la boca. No era capaz de hablar. Me encontraba conmocionado. Pensé en mi madre y en lo que sentiría cuando le revelara la verdad sobre la suya. Estaba seguro de que ni siquiera era capaz de imaginar lo que tuvo que pasar mi abuela, y siendo tan solo una jovencita.

—Necesito pensar. —Me acerqué a la tía Nora y besé su frente—. Mañana pasaré otra vez por aquí. Tú debes descansar.

Me sonrió asintiendo con la cabeza. Luego se incorporó con la ayuda de su nieta.

—Domingo, ¿crees que podríamos visitar a tu abuela alguno de estos días? —preguntó la tía Nora.

—Claro que sí. Ella se encuentra muchísimo mejor. ¿Te parece que vayamos mañana?

—Mañana sería perfecto. Gracias.

—No te vayas aún —me pidió Estrella con esa voz musical que me gustaba tanto—. Regreso enseguida.

La esperé de pie, balanceándome sobre mis zapatos de adelante hacia atrás, igual que un adolescente anhelando el encuentro con su chica. Todos los días me pasaba lo mismo. Me quedaba esperando el momento para extender mi visita y disfrutar un poco más de ella. Estrella acompañaba a la tía Nora hasta su habitación, y luego regresaba con una sonrisa en los labios. Así era cada día desde que la conocí. Y mientras más tiempo pasaba con Estrella, mayor era mi deseo por besarla. Me gustaba, y mucho. Tanto así que me costaba quitarle los ojos de encima cuando se desplazaba de un lugar a otro. Inhalaba su aroma al saludarla y al despedirme de ella; y contaba los minutos y las horas para volver a verla otra vez. Me inspiraba a la hora de escribir, y me hacía sentir como un joven inexperto, con la ilusión de probar el primer beso.

La vi aparecer y se detuvo frente a mí. No sé qué me pasó en esos momentos que me hizo actuar así, pero no le dije nada. Solo reaccioné a ella, a su mirada y a su sonrisa. Me acerqué con decisión, tomé su rostro con ambas manos, y la besé como nunca había besado a una mujer; con veneración. Se sorprendió; lo vi en sus ojos, pero luego se dejó llevar, al igual que yo, y correspondió mi beso con plena entrega, sin dejarse nada para sí. Disfrutamos el uno del otro de una complicidad difícil de expresar con palabras. Besar a Estrella era como el hogar, la familia y las mesas colmadas de comida durante una tarde festiva. Era como el aroma de la alegría, del pasado y del futuro. Estrella me hacía vibrar como nunca nadie logró hacerlo. Por primera vez me sentí vivo de verdad, y mi pecho daba buena cuenta de ello, porque mi corazón latía desaforado, incapaz de normalizarse con su contacto. No supe cuánto tiempo estuvimos sumidos el uno en el otro, pero desde aquel momento, supe que ella era lo que me faltaba para sentirme pleno y feliz.

—Vamos a pasear —le dije cuando nos separamos. Sus ojos brillaban al igual que los míos. Me acarició la barba y la volví a besar. Era la sensación más maravillosa sentirla junto a mí. A regañadientes, me separé de su boca y le cogí la mano. Quería pasar tiempo con ella y crear nuestros propios recuerdos, como los que hizo mi abuela con Kamal—. Ven conmigo.

—¿A dónde vamos?

—A la playa —le dije sonriendo—. Y por cierto, ¿te quedan *ma'amules*? —Estrella soltó una carcajada y fui incapaz de dejarla alejarse de mí. La envolví entre mis brazos y le besé la nariz—. Te ríes de mí.

—Es que solo a un árabe se le ocurre pensar en comida cuando está viviendo un

momento especial como este —se explicó divertida—. Tendrás que soltarme si quieres las galletas.

—Creo que te acompañaré. No deseo soltarte ahora que te he encontrado.

—¿Me había perdido?

—Te buscaba por todas partes, durante años; incluso pensaba que no existías, pero ahora, Estrella —me sinceré recuperando la seriedad, porque nunca había hablado con más alma que en ese momento—; ahora que te he encontrado, no puedo dejarte ir.

—Ya somos dos —me confesó y selló mis labios con su beso, haciendo que mi corazón latiera alegre dentro de mi pecho.

Nos sentamos en la arena con Estrella, y miramos la puesta de sol, sumidos cada uno en sus propios pensamientos. Ella se encontraba delante de mí, apoyando su espalda contra mi pecho. Mi mejilla acariciaba la suya, y de vez en cuando, mi boca la rozaba con suavidad. Era cómodo para los dos. Desde el momento en que nuestros labios se unieron en su casa, supe que estaba haciendo lo correcto.

—¿Estás bien? —quise saber, aunque yo me refería a algo más que a su comodidad física.

Me miró con esos ojos azules tan bonitos, y me di cuenta de que ella había comprendido perfectamente mi pregunta.

—Estoy contenta —reconoció con una sonrisa que se me alojó directo en el corazón. «Qué tenía esta mujer que me removía todo por dentro», pensé mientras sus labios se encontraban con los míos. Fue un beso tierno, corto y perfecto. Luego me miró y yo sucumbí a su hechizo—. Me gusta estar contigo.

—A mí también me gusta tu compañía —reconocí, reprimiendo mis deseos de expresarle todo el volcán de emociones que solía despertar en mí el tenerla a mi lado.

Tampoco quería asustarla con eso. Era mejor que las cosas se fuesen dando a nuestro propio ritmo, sin presiones de ningún tipo y sin apuro.

Yo no era nada romántico ni solía expresar mis emociones a viva voz, pero con Estrella me pasaba algo especial. Incluso llegué a preguntarme si sería así lo que experimentaba Kamal cuando estaba con mi abuela. Embrujado y perdido en la mujer que lo hacía vibrar por dentro.

—¿Qué crees que sucedió con el hijo de tu abuela? —me preguntó, motivada por una sana curiosidad—. ¿Cómo se habrá tomado la noticia su marido? Debió ser terrible para su familia enterarse de eso.

—No lo sé. Ignoro si ese niño llegó a sobrevivir. Lo extraño es que nadie de mi familia sabía de este embarazo. Ni mi madre ni mis tíos tenían conocimiento de él —le expliqué frunciendo el ceño al pensar en ello.

—Qué difícil que te separen del hombre que amas y te obliguen a emprender una vida junto a otro, que, además, era mucho mayor que ella —reflexionó casi en un susurro—. ¿Crees que se habrán reencontrado con Kamal alguna vez?

—Mi madre no lo recuerda, pero le suena el nombre. Algo me dice que en algún momento de su historia, sus vidas se cruzaron otra vez.

—Y tu tío Omar fue bastante cruel con tu abuela. ¿La odiaba realmente?

—Mi tío es, hasta el día de hoy, un hombre muy apático. Por lo que cuenta tu abuela, desde niño que se relacionaba mal con sus hermanos. Yo casi nunca lo veo, y a mis tías tampoco.

—¿Tuvo hijas?

—Tres mujeres —le dije sonriendo y Estrella se llevó la mano a la boca para contener una carcajada.

—Debió tomar como un castigo divino el no engendrar hijos varones; pero ¿sabes? —se sinceró—, me alegra que fuese así. Lo único que espero, por el bien de tus tías, es que fuera mejor con ellas de lo que fue con su hermana.

—La menor de mis tías, de joven, tuvo una vida bastante *hippie*, por lo que sé. Después se fue a vivir al extranjero, pero entiendo que les ha costado mucho relacionarse. Las otras dos se casaron voluntariamente, y, por fortuna para la mayor, se enamoró de un descendiente palestino.

—Parece que lo tuvo difícil tu tío. ¿Y su hermano?

—Mi tío Emir es un misterio. —El teléfono comenzó a vibrar dentro del bolsillo de mi pantalón. Estrella hizo amago de apartarse para que yo pudiera hablar con tranquilidad, pero no se lo permití. La abracé posesivamente—. Es mi madre.

Le contesté y le resumí parte de lo que había averiguado. Mamá se escuchaba tan sorprendida como yo. Cuando le volví a preguntar por Kamal, insistía en que le era familiar el nombre, pero no recordaba bien. Después le comuniqué que al día siguiente iríamos a visitar a la abuela Amira con la tía Nora y su nieta. Mi madre se puso tan contenta que tuve que alejar el teléfono de mi oído para que no me dejara sordo con sus chillidos cargados de gozo. Hasta Estrella se rio escuchándola.

Una vez corté la llamada, la besé con las mismas ansias con que lo hice en su casa. Era apasionada e inocente a la vez, y despertaba un deseo cada vez mayor en mí, con sus caricias y con su boca. Todo en ella me colmaba de gozo. No tenía claro si era la visión del sol desapareciendo bajo el mar, o las nubes anaranjadas que decoraban el cielo. Quizás era solo ella la que me hacía sentir así, tan lleno de dicha.

—Eres muy atractivo, ¿sabes? —me dijo pasando un dedo por mi entrecejo, una vez nuestras bocas tomaron distancia—. Me gusta cuando pones esa cara de concentración.

—Pensaba en ti. Me gustas tú. —Besé su nariz—. Y también me gustan tus galletas. ¿Me das una?

Me dio un ligero empujón, riendo feliz, y luego sacó un *ma'amul*. Lo puso en mi boca y cerré los ojos, disfrutando de su sabor.

—Parece que te gustan.

—Es el paraíso.

«Al igual que tú», pensé, aunque no se lo dije. No quería asustarla. La verdad es que era yo quien debería sentir miedo por la intensidad de las emociones que me provocaba esta mujer, pero no era así. Lo que estaba experimentando era perfecto. No importaba el tiempo desde que conocía a Estrella; eso daba igual. Me hacía sentir. Con Laura salimos durante años y jamás conseguí acercarme siquiera un poco a lo que vivo ahora por dentro. El corazón reconoce por sí mismo a su dueño. El mío, al menos, lo supo desde el día en que vi a Estrella por primera vez. Incluso desde antes, cuando escuché su voz durante aquella llamada telefónica en que me invitaba a visitar a la tía Nora. Recuerdo que hace algunos años, siendo yo un adolescente todavía, le pregunté a mi madre que cómo podría reconocer si estaba enamorado. «Cuando estés con una chica y te cuestiones si es amor o no, entonces no lo estás. El día en que ames de verdad lo sabrás a ojos cerrados, porque algo extraño se apoderará de ti y te removerá por dentro. No te preocupes tanto; si no reconoces tú el amor, tu corazón lo hará por ti», me había dicho con tanta sabiduría.

Miré a Estrella y me perdí en ella. La besé hasta que fue de noche; la besé como si no hubiera un mañana; como aquel que oye por primera vez el canto de un ave; como el ciego que

descubre los colores cuando consigue ver. Mi corazón era novato en los asuntos del amor, y se regocijó con cada latido dentro de mí, por vez primera.

Mi madre abrazó a la tía Nora y se le escaparon unas cuántas lágrimas por la emoción. Luego me destinó una pregunta silenciosa con la mirada, cuando se percató de que mi mano y la de Estrella estaban unidas. Me limité a sonreírle. Por la expresión de su rostro, deduje que le gustaba la idea de que fuésemos pareja. A mi madre nunca le agradó Laura. Sus ojos eran muy expresivos y yo sabía bien leer dentro de ellos.

—¿Esta es tu nieta, tía? —le preguntó mamá acercándose hasta Estrella.

—Así es. Es igualita a mí de joven.

Mi madre le dio un abrazo afectuoso. No sé por qué, pero ese sencillo encuentro entre ambas me hizo sentir a gusto.

—Cuánto has crecido, muchacha. La última vez que te vi todavía utilizabas pañales.

—Es un gusto conocerte, tía Rania —dijo Estrella, sonriendo—. Domingo me ha hablado mucho de ti.

—Más le vale que te haya dicho cosas buenas —comentó ella con humor. Qué bonita me pareció mamá en esos momentos. Estaba contenta, y yo llevaba muchos meses sin verla así—. Mi madre las espera. Está muy emocionada por su visita.

Ingresamos a la habitación de mi abuela Amira, primero mamá, y luego le seguimos los demás. Estaba sentada en una silla, y su fisioterapeuta acababa de finalizar con ella su terapia. La recuperación de su movilidad era bastante satisfactoria, a diferencia del habla. Todavía no conseguía ejecutar más que sonidos que costaba mucho identificar como palabras.

Los ojos de mi abuela Amira se llenaron de lágrimas cuando apareció frente a ella su amiga Nora. Se abrazaron durante un prolongado período de tiempo, entre susurros que no conseguía comprender, y que hablaban de intimidad en la amistad. Fue una escena muy emotiva. Tantas historias que vivieron juntas a lo largo de su vida, y se resumían en un abrazo cargado de amor, de secretos compartidos y de lealtades. Pensé que eran afortunadas por haberse tenido la una a la otra. La amistad más pura era como el amor; no todos tenían la fortuna de encontrarlo en su vida.

Miré a Estrella y sus ojos brillaban debido a la hermosa escena. Yo mismo tuve que tomar aire para tranquilizarme, ya que la emoción era superior a mí. La abracé y besé su frente, sintiéndome un hombre afortunado por presenciar aquel emotivo reencuentro junto a ella.

Abandonamos la habitación los tres de manera silenciosa, y les ofrecimos intimidad. La misma que cientos de veces tuvieron durante su juventud.

—Ven, mamá. Vamos por un café —le propuse abrazándola con mi otro brazo. En el ambiente se respiraba una agradable sensación de paz—. ¿Cómo está Oriente?

—Tu perro está bien, aunque se comió una de mis pantuflas.

—Te regalaré unas nuevas —le dije con una sonrisa de disculpa—. Ahora te lo contaré todo. Es una historia que te sorprenderá.

Miré a Estrella y me encantó que estuviera junto a mí, desgranando el pasado de mi maravillosa abuela Amira. Formando parte de este descubrimiento familiar.

—Si necesitan hablar a solas, puedo esperar en otro lugar.

—De ninguna manera, cariño. Tú te vienes conmigo. Siempre conmigo.

Capítulo 15

Mayo de 1940, Rancagua

«Los hombres no lloran en público», le había dicho su padre cuando era niño. Kamal recordaba esas palabras en cada ocasión en que las lágrimas abandonaban sus ojos. No era muy dado a llorar, pero lo hacía de vez en cuando, y no se avergonzaba de ello. Ahora, sentado a solas en la butaca del rincón del vagón, y con la vista puesta sobre la sucia ventana, lloraba por dentro y por fuera, ajeno a lo que acontecía a su alrededor. No le importaba ser objeto de cotilleos, ni tampoco hacía nada por ocultar su dolor. La opresión que sentía en el pecho era demasiado grande para contenerla dentro, así que la dejó escapar.

Amira se había casado. Su futuro se truncó de un minuto a otro, y su vida y sus sueños se habían hecho trizas de golpe. Invasado por la pena y el dolor, Kamal se preguntó si había valido la pena tanto esfuerzo y tantos sacrificios. Le dio la espalda a su padre por amor; lo pisotearon y se rieron de él cuando quiso formalizar su relación con Amira. Se destrozó el lomo y los pies trabajando para poder ahorrar hasta el último peso. Incluso pasó hambre. ¿Y para qué? Para que un día cualquiera, el padre de Amira les arrebatara la felicidad, porque tenía el poder para hacerlo. Qué injusto era todo. Si tan solo su situación económica hubiese sido mejor, estaba seguro de que lo habrían aceptado como pretendiente de Amira. Su pobre y amada Amira. Qué mal lo debía estar pasando ahora con su nueva situación. De tan solo imaginar que ahora pertenecía a otro hombre, a Kamal se le derrumbaba el mundo sobre sus hombros. No podía siquiera soportar pensar en ello. Lo mejor era alejarse de todos y vivir su propio calvario sumido en la soledad, allí donde nadie lo conociera; donde pudiera trabajar de sol a sol, con el único fin de permanecer con la mente ocupada y el cuerpo cansado.

El tren se detuvo en la Estación de Rancagua, y Kamal descendió como autómatas, cargando sus pocas pertenencias al hombro. Encendió un cigarrillo y se calzó bien el sombrero. Miró a su alrededor con nostalgia. Aquel era el sitio donde con Amira tenían planeado comenzar una nueva vida. Ya nada de eso era posible. Algunas personas se fundían en abrazos al reencontrarse; otros les compraban cigarros y periódicos a los vendedores ambulantes, que en su mayoría eran niños. Todo a su alrededor era movimiento. Sin embargo, para Kamal, el tiempo se detuvo en aquel momento en que Emir le había revelado la cruda verdad: «La ha obligado a casarse esta mañana con José Aziz. Amira ya no es libre».

Se limpió una última lágrima con la mano, y se obligó a mover un pie tras otro. Caminó sumido en su melancolía y con la mirada por completo vacía, hasta llegar a la calle Independencia. En ella dobló hacia la derecha y continuó andando sin detenerse ni una vez. El cementerio a su izquierda apenas consiguió que le dedicara algo de atención. En otras circunstancias habría desplegado alguna oración por aquellas almas, pero ahora no tenía ni las fuerzas ni el ánimo para ver más allá de su propia miseria. Se detuvo en la Plaza de Armas a comprar cigarrillos, y también una botella de vino que guardó en su bolso. Un *chinchinero*, músico y bailarín callejero tradicional de la cultura chilena, giraba veloz sobre sus pies mientras tocaba el bombo que sostenía en su espalda. Lo rodeaban muchas personas, porque era un espectáculo digno de observar. Además, el oficio llevaba apenas una década de antigüedad, pero

se había masificado a pasos agigantados dentro de la cultura nacional. Kamal los había visto en Santiago algunas veces, y era imposible pasar de largo sin maravillarse con la habilidad del hombre, quien accionaba el golpe de los platillos con una cuerda atada a uno de sus pies. Ahora, en cambio, ni siquiera reaccionó ante el habilidoso artista callejero. Este captaba la atención de todos, excepto la de él.

Continuó avanzando hasta llegar a la Avenida Freire. En toda la esquina se encontraba su nuevo hogar.

Subió los cuatro pisos por la escalera, y abrió la puerta con la llave que le había proporcionado su nuevo jefe. El piso era pequeño, con un solo dormitorio, y se encontraba limpio y bien iluminado de manera natural. Los muebles eran escasos y antiguos. A Kamal eso le daba igual.

Arrojó sus pertenencias al piso y se llevó la botella de vino al dormitorio. La cama permanecía sin hacer, pero no le importó. Sobre esta había un juego de sábanas limpias. Se dejó caer sobre el colchón de lana, abatido y desmoralizado. El somier crujió con su peso, hundiéndose por el centro. La ventana que daba hacia la calle dejaba entrar los rayos de la luz del sol, aunque a ratos estos desaparecían a causa de las nubes.

Abrió la botella y se bebió hasta la última gota, casi sin detenerse, con intención de ahogar las penas y apagar el fuego que le quemaba el pecho por dentro. Luego se recostó, con la mirada fija en el cielo de la habitación. Así se quedó hasta que la tarde se apagó. No comió y no se hidrató. Tampoco consiguió derramar más lágrimas. Simplemente comenzó a funcionar de manera mecánica, anulando cualquier posibilidad que le hiciera recordar su desdicha.

A la semana de trabajar en la nueva industria textil, habían dejado de llamarlo por su nombre. Se referían a él como «Sombra», debido a que realizaba sus labores en silencio, no se relacionaba casi con nadie, y estaba sumido en un constante estado de melancolía. Si bien Kamal no era desagradable, se limitaba a ejecutar su trabajo sin participar en ninguna de las conversaciones. Incluso cuando todos se iban a almorzar, él se restringía a comer un par de sándwiches, sin tomarse el descanso que le correspondía por derecho, a excepción de cuando salía a fumar.

—¡Hey, Sombra! —lo llamó uno de sus compañeros, un viernes por la tarde. Ya habían finalizado su trabajo—. ¿Vienes con nosotros al bar? Iremos a darle las condolencias a Pedro, que se casa dentro de un mes.

Lo dijo a modo de broma, y el resto de sus compañeros explotaron en carcajadas mientras se burlaban del novio por su inminente pérdida de la libertad, pero Kamal fue incapaz de alegrarse con el tono jocoso de su colega. Apenas elevó la mirada y negó con la cabeza.

—No puedo. Tengo cosas que hacer. Que se diviertan —respondió y se alejó de ellos, en dirección a la sala de máquinas.

Tan solo de escuchar sobre matrimonio, el estómago se le contraía dolorosamente. Necesitaba pensar en otra cosa que le hiciera olvidar a Amira, porque ya no era suya. La mayoría de sus compañeros abandonaron la fábrica, finalizado el horario de trabajo, pero Kamal siempre encontraba algo que hacer dentro de ella. Llegaba de los primeros, y se marchaba de los últimos. Si no estaba seleccionando telas, revisaba las máquinas hiladoras, cerciorándose de que estas funcionaran bien. Como era inteligente y poseía una mente visionaria en cuanto a los negocios, no tardó en llamar la atención de su jefe, quien se limitaba a observarlo en la distancia primero; y luego más de cerca, solicitando su opinión con respecto a algunos temas.

Una tarde, cuando todos finalizaron su jornada, el jefe de Kamal, de nombre Ricardo, lo mandó llamar a su oficina. Apenas este entró, lo hizo tomar asiento en una silla y le ofreció un cigarrillo. Una vez que ambos los encendieron, este le dijo:

—Sombra. ¿Estás a gusto en este trabajo?

—Sí, señor. Lo estoy —respondió de inmediato, porque era cierto.

Nadie lo molestaba; se relacionaba sanamente con el resto de sus compañeros, aunque lo justo y necesario, y se cuidaba de no exponerse frente a nadie. Su vida privada era un misterio para la mayoría. Nunca lo importunaban o hacían bromas a su costa. Era como si los demás percibieran su necesidad de mantenerse a solas, lejos de todos. Y aunque hablaba poco y evitaba las aglomeraciones, sus colegas notaban que era correcto en su actuar, y decidía qué hacer con responsabilidad. En un par de ocasiones consiguió que dos de sus trabajadores pudieran retirarse antes a su casa, por problemas familiares, y de buen grado los reemplazó en sus labores, ganándose el respeto de estos y de todos, ya que la voz se corrió rápido. Por lo que supo después, el anterior supervisor era algo abusivo y tenía bastantes dificultades con los obreros.

Cuando Kamal llegó por primera vez al trabajo, percibió cierta desconfianza por parte de ellos, que desapareció a los pocos días, debido a su prudencia y respetuosa manera de relacionarse. Ahora, un mes después, a pesar de que insistía en permanecer concentrado solamente en sus funciones laborales y evitaba sociabilizar, estaba a gusto.

—Me parece que haces un buen trabajo aquí —le reconoció su jefe, devolviéndolo a la realidad. Este dejó el cigarrillo en un cenicero. Luego sacó de un cajón una hoja de papel y se la tendió.

Estaba cada vez más intrigado. No recordaba haber hecho nada impropio como para que lo despidieran. En el mes que llevaba allí se había preocupado de aprender el funcionamiento de la fábrica al revés y al derecho, y se limitaba a hacer su trabajo, siempre sacando el mayor provecho del tiempo.

Cogió la hoja con nerviosismo, y se percató de que estaba escrita en árabe. Frunció el ceño.

—¿Y esto, señor? —preguntó un tanto confundido.

—Tengo un gran amigo que trabaja en la mina El Teniente, en Sewell. ¿Has oído hablar de ella? —le preguntó, pero Kamal se limitó a negar con la cabeza—. Es una verdadera ciudad empotrada en la Cordillera de los Andes. Allí se encuentra la mina El Teniente, donde se explota el cobre. La empresa pertenece a una compañía norteamericana, y uno de ellos es un gran amigo mío. Steve tiene intenciones de hacer negocios con un importante empresario árabe. El problema, Sombra, es que ninguno de los dos consigue comprender el idioma del otro —le explicó tomando otra vez el cigarro entre sus dedos y llevandoselo a la boca—. ¿Entiendes lo que dice ahí?

—Sí, señor. Hablo y escribo el árabe a la perfección.

—¿Qué dice? —Kamal se percató de que este quería cerciorarse de sus conocimientos, antes de entregarle más información.

—El empresario hace una importante propuesta de dinero por asociarse en la compañía minera, señor.

—Qué lástima —suspiró su jefe sonriendo y exhalando el humo. La mirada interrogativa que Kamal le otorgó lo instó continuar—. No quisiera perderte tan pronto, muchacho, pero la oportunidad que tienes entre manos no la puedes dejar pasar. Además, a mi amigo le debo una grande.

—¿A qué se refiere?

—Steve necesita un hombre de confianza, que trabaje para él como traductor. —Apoyó

las manos en su abultado abdomen mientras le explicaba. El cigarro humeaba en su boca cerca del ojo, lo que lo hacía entrecerrar un párpado. Kamal estuvo tentado de preguntarle si no le afectaba la visión, pero hacer un comentario como ese no venía a lugar—. Te he observado. Eres inteligente, honrado y trabajador. También me he percatado de que tienes ciertas habilidades para la negociación. Es justo lo que mi amigo necesita. Steve te pagaría el triple de lo que ganas aquí; además de alojamiento, alimentación y unas cuantas cosas más que es mejor que las veas por ti mismo. Sewell es un verdadero paraíso en la zona cordillerana de nuestra región. ¿Te interesaría el trabajo?

Kamal estaba tan aturdido con esta nueva posibilidad laboral que no fue capaz de hablar. Apenas llevaba un mes en aquella empresa, y ya le estaban ofreciendo una oportunidad muy superior a la que ya tenía, que de por sí era bastante buena. Reflexionó sobre su situación actual. Era un hombre solo y que no debía rendirle cuentas a nadie. No tenía nada que perder. Lo más importante de su vida ya no le pertenecía. Si aceptaba podría ahorrar, y nunca más alguien lo pisotearía por no tener recursos económicos. Se haría un nombre; aprovecharía las oportunidades y buscaría el éxito. Ya sabía qué era lo que debía hacer. La decisión estaba tomada.

—¿Sombra?

—Sí, señor. Perdón que no le respondiera. Acepto el trabajo. Muchas gracias por darme la oportunidad.

—Qué lástima perderte, Sombra —le comentó sonriendo y tendiéndole la mano. Kamal se la estrechó—. Has sido el mejor trabajador que ha pasado por aquí, pero a Steve le debo mi vida, así que pago mi deuda enviándote a ti.

—Ha sido un agrado trabajar para usted, señor.

—Yo mismo te acompañaré mañana a Sewell. Tengo cosas que discutir con Steve —se explicó—. Los gringos me compren las telas para las confecciones de vestuario, sábanas, manteles y cortinas de los habitantes de la ciudad.

Era una fría mañana de otoño y las temperaturas bordeaban los cinco grados bajo cero. Kamal se cerró la bufanda alrededor del cuello y la boca. Se calzó con sus bototos de cuero y se puso doble par de medias bajo ellos. Luego se dirigió a la estación caminando; y cuando llegó, aprovechó de sentarse en una de las pocas bancas vacías a esperar a su jefe. Ricardo le había advertido que en Sewell en esa fecha nevaba muchísimo, y que el frío era insoportable. Durante la noche tuvo tiempo para reflexionar sobre los vuelcos que había sufrido su vida en tan pocas semanas. Y aunque tenía el corazón roto en mil pedazos, estaba determinado a salir adelante y a aprovechar las oportunidades que Dios le daba. Ahora lo conducía a una ciudad ubicada casi en el cielo, y que, según le describió su jefe, era una verdadera maravilla.

Miró el vagón del tren y leyó la inscripción «Braden Copper Company» en letras blancas. La incertidumbre de lo que se le avecinaba le generó cierto nerviosismo y expectación. No pudo evitar sentir tristeza al recordar a su padre. Le escribió una carta cuando llegó a Rancagua hacía ya un mes, pero nunca se decidió a enviarla. Era mejor así. Ahora, en medio de una estación de trenes y rodeado por completo de desconocidos, se percató de su soledad.

Desvió la mirada al escuchar las risas de los hombres ubicados cerca de él, y observó a lo lejos a su jefe, pisando la colilla de su cigarrillo con la punta del zapato. Caminó luego en su dirección. Ricardo iba tan abrigado como él, y portaba un equipaje pequeño en una de sus manos. Bajo el brazo izquierdo sujetaba un periódico.

—Buen día, muchacho —lo saludó con optimismo—. ¿Estás listo para esta nueva

aventura?

—Sí, señor.

—Bien. Subamos al tren.

Se acomodaron en el vagón y guardaron su equipaje. Poco a poco este se fue llenando con pasajeros, en su mayoría hombres, quienes bromeaban y bebían haciendo referencia a sus magníficas experiencias nocturnas, en un cabaret de la ciudad.

—Son mineros —le explicó su jefe en voz baja, respondiendo a la pregunta silenciosa que vio en sus ojos—. Cuando tienen días libres, suelen bajar a Rancagua a divertirse con mujeres y a beber alcohol. En Sewell no está permitido su consumo. Los mineros llegan con los bolsillos llenos de dinero, se quedan tres o cuatro días aquí, y luego regresan a sus casas. Algunos son solteros, y otros no.

Kamal asintió. Luego miró su reloj para ver la hora. Aún faltaban cinco minutos para salir.

—¿Cuánto tardaremos en llegar?

—Unas cinco horas, así que tendré tiempo de hablarte un poco de la ciudad. Sewell es conocida como «La ciudad de las escaleras», ya que no hay calles. Todos sus habitantes se desplazan a pie dentro de ella. Las mujeres se caracterizan por tener bonitas piernas —le dijo en un tono cargado de picardía, pero Kamal se limitó a asentir. No estaba dentro de sus planes conocer a ninguna por el momento—. Sewell está enclavada en un desnivel importante de la Cordillera de los Andes. Ya verás por ti mismo que el lugar parece ser de otro planeta.

—¿Cuántas personas viven allí?

—Alrededor de quince mil, entre norteamericanos, trabajadores chilenos y obreros. Hay escuela, hospital, teatro, almacén, correo, y muchas cosas más —se explicó Ricardo mientras apoyaba la mano al final de la ventana, y golpeaba distraídamente el borde con los dedos—. Incluso tienen una piscina temperada. ¿Sabes jugar palitroque?

—No. Nunca he jugado.

—Bueno, Sombra. Pues allá aprenderás, porque es bastante frecuente que se realicen campeonatos. El Club Teniente es exclusivo para norteamericanos, pero puedes ingresar a él como invitado. Seguro que con Steve harás buenas migas y te llevará a conocerlo.

Ricardo le relató muchas anécdotas sobre el campamento minero, lo que lo hizo olvidarse durante aquellas horas de su amargura. Mientras más interés demostraba Kamal por conocer sobre la vida allá arriba, mayor era la información que este le otorgaba.

El paisaje que se divisaba por la ventana comenzó a cambiar, y de pronto Kamal se vio sumergido en un completo estado contemplativo. Jamás había visto la nieve desde tan cerca. En Santiago se apreciaba la cordillera nevada a lo lejos, pero no era, en ningún caso, lo mismo que aquello. Ni siquiera encontró las palabras para expresar lo que sentía por dentro frente a este espectáculo de la naturaleza. El tren subía sin detenerse hasta llegar a su destino. Un lugar donde recomenzaría una nueva vida, que lo llevaría al éxito en menos tiempo de lo que él esperaba.

El tren se detuvo de golpe, y Kamal observó por la ventana a muchas personas aglomeradas, esperando su llegada, y con abundante ropa de abrigo encima. Miró los rostros de aquellos desconocidos y los vio felices. Un sentimiento que ya no se permitía sentir; que le era por completo ajeno.

—Llegamos —dijo Ricardo mientras apagaba el cigarro en el piso del vagón. Luego le sonrió—. Bienvenido a Sewell, Sombra.

Capítulo 16

Agosto de 1940, Santiago de Chile

Amira se observaba en el espejo de su dormitorio con melancolía. Según sus cálculos, ya contaba con cinco meses de embarazo, y todavía conseguía mantenerlo oculto gracias a Rosario y a su ingenio. Cuando recién se casó, su marido pasó varios días fuera de la casa por negocios, lo que le permitió dormir más tranquila, aunque la tristeza se había convertido en su mayor aliada. Se negaba a abandonarla. Un mes después, José hizo intentos de visitarla por la noche, pero Amira estaba tan tensa y llorosa que se tuvo que retirar de su dormitorio, molesto y frustrado por no poder consumir su matrimonio. «Si necesitas más tiempo, te lo daré, pero no será demasiado. Hazte a la idea de que eres mi mujer», le había dicho en aquella oportunidad. En la siguiente ocasión en que se dejó caer en su habitación, Amira se quejó de dolores propios de las mujeres, a causa del período. Por supuesto, aquello no era más que un invento para mantenerlo distante. Días después fue una supuesta fiebre lo que la liberó. Esa noche, cuando José ingresó en su dormitorio, Rosario le informó de su condición, y le pidió que se alejara de allí, puesto que podía ser algo contagioso.

Así habían pasado tres meses, entre pretextos y pretextos, que consiguieron mantener alejado a José de su cama mientras Amira aún conservaba las esperanzas de que Emir diera con el paradero de Kamal. Unas esperanzas que iban menguando día a día. Era como si se lo hubiese tragado la tierra, porque nadie sabía nada de él, ni de dónde localizarlo.

Se observó el abdomen levemente abultado, en donde ya se podía apreciar un embarazo, y se lo acarició con tristeza mientras pensaba en Kamal. Ni siquiera sabía que pronto sería padre.

La puerta se abrió de golpe, y por ella ingresó José, cerrándola tras de sí. Amira se giró sobresaltada. Su rostro estaba enrojecido por la vergüenza. Se cubrió con la bata su desnudez, pero ya era demasiado tarde. Su marido la había descubierto.

—Deberías golpear la puerta antes de entrar —le reprochó, pese a sentir que el corazón se le iba a salir por el pecho, debido al nerviosismo.

—Eres mi mujer, y puedo ingresar en tu habitación cuando quiera —le respondió con voz amenazante—. Siempre tienes una excusa para no abrir la puerta o dejarme entrar.

—¿Qué es lo que quieres? —Su voz, temblorosa y débil, no fue capaz de ocultar su temor.

Apretó la bata con fuerza en su pecho, invadida por el pánico, y se arriesgó a sostenerle la mirada. José se acercó aún más y le arrebató la tela de un tirón, dejando expuesta su desnudez. Amira se cubrió como pudo con las manos.

José la recorrió con la mirada, con el semblante contraído por la ira. Luego elevó la mano con intención de abofetearla. Amira se cubrió el rostro instintivamente, asustada por su reacción. El golpe nunca llegó. José se detuvo con la mano en alto, y la empuñó, evidentemente arrepentido de lo que estuvo a punto de hacer. Sin embargo, Amira pudo percibir su furia.

—¡Sharmuta! ¡Estás embarazada! —le reprochó destinándole una mirada que reflejaba su orgullo masculino herido—. ¡¿Quién lo sabe?! ¡¿Quién es el padre?! ¡¿Cuándo pensabas decírmelo?! —

—Na... Nadie lo sabe. Solo Rosario y mi amiga Nora —reconoció con el fin de aplacar su ira—. El padre de mi hijo tampoco está informado, porque se fue lejos y no sé dónde está.

José Aziz, que no solía perder jamás el control, la tomó del brazo con brusquedad, y se lo apretó con fuerza.

—¿Cuándo pensabas decírmelo?!

—No... lo sé —sollozó intentando zafarse de su agarre—. Me haces daño.

—Escúchame bien, Amira —pronunció en tono amenazante, sin dejar de apretar con los dedos—. No me avergonzarás ni me harás quedar como un cornudo. Nos iremos a vivir a otro lugar, lejos, y no podrás ver a tu familia hasta que el niño nazca y lo demos en adopción.

—¿Qué! —gritó horrorizada con la idea—. No puedes entregar a mi hijo. ¡Es mío!

—Estás loca si crees que voy a criar al hijo de otro hombre como si yo fuese su padre. Me encargaré de encontrarle un hogar, pero bajo ningún punto de vista lo quiero aquí. No dirás ninguna maldita palabra. ¿Me has entendido? —gritó a un centímetro de su rostro.

Todavía estaba asustada por su reacción, y aún la sostenía con una fuerza brutal por el brazo. La humillación de estar desnuda frente a él, sumada a la ira que destellaba su mirada, la hicieron asentir con la cabeza mientras susurraba apenas sin voz.

—Sí, comprendo.

La soltó con brusquedad y le destinó una mirada asqueada, centrándose en su abdomen, para luego abandonar la habitación, cerrando la puerta de un portazo. Una vez se quedó a solas, Amira se arrojó de rodillas al suelo, temblando de miedo, y se permitió llorar con desesperación.

Así la encontró Rosario cuando le llevó el desayuno, una hora después. Se había cubierto su desnudez con la bata, y se abrazaba las piernas con los brazos. La frente la apoyaba en sus rodillas, y los hombros se le sacudían a causa del llanto, que parecía no tener fin.

Deshecha por el dolor, Amira le relató a su amiga lo acontecido con José, invadida por la amargura. Todo lo veía gris; toda esperanza de pasar una vida con Kamal terminó por desaparecer. Cualquier resquicio de ella se desvaneció en aquel momento de desesperación. Le iban a quitar a su hijo, lo único y valioso que le quedaba de él; el fruto de un amor puro y verdadero. Y saber que aquello era algo que no podía impedir, solo consiguió someterla en un profundo estado de desesperanza. No podía recurrir a su familia. Su padre la mataría si se enteraba de su embarazo. Nadie podría ayudarla. Estaba atrapada en un destino que no conseguía reconciliarse con ella.

El silencio que se apoderó de la casa a partir de aquel infortunado día fue sepulcral. Amira bajaba a cenar por la noche, pero ni su marido ni su cuñada le dirigían la palabra. Catalina se había encargado, desde el momento en que llegó a aquella casa como la esposa de su hermano, a hacerla sentir incómoda y a cuestionar cualquier cosa dicha por ella, sean esto sugerencias o comentarios con respecto a algo. En una de aquellas oportunidades, Amira pidió a la cocinera que hiciera un postre de nueces con la receta de su familia, y a su cuñada eso no le pareció bien. Todavía recordaba aquella conversación.

—Amira —la amonestó Catalina apenas salió de la cocina. Tenía el rostro enrojecido por la ira—. ¿Se puede saber por qué pediste a la cocinera que se hiciera un postre de nueces sin mi consentimiento?

—No sabía que debía preguntarte primero —admitió, aunque no ocultó la molestia cuya reprimenda le causó.

—Esta casa la manejo yo desde siempre, así que deberías recordarlo en el futuro.

—¿Qué tiene de malo que pida algo así? —quiso saber, porque para ella no tenía sentido el disgusto de la mujer.

—Confundes a la servidumbre y después no saben a quién deben obedecer. Soy yo la que decide lo que se cocina y lo que no. Conozco los gustos de mi hermano, en tanto tú, aunque eres la esposa —dijo esto último con algo de desprecio—, no tienes idea sobre ello.

—No te preocupes, Catalina —le respondió con la cabeza en alto, harta de sus desaires—. No volverá a suceder. Y ahora con permiso. Si te parece bien, pediré un té, aunque tengo una duda. —Se detuvo a su lado antes de abandonar la sala y le clavó la mirada. Catalina era una mujer desagradable que sacaba lo peor de ella—. ¿Eso también lo debes autorizar tú o puedo prescindir de ello?

Su cuñada frunció el ceño y tensó la mandíbula, en un claro gesto de desaprobación.

—No te pases, Amira. Acá la que tiene todas las de perder eres tú, no yo. No eres familia ni jamás lo serás. Solo fuiste una transacción de negocios para mi hermano.

Catalina sonrió triunfal cuando se percató de que aquellas palabras habían conseguido dañarla. Después desapareció de su vista, dejándola inmersa en una profunda rabia y tristeza.

Ahora, sentados todos en la mesa, Amira se preguntaba si su marido le habría confiado su embarazo, porque la actitud de su cuñada era cada día más hostil.

—Este fin de semana me marcharé con Amira a la ciudad de Chillán. Tengo importantes negocios que ver allá —le informó a Catalina, pillándolas desprevenidas a ambas.

—¿Qué? ¿Y por cuánto tiempo será eso? —quiso saber su hermana, incapaz de ocultar la conmoción en su voz.

—Será por unos meses —se explicó con expresión adusta mientras se llevaba la copa de vino a los labios.

Amira mantuvo la mirada centrada en su comida durante la conversación de los hermanos.

—Entonces tendré que dejar todo listo con el ama de llaves antes de marcharnos —se explicó, llevándose la servilleta a la boca para limpiarse.

—No vendrás con nosotros, Catalina. —La mirada de espanto que le dedicó a su hermano no pasó desapercibida ni siquiera para Amira. Estaba claro que la mujer desconocía su estado, ya que, de otro modo, ella los acompañaría—. Te necesito acá, para que puedas encargarte de que todo funcione bien.

—¿Y quién se preocupará de tus cosas?

—Mi esposa, por supuesto —le respondió lanzándole una mirada dura a Amira—. Es así como tiene que ser.

Después de eso, Catalina se mantuvo sumida en un silencio que mostraba su descendido estado de ánimo. José se levantó de su silla, le besó la cabeza a su hermana y luego se fue a acostar. Amira también quería largarse, pero era una descortesía retirarse sin que su cuñada finalizara de cenar. Así que esperó pacientemente el momento oportuno.

—No sé qué le hiciste a mi hermano, pero debió ser algo grave si quiere largarse de aquí —le reprochó, sorprendiéndola.

—Ya lo escuchaste. Tiene negocios —le respondió con irritación. Estaba decidida a no dejarse pisotear más por esa mujer—. Ahora podrás manejar la casa tranquila, ya que yo no estaré para incordiarte.

—O podría convencerlo de que me lleve consigo.

—No cederá. —Amira se puso de pie y se levantó con una disculpa—. Me voy a dormir. Es tarde.

Cuando se retiró hacia su habitación, Amira sintió cierta satisfacción por atreverse a enfrentar a su cuñada. Siempre tuvo dificultades para hacerlo, pero estaba harta de todo y de todos.

Subió hasta encerrarse en su dormitorio, y se apoyó contra la puerta. A los pocos segundos escuchó los pasos de Catalina por el pasillo. La mujer golpeó con insistencia en la habitación de su hermano, pidiendo pasar. No comprendía las palabras, pero estaba claro que se habían sumido en una acalorada discusión.

Abrió su puerta tan solo unos centímetros, asomándose apenas por el espacio, y observó a Catalina salir del dormitorio de José, furiosa. Amira volvió a cerrarla y sintió cierta satisfacción por el mal rato que estaba viviendo su cuñada. Alguien tenía que darle de su propia medicina.

Antes de acostarse, se sentó en el escritorio y escribió una extensa carta a su amiga Nora, contándole lo sucedido. Desde que se había casado, Amira se refugiaba en su habitación, entre las letras plasmadas en papel que escribía casi a diario. No tenía otra manera, exceptuando las lágrimas, de expresar sus sentimientos, los cuales eran cada vez más intensos debido a su estado.

Aletargada y disminuida emocionalmente, Amira sopesó todas las opciones que tenía para evitar que José le arrebatara a su hijo. Podía convencerlo de que le permitiera quedárselo. No le importaba a qué costo. Una parte de ella todavía albergaba una luz de esperanza que consiguiera hacerlo cambiar de parecer. Si no se aferraba a ese pensamiento, dudaba no perder la cordura.

Casi no había visto a su familia desde que se casó. Su madre la visitó una semana después de su enlace, y de inmediato empatizó con su tristeza. Emir lo hizo en un par de ocasiones también, y fue en aquel entonces en que le comunicó que no lograban dar con el paradero de Kamal.

—Tienes que buscarlo en Rancagua, Emir —le rogó con desesperación—. Necesito hablarle.

—Te prometo que haré lo que pueda por encontrarlo —la tranquilizó besándole la frente—. ¿Recuerdas el nombre de la empresa que lo contrató?

—No. Me lo dijo alguna vez, pero no consigo acordarme. —Amira se llevó una mano a la frente con preocupación. Luego se giró hacia Emir—. ¿Has hablado con su padre?

—En dos ocasiones. La primera vez que fui se mantuvo distante y estaba reacio a darme información. Sabía perfectamente quién era yo, y no comprendí su actitud hasta que lo visité por segunda vez.

—¿Qué quieres decir?

—Don Selim tenía miedo. Tuve que asegurarle varias veces que no iba en nombre de nuestro padre. Y aunque no me dijo nada al respecto, comprendí que estaba asustado a causa de él. Después indagué sobre el paradero de su hijo y le era desconocido.

—¿Le creíste? Él nunca aprobó lo nuestro.

—Estoy seguro de que me dijo la verdad. Noté el sufrimiento por su ausencia. Cada palabra que salía de su boca cargaba con el peso del dolor. Incluso me contó que llevaban tiempo sin hablarse.

—Kamal consiguió el trabajo en Rancagua gracias a unos contactos. ¿Él tendrá información al respecto?

—No. No lo sabe. Cuando me lo dijo, noté cierta cuota de arrepentimiento por no haberse interesado más por la situación laboral de su hijo.

—No sé qué voy a hacer sin él, Emir —reconoció derrumbándose emocionalmente—. No te imaginas lo desgraciada que me siento.

—Tranquila, hermana —le susurró abrazándola contra su pecho—. No estás sola. Solo aguanta un poco más. El día menos pensado daremos con Kamal. Ya lo verás.

Sentir el cariño de su hermano consiguió amainar parte del dolor que cargaba encima, pero no era suficiente. El secreto del hijo que llevaba en el vientre era lo único que le daba algo a qué aferrarse; algo por qué luchar. Si le arrebataban eso, entonces no le quedaría nada.

El reloj del pasillo campaneó a la media noche, devolviéndola al presente. Habían pasado semanas desde aquella conversación con Emir y todavía no se sabía nada de Kamal. Era como si se lo hubiese tragado la tierra. Dar con su paradero era tan difícil como encontrar una aguja en un pajar. Amira se preguntó si él no habría cometido alguna estupidez, y el pánico estuvo a punto de invadirla. Luego sacudió esos pensamientos que solo conseguían inquietarla. Ella sabía que Kamal era incapaz de ofender a Dios de aquella manera. Sin embargo, no debía encontrarse nada bien.

Lo imaginó ensimismado en un cuarto oscuro, solitario y abandonado a su suerte; todavía pensando en la desgracia que se había cernido sobre ellos. Sintió impotencia por no poder acariciarle el cabello y confortarlo. Ella también necesitaba de su consuelo. Si tan solo pudiera besarlo una vez más, tatuar una caricia en su piel o pronunciar un te quiero en su oído, se sentiría menos desdichada.

Como cada noche, Amira se derrumbó sobre la almohada y lloró por ambos, liberando todo su dolor.

Capítulo 17

Emir estaba decidido a hablar con su padre, harto de esconderle su interés por dedicarse a tiempo completo al arte. Desde que descubrió que engañaba a su madre con otra mujer, algo se resquebrajó dentro de él. Si bien nunca fueron muy unidos, Emir lo respetaba, porque era su padre. Pero luego de observar con sus propios ojos aquella traición a su familia, además de lo de Amira, ya no le quedaba ni una pizca de ese respeto hacia él.

Mientras cenaban en la noche en silencio, Emir decidió que era el momento para soltar la bomba.

—Tengo una noticia que darles —comentó con determinación, captando la atención de todos, excepto la de su padre, quien prosiguió cortando la carne con su cuchillo.

—¿De qué se trata, cariño? —quiso saber su madre.

Emir, molesto por la actitud desinteresada de su padre, soltó con su qué la información de sopetón.

—Ya no trabajaré más en la tienda. Quiero dedicarme al arte y vivir de mis pinturas.

Recién entonces Abdul soltó el cuchillo en la mesa y se enfrentó con su mirada. En otras circunstancias, Emir se habría sentido intimidado por aquellos ojos penetrantes y amenazantes, pero no en aquella ocasión. Por el contrario; esperaba que reaccionara así.

—¿De qué demonios estás hablando?! —lo espetó este con firmeza.

—Que quiero pintar. Llevo un buen tiempo preparándome y estudiando, y he descubierto que me apasiona hacerlo, y que, además, soy bastante talentoso.

Abdul se puso de pie con las manos apoyadas a ambos lados de la mesa, y se inclinó hacia adelante. Emir decidió permanecer sentado un momento más. Incluso estaba admirado de su autocontrol.

—¿Me estás diciendo que has estado estudiando esa basura a mis espaldas? ¡Te lo había prohibido y has mentido! —le espetó con furia—. ¡¿Cómo te atreves?!

Emir se puso de pie y le sostuvo la mirada, con una leve sonrisa de triunfo bailándole en los labios.

—Parece que es de familia hacer cosas a escondidas —comentó con su qué.

—¡Emir! —lo reprendió Omar—. ¡No le hables así a papá!

—¿Y por qué no? No he dicho ninguna mentira. ¿Cierto, padre?

El rostro de Abdul estaba casi descompuesto con la actitud de su hijo. Emir incluso percibió algo de temor en su mirada, y pese a no ser vengativo, se regocijó.

—A mi despacho, ¡ahora! —sentenció su padre mientras se encaminaba hacia allá.

Emir decidió seguirlo. Después de todo, no tenía pensado decir la verdad delante de su madre. Solo quería acojonarlo por mentiroso.

Cerró la puerta tras de sí y se quedó de pie frente a él.

—¡No te atrevas a amenazarme, Emir! —lo regañó con un dedo acusador—. ¡Me debes respeto!

—El mismo que le tuviste a mamá cuando decidiste buscarte una amante —soltó de golpe, pendiente de sus reacciones.

Su padre tenía el rostro enrojecido por la ira, y apretaba los labios con fuerza. Por unos breves segundos había perdido el control de la situación, pero se recompuso rápido.

—Lo que yo haga o deje de hacer no es asunto tuyo. Eres apenas un niño, y no sabes nada de la vida —dijo esto último con un dejo de desprecio que lo irritó aún más.

—Soy un hombre, no un niño. Sé que quiero ser artista.

—¡Sobre mi cadáver! —rugió mientras se acercaba amenazante—. Ningún hijo mío realizará actividades que son para las mujeres. Fui demasiado blando contigo; ahora lo veo —reconoció para sí.

—Siento no ser lo que querías, papá, pero no lamento mi decisión. Te guste o no, yo seré pintor.

—Si te atreves a desobedecerme, entonces ya puedes largarte de aquí, ingrato. A ver cuánto te tardas en regresar pidiendo de mi ayuda. ¿Crees que desconozco que te gustan las apuestas y la vida licenciosa? Ya veremos cuánto te dura la aventura. Eres irresponsable y nunca vas a cambiar —manifestó como una sentencia—. Ni siquiera eres capaz de pensar en tu madre y en el sufrimiento que le ocasionarás con tu decisión.

—La decisión no la he tomado yo, sino tú —le respondió enfurecido.

Emir se dio media vuelta y salió del despacho, empoderado. Tenía dinero ahorrado, y no todo lo destinaba a las apuestas como suponía su padre. Y aunque la ira se había adueñado de él, también sintió un alivio recorriéndole por dentro. Si su padre no aceptaba su forma de vivir, pues entonces se marcharía a algún lugar donde nadie le impidiera ser feliz.

Subió por su equipaje y después se despidió de su madre, quien lloraba al percatarse de sus intenciones.

—¿A dónde vas, cariño?! ¡Qué ha pasado con tu padre!

—Nada, madre. Diferencias de opinión —le respondió con intención de tranquilizarla—. Estaré bien.

—Pero ¿dónde irás?

—A casa de un amigo. Te visitaré con frecuencia cuando él no esté —le informó besándole la frente con afecto—. Despideme de la nana María. Ahora no tengo tiempo.

Caminó cargando sus cosas al hombro, y con algunos de sus trabajos en las manos. Otro día regresaría por el resto.

Una vez llegó a la casa de Gonzalo, se animó a golpear la puerta. No quiso utilizar su llave, ya que llevaban tiempo sin hablarse. Después de aquel día en que lo besó, había evitado encontrarse con él. Pero era su amigo, y sabía que podría contar con su ayuda.

Gonzalo abrió la puerta, sorprendido por encontrarlo allí con todas sus cosas. Estaba sin camiseta, con el pecho desnudo, y tenía un pincel en una de sus manos.

—Me he largado de casa —le dijo a modo de explicación—. ¿Tienes un espacio para mí?

Gonzalo asintió levemente, y luego se hizo a un lado para dejarlo pasar.

—Entra.

Emir ingresó y luego se giró hacia él.

—Me gustan las mujeres. Quiero que quede claro eso entre nosotros.

—Entiendo. Solo seremos amigos.

—Aún no te he perdonado lo de la otra vez.

—Lo sé.

Gonzalo cerró la puerta y lo dejó acomodarse mientras él retornaba su trabajo. Emir agradeció que fuera así. No se sentía con ánimos de dar explicaciones ni de revivir la conversación con su padre. Necesitaba estar tranquilo y centrarse en lo que se le venía por delante.

Amira se sentía más sola que nunca. Llevaba tres meses viviendo en la ciudad de Chillán con su marido y su fiel amiga Rosario. La casa en la que vivía estaba ubicada en una zona rural, apartada de la ciudad. No salía de ella ni tenía contacto con nadie, salvo con el personal de servicio. Rosario se encargaba una vez a la semana de ir al correo a buscar y a dejar correspondencia. Siempre había una carta de su madre, de Nora y de su hermano Emir. Ella no tenía mucho que contarles, pues estaba casi esclavizada en aquel sitio y su roce social era nulo. José lo prefería así, para que nadie se percatara de su estado. Si no fuese por Rosario y por la visita mensual que le hacía Nora, Amira sería incapaz de tolerar la situación.

Su marido no le dirigía la palabra desde que se enteró de su embarazo. Si bien no la trataba mal, para Amira era casi peor que la ignorara. En ocasiones lo descubría mirándola dolido, lo que la hacía sentir de alguna manera culpable. Durante el tiempo que llevaba viviendo con él, descubrió a un hombre trabajador y respetuoso con el servicio, a pesar de que tenía unas maneras firmes y estas no carecían de arrogancia. Nunca bebía en exceso y salía con frecuencia a cabalgar. Jamás intentó forzarla a intimar. En parte, Amira se compadecía de él. No debía ser nada fácil descubrir que su mujer esperaba el hijo de otro hombre. Podría haberla abandonado a su suerte, devuelto a su familia y solicitar el divorcio. Pero nada de eso fue así. Incluso pudo exigirle abortar. Tan solo de pensarlo se estremeció. José Aziz escogió aislarla y entregar a su hijo en adopción. La idea le parecía horrible de igual modo.

Mientras más tiempo pasaba, menos quería que llegara el momento del nacimiento de su hijo. Así podía conservarlo con ella y regocijarse con los movimientos que este realizaba en su vientre. La soledad había llegado a su vida para quedarse. Cuánta falta le hacía su madre en aquellos momentos, aunque ella tampoco habría podido hacer nada para ayudarla, pero, al menos, se sentiría menos miserable.

Un vehículo llegó a la casa, y Amira abandonó esos pensamientos, invadida por la emoción. Dejó el bordado sobre el cojín y corrió a reencontrarse con su amiga Nora.

—¡Estás enorme! —le comentó luego de abrazarla—. ¿Cómo te sientes?

Amira se encogió de hombros y la miró con los ojos brillantes de alegría por tenerla allí.

—Te he extrañado tanto, Nora. —La tomó del brazo para conducirla adentro. El conductor del vehículo bajó el equipaje, lo dejó en la entrada, y luego se quedó esperando fuera, con el motor apagado y fumándose un cigarrillo. El ama de llaves se encargó de llevar las cosas hasta el cuarto de invitados—. Y falta poco para que... —Incapaz de contener el llanto, se deshizo en lágrimas frente a su amiga.

—Tranquila, Amira. Todo estará bien. —La abrazó hasta que consiguió dominar sus emociones—. ¿José está en casa?

—No. Volverá en tres días —se explicó barriendo la humedad de sus mejillas con la palma de su mano—. Ha ido a Santiago a ver a su hermana y a atender sus negocios. ¿Hasta cuándo te quedarás aquí?

—Estaré contigo toda la semana —le respondió sonriendo.

—¿Y por qué el chofer sigue esperando afuera?

—Porque voy a llevarte a un lugar especial.

Amira se retorció los dedos con nerviosismo y luego se acarició el vientre. Se habían sentado en uno de los sillones, muy juntas, como cuando eran niñas.

—¿Se sabe algo de Kamal?

Nora le cogió la mano y le dio un suave apretón afectuoso.

—No. Nadie sabe nada de él. Ahora, ve por tu bolso. Estaremos fuera un par de horas. ¿Y Rosario? —preguntó extrañada por no encontrarse con ella todavía.

—Le he dado libre unos días para que se encuentre con su novio. Llegará hoy por la noche.

Se subieron al vehículo y se pusieron al día durante todo el trayecto. La temperatura era agradable en octubre. Estaban en plena primavera y el entorno se había llenado de flores, de diversos tipos y colores.

Se bajaron en el centro de la ciudad de Chillán, en la Plaza de Armas. Nora la cogió por el brazo y la condujo hasta una tienda pequeña y algo oscura. Un señor mayor, que portaba gafas sobre el puente de la nariz, las observó con la ceja en alto. El sujeto frotaba la vitrina de vidrio con un paño.

—¿Puedo ayudarlas en algo? —preguntó dejando a un lado la tarea que tenía entre manos y centrando toda la atención en ellas.

—Mi amiga quiere fotografiarse. ¿Es posible hacerlo ahora?

—Claro que sí. —El sujeto le miró el abdomen y le sonrió—. Ese milagro merece retratarse para siempre. Sígame, por favor.

Amira lo siguió junto a su amiga, y a duras penas pudo esconder su nerviosismo. Mientras el hombre preparaba el equipo en una habitación especial, con un cortinaje rojizo de fondo, Amira le dijo al oído a su amiga:

—¿Qué hacemos aquí?

—El mes pasado me dijiste que querías recordar para siempre este momento, porque después no tendrías a tu hijo contigo —le explicó con suavidad. Sin embargo, escucharla revivir esa conversación le produjo una opresión en el pecho—. He pensado que debes plasmar en una fotografía a tu hijo. Aunque no puedas verlo en ella, sabrás que está dentro de ti, como si el tiempo se hubiese detenido. Este instante es único, y es tuyo. Nadie podrá arrebatarte eso jamás.

—Siéntese aquí, por favor —pidió el hombre—. Evite moverse cuando yo le indique.

Con los ojos llenos de lágrimas otra vez, obedeció y se sentó. Se acarició el vientre con suavidad, y se centró en guardar también en su memoria aquel momento especial. Tal como le decía su amiga, ese instante era por completo suyo; de nadie más.

—No se mueva —escuchó que le decía el hombre, justo antes de que una luz la encandilara a los ojos.

El sujeto repitió la operación un par de veces más, hasta que consideró que ya estaban listos. A la semana, antes de que Nora se marchara, pasaron a retirarla al estudio fotográfico. Amira guardó la fotografía en una cajita especial para los recuerdos, y luego la escondió en un sitio seguro. Su hijo, aunque fuese en una imagen, permanecería para siempre con ella.

El 2 de diciembre de 1940, justo en el día de su cumpleaños número dieciocho, Amira comenzó con el trabajo de parto. Recién habían desayunado cuando se quejó de una fuerte contracción. José leía el periódico, y lo hizo a un lado para mirarla.

—¿Estás bien?

—Me duele el estómago, pero ya está pasando.

José retomó la lectura hasta que nuevamente ella se quejó por otra contracción, esta vez, más fuerte.

—¿No deberías recostarte? —le sugirió sin perder la calma.

—Sí. Será lo mejor.

Amira se puso de pie y se llevó ambas manos a la parte baja del abdomen. Fue entonces cuando sintió la humedad recorrerle las piernas. Rosario entraba justo en ese momento al

comedor.

—¡Llegó la hora! —pronunció con exaltación—. Pida ayuda, don José. Mientras, yo la llevaré a su habitación.

—No, no —negaba Amira entre sollozos—. Todavía no quiero. Por favor, Rosario. No permitas que me lo quite.

Rosario la ayudó a caminar mientras intentaba tranquilizarla. Pero no conseguía hacerlo. En todas las ocasiones anteriores en que intentó convencer a su marido de que le permitiera quedarse con su hijo, este se negó. «No quiero al hijo de otro hombre en mi casa. Deseo los míos propios»; «Ya le he encontrado unos padres que lo amarán como si fuese suyo», le había dicho la última vez. Amira se hizo muchas preguntas que no tenían respuestas; que solo conseguían aumentar la agonía de su alma.

Una mujer que se dedicaba a asistir partos a domicilio ingresó a la habitación, dando órdenes a diestra y siniestra. Iba acompañada por dos ayudantes, también mujeres, quienes cargaban agua limpia en unas fuentes, sábanas y toallas. Rosario se mantenía cerca de Amira en todo momento.

—No permitas que me lo quiten —sollozaba Amira entre contracción y contracción—. Rosario, ayúdame, por favor. ¡Kamal! —gritó con fuerza—. ¡Ayúdame, Kamal!

—¡Deje de gritar, señora! —la amonestó la partera—. Eso no ayuda en nada. Separe las piernas y haga lo que le diga. Pero Amira no escuchaba razonamientos. Era incapaz de dejar de llamar a Kamal a gritos, o de aferrarse con fuerza al brazo de Rosario, quien dejaba escapar alguna lágrima con disimulo—. Si sigue llorando así, pondrá en peligro la vida de su hijo. ¿Es eso lo que quiere?

La amonestación le llegó como una bofetada y se silenció al instante, dejando escapar la respiración forzada por el esfuerzo y el dolor físico, y los sollozos por la agonía de su alma.

—Ahora, ¡puje con fuerza! —le ordenó la mujer.

El dolor era desgarrador y estuvo a punto de perder el conocimiento por el esfuerzo.

—No puedo —se quejó casi sin fuerzas.

—Claro que sí. Mientras más se esfuerce, antes tendrá a su niño en los brazos. Y Ahora, ¡puje de una vez!

La necesidad de cargar con su niño, aunque fuese por unos minutos, le dio la fuerza que necesitaba. Pujó con todas sus fuerzas, con el rostro empapado de sudor, y con los dedos adoloridos por la presión con que arrugaba las sábanas con ellos. No dejó de hacerlo hasta que escuchó el sonido del llanto vigoroso de su hijo.

—¡Es un niño! —dijo la mujer.

La partera lo limpió con habilidad, y luego se lo puso en el pecho para que lo abrazara. De inmediato el niño dejó de llorar y cerró los ojos. Amira grabó en su memoria la perfección de su cuerpo, sus rasgos y su piel. Lloró como nunca lo había hecho, pero esta vez, de felicidad. Hacía tanto tiempo que no se sentía así, desde sus días con Kamal; desde que se amaron por primera vez en aquel pequeño cuarto de la pensión; desde que decidieron casarse y escapar juntos para emprender una nueva vida. Ahora, su corazón se regocijaba en el pecho. El mejor regalo en el día de su cumpleaños era el nacimiento de su hijo.

Amira no se permitió dormir, pese al cansancio. Su hijo era hermoso, como su padre, y se dedicó a contemplarlo en todo momento. Lo amamantó, lo besó susurrándole dulces palabras de amor, y se aprendió su cuerpo de memoria. En cuanto a José, no había ingresado ni una sola vez a la habitación.

Llegada la noche, incapaz de mantenerse despierta un momento más, Amira se durmió

con el niño entre sus brazos, firmemente sostenido. Y cuando despertó sobresaltada por una horrible pesadilla, horas después, ya no lo tenía a su lado. Se habían llevado a su hijo. El peor de sus miedos se había materializado.

El grito desgarrador que sonó estruendoso en aquel lugar parecía ajeno a ella, pero provenía desde lo más profundo de su corazón.

Capítulo 18

Junio de 1945, Sewell

Ya habían pasado cinco años desde que Kamal pisara Sewell por primera vez, y aún no dejaba de asombrarse por la belleza de su entorno. Se adaptó sin problemas a una rutina que distaba mucho de parecerse a la que conocía, y consiguió sobreponerse a la pérdida de su amada Amira, al menos, lo suficiente como para continuar con su vida allí.

Aquel día, que ahora le parecía tan lejano, bajó del tren sin saber lo que le depararía el futuro. Registró en su memoria la sensación del aire frío colándose por la nariz —mezclado con los vapores de las máquinas—, hasta el aroma a pan horneado, cocinado en algún sitio cerca de la estación. A unos pocos metros de distancia leyó: «Peligro. Ciudad de los trenes», y se maravilló por lo que el hombre era capaz de inventar, utilizando su inteligencia y sus manos.

La gente esperaba con ansias a sus familiares o la llegada de algún pedido especial, proveniente desde Rancagua. Todo era movimiento en aquel paraje rodeado de blanco.

—¿Ves esa escalera de allí? —le indicó su jefe cuando avanzaron hacia ellas. Kamal asintió, asombrado—. Esa es la calle principal de la ciudad. La columna vertebral. Es el nexo entre la tierra y el cielo.

Y era cierto. Los habitantes de Sewell se desplazaban a pie, subiendo y bajando peldaños, para llegar de un lugar a otro.

Recordando lo que le había dicho Ricardo sobre las piernas de las mujeres, Kamal no pudo evitar poner atención en ellas cuando las observaba ascender por delante de él. Tampoco le pasaron inadvertidas las miradas y las risitas nerviosas que le destinaron algunas de las jovencitas al verlo avanzar.

—Cuidate de las mujeres —le advirtió su jefe, consiguiendo su atención—. Si te pillan con una, estarás obligado a casarte con ella. Más te vale ser precavido —le dijo guiñándole un ojo.

Kamal no tenía intenciones de estar con ninguna mujer, porque su corazón aún sangraba abierto por la pérdida de Amira. Se limitó a asentir y a cambiar de tema, escudándose en formular preguntas sobre los habitantes de la ciudad, y la manera en que estaban organizados para vivir.

—Vamos a las oficinas. Allí contactarán con Steve y podré presentarte como es debido —le comentó Ricardo con evidentes signos de fatiga. Su estado físico no era del mejor. Entre jadeo y jadeo, agregó—: Es un gran hombre; ya lo verás.

Mientras avanzaba junto a su jefe, sumido en la escucha atenta de sus palabras, asimiló la mayor cantidad posible de información. Kamal comprendía que esto era una oportunidad importante en su vida, y que no debía desaprovecharla.

Ingresaron a un edificio, que era el corazón del trabajo administrativo de la minera, y se maravilló con su infraestructura. Un grupo de hombres, a todas luces extranjeros, compartían un ameno diálogo en inglés. Apenas les prestaron atención a ellos.

Ricardo anunció su llegada a una de las secretarías, y esta los hizo avanzar por un largo pasillo. Kamal se centró en observar a su alrededor mientras caminaban, y le gustó lo que vio.

Todo estaba ordenado, y funcionaba con rigurosidad.

—Adelante —les indicó la secretaria, antes de desaparecer por la puerta.

Un hombre alto y robusto, de cabello rubio y ojos azules, que debía rondar los cincuenta años de edad, se puso de pie y sonrió con afecto a Ricardo. Luego de abrazarse como si fuesen grandes amigos, este hizo las presentaciones.

—Él es Kamal Saud, mi mejor trabajador, y es justo lo que estabas buscando —le explicó sujetándolo por el hombro con confianza—. Lo llamamos Sombra.

El gringo lo saludó con cordialidad, y de inmediato Kamal se sintió cómodo en su presencia.

Ese día se forjó una amistad entre ellos que había perdurado a lo largo de los años.

Kamal se convirtió, al poco tiempo de llegar ahí, en el hombre de confianza de Steve, ya que se destacó no solo en sus funciones administrativas, sino que también en su habilidad para interactuar en los negocios, y en sus ingeniosos proyectos que fueron tomando cada vez más fuerza dentro de Sewell. Como tenía una mente visionaria, fue ascendido al año de trabajar allí, asumiendo un rol más directivo en la ejecución de algunos de sus proyectos. El más importante que presentó, fue el de implementar una vestimenta más óptima, ligera y que brindara mayor seguridad a los obreros que trabajaban dentro de las minas. Se encargó personalmente de la elección de las telas más apropiadas. Invirtió parte de su dinero en la implementación de máquinas hiladoras más modernas, y trabajó codo a codo con Ricardo, consiguiendo ser pioneros en realizar vestuario de seguridad.

Kamal se había convertido en un exitoso hombre de negocios. Poseía más dinero del que jamás podría haber llegado a imaginar. En cinco años consiguió forjar amistades entre los norteamericanos y algunos trabajadores chilenos, y se limitó brevemente a interactuar de manera romántica con alguna mujer, siempre cuidándose de no dar falsas expectativas. No estaba dentro de sus planes casarse.

Escuchar el apodo con el que lo llamaban todos lo hizo volver al presente. Estaba tan sumido en sus recuerdos que no se había percatado de que lo estaban llamando.

—Sombra, ¿a dónde vas? —le gritó Juan, uno de los primeros amigos que hizo allí cuando recién llegó—. Llevo tiempo gritándote.

En Sewell los jóvenes solteros compartían vivienda, lo que generaba vínculos importantes dentro del grupo. Juan era su mejor amigo. La amistad que surgió entre ellos era sólida, ya que tenían intereses en común y les había tocado trabajar en un mismo proyecto en varias oportunidades. Su amigo era dibujante, y se desempeñaba colaborando al arquitecto en los diferentes proyectos de la ciudad. Una vez Kamal fue ascendiendo en el trabajo, también obtuvo otros beneficios, como un piso exclusivo para él. Sin embargo, a pesar de eso, seguía manteniendo una relación cordial con sus amistades, en especial con él.

—Voy al correo. Tengo que enviar un encargo.

Juan era el único que conocía la verdadera historia de Kamal. En un momento de vulnerabilidad, y también por culpa de una borrachera en sus visitas a la ciudad de Rancagua, se sinceró con su amigo y le reveló su pasado y los motivos que lo llevaron a dejar a su familia.

—¿Es para tu padre? —quiso saber mientras encendía un cigarro y le ofrecía otro a él.

—Sí. Por fin ha accedido a participar de mi proyecto. He comprado un terreno enorme, y estoy construyendo la más grande fábrica de hilados de todo Patronato.

—Me alegra mucho saber que las cosas ya están bien entre ustedes —le dijo con verdadero afecto—. ¿Y piensas irte de aquí de manera definitiva?

—Pretendo vivir allá cerca de mi padre, pero seguiré desempeñando mis funciones aquí,

vijando de vez en cuando —le comentó esquivando una pelota que venía justo en su dirección. Dos niños pasaron corriendo tras ella, intentando recuperarla para volver a la zona del improvisado partido—. Creo que me necesita a su lado.

Avanzaron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos, hasta llegar a la oficina de correos. Realizó el trámite con rapidez y recogió su correspondencia. Juan aprovechó de recoger la suya, y se la guardó en el bolsillo de su chaquetón.

—¿Qué pasa, Sombra! ¿Tu padre está bien? —indagó su amigo cuando se percató de la expresión sombría que se adueñó de su rostro mientras leía la carta.

—Es la madre de Amira. Está muy enferma y parece que es algo de gravedad.

Kamal se sumió en sus reflexiones, sin siquiera escuchar lo que Juan le decía a su lado. Debía ser algo muy malo como para que su padre hiciera mención a la familia de Amira. Era un tema del cual ninguno de los dos hablaba. Si se lo estaba comunicando era por algo. Su mente se vio invadida por un conflicto interno. Se preguntó si no sería mejor estar cerca de ella, solo para consolarla desde la distancia. Llevaba tanto tiempo sin verla que no sabía si sería capaz de soportarlo. Ella era de otro. Pensar en ello le produjo un dolor agudo en el pecho.

Un codazo en las costillas consiguió que volviera a la realidad.

—Sombra, te estoy hablando.

—¿Qué? —preguntó algo desorientado.

—Te decía que pasó recién una de las enfermeras del hospital, y que no te quitó los ojos de encima. Intentaba llamar tu atención.

—Ah. No me di cuenta.

Juan lo giró por un hombro, y lo obligó a mirarlo a los ojos. Había recuperado la seriedad.

—Mira, Kamal. Sé que no es asunto mío, pero ¿no crees que ya va siendo hora de que vivas la vida y conozcas a alguna mujer?

—Conozco mujeres —se defendió, ignorando el gesto de su amigo mientras ponía los ojos en blanco.

—Yo hablo de una relación, Sombra. De formar una familia.

—No es buen momento —respondió cortante, sin ánimos de entrar en mayores detalles.

Juan no insistió más. Lo conocía lo suficiente como para saber que era mejor callar. Kamal también le había dado vueltas al tema en algunas ocasiones, pero se negaba a dar el siguiente paso cuando estaba con una mujer. Mientras menos involucrara a su corazón, mejor para él. Además, sus encuentros fortuitos con alguna chica se limitaban a unos cuantos besos, que no lo comprometían mayormente.

Quizás no era tan mala idea ir a la casa de su padre por un par de días, e intentar verla, aunque fuese desde lejos. Tal vez ya no la amaba, y estaba atado a un recuerdo que no le permitía rehacer su vida.

En el sector de las viviendas había varios jóvenes subidos al techo, quitando la nieve con sus palas. Kamal ni siquiera se percató de ese hecho en particular, que tantas veces se vio obligado a realizar también. Se limitó a avanzar apresurando el paso, y se encerró en su habitación, intentando dar con las respuestas a sus interrogantes, y todas tenían una raíz en común: Amira.

Kamal visitaba a su padre muy a lo lejos. Sus responsabilidades no le permitían hacerlo con mayor frecuencia, pero aquel día, consumido por un nerviosismo casi juvenil, ingresó a la

casa de Selim, dominado por una poderosa emoción. Siempre le pasaba igual cuando llegaba al barrio que lo vio crecer, porque temía volver a verla. Pero no podía esconderse eternamente, y menos ahora que se había dado inicio a la construcción de su enorme fábrica.

—¿Hola? —preguntó sacudiéndose los zapatos con fuerza en la entrada. ¿Hay alguien?

Miró su reloj. Recién pasaban de las cuatro de la tarde. A esa hora, todavía su padre se encontraba finalizando las entregas en las tiendas comerciales.

Dejó su sombrero colgado en un gancho de la pared, y luego llevó el equipaje hasta su habitación. No pudo evitar evocar recuerdos en aquel lugar. Algunos buenos, otros no tanto. Kamal sentía que su vida actual distaba mucho de la anterior. Sin embargo, estar allí era como si regresara a la niñez, como si el tiempo se hubiese detenido, volviéndolo todo más pequeño y significativo. La casa de su padre era humilde, sencilla y acogedora. Le había ofrecido comprarle una mejor, pero este se negó rotundamente.

Escuchó la puerta de entrada abrirse, y salió al encuentro de su padre. Selim había recuperado peso desde la última vez que lo vio. Su rostro ahora comenzaba a surcarse, aunque no era algo tan evidente, pero Kamal notó en él el paso implacable del tiempo.

—Hola, muchacho —dijo Selim mientras se acercaba a él—. Qué bueno es verte.

Kamal se fundió en un abrazo que lo decía todo. «Siempre tuviste razón, padre», «perdóname por no obedecerte». Aquellos pensamientos inundaban su mente mientras se dejaba abrazar, pero esas palabras nunca abandonaban su boca, salvo cuando se reconciliaron. Estuvieron tres años sin tener contacto de ningún tipo. Kamal le enviaba dinero mensualmente, pero su padre lo mandaba de vuelta, negándose a aceptarlo. Fue entonces cuando Kamal admitió que no podían continuar así, porque mientras no arreglaran sus diferencias, viviría con esa espina clavada en el corazón. Y así, luego de horas de conversación y llanto mutuo, se reconciliaron y se perdonaron. Desde entonces mantenían una relación tan afectuosa como antaño.

—¿Cómo has estado, padre?

—Bien. Con harta actividad —respondió dirigiéndose hasta su sillón favorito. Se sentó y entrelazó los dedos—. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

—Unos días, quizás una semana —se explicó sentándose a su lado—. Aprovecharé la visita para comprar una propiedad cerca de la fábrica. Kamal guardó silencio unos momentos, decidiendo si hacerle o no la pregunta que le rondaba en la mente.

—¿Cómo sigue la madre de Amira?

—Lo último que supe ayer cuando fui a su tienda a dejar el pedido semanal, era que llevaba un par de días sumida en la inconsciencia —se explicó con verdadero pesar—. Es probable que no haya pasado la noche.

—Es una lástima. Le guardo afecto —reconoció mientras se encendía un cigarrillo.

—Yo también.

Pocos minutos después llegó su tía Leila, la hermana de su padre, y les preparó algo dulce para comer. Kamal no se había dado cuenta de lo mucho que añoraba aquellos momentos en familia, hasta que estuvo allí, disfrutando de su compañía. Si bien su tía no vivía con ellos, estaba a dos casas de distancia, por lo que siempre fue una figura materna muy presente para Kamal. Se percató de que ella lo observaba con cierta admiración.

—Estás muy guapo. Pareces un hombre de esos que salen en el cine —le dijo mientras le acariciaba la mejilla con afecto—. Con esas ropas elegantes que llevas, me extraña que no te haya atrapado ninguna mujer.

Si bien el comentario no tenía ninguna intención de incomodarlo, lo hizo, pero intentó disimular su turbación.

—No ha aparecido la indicada, tía. Además, ahora tengo cosas más importantes que buscar una esposa. Quizás en otra ocasión —le dijo con el único fin de dejarla más tranquila. Sabía que su padre y su tía ansiaban verlo echar raíces y formar una familia, pero mientras no resolviera sus inquietudes, eso no sería posible—. Si me disculpan, iré a dar una vuelta.

Se levantó y dejó la servilleta sobre la mesa. Se puso el abrigo y se acomodó el sombrero. Luego salió por la puerta y se cubrió la mitad del rostro con una bufanda de lana. Necesitaba estar a solas un momento.

Primero visitó el cerro San Cristóbal y observó la ciudad de Santiago, rememorando los momentos más significativos vividos allí, en especial los que tuvo con Amira. Después se dirigió a la pensión de su amigo, y se detuvo a observarla a una distancia prudencial. Las risas de Amira le llegaban como ecos lejanos dentro de sus recuerdos. Y por último, se encaminó hacia la casa de la familia Hassan, cuidándose de no dejarse ver por nadie. Le extrañó que la tienda estuviera cerrada. Caminó hasta pararse fuera de ella y leyó el cartel escrito con una letra de tamaño considerable, tanto en español como en árabe: «Cerrado por luto». Fue entonces que comprendió que la madre de Amira había fallecido. Lo lamentó, porque ella siempre fue buena con él, y sabía que quería mucho a su hija, al igual que ella a su madre.

Un automóvil negro aparcó fuera de la casa, lo que lo instó a alejarse con rapidez, antes de que alguien se percatara de su presencia allí. Sin embargo, invadido por la curiosidad, se detuvo a una distancia lo suficientemente lejos como para que no pudieran reconocerlo. Un hombre descendió primero, y luego ayudó a bajar a una mujer. Fue todo tan rápido que no consiguió distinguir si se trataba de Amira o no, porque llevaba un velo en el pelo, pero su pecho galopó a un ritmo frenético, como si intuyera que se trataba de ella.

Suspiró, se dio la media vuelta, arrepentido por encontrarse allí, y regresó a la casa de su padre, un tanto frustrado.

A Salma Yasin la velaron durante dos días, pero Kamal prefirió no asistir. Quizás podrían tildarlo de cobarde, aunque no le importaba. No estaba preparado para reencontrarse con ella. Su padre había ido al velorio, y le confirmó sus peores temores. Amira seguía casada con José Aziz. Mientras ella fuese de otro, no había nada que pudiera hacer.

—Está muy delgada, hijo. Como si estuviera enferma —le había comentado su padre después de verla—. La situación de su madre le ha afectado mucho.

—¿Y sus hermanos? —quiso saber de pronto.

—Emir no se alejó de su lado. Estaban muy tristes los dos, pero se daban mutuamente consuelo. En cambio Omar mantuvo el rostro imperturbable, aunque a mí no me engañaba. También estaba sufriendo, pero escondía bien sus emociones, al igual que el padre.

No quiso seguir indagando más. De tan solo saber que Amira estaba sumida en un dolor tan grande, lo hizo dar el paso siguiente. La acompañaría en el funeral, aunque fuese a la distancia.

Las nubes grises amenazaban con llover. Una gran cantidad de personas, todas vestidas de negro y con paraguas en las manos, acompañaban a la familia Hassan Yasin en el Cementerio General. La mayoría de los presentes eran comerciantes y amigos. Kamal se mantuvo a cierta distancia, oculto bajo un refinado chaquetón oscuro. Sus elegantes prendas de vestir evidenciaban su prestigiosa posición social, por lo que pasaba inadvertido entre tantos como él

allí. Eso no impidió que se sintiera nervioso y expectante por verla. Entre tanta gente, aún no había dado con ella. Sabía donde se encontraba, porque las personas se agolpaban a su alrededor para darle el pésame, pero todavía no miraba su rostro.

Al primero que divisó fue a Emir. Tal como le había señalado su padre, era el más afectado de los hermanos. Abdul Hassan se mantenía en otro extremo, acogiendo las palabras de consuelo que le otorgaban sus amigos, con excesivo desafecto. Kamal fue incapaz de sentir compasión por aquel hombre frío y calculador. Se vio tentado de refregarle en la cara cada uno de sus logros y éxitos, pero jamás caería tan bajo como para hacer algo así. Sin embargo, no pudo evitar que la idea se le pasara por la cabeza, ni tampoco que aquel pensamiento le otorgara algo de placer.

Una cabellera rubia hizo que desviara su atención de aquel hombre. Nora avanzó por entre la gente y abrazó a una mujer, sin ocultar su tristeza. Apenas escuchó el llanto de la otra mujer supo que era Amira. Fue entonces cuando la vio. Un velo negro casi transparente le cubría el rostro, pero este no podía ocultar ni la rojez de sus ojos, ni el brillo de las lágrimas que se desbordaban por sus mejillas. Kamal contuvo el impulso de ir hacia ella y besarla hasta calmar su agonía. A pesar de su excesiva delgadez y de vestir con aquellas ropas tan oscuras, a él le pareció la más hermosa de las mujeres.

La observó en silencio, distante y sumido en su propia melancolía, atento a sus gestos y a sus reacciones. A su espalda vio a José Aziz, quien ponía una mano sobre su hombro de manera posesiva. Lo reconoció de inmediato.

La familia tomó asiento en las sillas mientras un sacerdote dedicaba unas breves palabras a la difunta. Amira tenía su mano sujeta a la de su amiga Nora. Emir se mantenía al margen, lejos de los suyos, y Omar estaba sentado junto a su padre.

Kamal dejó de prestar atención a las palabras del hombre y clavó su mirada en el rostro de Amira, con el único fin de regocijarse en él. Unas gotas solitarias amenazaban con llover. Ella elevó la vista hacia el cielo, y luego sus ojos se encontraron con los suyos. Percibió su confusión, pero Kamal se mantuvo en su sitio, sin poder romper el contacto. Los labios de Amira se movieron pronunciando su nombre, en un susurro quedo. Hacía tanto que ansiaba escucharlo salir de su boca que se vio tentado a romper en lágrimas.

La lluvia se dejó caer con fuerza, y Nora abrió el paraguas, lo que hizo que se perdiera el contacto visual entre ellos por unos breves segundos. Los suficientes como para que Kamal se diera la vuelta y desapareciera. No era bueno que su familia lo viera allí. Tampoco lo era enfrentarse a ella. No podía soportarlo.

Perturbado y sobrecogido por la experiencia, regresó a la casa de su padre y se encerró en su habitación. Era incapaz de pensar en nada más que en ella y en lo vivo que permanecían aquellos sentimientos que mantuvo enterrados por tanto tiempo dentro de su pecho, pero que ahora fue incapaz de contener ahí. El amor era caprichoso y en ocasiones podía ser muy cruel, ya que arrebatava la libertad de un corazón que solo quiere volver a empezar, y que no puede, porque ya tiene dueña. Un corazón que está programado para latir desaforado por otro que no puede corresponderle. Un corazón que tiene memoria propia, que no conoce de amnesias. Cuánto intentó Kamal olvidar con su mente aquellos momentos profundos de entrega y pasión con Amira, pero no le sirvieron de nada, debido a que el corazón es desobediente y autónomo. No se deja convencer por la razón. Hace siempre lo que quiere, y el de él quería a Amira con locura, a pesar de que no podía tenerla.

Capítulo 19

Febrero de 2008, Viña del Mar

—U

na semana después, el 19 de junio de 1945, un horrible accidente en la mina El Teniente, a causa de una importante explosión, acabó con la vida de un amplio número de trabajadores, producto de la inhalación del humo —señaló la tía Nora con pesar—. Kamal recién había llegado a Sewell cuando el estallido retumbó con fuerza sobre la ciudad.

—¿Salió lastimado? —quise saber, porque me entristecía mucho pensar en que él y mi abuela no volvieran a reencontrarse.

—Por fortuna no. No teníamos idea de que trabajaba allí. Nos enteramos porque la noticia estaba en las portadas de todos los periódicos del país.

La tía Nora extrajo de su cofre unos recortes de diarios, de color amarillento. Luego me los tendió. En ellos leí: «Tragedia de humo enluta a la ciudad de Rancagua», «Los rescatistas de la compañía minera Braden Cooper trabajan día y noche en Sewell, para sacar los cuerpos de los obreros». Todavía no comprendía qué relación tenían estas noticias hasta que leí el siguiente titular: «Kamal Saud, Subdirector de Proyectos de Sewell, informa sobre las importantes estrategias a realizar para ayudar a las familias afectadas por la catástrofe». Una foto en primer plano de un hombre joven y bien vestido, de cabello oscuro y ojos claros, aparecía cubriendo casi toda la portada del periódico.

—Él es Kamal, el amor de mi abuela —aseguré, sobrecogido por la emoción.

—Sí. Imagínate lo que fue para Amira, después de buscarlo durante tanto tiempo, encontrarlo en la portada del periódico —admitió mi tía—. Anduvo como alma en pena toda la semana después del funeral de su madre, porque estaba convencida de que Kamal ya no vivía. Decía que se le había aparecido en el cementerio. La pobre lloró todos esos días, creyendo lo peor, hasta que lo vio en la prensa.

—¿Y volvieron a encontrarse?

—Sí. Ya te contaré sobre eso. Vamos por parte.

—¿Y qué pasó con el hijo de mi abuela?

—Rosario escuchó una conversación a escondidas, en que José Aziz le pedía a la partera que se llevara al niño a una dirección que él le indicó.

—Seguramente la silenció con dinero —pronuncié molesto.

—Así es. Ella misma presenció el inmenso fajo de billetes que le entregó, a cambio de su silencio. Cuando Amira se durmió, la mujer aprovechó de sacar al niño.

—¿Y dónde lo llevó?

—A su nuevo hogar. Rosario se montó en una bicicleta y siguió al vehículo que llevaba a la partera con el niño en brazos. Por fortuna, no llegaron demasiado lejos. El conductor se detuvo en una bonita casa, y la mujer entregó a la criatura a una pareja joven de recién casados.

»Dos días después, José Aziz recibió en su despacho a Pedro Prieto, el nuevo padre de la criatura. Rosario lo reconoció de inmediato. Y como quería averiguar algo más sobre él, se escondió tras de la puerta y escuchó cada palabra de aquella conversación. Fue cuando se enteró de que el matrimonio y su nuevo hijo se mudarían a vivir a Santiago, a una casa que el mismo José les cedería como parte del trato. También le facilitó un trabajo mejor que el que tenía, en una de sus empresas. Rosario, motivada por la lealtad hacia Amira, memorizó la dirección de la nueva residencia y luego se escabulló para no ser vista por nadie. —La tía Nora se tomó un pequeño respiro antes de continuar—. Por lo menos José se preocupó de dejar al niño en buenas manos.

—Debió ser muy difícil para mi abuela darse cuenta de que le habían arrebatado a su hijo.

—No te lo puedes imaginar. Estuvo meses completos sumida en la más grande de las depresiones. No comía, no hablaba con nadie —salvo conmigo—, y se lo pasaba durmiendo —me explicó sin ocultar el dolor que también a ella le provocaba el recuerdo de aquella época—. Amira estaba decidida a dejarse morir.

—¿Y cómo consiguió sobreponerse?

—No fue fácil. Con Rosario acordamos llevarla a la casa donde vivía Gaspar. —Fruñí el ceño sin comprender, pero ella se explicó—. Así lo llamaron sus nuevos padres. Ya que no podía tenerlo con ella, creímos que si conseguía verlo, aunque fuese desde la distancia, tendría una motivación para vivir. Y así fue —me aseguró asintiendo con la cabeza y convencida de que había sido lo correcto—. Tomamos una medida desesperada para combatir su abandono. Era duro, pero funcionó.

De tan solo imaginar a mi abuela espiando al niño mientras jugaba, aprendía a dar sus primeros pasos o decía sus primeras palabras, se me partía el corazón. Ahora comprendía por qué siempre me pareció una mujer que desprendía un aire melancólico, como si no pudiese ser feliz por completo. Sus ojos estaban cargados de otoño.

—¿Y mi abuelo?

—Tu abuelo no era un mal hombre, pero tampoco pudo aceptar el que su esposa tuviese el hijo de otro. Si bien fue muy frío con ella durante los primeros años de matrimonio, comenzó a amarla de verdad con el paso del tiempo.

—¿Y ella?

—Nunca lo amó. En su corazón no había espacio para otro hombre que no fuese Kamal. Sin embargo, José Aziz, en sus intentos por conseguir su afecto, y quizás también su perdón, fue con el tiempo dándole mayores atenciones. Se desvivía por darle en el gusto; incluso amenazó a su hermana con echarla de la casa si no trataba bien a su esposa.

—¿Por qué mi abuela siguió junto a él, si no lo amaba?

—Ay, muchacho. Antes, las cosas no eran tan fáciles como hoy. En muchos casos el matrimonio era más una prisión que una bendición, sobre todo para las mujeres. ¿A dónde iba a ir Amira? Con ese padre que tenía, difícilmente la habría recibido de vuelta. Era ofensivo desde todos los puntos de vista que una mujer dejara a su marido.

—Tienes razón —coincidí con ella. Mi pregunta, en realidad, era bastante tonta si lo pensaba así. Las mujeres no disfrutaban de las mismas libertades que hoy en día—. ¿Y mi madre? ¿En qué momento llega a sus vidas?

—Amira no pudo evitar por siempre la intimidad con tu abuelo. Estaba tan desencantada de la vida que ya todo le daba igual —me comentó con cierto aire de melancolía—. No fue fácil para ella, y agradecía mes a mes no embarazarse de él. Incluso llegó a creer que su marido era

infértil, pero ocho años después de que le arrebataran a su hijo, Amira se percató de que estaba embarazada.

—De mi madre —afirmé con el estómago contraído por lo que me podría revelar.

—Así es. Sin embargo, pese a no tomárselo muy bien en un principio, pasó poco tiempo antes de que se aferrara a esa nueva vida con uñas y dientes. Creo que, de alguna manera, quiso volcar su amor por Gaspar en ese nuevo ser.

Un enorme alivio me recorrió por dentro cuando la escuché decir que a mi madre la amó, a pesar de todo.

La puerta se abrió, y Estrella se apresuró en entrar. Me gustó observar el brillo de sus ojos al mirarme, como si no hallase la hora de encontrarse conmigo. Reconozco que me sentí igual.

De un respingo me puse de pie y la besé cariñosamente. Ya la echaba de menos y necesitaba pasar un tiempo a solas con ella.

—¿Me he perdido de algo? —preguntó apenas se distanció de mí y saludó a la tía Nora.

—Domingo te puede poner al día. Yo, ahora mismo, voy a ver la teleserie, que está a punto de comenzar.

La tía Nora se puso de pie y luego de despedirse de mí, desapareció por el pasillo. Aproveché que nos habíamos quedado a solas con Estrella para besarla como llevaba rato añorando. Desde que comenzamos a salir, yo me encontraba como idiotizado, porque lo único que quería hacer el día entero, era colmarla de besos y mirarla a los ojos, para luego perderme en la profundidad de su mirada azul. Y escucharla pronunciar mi nombre desde sus labios, con esa voz tan suave y musical que me tenía hechizado.

—Ven conmigo al hotel —le susurré casi en un ruego. Mi boca permanecía a escasos centímetros de la suya. Nunca se lo había pedido, pero la necesidad de estar con ella era superior a mí. Por un momento tuve miedo de que me dijera que no, pero su sonrisa consiguió que me tranquilizara—. Por favor —rogué en un susurro.

—Dame unos minutos para cambiarme y te acompaño.

La vi perderse por el pasillo y yo me regocijé con el vaivén de sus caderas. Un cosquilleo de anticipación se adueñó de mi cuerpo. Estaba nervioso como un novato en su primera cita, aunque la sensación fue de lo más placentera. Que una mujer consiguiera hacerme sentir eso otra vez, solo significaba que era la correcta. Me pregunté si Kamal habría experimentado las mismas sensaciones que yo, por mi abuela, y supe que sí. Una parte de mí se alegraba de que el hombre tuviese éxito en los negocios. Después de todo, se lo merecía. ¿Se enteraría mi bisabuelo de lo lejos que llegó en la vida? Me hubiese gustado verle la cara de ser así.

Mi teléfono comenzó a vibrar. Estuve a punto de ignorarlo, pero Viviana había quedado de avisarme cuando llegara a Viña del Mar, para reunirse conmigo. «Ojalá que no sea ella», rogué internamente. Ahora me apetecía pasar tiempo con Estrella, a solas, aunque no tuve suerte. El rostro alegre de mi editora parpadeaba con fuerza en la pantalla de mi celular.

—Domingo —me dijo con la voz un tanto alterada—. Me ha costado un mundo llegar hasta el Casino. Es que aquí es peor que en Santiago con los atascos del tráfico. ¿Puedes venir ahora?

Miré la hora de mi reloj, a regañadientes, aunque no me quedaba otra que asistir. El trabajo era trabajo. Y como no quería perder la ocasión de pasar un tiempo a solas con Estrella después de la reunión —que tenía intenciones de que fuese lo más breve posible—, decidí invitarla a que me acompañara.

—Está bien. Llego en unos quince minutos. Si me atraso, aprovecha de jugar en las

máquinas tragaperras.

—No me gustan. Mejor te espero en el bar —me informó y cortó la llamada.

Estrella se había puesto un vestido color marfil y unos tacones no muy altos, pero que estilizaban su figura. Los ojos azules resaltaban favorablemente con el maquillaje oscuro que bordeaba sus párpados, y los labios pintados de rojo me tentaban a arrojarme sobre ellos. Estuve a punto de babear delante de ella.

—Estás... bellísima —balbuceé como un idiota. Ella me sonrió, complacida con el cumplido—. ¿Te importaría acompañarme antes al Casino? Mi editora ha llamado recién y quiere discutir algunos asuntos sobre mi novela. Será solo un momento.

En sus ojos leí una pizca de desilusión, pero eso, lejos de molestarme, me gustó, porque estaba tan ansiosa como yo por pasar tiempo conmigo. Ella se había puesto bonita para mí, lo que me hizo sentir especial.

—No quisiera molestar.

—¿Molestar? —La abracé posesivamente y aspiré el aroma de su cuello, deleitándome en su olor. Ella sonrió en mi oído—. Lo único que quiero, Estrella, es llevarte conmigo. Además, no podré concentrarme si no te tengo a mi lado. Viviana hablaría de trabajo y yo estaría pensando en ti y en ese bonito vestido que llevas encima.

Sus ojos brillaron con una ilusión casi infantil, y entonces no lo soporté más. La besé a sabiendas de que el maquillaje de su boca mancharía la mía, pero no me importó. Además, no quise darle tiempo para que se arrepintiera.

—Está bien —consiguió responder cuando la liberé de mi beso.

—Prometo que la reunión será breve.

Me limpié la boca con un pañuelo desechable y Estrella se retocó el maquillaje. Luego salimos cogidos de la mano y paré un taxi. El Casino no quedaba lejos, pero utilizar tacones podía ser molesto para ella, que acostumbraba a ponerse deportivas.

Apenas Viviana me vio llegar cogido de la mano de Estrella, supe que le había gustado. La sonrisa de su rostro lo decía todo. Nos acercamos a su mesa e hice las presentaciones.

—Tú debes ser la musa —le comentó con una sonrisa que la hizo enrojecer adorablemente.

—Sí que lo es —aclaré mientras acomodaba la silla para que se sentara—. Estrella es la responsable de que mi novela vaya tan bien.

—El que tiene talento eres tú, no yo —agregó divertida. Estuve a punto de besarla frente a Viviana, pero me contuve para no avergonzarla. Cuando por fin dejé de mirarle la boca a Estrella, descubrí que mi editora me estaba observando con una sonrisa pícar—. ¡Qué! —la regañé, riendo.

—Nada. Creo que tu próximo trabajo será un gran éxito —respondió haciendo un gesto al camarero para ordenar alguna bebida.

Después de discutir algunos detalles sobre mis últimos escritos, y de escuchar a Viviana resaltando las magníficas cualidades que, al parecer, yo solía poseer, por fin pudimos retirarnos con Estrella a mi hotel. No era dado a avergonzarme, pero las exageraciones de mi amiga consiguieron que me sintiera algo incómodo. Ya me desquitaría con ella después. Ahora estaba deseoso de que pasáramos tiempo a solas con Estrella.

Ya estaba atardeciendo y el ocaso del sol generó un ambiente colmado de romanticismo. Ingresamos al ascensor, entre besos, risas y abrazos, y luego entramos a mi cuarto. No sé si era por la luz que ingresaba por la ventana, o por la maravillosa energía que desprendía Estrella, que me pareció el momento perfecto para dar el siguiente paso. A ella pareció sucederle igual, porque

ya ninguno de los dos sonreía. Nuestras miradas, incapaces de romper el contacto, se hablaban en el silencio. Tenía certeza de que aquel día haríamos el amor por primera vez, y de que sería así, un instante de perfecta unión. Nos amaríamos hasta la saciedad. No un encuentro sexual cualquiera cargado de erotismo, sino que un momento de entrega en plenitud, donde no solo tocaríamos nuestros cuerpos con las manos y la boca, sino que marcaríamos nuestra alma con cada fibra de nuestro ser. Aquel encuentro estaría inundado de fuego, pasión, ternura y amor. Sí; sobre todo de amor. ¿Se podía ser más afortunado?

Capítulo 20

Septiembre de 1950, Santiago de Chile

Emir acababa de reunirse con Amira en el Cementerio General. Desde que la madre de ambos falleciera, él se limitaba a mantener contacto solo con su hermana, y visitaba en ocasiones a la nana María cuando su padre y su hermano no permanecían en casa. Para Abdul Hassan era más fácil negar a su propio hijo que aceptar que fuese un artista. Pero a él eso ya no le dolía como antes. Desde que descubrió que el gran Abdul mantenía una relación amorosa con otra mujer, había perdido todo el respeto hacia su persona. Con Omar tampoco contaba. Si se encontraban en la calle, apenas se saludaban. Quizás eso le afectaba más que la displicencia de su padre.

Una brisa suave le acarició el rostro aquella mañana, y se vio tentado a cerrar los ojos. La primavera estaba haciéndose presente con fuerza en cada árbol y en cada flor. Incluso el aroma era distinto, y la luz del sol más brillante con el cambio de estación. Emir miró de soslayo a su hermana, quien permanecía con la vista perdida en algún lugar del horizonte.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó, preocupado.

Emir la conocía a fondo. Algo rondaba en su cabeza y la tenía inquieta. Pero Amira llevaba mucho tiempo sumida en el ostracismo. Las cosas habían cambiado entre ellos desde hacía años, aunque no del todo. Todavía pasaban tiempo juntos y se confiaban algunas cosas. A pesar de ello, ya no era lo mismo. Sus ojos cafés ya no desprendían aquel brillo alegre de antaño. Era como si se hubiesen apagado.

—Sí. Estoy bien —respondió dubitativa.

—Amira, puedes hablar conmigo —insistió cogiéndola del brazo. La obligó a voltearse y a que lo mirara a los ojos—. Dime lo que te preocupa.

—Es que, bueno; José está empeñado en hacer negocios con el dueño de la Fábrica de hilados Saud.

—¿De verdad? —manifestó sorprendido ¿Y él sabe quién fue Kamal en tu vida?

—No. No lo sabe —dijo acompañando sus palabras con un movimiento negativo de la cabeza—. Y no sé si estoy preparada para volver a encontrarme con él —reconoció con abatimiento—. Si ellos hacen negocios, seguro que lo invitará a la casa. Ni siquiera sé si seré capaz de mirarlo a los ojos sin que la vergüenza se apodere de mí.

—¿Y por qué tendrías que sentir vergüenza? —Amira esquivó su mirada y se limpió una lágrima que le rodó por la mejilla. Luego se encogió de hombros, incapaz de hablar—. Hermana, no tienes de qué avergonzarte. No has hecho nada malo. Te casaron a la fuerza, y ahora tienes una hermosa niña que no tiene ninguna culpa de nada.

—Lo sé. No me hagas caso.

—¿No te has encontrado con él en todos estos años?

—No.

—Amira. ¿Por qué no hablas con él y cierras de una vez esas heridas, que aún permanecen abiertas en tu corazón? —sugirió con suavidad—. Si quieres, yo puedo ayudarte con eso.

—No, Emir —continuó negando con la cabeza—. Ya es demasiado tarde para nosotros. Además, Nora dice que lo vio con una mujer. Seguramente ya tiene esposa.

Según lo que sabía Emir, Kamal Saud seguía soltero. Él, por su parte, se alegraba de que las cosas le fueran bien. Siempre le tuvo estima.

Cuando su padre se enteró de lo exitoso que se había vuelto Kamal en los negocios, después de leer en el periódico sobre él y su trabajo en Sewell, este anduvo de un humor de perros durante días. Eso, a Emir, le produjo cierto placer. Estaba seguro de que en aquella ocasión se arrepintió de no haberlo aceptado como pretendiente de Amira; pero Abdul era demasiado orgulloso para reconocer eso. Kamal no solo se hizo un lugar en la minería, sino que construyó la más grande fábrica de hilados del país, y el éxito no demoró en llegar.

—Creo que estás cometiendo un error. Deberías verle. Kamal ha mantenido las distancias por respeto a ti y a tu situación de mujer casada. Eres tú la que debe dar el siguiente paso.

—No puedo. Tengo una hija ahora. Y José, a pesar de todo, es un buen padre.

—Pero tú no lo quieres.

—No. No lo quiero —admitió con un bufido de exasperación—, pero es mi esposo, y mi hija tiene que crecer junto a él.

Emir meneó la cabeza negativamente.

—Será mejor que me vaya. Tengo que terminar una pintura. —La acompañó hasta el vehículo, y luego le besó la mejilla—. Por cierto, estoy saliendo con alguien. Me gustaría que pudieras conocerla.

—¿De verdad? —quiso saber con los ojos llenos de ilusión. A Emir le gustó percibir un atisbo de alegría en ella. Llevaba años morando en una especie de días grises—. Eso me encantaría. ¿Es artista?

—Sí. La conocí en una exposición de Gonzalo hace un par de meses, y hemos iniciado una relación. Creo que es la indicada.

Amira lo abrazó y él se sintió feliz. Ya no tenía a su madre consigo, pero su hermana era la persona más importante de su vida, y ansiaba hacerla partícipe de sus propias alegrías.

—No sabes lo feliz que me hace escucharte decir eso —le confesó con los ojos brillantes por la emoción—. Ven a visitarme con ella dentro de la semana. Así también aprovechas de pasar tiempo con Rania. Se pone muy contenta cuando te ve.

—Lo haré.

La observó subir al vehículo y ponerlo en marcha, sin dejar de mirarlo. Luego le dijo adiós con la mano, y se alejó por la calle, de vuelta a su vida gris. Si no fuera por Rania, su hermana aún permanecería sumida en aquel estado de melancolía que la solía acompañar. De pronto se sintió inspirado, y se echó a correr hasta la casa donde vivía con Gonzalo. Necesitaba pintar, pero antes, tenía algo más importante que hacer. Emir estaba dispuesto a todo con tal de que su hermana Amira fuese feliz.

Amira aparcó el vehículo en la misma calle de siempre; cerca de una enorme plaza con juegos de madera, y con un par de columpios que solían balancearse con el viento. Llevaba casi diez años haciendo lo mismo, desde que se le reveló el domicilio de su hijo Gaspar. «Gaspar», saboreó su nombre con el pensamiento, deseosa de poder llamarlo así en voz alta alguna vez. La madre adoptiva de su hijo parecía adorarlo. Lo miraba como si fuese el sol de su vida. Saber eso le devolvió algo de la paz perdida al no tenerlo consigo. Sin embargo, su corazón permanecía siempre sangrando, oprimido por su ausencia. Mientras la mujer lo abrazaba y acariciaba

después de una caída que le dejara las rodillas heridas, Amira se conformaba con contemplarlo a la distancia, añorándolo con todo su ser. Solían llevarlo a aquel parque a jugar, porque estaba cercano a su casa. Además, el niño se reunía con los hijos de las amigas de su madre, y se divertía mientras ellas intercambiaban confidencias y risas.

Amira se bajó del vehículo y caminó hasta sentarse cerca de una banca de madera, con el fin de poder observarlo jugar con una pelota, y escuchar su risa feliz y su voz. Era el niño más hermoso que había visto nunca, y el parecido con Kamal era impresionante, en especial por el color verde de sus ojos. El cabello oscuro y ondulado le caía rebelde alrededor de su rostro de niño. Era habilidoso con el balón. Su corazón de madre latía henchido de orgullo hacia él. Siempre que lo observaba, terminaba el día llorando. No podía evitarlo. Qué distinta habría sido su vida si se hubiese casado con Kamal. Ahora estarían los tres, o quizás tendrían más hijos, juntos y felices. Pero las cosas no fueron así, y Rania tampoco existiría de haber sido de otra manera. Amira amaba a su hija y volcaba en ella todo ese amor que no pudo otorgarle al niño que le arrebataron tal cruelmente, y que ahora jugaba dichoso, a unos cuantos metros de distancia. Jamás se lo perdonó a José. Quizás por eso ellos mantenían una relación tan distante, fría e impersonal. Desde que Amira quedó embarazada de su hija, nunca más lo dejó acercársele íntimamente. Ya bastante difícil fue aceptarlo en las pocas ocasiones en que se lo permitió. Lo hizo porque ya nada tenía sentido para ella sin su hijo y sin Kamal. Lo que hicieran con ella le daba igual. De alguna manera, la llegada de Rania fue su salvación y una luz de esperanza.

De pronto sintió un golpe en la frente que la hizo volver a la realidad. Se llevó la mano a la cabeza, con el fin de aliviar su dolor.

—¿Se encuentra bien? —Escuchó que le decía la voz de un ángel. Amira lo vio a los ojos y se quedó paralizada, sin saber qué decir. La intensidad de la mirada con que la observaba Gaspar la conmovió—. Lo siento. Ha sido sin querer. ¿Le he hecho daño?

Observar el rostro de su hijo con su ceño fruncido por la preocupación la hizo reaccionar.

—Estoy bien, no es nada.

—Está llorando por mi culpa —admitió el niño con pesar—. Discúlpeme por favor.

—No ha sido nada. Y no estoy llorando. Es la alergia de la primavera la que me irrita los ojos —mintió para no hacerlo sentir mal—. ¿Cómo te llamas?

—Gaspar.

—Qué hermoso nombre, Gaspar —comentó con una sonrisa dulce que el joven correspondió. Su boca era tan hermosa como la de Kamal. Amira echó un vistazo hacia las mujeres, que parecían ajenas a los hechos—. Quédate tranquilo. Estoy bien; y ahora, vuelve con tus amigos.

Gaspar asintió y se dio media vuelta. Retomó el juego con sus compañeros, y de vez en cuando le destinaba miradas de soslayo. Para Amira fue un momento muy significativo. Su pecho se llenó de gozo y anhelo. El pelotazo le había dolido, pero agradeció que el hormigueo constante en su frente se negara a abandonarla. Era un recordatorio. Su hijo se lo había dado, y eso, para ella, no tenía precio.

Cuando los niños se marcharon, Amira observó que Gaspar le decía adiós con la mano. Ella le correspondió.

Kamal Saud se encontraba sentado en su escritorio, intentando centrar toda su atención en los documentos que se apilaban sobre la mesa. Su padre recién se había marchado a organizar a los transportistas que cargaban los vehículos con la mercadería. Él, en cambio, lidiaba contra la

tensión que le había ocasionado la reciente visita del marido de Amira, José Aziz. Siempre supo que algún día podría presentarse allí, con intenciones de proponerle algún negocio. Después de todo, los hombres con poder solían querer a menudo más. Sin embargo, Kamal rechazó en una primera instancia la propuesta del empresario, con estudiada diplomacia, y le aseguró que consideraría su oferta, en caso de ampliar sus horizontes en un futuro cercano. José Aziz abandonó el despacho, convencido de que en algún momento concretarían un negocio. El apretón firme de manos que le destinó le hizo saber que admiraba que fuese tan exitoso y a tan temprana edad.

Kamal fue invadido por una serie de emociones cuando el sujeto abandonó su oficina. Se pasó la mano por el pelo, desordenándose un poco, y se obligó a tranquilizarse tomando grandes bocanadas de aire. Ese era el padre de Rania, la hija de Amira; ella era su mujer; le pertenecía. Se preguntó si sabría de su existencia en la vida de su esposa, antes de que se unieran en matrimonio. Lo dudaba, pues no percibió ningún tipo de hostilidad por su parte.

—Disculpe, señor —dijo su secretaria, dando dos golpecitos a la puerta antes de asomarse por ella—. Tiene una visita.

Kamal se sobresaltó, pillado por sorpresa, y se extrañó, porque no esperaba a nadie.

—¿De quién se trata?

—Dice que es un viejo amigo de juventud. Su nombre es Emir Hassan.

Kamal se vio invadido por una extraña y grata sensación al escuchar aquel nombre. Era alegría. Llevaba mucho tiempo sin hablar con él, y las ganas por conocer sobre su vida durante estos últimos diez años lo llenó de curiosidad.

—Dígale que pase, y que nadie nos moleste.

La mujer asintió, y Kamal se ajustó la chaqueta cuando se puso de pie. Apenas lo vio entrar a su oficina, se le acercó y le dio un abrazo cargado de afecto. Emir se lo correspondió.

—Qué alegría volver a verte, Emir —pronunció Kamal con optimismo—. Es una grata sorpresa tenerte aquí.

—El placer es mío, Kamal. Se te ve muy bien —comentó mientras le señalaba la ropa que llevaba puesta. En nada se parecía a los viejos trapos que utilizaba durante su juventud. En aquella época, primaba llevar pan a la mesa que comprarse un buen calzado—. Perdona por dejar pasar tanto tiempo y no venir antes a visitarte.

Kamal observó que Emir usaba el pelo más largo, y una vestimenta informal. Había escuchado rumores de que ahora era un artista, y su imagen despreocupada, sumada al gesto pícaro de su boca, le corroboró que era así.

—Ven, siéntate —le indicó con la mano para que se acomodara—. Casi nunca estoy por estos lados, así que no te disculpes.

—Algo he escuchado y leído también. ¿Así que en Sewell, eh? —comentó con una sonrisa que Kamal correspondió. Le ofreció un cigarrillo y Emir lo aceptó. Luego de encenderlo y expulsar el humo por la boca, agregó—: Con razón no pudimos encontrarte con Nora. Recorrimos cada rincón de Rancagua en ese entonces, y nadie sabía nada de ningún Kamal Saud. Jamás imaginamos que podrías terminar trabajando en la mina El Teniente.

A Kamal le extrañó ese comentario, y se animó a preguntar. Después de todo, Emir era un viejo amigo, y el hermano más fiel de Amira.

—¿Me buscaron? ¿Y por qué?

Emir se puso serio y se reacomodó en la silla con inquietud, antes de hablar.

—Amira estaba muy mal. Se abandonó a su suerte. Quería dejar a José y marcharse contigo, pero no pudimos dar con tu paradero —reconoció con pesar—. Con Nora ya no

sabíamos qué hacer para que no se dejara morir.

Saber que ella también había sufrido mucho a causa de su matrimonio, solo consiguió abrir la cicatriz que atravesaba su corazón, de lado a lado.

—¿Ella... es feliz? —preguntó a sabiendas de que conocía la respuesta.

—No. Nunca lo ha sido —reconoció con pesar—. José la quiere, pero mantienen una relación distante, y ella jamás lo ha amado. Mi hermana carga con un permanente estado de melancolía y yo solo quiero verla feliz. Por eso estoy aquí —le dijo clavándole la mirada, acompañando el gesto de una súplica muda—. ¿Por qué nunca la buscaste?

—No podía hacerlo —admitió con pesar—. Ella ya no era libre, y yo tenía el corazón roto en mil pedazos.

—Si tan solo te hubiésemos encontrado —se lamentó Emir—. ¿Te habrías marchado con ella de ser así?

Kamal no tuvo que pensarlo demasiado para responder a esa pregunta. Muchas veces le dio vuelta a la idea de ir por ella, pero luego le ganaba el abatimiento y el deseo por olvidar su propia miseria. José Aziz era un hombre astuto y tenía mucho poder en aquel entonces. El haber optado por algo así solo habría conseguido dañar a su padre, quien ya había sido amenazado por Abdul Hassan a su vez. Era un riesgo demasiado grande. Sin embargo, plantearse la posibilidad de volver atrás, lo hacía desear haber tomado otro camino.

—Sí —admitió, convencido de que sería así—. Por Amira habría sacrificado cualquier cosa. —El silencio que se apoderó del despacho fue cómplice de su sufrimiento—. Lamento lo de tu madre. Vine al funeral, pero no me dejé ver por nadie.

Emir asintió y luego recuperó el buen humor que lo solía caracterizar.

—Así que eras el fantasma que Amira dijo ver —comentó con una sonrisa.

—¿Fantasma?

Emir se explicó detalladamente, y lo puso al día de lo que había sido estos últimos años sin su madre, sin una relación afectiva con su padre, y sin casi tratarse con Omar. También le reveló aspectos de la vida de su hermana Amira, aunque algunos de ellos Kamal ya los conocía, porque solía, muy de vez en cuando, observarla en la distancia sin que ella se diera cuenta. Nunca se atrevió a buscarla ni a encontrársela cara a cara. Estuvo a punto una vez, pero se percató a tiempo de que ella estaba embarazada, y eso lo hizo recular.

—Kamal —dijo Emir luego de hablar un buen rato sobre muchas cosas. He venido a pedirte, no, a rogarte —recalcó—, que hables con Amira. Ella nunca ha dejado de amarte, y por lo que veo en tus ojos tú tampoco has dejado de hacerlo.

—Está casada.

—No te estoy pidiendo gran cosa. Solo habla con ella —le sugirió—. Ambos necesitan decirse muchas cosas.

—¿Por qué me lo estás pidiendo?

Emir se puso de pie y caminó hacia la ventana, dándole la espalda. Mantuvo ambas manos en los bolsillos de su pantalón. Y sin mirarlo, agregó:

—No he visto brillar la mirada de mi hermana hace más de diez años, cuando su única ilusión era emprender una vida junto a ti. —Emir se giró y lo miró, desnudando su alma—. Quiero que sea feliz, aunque sea un día más en su vida.

«Quiero que sea feliz», fue la frase que se repitió en su mente, una y otra vez, después de aquella visita. ¿No quería él acaso lo mismo?

Capítulo 21

José Aziz ya contaba con cerca de sesenta años de edad, y en su vida se había sentido más miserable que en ese instante. Tenía todo lo que alguna vez aspiró en su existencia. Todo, excepto el amor de su mujer. No supo en qué momento ocurrió que se había enamorado de ella. Es más, antes dudaba de que alguna vez eso le pudiera suceder a él, que tenía predilección por los negocios por sobre las personas.

De joven fue siempre un hombre seguro de sí mismo, hábil en las negociaciones y dotado del don de la palabra, lo que le abrió muchas puertas, sobre todo en el mundo laboral, en el cual se desenvolvía como pez en el agua. Además, portaba encima una arrogancia natural que inspiraba respeto, y que le concedía cierto aire de majestuosidad y atractivo. El matrimonio con Amira se había limitado a una buena transacción de negocios. Abdul Hassan era un importante comerciante, y la unión de las dos familias, por medio de sus nupcias, solo favorecieron el auge de ambas empresas.

En un comienzo, Amira solo era una mujer bonita, que aunque demasiado joven e inexperta, cumplía con los requisitos que él esperaba de una esposa. La brecha de edad entre ellos era inmensa, y de algún modo, eso lo obligó a mantener las distancias por un buen período de tiempo. Pero cuando descubrió que ella ya no era virgen, y que, además, estaba embarazada de otro, su mundo perfecto se le había caído encima como losa de cemento, haciéndolo sentir vulnerable y despreciado en su condición de hombre; y como jamás en su vida, José perdió el control. Incluso estuvo a punto de golpearla, asqueado de la situación.

La repudió en secreto, ya que no estaba dispuesto a que tamaña ofensa saliera a la luz. Nunca se sintió más ultrajado que en aquel momento, y no soportó la idea de hacer a ese niño, que no era suyo, partícipe de sus vidas. Sería siempre un recordatorio del agravio de su mujer hacia su persona.

Con estas ideas en mente, y luchando por no desmoronarse por dentro, optó por darlo en adopción, convencido que con esta acción su vida retornaría al equilibrio que lo solía gobernar. Estaba determinado a que Amira se sometiera a su voluntad, castigándola por su falta. Sin embargo, a pesar de que se la llevó lejos para ocultar su embarazo —del cual ni siquiera su hermana Catalina estaba informada—, y de preocuparse de buscarle un buen hogar al niño, las cosas no salieron como esperaba. Durante esos meses evitó mirar a su mujer, siempre con intención de hacerla sentir culpable de sus acciones. Después de que el niño nació, su vida recuperó el control cuando por fin se lo quitó de encima. Pero no contaba con lo que se le vino por delante. Amira Hassan se abandonó a su suerte hasta casi perecer, y por primera vez en su vida, José sintió los remordimientos de una conciencia dormida por demasiado tiempo, porque aquel horrible dolor se lo había ocasionado él, de una manera inmisericorde.

Poco a poco comenzó a cuidarla y a dirigirle la palabra, sin la hostilidad que con frecuencia lo solía acompañar. Amira sufría lo indecible, y a pesar de eso, ella permanecía a su lado, paciente, obediente y resignada. Y, al contrario de lo que podía pensar, aquello no le gustó.

Dos años después ya no podía vivir sin ella. La observaba a lo lejos cuando no se percataba; buscaba momentos de intimidad para disfrutar de su cercanía, e iniciaba algún tema de conversación, a sabiendas de que Amira solo se limitaría a responderle con unas pocas palabras. José se maravilló de la hermosa mujer en que se había convertido su esposa durante ese tiempo. Una belleza que se estaba consumiendo en una permanente melancolía, y que él ansiaba arrancar.

Sentado en su despacho y bebiendo un vaso de *whisky*, José se situó en el presente, decidido a pedirle a su mujer que lo acompañara a la cena del Club Sirio. Casi nunca asistía con él, porque las relaciones de Amira con su padre llevaban tiempo irremediablemente rotas, al igual que con su hermano Omar. La muerte de Salma había marcado un antes y un después en la familia Hassan Yasin.

Dejó el vaso en el escritorio, y se puso de pie con dificultad. Llevaba un buen tiempo teniendo fuertes dolores de espalda, los que ahora estaban afectándole incluso la sensibilidad de sus piernas, de una manera que comenzaba a preocuparle. Luego subió hasta el segundo piso, notando su frente perlarse de sudor, a causa del dolor.

José golpeó tres veces la puerta del dormitorio de Amira, antes de entrar. Ella se encontraba doblando la ropa que Rania había cogido de su cómoda para jugar.

—¿Tienes un minuto? —le preguntó, incapaz de no sentir aquella opresión en el pecho, que cada día parecía volverse más fuerte cuando estaba junto a ella.

—Adelante —le indicó destinándole una mirada de soslayo.

Amira se giró hacia él, esperando escuchar lo que tenía que decirle. José, que ya se había recuperado un poco del malestar, se sintió tentado a acercarse a ella y a besarla. Llevaba tanto tiempo sin hacerlo que le dolía. Ella estaba en la cima de la juventud, mientras que él, reflexionó con pesar, ya iba en picada hacia un destino irremediablemente seguro; la vejez. Esta se aproximaba a pasos agigantados y despiadados sobre su maltrecho cuerpo, que ya mostraba vestigios de una edad más avanzada.

Caminó hacia Amira y le acarició el rostro con suavidad. Ella retrocedió al instante, lo que lo hizo sentirse avergonzado por su rechazo. Se recriminó por su insistencia y tozudez.

—Amira, mañana tengo una importante cena en el Club Sirio, y quiero pedirte que esta vez me acompañes. —Como ella no le dijo nada, José agregó—: Tu padre y tu hermano no se encuentran en la ciudad, por lo que no asistirán.

—Está bien —respondió con un leve gesto de cabeza.

Luego de eso, ella retomó la tarea de la ropa, y José se vio obligado a suspirar, frustrado. Amira lo había convertido en una patética versión de sí mismo. «¿Sería acaso aquello un castigo de Dios por su pecado?», consiguió preguntarse mientras la observaba ignorarlo.

—Nunca me lo vas a perdonar, ¿cierto? —se atrevió a decir por primera vez en diez años, sin el mayor rastro de reproche en sus palabras. Su voz tenía un dejo de tristeza, o quizás de culpabilidad, que a ella la hizo detenerse y abrir grande la boca, debido a la sorpresa—. Nunca me perdonarás lo del niño.

Los ojos de Amira centellaron peligrosamente, inundados de un dolor que permanecía vivo en ella, y que amenazaba con desbordarse. José se preparó para lo peor.

—¿Quieres a tu hija, José? —preguntó ella con una voz inquietantemente tranquila.

—Sabes que sí. La adoro.

—¿Cómo te sentirías si yo te la arrancara de los brazos y se la entregara a otra familia, para mantenerla lejos de ti?

—Amira... —quiso decir algo, pero ella lo detuvo con la mano en alto.

Su esposa jamás se le había enfrentado ni subido la voz. Pero supo en aquel instante que ya nada sería igual. Ella llevaba años acumulando el desprecio que le causaba su persona por lo que le hizo. Ahora tenía certeza, mirando la tormenta en sus ojos, de que jamás conseguiría su perdón. Se preguntó en qué momento se habían volteado los papeles.

—¿Qué sentirías en tu corazón si no la vieras dar sus primeros pasos, o no la escucharas decirte papá con su voz infantil? —continuó diciendo cada vez con más rabia—. Me gustaría

saber qué sentirías si ella ni siquiera supiera quién eres.

—Dolor. Sentiría mucho dolor —reconoció con la voz rota—. Amira, yo me equivoqué, pero tú también tienes que entenderme.

—¿Entenderte?! —gritó con fuerza, dejando escapar las lágrimas. Sus manos empuñadas colgaban rígidas a los costados de su cuerpo. Aquel arrebató inesperado por su parte lo hizo retroceder dos pasos—. ¡Me has quitado a mi hijo cuando te supliqué que no lo hicieras! ¡Lo has apartado de mi lado, impidiéndome con ello formar parte de su vida! ¡Me has roto en mil pedazos, José, y ni siquiera consigo comprender por qué permanezco todavía contigo! —Se dejó caer al suelo, abandonada a un llanto desgarrador.

¿Qué podía decirle, si tenía razón? Su egoísmo y la frialdad con que tomaba decisiones, tarde o temprano, le pasarían la cuenta. Ahora no conseguía redimirse ante ella, porque su pecado era demasiado grande como para siquiera perdonarse a sí mismo. Estaba cegado y se dejó conducir por la ira del momento, pero ahora que era padre, que estaba viejo, medio enfermo y se sentía solo, por fin había abierto los ojos.

Quiso agacharse y rogar su perdón, pero ese pequeño movimiento le ocasionó un dolor insoportable en la espalda. Además, Amira no se dejaría tocar por él. Así que optó por abandonar la habitación. Susurró un «lo siento» antes de salir, a sabiendas de que, quizás, ella no lo escucharía. Se lo dijo más para sí mismo, porque de Amira jamás conseguiría otra cosa que no fuese su desprecio, aunque en apariencia ella se comportara como dictaba el decoro y las buenas formas.

Nunca, desde que se casó con José Aziz, le había hablado de aquel modo. Llevaba años limitándose a relacionarse con él lo justo y necesario, con el respeto que le debía por ser su mujer. Odiaba lo que le había hecho, pero ese sentimiento no se extendía en plenitud hacia su persona. Si bien, su indiferencia ante la pérdida del niño por poco la mata del dolor, descubrió con el tiempo que no era un mal hombre, y que actuaba según sus convicciones, motivado por su orgullo. Era la primera vez desde que le arrancaron a su hijo de los brazos, que José le pedía perdón. Pero ella no podía hacerlo. Tampoco podía odiarlo, porque era un buen padre. Rania era el sol de su vida, y para la niña, José lo era todo. Amira pensaba, cuando los veía interactuar, que le hubiese gustado que el suyo la hubiese tratado así alguna vez. No tenía ni un solo recuerdo de Abdul Hassan sonriéndole o tomándola en brazos. Ninguno. José no era un mal hombre, pero había obrado de manera incorrecta con ella, motivado por su afectación de macho herido. Ahora sabía con certeza que las acciones del pasado le pesaban sobre sus hombros. Se preguntó si lo perdonaría alguna vez; y la respuesta siempre era la misma: Jamás. Tampoco sentía ningún temor hacia él. Eso era historia, porque, ¿qué podía ser peor que le quitaran a su hijo? Nada.

Abrió la cómoda y sacó desde la parte más alta del armario su caja metálica. Ansiaba acariciar la única fotografía que tenía con Gaspar, aunque este, en ella, todavía permanecía dentro de su vientre. La sostuvo un par de segundos entre sus manos y se percató de que tenía una sonrisa tonta en los labios. El recuerdo del balón golpeando su frente, y los ojos de su hijo observándola con genuina preocupación, fue suficiente motivación para reservar aquel instante como un episodio significativo de su vida. Volvió a guardar su tesoro en aquella caja, y luego la devolvió a su lugar. Después abandonó la habitación; quería estar con su hija.

Catalina Aziz apenas la miró cuando entró en la estancia. A pesar de que Amira nunca logró congeniar del todo con la mujer, sintió cierta empatía hacia ella. Estaba preocupada por algo. La rigidez de sus facciones y el movimiento activo de sus manos se lo confirmaron.

Amira se acercó al sofá ubicado cerca de la ventana, donde solía bordar el punto de cruz, y se sentó a observar a su hija Rania, quien jugaba en el jardín junto a Rosario. El carraspeo de Catalina la devolvió al presente. Se giró y notó que intentaba decirle algo, pero se contenía.

—¿Qué tienes? —quiso saber Amira, mirándola de soslayo.

—Nada, solo estoy preocupada por José —admitió a regañadientes—. Algo malo le pasa. Lleva tiempo cojeando y quejándose de dolor de espalda.

Amira llevaba semanas observando lo mismo. José caminaba con cierta dificultad y sus movimientos se habían vuelto cautelosos. En dos ocasiones lo vio hacer una mueca de dolor al cargar a Rania en brazos. No compartían habitación, por lo que no sabía si pasaba bien las noches, pero tampoco creyó importante darle más vueltas al asunto.

—Seguro que no es nada —comentó para tranquilizarla. Luego cogió su bordado y se centró en dar puntadas expertas en el paño—. Debe ser algún lumbago o algo así.

El salón estaba inundado de luces y de personas elegantemente vestidas. A pesar de estar acostumbrado a moverse en un ambiente así, Kamal nunca dejaba de añorar la simpleza de su vida anterior. Extrañaba aquellos días en que se limitaba a subir al cerro y observaba las luces de la ciudad mientras esta dormía, ajena a sus cavilaciones, jugando a imaginar la vida feliz dentro de aquellos hogares que visualizaba a la distancia. Ahora las cosas le iban muy bien, y ya no carecía de nada. Era un importante hombre de negocios que, además, se había ganado el respeto de mucha gente, entre ellas, la del padre de Amira. Una verdadera ironía del destino, pensó por aquel entonces. Tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no faltarle el respeto a Abdul Hassan cuando se topó de frente con él hacía algunos años atrás, en aquel mismo lugar. Cuánto detestaba a aquel sujeto que un día le cerró la puerta en la cara, menospreciándolo por sus orígenes humildes, y que lo condenó a una vida sin el amor de la que iba a ser su mujer.

Kamal tomó una de las copas de vino que le ofrecía el garzón, y le dio un sorbo mientras daba un repaso rápido al salón, tanteando a la gente. La música sonaba suave y amena, generando un ambiente distendido y propicio para la conversación. Estos eventos sociales tenían no solo como objetivo mantener viva las costumbres de las tierras de sus antepasados, sino que también eran una buena plataforma para emprender nuevos negocios y conocer gente importante.

—Aquí estás —lo distrajo Juan, su amigo y socio de Sewell. Luego este ejecutó un silbido de incredulidad—. Esto sí que es elegante, Sombra.

—Lo es. ¿Has visto a mi padre?

—No. Solo he visto a mujeres bonitas que me hacen pensar en atardeceres.

Kamal sonrió y luego continuó mirando todo a su alrededor, con la precisión de un águila al acecho. Se había vestido con sus mejores prendas, por si aparecía Abdul Hassan o su hijo Omar, otro sujeto desagradable y frío como su padre. De alguna manera, el utilizar ropas elegantes le otorgaban cierta confianza ante tipos como aquellos, codiciosos del poder. Sabía que se veía pulcro y distinguido, y que tenía buen ver. Incluso algunas de las mujeres le daban un repaso visual con curiosidad mal disimulada.

Dio otro sorbo a su copa y entonces el mundo se detuvo a su alrededor. Ya no escuchaba la música sonando, ni tampoco las palabras de su amigo que se habían vuelto incomprensibles ante sus oídos. Sus sentidos se agudizaron; el corazón le golpeó el pecho con su galope desaforado, incontrolable, caótico; y sus ojos verdes se clavaron en los de ella, que palidecía en medio de una conmoción que apenas consiguió disimular al verlo allí. En su boca percibió el movimiento de una sola palabra: «Kamal». Luego de eso, Amira se desmayó.

Capítulo 22

Cuando Amira volvió en sí, se encontró con la mirada aguda de Kamal sobre su rostro. La llevaba cargando entre sus brazos, y luego la depositó en un sofá. Por un momento fue incapaz de pensar con coherencia. Poco a poco fue hilando los acontecimientos hasta darse cuenta de que, minutos atrás, ella ingresaba al salón, cogida del brazo de su marido. José permanecía de pie, observándola con el rostro adusto.

Alguien se acercó con un paño que contenía unos cuantos hielos dentro, y Kamal se lo puso cuidadosamente sobre la frente. Él estaba arrodillado a su lado. Fue cuando se percató de que se había golpeado la cabeza al caer. Le dolía, pero no tanto a como le escocía estar junto a él y no poder abrazarlo, besarlo y decirle cuánto lo había extrañado durante todos esos años.

—Amira, ¿te sientes mejor? —preguntó José con preocupación. Si bien su rostro permanecía inexpresivo, el timbre de su voz denotaba una gran inquietud—. No he alcanzado a cogerte y te diste un buen golpe en la cabeza.

Amira lo miró con turbación, aún envuelta en una bruma espesa que le impedía pensar, pero que tuvo que esforzarse por hacer a un lado para poder hablar. El corazón le latía rápido; y Kamal, todavía en silencio y claramente preocupado, no dejaba de mover el hielo con exquisita suavidad sobre su frente.

—Me encuentro mejor, gracias.

—Bueno, Kamal —comentó José con intención de relajar el ambiente—. Me hubiese gustado presentarte a mi esposa en otras circunstancias, pero como ves, algunos momentos de la vida son impredecibles.

—Amira —pronunció Kamal su nombre con suavidad, como saboreándolo.

—¿Se conocen? —preguntó extrañado José.

Amira se tensó ante aquel comentario de su marido, y le dedicó un ruego silencioso a Kamal con la mirada.

—Claro. La hija de Abdul Hassan —contestó como si fuera obvio—. No existe comerciante en Patronato que no reconozca a esta familia. Recuerdo que también tenías dos hermanos. —Sacudió la cabeza, como haciendo memoria. Luego la miró con esos ojos que conocía tan bien, y que no conseguían ocultarle sus emociones. Él estaba tan afectado como ella por encontrarse allí—. Creo que te vendría bien un poco de aire, Amira. Aquí dentro está caluroso.

Amira aún no conseguía pensar con claridad. Algo le pasaba a su marido, porque se movió despacio, y al hacerlo ejecutó una especie de quejido, acusado por alguna molestia.

—Siento no poder llevarte fuera, Amira —se disculpó José, intentando ocultar la vergüenza que sentía por su debilidad—, pero cuando caíste, hice intentos por sostenerte y me ha dado un fuerte tirón en la espalda. Creo que necesito sentarme.

Recién entonces observó que este sudaba copiosamente, quizás a causa de un malestar mayor que, a todas luces, intentaba ocultar.

—No es necesario que me acompañes —consiguió decir Amira cuando pudo articular palabras—. Ya me siento algo mejor. Gracias.

—Si me lo permites, José, yo la llevaré fuera un momento —se ofreció Kamal.

—Te lo agradecería enormemente.

Amira se avergonzó de ser el centro de atención de un gran número de personas. Con una

sonrisa tranquilizadora se incorporó despacio mientras Kamal la sostenía por el brazo con fuerza. El calor de su mano dejaba una huella imborrable en su piel. José aprovechó de sentarse en el mismo sillón en que había estado ella, y se limpió la frente con un pañuelo que sacó de su bolsillo. Recién entonces Amira vio al hombre que acompañaba a Kamal. También parecía preocupado por ella, o quizás por él. No lo tenía claro aún.

—¿Necesitas algo, Sombra? Puedo pedir unas bebidas, o algún jugo.

—Jugo, Juan. Gracias —sugirió con amabilidad a su amigo. Amira se preguntó por qué lo llamaba Sombra y no por su nombre—. Estaremos en la terraza.

Caminaron cogidos del brazo, sumidos en un silencio turbulento. Amira estaba segura de que Kamal se sentía tan perturbado como ella, y ansió poder alejarse pronto de las miradas curiosas para poder por fin disfrutar de su compañía, aunque fuese por unos breves minutos. No pudo evitar pensar que tal vez él ya la había olvidado, y que, quizás, amaría a otra mujer. Ese pensamiento le produjo un agudo dolor en el pecho. Si tan solo las cosas hubiesen sido de otro modo para ellos.

—Toma asiento, Amira —le indicó con aquella voz que recordaba tan bien, aunque parecía más ronca que por aquel entonces.

Era evidente que ahora estaba frente a un hombre en el mejor momento de su vida. Llevaba el pelo bien peinado, aunque algunas ondas amenazaban con abandonar su sitio; una barba mucho más tupida y gruesa, pero perfectamente recortada, casi a ras de piel; y su cuerpo parecía más desarrollado, provisto de una musculatura firme y de mayor calibre. Atrás había quedado ese aspecto juvenil, propio de la adolescencia.

—Kamal —susurró conteniendo apenas las lágrimas—. No esperaba volver a verte. ¿Cómo estás?

La pregunta se mantuvo flotando en el aire, porque Juan se les acercó con dos vasos de jugo, que dejó en silencio sobre la banqueta. Luego desapareció. A Amira no le pasó inadvertida la mirada cómplice que le destinó a Kamal antes de marcharse.

—Estoy bien. Han pasado muchas cosas desde que nos vimos por última vez. ¿Y tú? —No supo si fue la mirada que le dedicó, o que las emociones fueron incapaces de permanecer dentro de ella, pero Amira se echó a llorar, dejando salir todo lo que por años se guardó—. No llores, por favor. A mí también me ha impresionado verte —le confesó mientras le tendía un pañuelo.

Ansiaba que él la abrazara, pero aquel sitio no era el más adecuado para poder conversar. Además, su marido estaba a pocos metros de distancia. Tendría que conformarse con eso.

Cogió el pañuelo y se obligó a tomar inspiraciones profundas, buscando tranquilizarse.

—Me hiciste tanta falta, Kamal. No sabes cuánto te necesité —se sinceró con él, porque no tenía sentido ocultarle sus sentimientos.

—Y tú a mí. —Se hizo un silencio incómodo mientras las miradas de ambos se anclaban como movidas por una fuerza antinatural. Él también estaba intranquilo, y luchaba por contener sus emociones—. Me enteré de que tienes una niña.

—Rania —dijo asintiendo y dejando entrever una pequeña sonrisa—. Ella es mi vida.

—¿Y tu marido?

Kamal tampoco pudo ocultar el dolor que le ocasionaba indagar sobre la relación que tenía con José.

—Nunca lo he amado, Kamal. Soy prisionera de una vida que no pedí. Tú has sido siempre el dueño de mi corazón.

De pronto Kamal la sujetó de la mano y se internó en la oscuridad de los jardines del

recinto, con ella a rastras, buscando mayor intimidad. A duras penas consiguió seguir su ritmo, porque estaba calzada con unos tacones que le dificultaban la marcha. Se alejaron lo suficiente como para evitar ser vistos. Kamal se detuvo de golpe, la apoyó contra una muralla, y le tomó el rostro con ambas manos, con fuerza, pero sin llegar a lastimarla.

—Lo siento, pero tengo que hacerlo —confesó con voz temblorosa, antes de abalanzarse sobre su boca como si no existiera un mañana.

Amira se aferró a su cuerpo, sorprendida y agradecida en partes iguales por aquel ataque de sus labios, que la marcaban a fuego, y que la hicieron estremecer de tanto amor. Él se internó en su boca sin solicitar su permiso, y ella le correspondió de la misma manera, porque era lo que más deseaba en la vida. Su amor por él no había hecho más que aumentar en aquellos años, y se sentía presa de un deseo que se mantuvo dormido por demasiado tiempo.

Se besaron como necesitados de sentirse, de amarse. En aquel momento desprovisto de palabras, solo existía anhelo, pasión y un amor que permanecía vivo dentro de sus corazones. Amira se sujetó de su cuello; Kamal se pegó a ella y la acercó a su cuerpo desde las caderas, en un arrebato de auténtica necesidad carnal. Sus bocas se mecían en perfecta coordinación, reconociéndose como sus respectivos dueños. Se pertenecían. Ni el tiempo ni las circunstancias podían cambiar eso.

Kamal se separó de su boca a regañadientes y con la respiración acelerada. A pesar de la oscuridad, ella conseguía verle la cara gracias al reflejo de la luna. Con las frentes juntas y con una de sus manos sujetándole el rostro, Amira se sintió en el cielo. Por fin su vida tenía un resquicio de luz, y no las constantes sombras que la solían acompañar. Deseó que aquel momento fuese eterno.

—No sabes cuánto te he extrañado, mi amor —le dijo él mientras regaba una serie de besos en sus mejillas, que estaban humedecidas por las lágrimas—. Ni siquiera te lo puedes imaginar.

—Y yo a ti. Te sigo amando, Kamal —le susurró mientras su dedo le acariciaba los labios, asegurándose con eso de que él era real. Fue un gesto muy íntimo. Él se estremeció—. No sabes cuánto he soñado con este momento.

—Yo también te amo, Amira. Nunca he dejado de hacerlo —afirmó antes de apoderarse de su boca en un beso casi primitivo, insaciable, sentido en lo más hondo de su ser.

El corazón de Amira palpitaba alegre dentro de su pecho. Este llevaba años sin latir de verdad. Ni siquiera se sintió mal por lo que estaba haciendo con él, porque su matrimonio con José fue una desdichada circunstancia que no pudo evitar. Kamal era el dueño de su alma, y ansiaba que, esta vez, pudieran permanecer juntos para siempre, aunque fuese a escondidas.

Al día siguiente se encontraron en la misma iglesia donde solían reunirse cuando compartían sueños de juventud. Apenas se tocaron para no exponerse ante miradas indiscretas, aunque el deseo de hacerlo era evidente en ambos. Kamal la condujo hasta su vehículo y la llevó a su casa. Mientras ella observaba todo a su alrededor, él no le quitaba los ojos de encima. Quería asimilar cada gesto de su rostro, escuchar cada una de sus palabras y sentir sus manos por toda su piel. Ni los años ni la distancia consiguieron apagar el fuego de una pasión que permaneció por mucho tiempo oculta.

—Tu casa es preciosa —dijo ella mirándolo con evidente orgullo.

—No tanto como tú —aseguró cerrando la puerta tras de sí, y besándola como llevaba rato queriendo hacer. Luego la tomó de la mano, acarició la muñeca con sus labios, y la condujo

hasta su dormitorio.

—Estoy nerviosa —reconoció con una sonrisa tímida—. Mi cuerpo ha cambiado.

Kamal dio dos pasos hacia ella y le tocó el pelo con suavidad. El ambiente de la habitación se cargó de una creciente tensión sexual.

—Eres perfecta, mi bella Amira. —La besó con suavidad primero, disfrutando de ella y del momento. Luego hizo al lado el tirante de su vestido, dejando descubierto uno de sus hombros. Después lo acarició con los labios—. Quiero hacerte el amor.

Se desnudaron entre caricias y susurros, y se contemplaron con adoración. Kamal la condujo hasta la cama y con uno de sus dedos acarició la cicatriz de su abdomen. Ella hizo intentos por cubrirse con las manos.

—Tuve complicaciones en el parto y me quitaron el útero —balbuceó a modo de explicación—. Estuve a punto de morir desangrada.

Le tomó las manos y se las hizo a un lado. Luego se arrodilló y besó con veneración su cicatriz. Cada caricia y cada roce de su boca contra su piel lo hicieron sentir más vivo que nunca.

—Eres preciosa —le susurró dejando un reguero de besos por todo su cuerpo hasta llegar a su boca.

Notó su cuerpo relajarse y abandonarse al placer. Se amaron como jamás lo habían hecho antes. Con caricias atentas, con sonrisas y lágrimas repletas de emoción. Con una pasión desbordante que los llevó a la cumbre de un placer ya olvidado en el tiempo, y que se hacía presente con fuerza, como encontrando el hogar.

—Te amo, Amira —le dijo besando su frente y pegándola contra su cuerpo, una vez recuperaron la calma y descendieron del cielo.

—Hace tanto que ansiaba escuchar eso de tus labios —le confesó acariciando con la mano su pecho desnudo—. Me quedaría para siempre entre tus brazos.

Mientras Kamal le rozaba la espalda con los dedos, fijó la vista hacia el techo de la habitación, pensativo.

—Vente conmigo. Deja a tu marido y quédate aquí para siempre.

—Es lo que más me gustaría en el mundo, Kamal, pero no puedo hacerlo. Tengo una hija y necesita a su padre —dijo incorporándose y buscando sus ojos.

—Tráela contigo. No me importa que sea de otro. La querré como si fuese mía.

—No puedo hacer eso, Kamal —pronunció algo escandalizada—. Tienes que comprenderme.

Se deshizo del abrazo y se sentó en la cama, molesto. Los ojos de Amira reflejaban una gran aflicción que él no podía entender. Le había dejado claro que no sentía nada por su marido.

—¡Eres mi mujer, Amira! —sentenció elevando la voz, movido por la ira—. No quiero pasar un día más sin ti a mi lado. ¿Acaso no deseas lo mismo?

—Sí, sí quiero lo mismo. ¡Te amo y lo sabes! —le gritó entre lágrimas—. Pero no puedes pedirme que le arrebaté a mi hija la oportunidad de estar con su padre. Eso no está bien. ¡Tú no entiendes!

Amira se llevó ambas manos a la cara, y comenzó a llorar. Verla así, tan frágil, y desmoronándose por su culpa, lo hicieron sentir miserable.

La abrazó con fuerza y dejó que sacara toda su tristeza, porque era evidente que cargaba con una melancolía monumental, al igual que él. Ansiaba hacerla feliz, y la necesitaba más que el aire que respiraba. Se obligó a serenarse, inhalando profundamente.

—Lo siento —se disculpó con pesar—. No debí gritarte. Perdóname mi amor. —Los brazos de Amira se aferraron con fuerza sobre su cintura—. Es que no soporto que otro te toque.

Todos estos años han sido una agonía, tan solo de pensar en ello, siento que voy a perder la cordura.

—Pero ¡yo no tengo intimidad con José! No dejo que se me acerque —le reveló a sabiendas de que el tema era difícil de tratar. Ella notaba cuánto le dolían aquellas palabras—. Fueron muy pocas las ocasiones en que ocurrió, y lo permití porque ya nada me importaba; ni siquiera ansiaba vivir.

La miró a los ojos y vio en ellos su dolor. También la verdad. El silencio fue roto por el jadeo de sus bocas al besarse otra vez. Incapaces de separarse, y ansiosos por recuperar el tiempo perdido, volvieron a amarse y a entregarse en cuerpo y alma. Kamal pensó que si para estar con ella debía hacerlo a escondidas, entonces así sería; porque ahora que se habían encontrado y acariciado, era incapaz de mantenerla apartada de sí.

Capítulo 23

Amira ingresó a su casa con el rostro cubierto por un velo negro. Su atuendo dominical no solía ser muy llamativo ni alegre, pero por dentro, la dicha no le cabía en sí. En muchísimo tiempo no se había sentido tan alborozada. Llevaba dos semanas viéndose a escondidas con Kamal, y a duras penas conseguía mantener oculta la felicidad que reinaba en ella. Su cuñada parecía sospechar que algo ocurría, porque la miraba de una manera extraña, y su hostilidad hacia su persona había regresado, importándole bien poco las consecuencias que estas le podrían ocasionar con su hermano.

—¿Se puede saber dónde estabas? —la increpó Catalina, apenas cruzó la puerta de entrada.

Amira se echó el velo hacia atrás y la miró, sorprendida. Su cuñada estaba molesta, y bastante más alterada de lo normal.

—Fui a misa. ¿Rania está bien? —preguntó con el ceño fruncido.

—Mi sobrina está bien. Es mi hermano el que no lo está —le informó de mala manera—. ¿Se puede saber por qué te tardaste tanto en llegar?

—Mira, Catalina —le advirtió mientras se acercaba a ella—. No he tenido que rendir cuentas de lo que hago o dejo de hacer desde que era una niña. Así que, entiende esto; no tengo por qué darte explicaciones. Tampoco te las pido yo a ti cuando sales por las noches los días viernes, sin que tu hermano se dé cuenta.

El rostro de su cuñada enrojeció con el comentario de Amira, lo que a ella le causó satisfacción. Catalina seguía siendo una mujer insufrible.

—Tú eres una mujer casada —le reprochó recuperando el dominio de sí.

—Sí, y he estado junto a tu hermano, a pesar de las circunstancias que me obligaron a convertirme en su mujer. —Se hizo un silencio incómodo entre ellas que Amira rompió, luego de exhalar un suspiro de frustración—. ¿Pasa algo que necesitabas que llegara antes a casa?

—Es José. No se encuentra bien —se explicó su cuñada, dejando a un lado su actitud hostil—. Hoy no ha podido salir de la cama.

—Llamaré al doctor Vergara.

—Ya he mandado a buscarlo, y debería estar por llegar. Esto es más serio de lo que pensaba —reconoció la mujer con pesar—. Será mejor que vayas a verlo.

Catalina se giró y apresuró el paso hacia la cocina, en un intento de ocultar de ella sus lágrimas. Amira frunció el ceño y subió hasta el dormitorio de José. Golpeó la puerta y esperó a que este le permitiera ingresar. Como no escuchó nada, entró con sigilo por si dormía. Su marido tenía los ojos cerrados y el rostro contraído por el dolor. Estaba recostado de espaldas, levemente girado hacia ella. Lo observó muy desmejorado, como si todos los años se le hubiesen venido encima de golpe.

—¿Qué tienes, José? —quiso saber Amira.

—Es mi espalda —pronunció apenas, porque le estaba costando mucho hablar—. Me duele, y casi no puedo mover las piernas.

Incapaz de no sentir preocupación hacia él, se acercó y le tocó la frente, comprobando si tenía fiebre, pero su piel estaba fría y sudorosa.

—Tu hermana ya ha llamado al doctor. ¿Necesitas algo?

José no alcanzó a responderle, porque Catalina entró en la habitación, anunciando la llegada del médico. El doctor Vergara se hizo cargo de inmediato de la situación, y lo examinó durante mucho tiempo, siempre manteniendo el gesto adusto.

—¿Sientes esto, José? —le preguntó mientras con un objeto puntiagudo le pinchaba el pie.

—No. Tengo adormecidas las piernas. Casi no puedo moverlas.

El doctor finalizó el reconocimiento, y recomendó realizarle unos análisis lo antes posible. Por lo que Amira pudo deducir, el problema que afectaba a su marido era peor de lo que imaginaba.

Un mes después, José ya no podía caminar. La sensibilidad de sus piernas era nula, y el diagnóstico, aterrador. Tenía un tumor inoperable en la columna, y no había nada que se pudiera hacer al respecto. La vida del comerciante arrogante y seguro de sí mismo que alguna vez fue, pensó Amira, ya no existía. Ahora se desplazaba en silla de ruedas, y lo acompañaba un semblante frío y melancólico, fruto de una profunda depresión. Ni siquiera la presencia de su hija Rania conseguía sonsacarle una sonrisa.

Una tarde de sábado, cuando el calor de diciembre se dejaba caer despiadado sobre los habitantes de la ciudad de Santiago, Amira tomó una decisión que llevaba meses postergando. Había decidido confiarle a Kamal su mayor secreto, porque él merecía saber la verdad. Tenía miedo de su reacción, o de lo que pudiera pensar de ella, pero no le parecía justo que viviera en la ignorancia sobre la existencia de su hijo.

Amira se sentó en la banca de siempre a esperar a Kamal, y se deleitó observando a Gaspar, rodeado de muchos niños. Aquel día era el cumpleaños de su hijo, y también el de ella.

Apenas Gaspar la vio allí, se le acercó y la saludó con una sonrisa que a ella la conmovió en lo más profundo.

—Hola, Gaspar —lo saludó Amira alegremente—. Parece que hoy te acompañan muchos amigos.

—Sí, señora. Es mi cumpleaños. Hoy cumpla diez —le contestó complacido.

Amira sacó de su bolso un paquetito pequeño y se lo entregó.

—Entonces esto es para ti. Ábrelo —le sugirió ella y el niño obedeció.

Dentro contenía una brújula de color verde oscuro, que cuando Gaspar la vio, se le iluminaron los ojos de contentos.

—¡Muchas gracias! Este es el mejor regalo que he recibido en mi vida —le dijo mientras la abrazaba y depositaba un suave beso en su mejilla.

Amira tuvo que hacer un esfuerzo enorme por no echarse a llorar frente a él, sin embargo, no pudo evitar que sus ojos se anegaran por las lágrimas. Por primera vez desde que nació, pudo sentir a su hijo entre sus brazos.

—Pues el hecho de saber que te ha gustado tanto es el mejor regalo que tú me has podido dar a mí. Yo también estoy de cumpleaños hoy.

—¿De verdad?

—Sí.

La madre de Gaspar se acercó a ellos y la saludó con la cabeza.

—¿Todo bien? —preguntó deteniéndose a su lado.

—Mamá, la señora Amira está de cumpleaños hoy, igual que yo —le comentó desbordado por una emoción infantil que no podía contener—. Y mira el regalo que me ha dado.

¡Es una brújula!

—Muchas gracias, pero no tenía por qué hacerlo —le aseguró la mujer algo avergonzada.

—Claro que sí. Su hijo se lo merece. Además, cuando sienta que está perdido, podrá regresar con ella a casa.

—Gracias otra vez.

Cuando se alejaron de ella, Amira pudo por fin dejar caer las lágrimas que llevaba rato conteniendo. La madre de Gaspar era una buena mujer, y agradeció que le diera una vida tan bonita a su hijo. El niño nunca la había abrazado antes, y ese sencillo gesto por su parte se convirtió en otro de esos momentos que ella guardaría como un tesoro en su corazón.

Una mano firme en el hombro la sobresaltó. Se giró y se encontró con la mirada preocupada de Kamal.

—¿Qué tienes, mi amor? ¿Pasa algo? —Se sentó a su lado y le tomó el rostro para mirarla a los ojos.

Incapaz de decir palabras, Amira asintió con un movimiento de cabeza. Luego de unos segundos, dijo:

—Hay algo que debo confesarte. Es un asunto que nos compete a los dos.

—Pareciera que me vas a dar una noticia terrible —le dijo en tono jocoso con intención de relajar el ambiente. En vista de que ella no se rio, se puso serio otra vez—. ¿Tan grave es?

—Sí. Te lo voy a contar todo. Solo te pido que me escuches con atención.

—Está bien. Dime qué es lo que te atormenta, cariño.

Había llegado la hora de decirle toda la verdad. Tomó una inspiración profunda, con el fin de mantener la calma.

—Pocos días después de mi matrimonio con José, me di cuenta de que esperaba un hijo tuyo. —Kamal abrió grandes los ojos al escucharla—. Solo Nora y Rosario se enteraron de eso. Nadie de mi familia supo nada de nada. Por eso me urgía encontrarte, para que pudiéramos escaparnos juntos. Yo estaba dispuesta a todo por ese hijo; a dejar a José y a formar una familia junto a ti. —El rostro de Kamal palidecía mientras la escuchaba hablar, pero, aunque tenía muchas preguntas escritas en su semblante, se mantuvo en silencio, esperando que continuara con la historia.

»No pudimos encontrarte. Era como si la tierra te hubiese tragado, y, lamentablemente, José se percató de mi estado cuando entró de improviso en mi cuarto. Casi se volvió loco por la humillación que sintió.

—¿Te golpeó? —preguntó con los dientes apretados por la furia.

—No, pero me amenazó con que no podía contárselo a nadie, y me llevó a vivir al sur. Él quería ocultar mi embarazo hasta que naciera el niño. Lo peor es que se negó a criarlo como suyo y lo dio en adopción.

Amira no aguantó más y se puso a llorar. Kamal la abrazó para consolarla, pero ella notaba todo su cuerpo en tensión. Después, elevó la mirada hacia él, y se percató de que sus mejillas estaban humedecidas por sus propias lágrimas.

—Ese maldito se deshizo de mi hijo —rugió sin soltarla y con la voz inundada de una ira visceral—. ¡Dónde está el niño! ¿Cómo pudo hacerte esto, Amira?

—Lo sé. Yo sufrí muchísimo, y José se dio cuenta tarde de su error —reconoció intentando apaciguar la ira de Kamal, porque estaba convencida de que quería matar a su marido—. Lleva un tiempo pidiendo, no, rogando mi perdón.

—Ese infeliz no se merece el perdón ni de Dios. Quitarle el hijo a su madre. ¿Qué clase de persona le hace algo así a otro? —bramó, todavía enfurecido.

—Lo sé. Es algo difícil de comprender. José cometió un error que jamás le perdonaré, y lo sabe. Lleva años intentando redimirse conmigo. Es un hombre atormentado por la culpa, y ahora que es padre, admite que lo que me hizo fue algo muy cruel.

—Maldito infeliz. Pues ahora tiene su castigo en vida. ¿Dónde está mi hijo? —exigió saber.

—Espera. Esto no ha finalizado, Kamal —le dijo tomándole el rostro con ambas manos, haciendo contacto visual con sus hermosos ojos verdes. En ellos leyó la tormenta interior con la que estaba lidiando. Decidió continuar con su relato—. Rosario siguió a la partera y descubrió la casa donde nuestro hijo fue acogido. Tiene unos padres que lo aman mucho. Llevo diez años viéndolo crecer a la distancia. Ha sido muy duro para mí, pero eso es mejor que no saber qué fue de él.

Kamal se puso de pie y se paseó de un lado a otro. Con una mano se desordenó el pelo, y con la otra se acarició la barbilla. Parecía gato enjaulado, y Amira se compadeció de él.

Se levantó y lo abrazó, obligándolo a sacar todas sus emociones fuera. Las risas de los niños se escuchaban lejanas, y el calor parecía no percibirse tampoco, pues su atención estaba puesta sobre él. Cuando ya no lo soportó más, Kamal se refugió en su cuello y se puso a llorar igual que un niño. Era un llanto agónico, desgarrador, que la hizo romperse a ella también. No supo cuánto tiempo permanecieron unidos en ese abrazo, porque hasta los segundos parecían carecer de sentido.

—¿Dónde está? —sollozó. Sus ojos parecían más verdes todavía, y estaban muy enrojecidos—. Quiero verlo.

—Ahí está nuestro hijo, Kamal, pero él no sabe nada. Se llama Gaspar.

El niño corría detrás de un balón mientras los demás hacían intentos por quitárselo con los pies. Amira supo que Kamal lo había reconocido, porque era una versión más pequeña de sí mismo. Los mismos ojos verdes, bordeados con unas pestañas tupidas y oscuras; el mismo tipo de cabello rebelde y ondulado, y la misma sonrisa pícara.

Kamal se abrazó a ella y clavó la mirada en su hijo, todavía conmocionado por la noticia.

—Gaspar —pronunció él en un susurro.

Luego el silencio se adueñó de ellos mientras contemplaban con verdadera adoración al niño, quien permanecía ajeno a la verdad.

Capítulo 24

Febrero de 2008, Viña del Mar

—¡Madre mía! —exclamé cuando la tía Nora nos contó sobre aquel día—. Ni siquiera me puedo imaginar la avalancha de emociones que sintió Kamal cuando mi abuela le reveló la verdad.

Miré a mi amada Estrella, quien se limpiaba una lágrima de su rostro con el dorso de la mano debido a la emoción. La comprendía bien, porque yo mismo estuve a punto de quebrarme con la historia.

—Fue tremendo. Eso le generó un montón de problemas con Amira también, porque cuando pudo madurar en su cabeza aquella información, Kamal se sintió impulsado a enfrentar a José. Si no fuese por ella, este lo habría matado a puñetazos.

—¿Lo golpeó?

—Sí. José estaba en desventaja, porque ya era inválido y no se podía defender. Fue Amira quien consiguió quitárselo de encima. Kamal estaba como un loco, desesperado y cegado por el odio y la angustia de verse privado de su hijo.

—Creo que yo también habría hecho lo mismo que Kamal —admití empatizando con él—. Ni siquiera soy capaz de dimensionar el daño que José le causó a ambos con esa decisión de arrebatarse el niño a mi abuela.

Me imaginaba la escena con claridad. Kamal llegando a la casa de los Aziz; luego entrando sin que el personal del servicio pudiera impedirlo; y por último, golpeando a José sin parar mientras mi abuela le rogaba entre lágrimas que lo soltara, porque, de lo contrario, lo iba a matar.

—Desde aquel día, Amira y Kamal se lo pasaron discutiendo. Para ella era muy difícil la situación, porque José era el padre de Rania, y la niña lo quería. A Kamal le costó mucho asumir que no se separara de él, después de todo lo que le había hecho.

—Pero continuaron juntos, ¿cierto?

—Sí. A escondidas y por muchos años. José fue empeorando muy lentamente, y Amira se quedó junto a él hasta el último momento. José murió cuando Rania tenía diez años. Amira no quiso seguir viviendo con su cuñada, y se compró una casa muy cerca de la de Kamal.

—¿Y por qué no se fue a vivir con él de una vez?

—No quería perjudicar a su hija. Irse a la casa de otro hombre recién enviudada era algo que no se dejaba pasar. Rania habría tenido una muerte social irreparable. Eran otros tiempos.

Miles de preguntas saturaban mi mente en aquellos momentos, pero necesitaba organizarlas para no desesperarme.

—Tía. ¿Mi madre y su hermano Gaspar se conocieron alguna vez?

—Claro que sí —respondió con una sonrisa—. Amira solía llevarla a jugar a la plaza donde iba Gaspar. Él era muy protector con ella, y la quería mucho, pero a medida que fue llegando a la adolescencia, comenzó a frecuentar cada vez menos ese lugar. —La tía Nora relataba los sucesos con una claridad mental sorprendente. No dejaba de fascinarme mientras hablaba—. Luego el joven se fue a estudiar para ser abogado, y se cambió de casa. Amira y

Kamal le perdieron la pista hasta muchos años después.

Los deseos por contarle a mamá lo que había descubierto me tenían emocionado. Era mejor volver a Santiago unos días y hablar con ella personalmente. Además, así también aprovecharía de ordenar las cosas en mi nueva casa, que todavía permanecían guardadas en cajas. No me había dado tiempo de dedicarme a ello.

La tía Nora se fue a ver su teleserie, y aproveché aquel momento en que me quedé a solas con Estrella para besarla e invitarla a venir conmigo a Santiago. Yo rogaba porque dijera que sí. Me había vuelto un adicto a su cercanía, a su olor y a sus besos. Ella de inmediato coordinó que una de sus primas se quedara unos días cuidando a la tía Nora, para poder acompañarme. Reconozco que yo estaba como en las nubes. Me pregunté si sería normal sentir tanto amor por alguien. De no ser así, la verdad es que poco me importaba, porque yo me consideraba feliz.

Pasamos por la casa de mi madre a buscar a Oriente, pero a ella no la vi. Luego nos dirigimos a la mía. Al menos estaba limpia, ya que una señora iba una vez por semana a ordenar y a hacer el aseo. Supe que mi perro también había sucumbido a los encantos de Estrella, porque a mí casi ni me prestó atención cuando me vio; en cambio a ella le movía la cola, contento, y buscaba echarse cerca de sus pies para que lo acariciara.

—Traidor —le dije señalándolo con un dedo acusador. Estrella sonreía divertida con la acusación—. Lo has hechizado como a mí.

Ella se levantó del sofá y me besó con dulzura. Tenía fuego en la mirada y supe de inmediato leer sus intenciones. Luego, sin decirme nada, me desnudó sin prisas y nos amamos con paciencia y con infinita ternura. Nos imaginé juntos toda la vida, con niños revoloteando alrededor, y eso, lejos de espantarme, me gustó. Después reflexioné que si no fuese por la foto de mi Abuela, quizás yo nunca la habría conocido, y mi pecho seguiría inundado de vacío. Pensar en ello me perturbó. Yo amaba a esta mujer y quería pasar mi vida entera junto a ella. Tenía claro que nuestra relación era reciente, pero mi corazón reconocía al suyo como su dueño. Eso era lo único que me importaba.

Nos acostamos agotados después de ordenarlo todo, vaciar las cajas y dejar más o menos organizada la casa. Fue mucho más agradable hacerlo junto a ella que a solas. Quedamos muy conformes con el resultado final, pero más me gustó ver a Estrella desenvolverse en mi espacio como si fuese suyo, con la comodidad propia de dos personas que se conocen desde siempre, o que mantienen un alto grado de confianza.

—Será mejor que descansemos —le sugerí besándole la frente—. Mañana nos espera una larga conversación con mi madre.

Estrella apagó la luz y me besó antes de acomodarse en su lado de la cama. Su respiración se ralentizó casi de inmediato. Pocos segundos después fui yo el que cayó en un profundo sueño.

Mi madre estaba como en estado de *shock* cuando finalicé de contarle todo lo que sabía sobre su hermano Gaspar, y también con lo de Kamal. Fue entonces cuando comenzaron a despertarse ciertos recuerdos, que permanecían dormidos y olvidados en algún rincón de su memoria.

—¡Lo recuerdo! —chilló emocionada, algo nada propio de ella—. Me acuerdo de

Gaspar. Me encantaba ir a jugar a esa plaza, porque él siempre era muy dulce conmigo. Me gustaba pensar que era algo así como un hermano mayor. ¡Es que no puedo creerlo! —verbalizó meneando la cabeza, todavía ojiplática—. ¡Es mi hermano de verdad!

—¿Y no lo volviste a ver?

—Recuerdo que tenía ocho años más que yo, y todavía era muy niña cuando él ingresó a la universidad. Lo volví a ver en mi adolescencia en un par de ocasiones —dijo pensativa—. ¡Es que aún no me creo que Gaspar sea mi hermano! Era tan atractivo que uno no podía quitarle los ojos de encima. Me miraba con infinita ternura.

Mamá se llevó ambas manos a la boca, sonriendo como una niña pequeña, y luego rompió en lágrimas. Estaba realmente feliz con la noticia.

—¿Y a Kamal? He traído una foto del periódico en donde se le ve bien el rostro —le comenté mientras lo cogía de entre las páginas de un libro y lo desdoblaba cuidadosamente—. Quizás al verlo puedas recordar quién es.

—¡Oh, por Dios! —exclamó mamá llevándose la mano a la boca—. ¡Es el tío Sombra! Cuando nos cambiamos de casa, después de la muerte de papá, él era nuestro vecino. Recuerdo que tenía un fuerte vínculo de amistad con mamá y con mi tío Emir. Era tan bueno conmigo. —Sonrió.

—¿Y nunca sospechaste que la abuela y él mantuvieran una relación?

—No. Nunca —reconoció pensativa—. Trabajaba en una mina y era dueño de la Fábrica de hilados Saud. ¡Ahora todo cobra sentido! Algunas veces se ausentaba por varios días, y al regresar, él me traía muchos regalos. Era un hombre muy atractivo. —Mi madre me miró frunciendo el ceño—. ¿Sabes? Ahora que lo pienso, se relacionaban de una manera especial con mamá.

Miré a mi madre y luego a Estrella. Esta me observaba con afecto y en absoluto silencio. Pese a ello, su presencia conseguía que me calmara y pudiera lidiar mejor con mis emociones.

Fijé mis ojos en los de mi madre y le dije con cariño:

—La abuela hizo lo que hizo, nada más que para protegerte a ti, mamá —le dije tomando su mano—. Se sacrificó para que tú no sufieras las consecuencias por un amor que en aquella época era considerado prohibido.

—Lo sé —admitió limpiándose una lágrima con la mano—. ¡Ay, mi pobre madre! Cuánto debió sufrir por amor. En las reuniones que hacíamos en casa, asistían el tío Emir con su esposa e hijos; la nana María y Rosario —que nos iban a ayudar con la preparación de las comidas—, y los amigos de Rancagua del tío Sombra, además de su padre. Todos le llamaban así, y por eso es que no asociaba el nombre de Kamal. Qué felices éramos todos.

—¿Y el abuelo y el tío Omar? Yo tengo algunos vagos recuerdos de ellos en casa.

—Sé que estuvieron disgustados con mi madre durante años, aunque desconocía los motivos, hasta ahora. Fueron escasos los momentos compartidos con ellos. Siempre que se reunían, se percibía un ambiente cargado de tensión.

—A mi bisabuelo lo recuerdo vagamente, pero el tío Omar era algo distante, sobre todo con la abuela Amira. Nunca han sido muy unidos, según lo que me ha contado la tía Nora. —Mi madre asintió, dándome la razón—. Mamá, volviendo a Gaspar. ¿Crees que sería prudente ocasionar un reencuentro entre ustedes? —le pregunté con prudencia—. No sabemos si él tiene conocimientos de su situación de niño adoptado, pero he estado dándole vueltas a la idea de reunirlo con su verdadera familia. Me gustaría darle ese regalo a mi abuela Amira.

Sabía que era algo muy delicado de realizar, porque la salud de mi abuela era de cuidado, y contemplar la idea de un encuentro con su hijo era algo muy potente a nivel emocional. Gaspar

también tenía su propia vida, y era probable que esta estuviese sustentada en el desconocimiento de los hechos. Sin embargo, yo quería ver a mi abuela feliz. La pobre llevaba años morando en un estado permanente de amargura por no poder estar con su hijo.

Se lo planteé así a mamá. Quería que comprendiera mi punto de vista.

—Como es abogado —dijo ella con ilusión—, quizás podrías ir a visitarlo y averiguar algo.

Me quedé pensando un momento en ello, y una idea me vino a la cabeza en el acto. Tampoco era que yo me pudiese plantar en su trabajo y contarle que era su sobrino. Nadie se tomaría bien enterarse de un día para otro, que su familia en realidad es otra.

—Eso haré. Pediré una hora con él y le diré que necesito documentarme para una novela que pretendo escribir. Ya veremos lo que pasa entonces.

—¿Y cómo lo encontraremos?

—Internet, mamá. Hoy en día todo está en internet.

Aquel lunes 3 de marzo me hallaba nervioso. Tardé solo cuatro días en encontrar una hora para que Gaspar me recibiera en su despacho. Su oficina se ubicaba en un bonito edificio de la calle Vitacura, muy cerca de la Avenida Manquehue. Estrella se quedó esperándome en la casa de mi madre, porque insistió que debía hacer esto solo. En cierta manera creo que tenía razón.

Aparqué mi vehículo en un estacionamiento subterráneo, y apenas puse un pie en el piso, un golpe de viento caliente me envolvió de sopetón. El aire viciado, propio de la combustión de los autos, permanecía encerrado en aquel espacio, a pesar de los enormes ventiladores que generaban un ruido bastante desagradable. Me apresuré en buscar la puerta de acceso al edificio.

Agradecí el aire acondicionado cuando ingresé al espacioso elevador panorámico, que a medida que ganaba altura, me permitía contemplar una bonita vista de la ciudad. El alivio fue casi inmediato, pero, a pesar de haber regulado mi temperatura corporal, no pude evitar sentirme descompuesto. Tampoco tenía claro si la sensación de vértigo que me invadió fue por la velocidad con que se movía el aparato, o por lo que se me avecinaba en aquella curiosa entrevista, en la que me vería obligado a mentir para recoger información.

Una de las secretarias levantó la vista y me dedicó una sonrisa perfecta y profesional.

—Buenos días. ¿Tiene cita? —me preguntó.

—Sí, gracias. Soy Domingo Yáñez, y hace unos días pedí una hora con el señor Gaspar Prieto.

—Por favor, tome asiento. Pronto lo atenderá.

Me acomodé en uno de los enormes sofás que decoraban la estancia, muy cerca de la ventana. El vidrio oscuro evitaba la entrada directa de la luz del sol y dejaba a la vista la majestuosidad de la Cordillera de los Andes. Los autos se desplazaban disminuidos en tamaños por efecto de la altura, y las calles perdían su real perspectiva, ocasionándome un ligero mareo, otra vez.

Inspiré un par de veces, y luego vi un dispensador de agua que me hizo casi saltar de alegría. Me estaba bebiendo el segundo vaso cuando la secretaria llamó mi atención.

—Don Domingo. El abogado dice que puede pasar.

Tiré el vaso de cartón al basurero, con la mala suerte de que este cayó al suelo.

—Lo siento —me disculpé mientras me agachaba y lo volvía a tirar, acertando con éxito.

Apenas ingresé a la oficina, un hombre alto y distinguido, con el cabello cano y unos cálidos ojos verdes se acercó a mí y me tendió la mano. Llevaba puesto un traje a medida y se

desenvolvía con la seguridad que otorgan los años y la experiencia.

—Es un placer conocerlo, Domingo. ¿En qué lo puedo ayudar? —Se sentó en su silla y me invitó con la mano para que me acomodara en la que estaba frente a él.

—El gusto es mío —dije porque era cierto. Ese distinguido hombre sentado frente a mí era mi tío. Me obligué a ordenar mis pensamientos y a cumplir con la misión que me había llevado hasta ahí—. Quizás le parezca un tanto extraña mi visita, pero soy escritor. He solicitado esta hora con usted como parte de mi documentación para una nueva novela. Necesito que me oriente para que mi protagonista sea un buen abogado.

Gaspar me destinó una mirada interrogativa, como si los motivos de mi visita lo hubiesen sorprendido de verdad.

—¡Vaya! —dijo al fin mientras inclinaba su espalda contra su silla. Una sonrisa amable le bailaba en el rostro—. Eso sí que no me lo esperaba. ¡Espera! ¿No serás tú el escritor de *El secreto del soldado rojo*?

—El mismo —le respondí sonriendo y relajando mis músculos.

El hombre abrió uno de los cajones de su escritorio y, para mi sorpresa, puso encima mi novela. Ahora el sorprendido era yo. Mi tío me tendía un bolígrafo y me sonreía con algo parecido a la admiración.

—¿Te importaría firmarlo?

—Será un placer.

Le dediqué unas breves palabras y después le devolví ambas cosas. Luego Gaspar levantó el teléfono y pidió dos refrescos. Si su oficina ya me parecía acogedora, ahora lo era mucho más. Mis músculos ya se habían destensado notoriamente. Eché un rápido vistazo a mi alrededor, y deduje que mi tío era un hombre muy ordenado. En una de las paredes colgaban fotos de él con su familia. Tan solo de miraras el corazón me dio un vuelco y llegué a la conclusión de que había tenido una vida feliz.

—Pues pregúntame lo que quieras. Estoy a tu completa disposición —me aseguró luego de que la secretaria nos trajera los refrescos.

Le hice una serie de preguntas sobre el lenguaje que mi personaje debía utilizar, el código penal, los procedimientos y la burocracia del sistema. Los fallos y los aciertos de este, y un montón de cosas más que se me iban ocurriendo a medida que él me respondía. Todavía no conseguía averiguar muchas cosas sobre su vida personal, hasta que me dio una pista. Una que hizo que le realizara la siguiente pregunta, y que todavía escondía mis verdaderas intenciones.

—Ahora necesitaré encontrar a alguien que sea adoptado, para otro de mis personajes principales, y que me ayude a entender mejor el mundo interior de alguien que es acogido por otra familia —dije con su qué, observando si en su rostro aparecía alguna reacción que lo delatara—. ¿No conocerá usted a alguien así? Imagino que en su trabajo ve a todo tipo de personas.

—Claro que sí —me aseguró sin afectación de ningún tipo—. Yo soy adoptado. Puedes preguntarme lo que quieras. Para mí no es un tema doloroso en absoluto.

—¿De verdad? —pregunté emocionado, pero intentando ocultar los deseos que tenía por ponerme de pie y chillar de alegría por mi buena suerte—. ¿Haría eso por mí?

—Por supuesto.

—¿Cuándo se enteró de eso?

—Desde siempre. Mis padres me hablaron desde un principio con la verdad. Fueron muy buenos conmigo.

—¿Supo qué ocurrió con su madre biológica?

—Cuando les pregunté me respondieron que lo único que sabían, era que ella no sobrevivió al parto. No tenían ninguna manera de saber más sobre mi familia biológica.

Al escucharlo hablar con tanta comodidad sobre aquel tema, supe que era la hora de dar un paso más.

—Me gustaría contarle una historia, si me lo permite. Creo que esto podría interesarle más de lo que imagina —le dije con una seguridad que estaba lejos de sentir.

Se lo conté todo, cada pedazo de la historia, cada detalle de la vida de mi abuela y de Kamal. El abogado me miraba y escuchaba con una atención que me impulsaba a seguir revelando más cosas. Incluso me pareció ver sus ojos rebosantes de humedad en algún momento de mi relato.

La puerta se abrió, y la secretaria le avisó que tenía otra reunión en cinco minutos.

—Por favor, cancele todas mis reuniones para hoy, Margarita —le dijo sin perder la amabilidad—. Que nadie nos interrumpa.

—Sí, señor.

El silencio se adueñó del lugar, pero casi podía ver los engranajes de su cabeza, asimilando cada una de mis palabras. Luego de lo que parecieron horas, finalmente me dijo:

—Madre mía. Entonces él era mi padre.

«¿Quién? ¿A qué se refiere? ¿Lo conoció?», grité las preguntas en mi mente.

—¿A quién se refiere? —Seguro que luego de esta impactante sesión de estrés, tendría que ir a ver a un médico, o a alguno de esos lugares que frecuentaba Laura en que te hacen masajes. Mi cuello lo pedía a gritos.

—A Kamal Saud. Se puso en contacto conmigo hace años —me comentó todavía conmocionado—. Fui su abogado.

«Ay, Dios», pensé con estupor, y me quedé atento a escuchar esa parte desconocida de la historia.

Capítulo 25

Agosto de 1966, Santiago de Chile

Como cada día de invierno, Gaspar envolvía su cuello con una de las bufandas que solía tejerle su madre. Le encantaban. Aquel martes estaba más fresco que de costumbre, a pesar de que el cielo amenazaba con llover. Esa semana el clima había hecho grandes estragos en las calles de la ciudad.

Se cerró el abrigo a la altura del cuello, y se detuvo frente a una pequeña casa de esquina, cerca de la Plaza Baquedano. La propiedad estaba en arriendo.

Llamó a la puerta dando tres golpes con la aldaba metálica que colgaba al centro de esta, y esperó a que alguien lo atendiera. Escuchó los pasos desde el interior que se le aproximaban, repiqueteando en el piso de madera con los tacones. En aquellos años, la mayoría de los suelos dentro de las casas eran de parqué.

Una hermosa joven abrió la puerta y le destinó una sonrisa amable, dejando relucir una linda dentadura.

—¿Sí? —preguntó con una voz dulce que lo perturbó.

—Buenos días. Me gustaría ver la propiedad —consiguió decir, una vez su cabeza logró funcionar con normalidad.

Se recriminó internamente por comportarse como un estúpido. Jamás le había pasado antes, que una mujer lo afectara tanto.

—Adelante, soy Carmen.

—Como mi madre —le dijo, y ella en respuesta le sonrió.

—Mi padre lo recibirá enseguida. —Se hizo a un lado, permitiéndole el paso, y luego caminaron hacia un espacioso salón—. Espere aquí; voy a buscarlo.

Gaspar recorrió con la mirada la casa, y se maravilló. Tuvo certeza, en ese instante, de que el lugar era perfecto para poner su oficina. Firmó el acuerdo ese mismo día, contrató una secretaria, y se asoció con su mejor amigo de la universidad, para dar inicio a un proyecto que pronto comenzaría a dar sus primeros frutos. Entabló amistad con Carmen, y al poco tiempo comenzaron una relación más formal. La mujer lo tenía por completo encandilado.

Ansiosos por alcanzar el éxito de la empresa Abogados Prieto & Guerrero que habían fundado recientemente, y que esta captara pronto la atención de algún cliente importante, pusieron un aviso en el periódico, con intención de darse a conocer. A sus escasos veinticinco años, y con una exigua experiencia a cuestas, Gaspar no albergaba grandes esperanzas al respecto. Sin embargo, por esas cosas del destino que nunca consiguió explicarse, una semana después de colocar el aviso recibió una visita inusual.

—Don Gaspar —le comentó con nerviosismo su secretaria—. Hay un caballero que pide hablar con usted. No ha pedido cita, pero creo que es alguien importante. Por eso he preferido avisarle.

—Gracias, Ana. Dígale que pase, por favor.

Apenas vio a parecer al hombre dentro de su despacho, Gaspar se puso de pie, invadido por el nerviosismo. La estampa de aquel sujeto dejaba en claro su acomodada posición social.

Tenía buena estatura y utilizaba prendas de vestir de calidad. Bordeaba los cuarenta y tantos años, y su rostro le parecía familiar, aunque, por más que hacía memoria, no conseguía ubicarlo. Su mirada verde se clavó en la suya.

—Buenos días. Soy Gaspar Prieto. ¿En qué lo puedo ayudar? —Se presentó mientras extendía una mano y le daba un apretón firme y cordial.

—Kamal Saud. Es un verdadero gusto. —El caballero se acomodó frente a él mientras tosía, y cogió un paquete de cigarrillos de su bolsillo—. ¿Le importa si fumo?

—En absoluto —le respondió Gaspar, todavía nervioso por no estar a la altura de lo que este posible cliente quisiera obtener por parte de él.

Cogió un cenicero que en su vida había sido usado, y se lo acercó.

—Necesito un buen abogado. Me gustaría mejorar las condiciones laborales de mis trabajadores, y hay una serie de asuntos que tienen que ver con los contratos, de los cuales no tengo ni idea.

Gaspar tragó saliva con nerviosismo, porque tenía la impresión de que la empresa de dicho hombre era muy importante. Una pequeña ráfaga de miedo lo recorrió por completo. Pensó que quizás no estaría a la altura de las circunstancias.

Se obligó a mantener una actitud profesional e hizo las preguntas de rigor.

—Cuénteme sobre su empresa —le pidió mientras entrelazaba los dedos, como una manera de controlar el temblor de sus manos y ocultar su nerviosismo.

El hombre le habló de su compañía y de la cantidad de personas que trabajaban en ella. Le pidió la opinión sobre muchas cosas, y después, confiado en que él realizaría el trabajo, le entregó una carpeta repleta de información. Una vez finalizó la exposición, Gaspar revisó los documentos con ojo crítico.

—¿Puedo hacerle una pregunta, don Kamal?

—Por supuesto.

—¿Por qué yo? No me malentienda. Es que, bueno. Usted es un hombre importante, y está depositando la confianza en un sujeto como yo, con escasa experiencia, y que recientemente ha salido de la universidad. —Se lo dijo de una manera tan honesta que Kamal le sonrió—. Mire. Sé que puedo hacer este trabajo, y además hacerlo bien. Es solo que no puedo evitar preguntármelo.

—Bien. Me gusta tu actitud. Eres directo y franco, y no te andas con rodeos —le dijo a la vez que apagaba el cigarro en el cenicero. Luego tosió un par de veces y volvió a clavar su mirada en la de él—. Según mis indagaciones, fuiste el mejor de tu promoción. Y con lo que he podido descubrir aquí contigo, me basta para decidir que te quiero como el abogado de mis empresas.

—¿Tiene otras?

—Tengo tres, pero deseo legar dos de ellas a unos importantes amigos. ¿Trabajarías para mí?

Gaspar tragó saliva con nerviosismo. Esto era algo muy bueno para su empresa. Sin duda alguna, aquello lo impulsaría en su carrera como abogado, y se haría un nombre. Un nombre que no tardó en ser reconocido en la ciudad.

—Será un verdadero placer, don Kamal —dijo estrechándole la mano con alegría.

—Puedes llamarme Sombra. Te aseguro que, de ahora en adelante, estaré muy cerca de ti.

Mientras más días pasaban, mayor era el deterioro físico de Kamal Saud. Gaspar lo

escuchaba toser con frecuencia, y también respiraba con preocupante dificultad. En ocasiones se limpiaba la frente perlada de sudor con un pañuelo, de seguro aquejado por fuertes dolores. No fue hasta que tuvo una crisis relevante que este decidió sincerarse con él.

—Tengo cáncer de pulmón. Me queda poco tiempo, hijo.

A Gaspar se le hizo un agujero en el piso al escucharlo decir eso. Le profesaba un profundo afecto, sobre todo después de haber perdido recientemente a su padre de un ataque al corazón.

La relación laboral entre ellos fue intensa, porque se les acababa el tiempo. Sin embargo, lo que comenzó como un trato de negocios se transformó en algo mucho más poderoso en cuestión de días. A veces Gaspar reflexionaba sobre eso y llegaba a la conclusión de que, al no tener hijos propios, Kamal Saud volcaba su afecto en él. En ocasiones, cuando tenían reuniones en las que se encontraban ambos presentes, les preguntaban si eran padre e hijo, porque el parecido ente ellos era sorprendente. Sin embargo, Gaspar siempre lo consideró una mera coincidencia.

Como su abogado, este se preocupó de dejar todo listo antes de que empeoraran las cosas para Sombra, legando en vida parte de su herencia a sus amigos más cercanos. Con respecto a la Fábrica de hilados Saud, Kamal le dejó indicaciones dentro de un sobre, el cual no podía ser revelado ni leído hasta después de su muerte.

—Kamal —lo llamó su padre una vez se marchó Gaspar de su oficina—. Hay algo que me gustaría discutir contigo.

Kamal supo de inmediato que algo no andaba bien, porque el tono en que le habló le indicaba que tendría una de esas conversaciones en las que debía mantenerse alerta.

—Dime, papá —le dijo mientras encendía otro cigarrillo.

—No deberías seguir fumando, hijo. Eso no te ayuda en absoluto.

—Ya hemos tenido esta conversación antes —le aseguró tosiendo—. Igual me voy a morir, así que no me privaré de lo que me gusta mientras tenga vida.

La expresión de Selim era de reproche. Tenía los labios apretados y el ceño fruncido, lo que acentuaba los surcos en su piel.

—No es de eso de lo que quiero hablarte —le aclaró—. Es sobre ese muchacho.

—¿Sobre Gaspar? —Su padre asintió—. ¿Qué pasa con él?

—Pues que es igualito a ti cuando eras joven. —Kamal tuvo otro ataque de tos. Apagó el cigarro y bebió un sorbo de agua—. Ese chiquillo es tu hijo.

—¿Qué dices, papá!

—Bah, a mí no me engañas. Ese joven es mi nieto, y me gustaría saber por qué no lleva mi apellido, y cómo es que te dice Sombra y no papá.

—Padre... Es complicado —le confesó cauteloso.

Los ojos de Selim se humedecieron a causa de una emoción que fue incapaz de ocultar. Sin embargo, era de los que siempre decía que los hombres no lloraban en público, por lo que se contuvo de hacerlo frente a él.

—Entonces comienza desde el principio.

Y así lo hizo Kamal. Le confió a su padre cada uno de sus secretos, no guardándose ninguno para sí. Todo lo que pudo sentir después de eso fue alivio.

Amira preparó todo tipo de platos con la ayuda de la nana María, quien, a pesar de tener una edad muy avanzada, aún conservaba su antigua vitalidad. Rosario también colaboró con la preparación de los postres. Pocos sabían que el nuevo abogado de Kamal era su hijo. Para los demás socios, este seguía siendo un nuevo empleado.

Esa noche recibirían en casa a su hijo Gaspar. Amira llevaba años sin saber nada de él, hasta que Kamal lo ubicó, gracias a una publicación en el periódico. Llevaba tanto tiempo sin verlo que los nervios la consumían por dentro. Se preguntó si este la reconocería de cuando era un niño y un adolescente; si se sorprendería de encontrársela allí.

Se escuchó la llegada de un vehículo, y Amira corrió para mirar por la ventana. De este bajaron cuatro personas. No le costó nada identificarlo, puesto que seguía pareciéndose a Kamal, incluso más que antes.

—Tranquila, cariño —le susurró él poniendo una mano sobre su hombro. Ambos se cuidaban mucho de no expresarse afecto frente a los demás. Solo Emir y un par de personas más conocían la verdadera naturaleza de su relación—. Todo saldrá bien.

—Tengo deseos de llorar, Kamal —se sinceró con él—. Apenas me puedo contener en pie.

—¿Mamá? ¿Has visto mis zapatos rojos? No los encuentro por ninguna parte —le preguntó Rania, distrayéndola, y consiguiendo con eso que recuperara el dominio de sus emociones.

—Están en la cocina. Apresúrate, que están aquí los socios del tío Sombra.

Rania se acercó a la ventana y comprobó horrorizada que era cierto. Todavía no se cepillaba el cabello y andaba descalza.

—¡Ay, no! —exageró y se echó a correr hacia las dependencias de la cocina, avergonzada.

Selim Saud se sacudió los pies en la entrada y se quitó el sombrero antes de ingresar. Luego le siguieron los demás. Gaspar entró de los últimos.

—Adelante, Gaspar —le indicó Kamal—. Quiero presentarte a una amiga muy especial, y que ha tenido la amabilidad de disponer de su casa para nuestra reunión.

Amira le sonrió apenas leyó la sorpresa en sus ojos verdes cuando la miró. La había reconocido de inmediato.

—¿Señora Amira? ¡Me alegra mucho volver a verla! —le expresó con sincero afecto mientras se quitaba el sombrero y le daba un sentido abrazo que estuvo a punto de hacerla llorar de emoción.

—¿Gaspar? ¡No puedo creerlo! —le respondió ella haciéndose la sorprendida también—. ¡No tenía ni idea de que trabajarías para Kamal!

—Es una grata coincidencia —dijo el joven—. ¿Y dónde está su hija Rania? —preguntó sin quitarle los ojos de encima. Amira lo notó relajarse de inmediato en su presencia—. Ya debe ser toda una jovencita.

—Hola, Gaspar —saludó la aludida. Se había ordenado el pelo con un cintillo y llevaba sus zapatos relucientes.

—¡Rania! Pero ¡qué linda estás! Se le acercó y le dio un abrazo fraternal, que la hizo enrojecer—. Me alegra mucho volver a verte.

—Ven, muchacho —le dijo Selim tomándolo por los hombros—. Conversemos un poco de trabajo antes de disfrutar de los exquisitos manjares de nuestros ancestros—. ¿Hueles el aroma del medio oriente?

—Papá —le advirtió Kamal con una sonrisa de complacencia—. Déjalo en paz un rato.

—Bah, solo lo estoy familiarizando con nuestra cultura —le reprochó sin dejar de conducir al joven por los hombros. Luego se dirigió a él—: ¿Has probado la comida árabe alguna vez?

—No, señor.

—Pondremos remedio de inmediato a esto, Gaspar —sentenció como un hecho—. Ven. Comenzaremos por esos *kubbes* de ahí.

Amira se pasó la velada completa disfrutando de la presencia de su hijo, y le otorgó las mejores atenciones que estuvo en sus manos poder entregarle. Con Kamal se destinaban miradas cómplices que dialogaban en el silencio, y que compartían la misma dicha, a pesar de que Gaspar desconociera quiénes eran ellos en realidad. Los tres estaban reunidos bajo el mismo techo, compartiendo risas y disfrutando de las deliciosas preparaciones culinarias, fruto de la herencia de sus antepasados. Fue tanta la alegría de tener al hijo de ambos en su casa, pensó Amira, que Kamal en aquella velada casi no tosió. Aquella noche fue otro destacable momento de felicidad, que atesoraría para siempre dentro de su corazón.

Pocas semanas después, en el mes de octubre de ese mismo año, Kamal Saud permanecía internado en una prestigiosa clínica de la ciudad de Santiago. Se ayudaba a respirar con una mascarilla de oxígeno, y a ratos presentaba horribles ataques de tos, los que intensificaban su dolor en el pecho. Amira no se había despegado de su lado ni un solo día, y aunque ambos eran jóvenes aún, sus cuerpos reflejaban el cansancio acumulado por aquellas últimas semanas, cuya condición de salud había empeorado notoriamente. Kamal contaba con cuarenta y seis años y tenía un sueño pendiente por cumplir.

—Cariño, acércate a mí. —Amira se apresuró en ponerse de pie junto a él y le cogió la mano con dulzura—. Cásate conmigo. No quisiera partir de este mundo sin hacerte antes mi mujer. Sería nuestro último secreto.

—Kamal... —pronunció con la voz rota por la emoción mientras se llevaba la mano hacia la argolla que colgaba de su cuello. La misma que él le había dado en aquella precaria pensión—. Nada me gustaría más en el mundo.

Le quitó la mascarilla de oxígeno por un breve segundo, para poder depositar un dulce beso en sus labios. Luego la devolvió a su sitio y se echó a llorar, apoyando su frente en su pecho y dejando salir todo su dolor. Kamal le susurró palabras de consuelo, invadido por una inmensa sensación de alegría.

—Durante estos años, ¿he conseguido hacerte feliz?

—Sí. Junto a ti he sido la mujer más dichosa de la tierra. Te amo tanto que no sé qué haré cuando te vayas —pronunció sollozando.

—Siempre estaré a tu lado. Eres más fuerte de lo que crees, cariño, y por eso te amo —le expresó con mucha dificultad, porque cada palabra dicha requería de un esfuerzo titánico por su parte—. Tú también me has hecho muy feliz. Cada minuto que hemos compartido juntos han sido maravillosos. Hemos ganado, Amira. Nuestro amor ha triunfado por sobre todas las adversidades. —Detuvo su discurso a causa de la tos. Una vez se serenó, agregó—: Nunca te olvides de eso.

—No te despidas todavía —le rogó mientras lo abrazaba—. No puedes dejarme.

—Cariño, mírame —le pidió con ternura, acariciándole el rostro—. Se nos acaba el tiempo.

Con una enfermera como testigo y un juez que consiguieron con premura, Kamal unía su

vida en matrimonio con su amada Amira, en una discreta ceremonia que los convirtió, después de tantos años, en marido y mujer. No hubo fiestas ni celebraciones; tampoco un vestuario apropiado para la ocasión. Pero lo más importante de todo, pensaba Kamal, se encontraba presente en aquella unión inquebrantable. Dos corazones que latían al unísono; dos almas que se reconocieron cuando todavía eran unos niños. ¿Acaso existía un amor más puro que el de ellos? Nadie les dijo que sería fácil; que recorrerían un camino de rosas. Porque el de ellos estuvo colmado de espinas desde sus inicios, pero, finalmente, vencieron las inclemencias del clima; el azote del viento contra sus corazones destrozados ya no tenía el poder de dañarlos. Se habían fortalecido y encontrado, y sus almas caminaron cogidas de la mano hasta el final. Ni la vida ni la muerte podrían disolver aquel vínculo eterno.

Tres días después de su enlace en matrimonio, a las nueve de la noche, Kamal Saud abandonaba este mundo, invadido por una profunda paz. La paz de saberse amado y de haber correspondido de la misma manera a ese amor. Porque Amira Hassan por fin era suya, era su mujer, de aquí a la eternidad.

Capítulo 26

Marzo de 2008, Santiago

La reunión con Gaspar Prieto fue muchísimo mejor de lo que me esperaba. Nos despedimos con un abrazo fuera de su oficina, ante la mirada atónita de las secretarias. Quedó de comunicarse conmigo en un par de días, porque necesitaba pensar. Lo comprendía bien. Después de dejarle caer tremenda bomba, era lógico que me pidiera espacio.

Apenas llegué a la casa de mamá, le conté como me había ido en la reunión con su hermano Gaspar. Si pudiera describir en una palabra la emoción que predominó durante aquella plática, sería «felicidad».

Por la tarde visitamos a la abuela Amira, y comprobamos con alegría que ya se estaba desplazando con la ayuda de un andador, por sus propios medios. Si todo seguía así, era probable que pronto pudiera regresar a casa. En cuanto al habla, todavía no conseguía pronunciar las palabras con claridad, pero mamá comprendía casi en su totalidad lo que quería decir, y a mí tampoco me costaba tanto hacerlo.

Mi teléfono vibró dentro del bolsillo de mi pantalón. Lo saqué con dificultad y miré la pantalla. Era la tía Nora. Les hice un gesto de disculpa con la mano a mi madre y a la abuela, y abandoné la habitación para poder hablar tranquilo con ella. Justo al salir visualicé a Estrella, quien se acercaba a mí con un par de refrescos. Le di un beso corto en los labios, agradecido, y luego me centré en la conversación telefónica con su abuela sobre mi encuentro con Gaspar. La tía Nora añadió algunas partes faltantes a la historia, cerrando así los últimos espacios en blanco que todavía había en ella. Ahora solo quedaba esperar.

—¿Estás bien? —quiso saber Estrella, luego de observarme en silencio por unos cuantos minutos.

Recién habíamos abandonado la clínica, dejando a mi madre con mi abuela, y yo llevaba rato perdido en mis ensoñaciones. Caminábamos cogidos de la mano en absoluto silencio, inmersos en nuestras elucubraciones. Finalizaba el verano y todavía hacía un calor infernal en Santiago. Al parecer, el clima se rehusaba a dar una tregua, y las altas temperaturas se hacían sentir con fuerza en la ciudad.

Besé su muñeca y le sonreí, consiguiendo con eso apaciguar su inquietud.

—Sí. Estoy bien. Algo nervioso por la espera de lo que vendrá —me sinceré con ella—. Me pregunto en qué estará pensando Gaspar ahora mismo, y cuántos días tardará en llamarme.

—Yo también me lo he estado preguntando. Después de todo, hoy se ha enterado de la verdadera historia de su familia. Debe sentirse conmovido.

El viento cálido intensificó el sonido de las hojas de los árboles por sobre nuestras cabezas, generando una grata sensación de paz.

—Lo sé. No he podido entrar en mayores detalles cuando se lo conté todo, pero sí en los suficientes como para acabar con la ignorancia sobre su vida y sus verdaderos orígenes.

—¿Crees que culpe a tu abuela? —me preguntó Estrella con esa voz tan musical que me hechizaba—. ¿Comprenderá por todo lo que ella tuvo que pasar?

—Espero que sí —comenté rogando internamente para que fuese así.

Continuamos nuestro paseo y mi celular volvió a vibrar. Miré la pantalla y visualicé un número desconocido.

—¿Diga?

—Domingo, soy Gaspar Prieto. ¿Podríamos encontrarnos hoy en algún sitio? —me pidió con cierto grado de ansiedad en la voz. Se le notaba algo nervioso y jubiloso a la vez—. Me gustaría ver a Rania.

—Claro que sí. ¿Le parecería bien cenar en casa de mi madre hoy, a eso de las ocho? Ella vive en la misma vivienda que usted conoció.

—Perfecto. Nos vemos allí. —La llamada se cortó.

—¿Qué pasó? —preguntó Estrella, ansiosa por obtener detalles.

—Creo que hoy será un día de muchas emociones —le aseguré, invadido por un golpe de optimismo y adrenalina—. Será mejor que nos apresuremos y compremos algo para cenar. Gaspar vendrá a casa esta noche, y a mamá le dará un ataque si no atendemos como es debido a nuestro invitado de honor.

Mamá se maquilló y peinó con esmero, y se vistió con un hermoso vestido color turquesa que realzaba su bonita figura, pese a los años. Su belleza de medio oriente era tan similar a la de mi abuela que no dejaba de impactarme el parecido entre ambas. Como no tuvimos tiempo de cocinar nada, encargué comida árabe preparada en el Restaurante Salma. A mi familia le gustaba mucho esa comida, porque sus sabores y aromas eran retrato fiel de la que hacíamos en casa. Rosario, a causa de su edad, ya no trabajaba para nuestra familia, pero siempre le echaba una mano a mamá si tenía invitados. Ella siempre fue mucho más que una persona del servicio, no tan solo para mi abuela, sino que también para mi madre. Como vivía cerca de la casa, no tardó ni veinte minutos en llegar.

El timbre sonó y me apresuré en ir a abrir la puerta. Mi tío Gaspar se había cambiado el traje de la mañana, y ahora utilizaba una ropa menos formal, aunque de igual modo resaltaba su distinguida estampa. Lo observé un breve segundo y me fue muy fácil imaginar a Kamal Saud a través de él.

—Adelante, don Gaspar. Está usted en su casa.

—Puedes llamarme tío si te apetece —me corrigió emocionado—. Eso me gustaría mucho.

Sentí un ramalazo de felicidad, que no pude disimular. Nos fundimos en un abrazo y nos observamos con atención a los ojos. Fue un momento muy especial. Una vez nos distanciamos, le presenté a Estrella y también a Rosario, quien ya le estaba quitando la chaqueta de las manos para que se pusiera cómodo. No había avanzado ni dos pasos hacia el salón principal cuando mi tío se detuvo de golpe al ver a mi madre. Ella brillaba y se limpiaba el rostro con la palma de las manos, quitando la humedad de sus mejillas.

—Gaspar —consiguió decir apenas, invadida por una emoción tan poderosa que rompió a llorar, incapaz de contenerla dentro de sí.

—Rania —susurró afectado—. Tan bonita como siempre. —Se le acercó y la envolvió entre sus brazos por un largo período de tiempo.

Se susurraban palabras incomprensibles, sin dejar de abrazarse y acariciarse la espalda, como intentando recuperar el tiempo perdido. A esas alturas, a mí ya me daba igual que Estrella me viera llorando. La abracé inmerso en una emoción tan grande que no me cabía dentro. Estrella mojó mi camisa con la humedad de sus propios ojos, y creo que nunca me había sentido

más emocionado que en aquel instante. Era como si todo volviera a su sitio; como si cada pieza del rompecabezas recuperara su lugar.

—Ha estado muy bonito todo, Domingo —me dijo Estrella mientras se abrazaba a mí en la cama—. Tu madre estaba radiante, y tú también.

—Sí, ha sido grandioso —afirmé mientras le acariciaba el brazo con suavidad. Todavía no conseguía apaciguar mis emociones. El día de hoy fue un grato cúmulo de experiencias imborrables—. El tío Gaspar es un hombre muy agradable. Se refería a Sombra con mucho cariño.

—Sí. Es una pena que él ya no esté aquí para ver todo esto —dijo suspirando con melancolía—. Al menos me deja tranquila saber que compartieron algo de tiempo, aunque fueran dos meses, antes de su muerte.

—Es cierto. Y ahora sabemos que fue el heredero de la Fábrica de hilados Saud. Mi abuela Amira adquirió una parte; y el resto, incluido lo del padre de Kamal cuando también falleció, fue designado a Gaspar —mencionó rememorando la conversación que tuvieron durante la cena, en la que su tío les confiaba que no conseguía comprender el porqué de tal decisión. Ahora todo cobraba sentido para él.

El tío Emir era otro que gozaba gratamente con la noticia de tener un sobrino desconocido. A Omar se le había informado netamente por un tema de respeto sobre el hijo secreto de su hermana Amira, pero no se esperaba nada por su parte.

—¿Mañana será el día?

—Sí. Mañana. Ya es tiempo de que mi abuela deje de llorar a su hijo perdido. Es momento de que sea feliz.

Mi madre había llegado temprano a la clínica, y con la ayuda de una de las enfermeras y también de Estrella, peinaron y vistieron bonita a mi abuela Amira. Luego la sentaron en una silla de ruedas en el jardín, muy cerca de las lavandas. A ella le gustaban mucho esas flores.

Yo me estaba coordinando por medio de mensajes con mi tío Gaspar, para avisarle el momento exacto en que este tendría que hacer su ingreso. Tampoco queríamos impresionar a mi abuela hasta el punto de matarla por la emoción. Le sugerí a mamá que la preparara, pero insistió en que debía ser yo el que se lo revelara.

Me senté a su lado en una silla, y dejé su caja de galletas encima de la mesa. Mi abuela, al verla, hizo intentos por cogerla con sus envejecidas manos.

—¿Quieres ver lo que hay dentro? —le pregunté sin dejar de observar sus reacciones. Mi madre se mantenía sentada junto a mí, silenciosa y expectante, mientras Estrella retenía a mi tío Gaspar en otro sitio, hasta que les enviara la señal. Como sus ojos se anegaron de lágrimas, insistí—. ¿Te gustaría ver lo que tienes dentro?

Mi abuela asintió con la cabeza. Como yo no quería prolongar su sufrimiento por más tiempo, decidí utilizar mis dotes de escritor con ella.

—Antes de abrirla, me gustaría contarte un cuento, abuela —dije, y ella puso toda su atención en mí.

—Había una vez una hermosa princesa llamada Amira, que se enamoró perdidamente de un joven comerciante llamado Kamal. Pero su familia se oponía a ese amor, porque no lo

consideraban digno de ella, debido a sus orígenes humildes. —Mi abuela me miraba fijamente, comprendiendo cada palabra de mi relato, y ansiosa por escuchar el resto de la historia—. El rey concertó el matrimonio de la princesa con un importante hombre de negocios, José Aziz, pero este era mucho mayor que la joven, y ella no lo amaba. Es por eso que planifican huir juntos con su amado Kamal.

»Pero las cosas no salieron bien para ambos, porque a la princesa la obligaron a casarse con el hombre mayor el mismo día en que ella escaparía con su amor. La tristeza invadió el corazón de los jóvenes amantes, y se vieron obligados a seguir cada uno su propio destino. —Mi abuela Amira me miraba con la vista empañada y sujetaba mi mano con fuerza, atenta a mis palabras—. Poco tiempo después, la princesa descubrió que estaba embarazada de Kamal e intenta por todos los medios dar con él. Finalmente no lo encuentra y su hijo es dado en adopción. Su corazón sufre ambas pérdidas y se conforma con verlo crecer a la distancia.

»Tiempo después, ambos amantes se reencuentran e inician una relación a escondidas. La princesa ahora tiene una hija de su marido, y debe evitar que ella sufra las consecuencias de un amor prohibido a los ojos de la sociedad. La princesa enviuda, pero insiste en mantener, por su hija, oculta su relación amorosa. No fue hasta que su amado Kamal estuvo a las puertas de la muerte que aceptó casarse con él. —Mi abuela se limpiaba la nariz con un pañuelo, emocionada y algo feliz, quizás, porque ya no tenía que cargar por más tiempo con aquel secreto sobre sus hombros—. ¿Te gustaría saber cómo finaliza el cuento?

—Sí —baluceo mi abuela mientras asentía con la cabeza.

—Pues bien. El nieto de la princesa Amira descubrió toda la historia, y fue a visitar a ese hijo perdido. Él le reveló muchas cosas personales, dentro de las cuales, le confió que era adoptado y que tuvo una vida feliz junto a su familia. Sin embargo, al escuchar la verdad sobre sus auténticos padres, lo único que ha deseado desde entonces, abuela, es poder abrazarte. —Ella me miraba sorprendida y sin dejar de llorar.

Tomé mi teléfono y envié el mensaje. Vi aparecer a mi tío Gaspar, acompañado de la que debía ser su esposa e hijos, acercándose hasta nosotros. Llevaba un hermoso ramo de rosas blancas en las manos, y tenía los ojos enrojecidos. Mi madre salió a su encuentro, también con la vista llorosa, y detrás, el tío Emir y su familia se sumaban al bonito reencuentro. Junto a Estrella, más atrás, estaba la tía Nora y Rosario, limpiándose ambas la nariz con sus pañuelos. Todos querían formar parte del emotivo momento.

El tío Gaspar besó a mi madre y avanzó hacia la abuela, quien se puso de pie con mi ayuda, y luego de dejar las flores sobre la mesa, la abrazó con tanta ternura que hasta yo me puse a llorar. El llanto de madre e hijo se fundía en uno solo, y los demás nos vimos obligados a mantener las distancias para otorgarles algo de intimidad. No supe cuánto tiempo permanecieron así, abrazados, mientras mi tío le susurraba bonitas palabras, igual como lo había hecho con mi madre la noche anterior. Era tal la alegría de ellos que se hacía contagiosa, porque ninguna lágrima derramada por los aquí presentes era de tristeza. Por el contrario; aquellas hablaban de esperanza, de días soleados y floreados, y de cielos con arcoíris. Mi abuela ya no tendría esa mirada cargada de otoño que la había acompañado durante tantos años en su vida. Ya nunca más.

El tío Gaspar la ayudó a sentarse y sacó de su bolsillo una brújula. La puso frente a mi abuela y le sonrió:

—Estuve perdido por años, pero gracias a este hermoso regalo que una vez me diste, he regresado a casa, mamá.

—Gaspar —susurró mi abuela con los ojos llenos de alegría y emoción. Sus lágrimas parecían no tener fin—. Mi niño.

Se abrazaron otra vez, incapaz de distanciarse, y permanecieron durante lo que parecieron horas disfrutando el uno del otro. Fue un reencuentro maravilloso, con la presencia de todos los que tenían que estar allí; los que lucharon por hacer realidad la felicidad de mi abuela y Kamal, y los que contribuirían en darla de ahora en adelante. Cada uno acompañaba y se empapaba de aquel momento inolvidable.

Estrella me abrazó y la besé en los labios, todavía emocionado y feliz.

—Qué bonito, mi amor, lo que has conseguido por una fotografía —me susurró con su voz cantarina—. Has logrado hacer feliz a tu abuela y devolverle una madre a un hijo.

—He conseguido mucho más que eso, cariño. También te he encontrado a ti —afirmé tomando su rostro con ambas manos, y besándola con ternura—. Te amo.

—Y yo a ti.

Y mientras todo era alegría y emociones a nuestro alrededor, incluso las risas inundaron el lugar, yo miraba al cielo abrazando a mi Estrella, y agradecí de manera silenciosa a Kamal Saud, por hacer posible la felicidad de mi abuela Amira.

Tenía certeza de que jamás vería en sus ancianos ojos ese brillo otoñal. Ahora su mirada reflejaría solo primaveras.

Epílogo

Septiembre de 2008, Santiago, 6 meses después

Llegaba atrasado a mi cita con Viviana. Nos reuniríamos aquel viernes en la tarde en las oficinas de la editorial, para comentar sobre mi nuevo libro. Lo había finalizado hacía un mes, y la verdad, es que tenía un buen presentimiento con respecto a él. Siempre rehuía las llamadas de mi amiga porque ella podía ser muy pesada en su papel de editora. Sin embargo, ahora estaba desesperado por recibir una suya para que me diera su impresión.

Estábamos en la casa de campo de mi tío Gaspar, junto a toda la familia, celebrando las Fiestas Patrias anticipadamente cuando recibí la llamada de mi editora. Eso sí, con comida chilena y árabe, por supuesto. No se podían dejar atrás años de tradiciones. Hasta mi abuela Amira y la tía Nora participaron en la elaboración de los distintos platos. Un cordero se asaba al palo mientras la leña iba cocinando poco a poco su carne; las empanadas de pino en el horno de barro se cocinaban a fuego lento, desprendiendo el exquisito aroma tan característico de las tradiciones chilenas; y un enorme fondo con especias propias del medio oriente hervía conteniendo todo tipo de verduras rellenas. En cuanto a la música, un poco de ambas culturas. Y bueno, yo me había bebido unas pocas copitas de vino de más, lo que impidió que condujera de inmediato el vehículo, rumbo a Santiago.

—Ya te dije que estoy de vacaciones en Rancagua, Viviana. ¿Tenías que programar justo para hoy la reunión? —me quejé cuando me llamó con carácter de «urgente».

—Mi vuelo sale esta noche y no regreso en dos meses —me informó en su estilo tan particular. Daba igual lo que yo dijera. Ella se saldría con la suya—. Europa no queda a la vuelta de la esquina. Además, si la reunión no es hoy, tendrás que esperar mucho para la publicación de tu libro, y tenemos plazos, Domingo. Ya sabes cómo funciona esto.

—Lo sé —bufé exasperado. Viviana estaba en plan «mandamás». Entorné los ojos mientras Oriente olfateaba mi mano, que olía a empanada de pino—. Está bien, pero llegaré con media hora de retraso.

Y así fue. Esperé un par de horas antes de conducir a Santiago, decidido a finalizar la reunión que mi querida amiga Viviana había programado, lo más rápido posible. Ella tenía razón. No podía darme el lujo de esperar su regreso para echar a andar la publicación del libro, porque yo también deseaba que mi novela viera pronto la luz.

Ansiaba regresar junto a Estrella y mi familia lo antes posible. Todo el trayecto lo hice escuchando la música de Sherezade mientras pensaba en lo afortunado que era por mi gente, mis raíces y por la mujer que sin duda alguna se convertiría en mi esposa en un futuro cercano.

—Este es, sin objeción, el mejor libro que has escrito, Domingo. Me has hecho llorar, y sabes que eso no me pasa con ninguna novela —reconoció Viviana luego de que el equipo presente también me expresaran sus puntos de vista.

—No sé si es el mejor, pero estoy conforme con los resultados —comenté, aunque, en el fondo, yo también consideraba que me había superado a mí mismo.

—No le has puesto título. Me ha parecido extraño viniendo de ti —prosiguió Viviana con una ceja levantada—. Siempre dices que es lo primero que inventas, porque a partir de él llegan

las ideas.

Era cierto. El título era lo primero que necesitaba para construir una historia. Una vez me decidía por él, una puerta se abría en mi mente y dejaba fluir infinidad de situaciones, que me apresuraba en registrar en un cuaderno para no olvidarlas.

—¿Y bien? —insistió mi editora. Todos los presentes centraban su atención en mí. Estaban expectantes, ansiosos por saber—. ¿Cómo llamarás a tu novela?

—La llamaré *El otoño de Amira*.

Palabras de la autora

Esta historia lleva un buen tiempo rondando en mi cabeza y he decidido sacarla a la luz y plasmarla en papel. Sin embargo, a pesar de ser ficción, me he inspirado en personajes reales de mi familia para desarrollar la historia que aquí relato; en especial, en mi abuela materna Zulema Chiocair, a la que casaron a los quince años con mi abuelo Abdo, un sirio que le sacaba por lo menos treinta años de edad, y con quien tuvo un matrimonio muy difícil. Y como desconozco casi por completo su pasado, me he permitido recurrir a mi imaginación para darle vida a esta novela que quiere ser contada, y que retrata fielmente lo que en aquellos años significaba ser una mujer, y más aún, una mujer con ancestros árabes.

Nuestros antepasados se vieron obligados a adaptarse a una cultura por completo distinta a la suya cuando llegaron a Chile, y tuvieron que luchar con la enorme barrera del idioma, lo que no fue fácil, para así conseguir prosperar y otorgar un buen pasar a su descendencia.

Crecí entre los agradables aromas que desprendían los alimentos en la cocina, preparados por mi abuela, mi madre y nuestra querida nana Charo, quien llegó muy joven a trabajar para mis abuelos. Recibir a la familia y los amigos era un momento de alegría y de continuo movimiento en el hogar. Cocinar era todo un acontecimiento. Casi no quedaba espacio donde guardar tantas exquisiteces. No podía faltar nada, ni dulce ni salado, y era imposible resistirse a tanta variedad de sabores, que convertían los encuentros en verdaderos banquetes culinarios. Era la manera de entregar afecto, y de mantener vivas las tradiciones de nuestros antepasados. El idioma se fue perdiendo de forma inevitable, pero los sabores y la preparación de las comidas siguen trascendiendo de generación en generación.

El trabajo de cocinar y de atender como correspondía a los invitados era una actividad que se iniciaba días antes, y se hacía con mucho cariño, detallismo y esmero. Es por eso recuerdos de días alegres, de niños jugando y de adultos disfrutando de los juegos y de la buena mesa, que quiero agradecer a mis ancestros del medio oriente por el maravilloso legado culinario que, en especial, han dejado huella en cada uno de nosotros; mis hermanos, mis primos y primas; y que ahora transmitimos a nuestros propios hijos, como parte de una valiosa herencia.

A todos ellos, gracias.

Lía Sayoni
(Paula Omeñaca Awad)

Agradecimientos

Gracias por llegar hasta aquí. La novela que acabas de finalizar es muy especial para mí. De mis proyectos, a la fecha, es el que más conforme me ha dejado.

Te agradecería mucho si pudieras tomarte el tiempo de valorar mi libro en Amazon y subir alguna reseña. Así, me ayudarías a crecer como autora. Todos mis libros están disponibles en Amazon, en formato digital y papel.

Puedes seguirme en Instagram, en mi cuenta [liasayoni.escritora](#)

MUCHAS GRACIAS

Acerca del autor

Lía Sayoni



Paula Omeñaca Awad nació en Chile en el año 1973. Estudió Pedagogía en Educación Física, pero se dedica en la actualidad a escribir novelas románticas bajo el seudónimo de Lía Sayoni; y de misterio y thriller, como L. Mura. Amante del deporte y del ejercicio físico al aire libre, decide dejar la pedagogía e iniciar una carrera literaria como un nuevo desafío personal, y que pronto descubre le apasiona tanto como leer. Le gustan todos los géneros literarios, pero su favorito es la novela romántica y las historias con finales felices.